

HQN™

MARÍA JOSÉ TIRADO

AMOR *y* SOJU



¿Podrás resistirte
a la Ola Hallyu?



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

Amor y Soju
© 2024 María José Tirado
© 2024, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: CalderónSTUDIO®

I.S.B.N.: 9788410741133

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*A mis hijos, saranghae,
manhi, manhi, saranghae.*

*A mi madre, por sumergirme
en esta ola maravillosa ;).*

A donde quiera que vayas, ve con todo tu corazón.

Confucio, 551 a 478 a. C.

Capítulo 1

Zoe

Para cuando aterrizamos en el aeropuerto internacional de Incheon, he descubierto músculos en mi cuerpo que no sabía que tenía hasta que comenzaron a dolerme. Las costillas se me han clavado en los riñones y se me han encogido los tendones de los dedos del pie en un par de ocasiones. Todo esto a pesar de que ha sido el avión más cómodo y amplio en el que he viajado en toda mi vida (es mi cuarto viaje en avión, tampoco tengo tanta experiencia). Y, a pesar de que he dormido en un sillón reclinable y de que me tomé dos valerianas y una pasiflora antes de despegar en Madrid, de que me he visto una serie completa y el inicio de otra, el viaje me ha resultado muuuuuuy largo.

TaeOh ha dormido la mitad del tiempo y la otra mitad ha jugado con videojuegos y ha leído un libro completo, para ser un niño ha hecho menos ruido que yo, que he dado como cien vueltas en mi sillón y he visitado otras cien el baño.

DoHwan se ha pasado casi todo el tiempo trabajando con su portátil y hablando por teléfono. Cuando me levantaba para ir al aseo nuestros ojos se encontraban y me dedicaba una sonrisa. Esa misma que me impidió decirle que no, porque tengo un problema con el no, ese que debo tratar con terapia, si es necesario, a mi regreso.

Pienso en JiMin y JiSeung, para ellos no ha sido fácil quedarse, estaban muy serios y tristes, ni siquiera creo que hayan podido dormir. Oí cómo JiSeung y DoHwan discutían en su despacho, supongo que porque no querría quedarse. JiMin, al contrario de lo esperado, es más razonable y solo tuerce el gesto al saber que los acompañaré, pero no dice nada.

Aún recuerdo la cara de estupefacción de Lucía cuando le dije que me iba a Seúl. Se quedó con los ojos muy abiertos y cara de susto. Le hice una videollamada porque no regresa hasta mañana.

—¿Pero tú estás segura de que quieres hacerlo? —me preguntó al percibir dudas en mi expresión, supongo.

—Pues no, pero me lo ha pedido con tanta desesperación...

—Espero que nunca nadie te pida con desesperación *otras cosas*.

—¿Y qué hago? Me da pena.

—Ya sabes lo que dicen, que la pena es la novia del pene.

—Qué graciosa eres.

—¿Y cuántos días estarás fuera?

—No lo sé. Hasta que esa señora se ponga buena.

—¿Y cuánto te paga por ir?

—No lo sé.

—¿Y dónde te vas a alojar?

—No lo sé.

—¿Sabes algo?

—Sí. Que me voy a Corea del Sur.

—Zoe, eres horrible. Tú no eres empática, tú eres la empatía con patitas. ¿Y a qué hora sales? Eso sí lo sabrás.

—Sí. Dentro de tres horas. He venido a casa a hacer la maleta.

—¿Se lo has dicho a los demás?

—No. Se lo dirás tú mañana por la mañana, no quiero que empiecen a decirme cosas...

Cosas como.

Qué poca vergüenza irte a Seúl y no llevarme en la maleta, Bruno.

Qué sorpresa. Intenta disfrutar mucho, Raquel.

¿Cómo te puedes ir así, sin saber dónde ni cuándo, ni cómo y lo más importante, sin saber cuándo vuelves?, Pepi.

El aeropuerto de Incheon es precioso desde el cielo, como una especie de bumerang con patas, aunque por dentro me hizo sentirme como si me hubiese quedado atrapada en el Primark de Gran Vía. Escaleras y escaleras, plantas y pasillos. Ascensores y salas.

Camino detrás de DoHwan y TaeOh, tirando de mi trolley plateado mirándolo todo como un ratoncito dentro de un granero inmenso. Como un Paco Martínez Soria del siglo xxi.

Al otro lado de unas puertas acristaladas hay dos personas elegantemente trajeadas, un hombre y una mujer, que saludan con la mano a DoHwan al verle. Él es coreano, de una edad similar a la de DoHwan, ella, en cambio, es occidental, su cabello es pelirrojo y sus ojos claros, debe tener un par de años más que yo.

—¿Quiénes son? —pregunto a TaeOh en voz baja.

—El tío YoungBin y la tía Mary.

Cuando les alcanzamos, a quien TaeOh ha denominado como YoungBin y DoHwan se funden en un fuerte abrazo. Después, limpiando las lágrimas en sus ojos, DoHwan abraza a Mary. TaeOh, a mi lado, da un paso atrás, me agarra por la cintura, está asustado. Me agacho y le estrecho con fuerza.

—Tranquilo, Bichito —le susurro.

—Algo malo ha pasado, mi *hyung* está muy triste —me dice con unos lagrimones como uvas recorriéndole las mejillas.

—Cariño, seguro que se ha emocionado porque llevan mucho tiempo sin verse.

—¿Y por qué llora? —pregunta haciendo pucheros.

—Porque les echaba mucho de menos. —Le abrazo con energía para tratar de infundirle ánimos.

DoHwan, como si le hubiese sentido llorar, se gira y me mira, me dedica una sonrisa triste y me pide que me acerque.

—Ellos son Kang YoungBin y Mary Smith, mi amigo, casi hermano, y su pareja —dice DoHwan en inglés, presentándomelos—. Ella es la señorita Lago, la cuidadora de TaeOh. —

Asiento, igual que hacen ellos, nada de besos ni estrechar manos ni nada. La frase no me ha gustado. No es racional, lo sé, es un sentimiento en la boca del estómago, amargo, que me hace sentir incómoda. ¿Solo soy la cuidadora de TaeOh? Es como si estuviese allí, a más de diez mil kilómetros de mi casa con el cuerpo hecho una maraca... ¿porque me paga? No. No estoy allí por eso.

—Encantado, señorita Lago —me saluda YoungBin.

—Igualmente.

Mary solo sonríe y asiente. Es muy guapa. Con el cabello pelirrojo corto y liso, de una altura similar a la mía, aunque más delgada, su ropa es informal: vaqueros y camiseta. Tan coreana como yo.

—¿Cómo están JiMin y JiSeung?

—Bien, están bien.

—¿Les has hablado de lo de la carta?

—Sí. Todo está bien —dice tratando de cambiar de tema. ¿A qué carta se referirá?

—Tu casa está limpia, hice que viniese la señora de la limpieza y te he llenado la nevera —le advierte YoungBin. DoHwan asiente y comenzamos a caminar hacia la salida.

TaeOh me da la mano y con la otra tira de su trolley. Seguimos a los amigos de DoHwan hasta el aparcamiento y llegamos a un vehículo utilitario en el que en la parte trasera hay una sillita de niño pequeño, así que tienen uno, pues debe ser precioso con la mezcla de los dos. YoungBin la desmonta y la mete en el amplio maletero en dos segundos.

El viaje en coche hasta la casa de DoHwan dura casi cuarenta minutos, en los que TaeOh se deja caer sobre mi hombro en el asiento de atrás y me coge de la mano, un gesto que no le pasa desapercibido a Mary; la descubro mirándonos. Sonríe y se recoloca un mechón de cabello tras la oreja.

—Se ve que está muy cansado —me dice en inglés, se nota que es nativa.

—Ha sido un viaje demasiado largo, pero se ha portado muy bien. Aunque él siempre se porta bien —le respondo. Ella asiente con una sonrisa.

—¿Cómo está Suzy? —le pregunta TaeOh.

—Bien, se ha puesto muy grande desde que la viste en Navidad.

—¿Tenéis una niña? —le pregunto y Mary asiente.

—Sí, tiene cuatro años coreanos, tres años internacionales, y es un auténtico terremoto.

—¿Los años coreanos no son como los del resto del mundo? —pregunto con incredulidad.

—¿DoHwan no te lo ha explicado? —Hago un gesto de negación—. En Corea se cuentan los años en los que has estado viva, desde el momento en el que tu madre se quedó embarazada. Por ejemplo, si tu madre estaba embarazada en... 1990, aunque hayas nacido en 1991, cuentan un año más. Más el año actual, aunque aún no lo hayas cumplido.

—Entonces, si yo he nacido en agosto de 1997, cuántos años coreanos tengo.

—Veintiocho.

—No me gustan los años coreanos, me quedo con los internacionales porque acabas de sumarme dos —concluyo provocándole una sonrisa.

—A mí tampoco me gusta la edad coreana —dice Mary—, pero no se lo digas a ellos, la defienden mucho —admite cómplice.

—¿Llevas muchos años en Corea?

—Siete en total.

—¿De dónde eres?

—De Estados Unidos, soy de Abilene, un pueblo de Kansas. La cultura coreana es muy distinta a la occidental, pero se vive muy bien aquí —dice como si tratase de convencerme de quedarme—. Lo peor es estar lejos de la familia, pero bueno, también lo estaba cuando vivía en Estados Unidos, vivía en Washington, a casi dos mil kilómetros de casa. He cambiado las horas de autobús por horas de avión.

—Yo tampoco vivo cerca de mi familia, no a una distancia tan grande, pero llevo años viviendo lejos. Y bueno, les echo de menos, pero estoy acostumbrada.

—A mí me pasa que cada vez me siento más de aquí y menos de allí. Pero no se lo digas a YoungBin o se hará ilusiones de que no pienso volver —dice y veo que él sonríe de medio lado.

—¿Cuando lleguemos qué comida toca? —me pregunta TaeOh en inglés, acurrucándose aún más contra mí. Está agotado.

—¿Tienes hambre?

—Un poco.

—Pues como no sabemos si toca desayuno, almuerzo o cena, tú eliges —sugiero y TaeOh sonríe complacido.

—¿Hace mucho que trabajas para DoHwan?

—No mucho, un mes y un par de semanas. Su anterior cuidadora se lastimó el tobillo.

—Yo no quiero que vuelva la señorita Ji HyeRim, es una antipática —proclama TaeOh, miro los ojos de DoHwan por el retrovisor y descubro que me está mirando. Mary sonríe.

—TaeOh, eso no se dice —le pido.

—¿Por qué no? Ya sabes lo que dicen, los niños y los borrachos siempre dicen la verdad —proclama Mary.

YoungBin nos deja en la entrada de un edificio acristalado de al menos veinte plantas, nos ayuda a bajar las maletas y Mary ocupa el lugar del copiloto.

—Llámame si necesitáis cualquier cosa —dice a su amigo antes de desaparecer por la concurrida avenida.

DoHwan está aún más silencioso que de costumbre, imagino que debido a la preocupación y el cansancio. Arremolina con los dedos el cabello de su hermano pequeño y este le devuelve una sonrisa que rebosa ternura. Caminamos por el amplio *hall* del edificio y un portero acude a nuestro encuentro, nos saluda e imagino que nos da la bienvenida. Me intenta quitar la maleta, pero me resisto. No gracias, le digo en inglés. No necesito que nadie me lleve mis cosas así que subimos al ascensor y en unos minutos estamos ante una puerta sólida de madera con diseño moderno y cerradura más aún, pues al poner DoHwan el dedo índice sobre una pequeña oquedad en el pomo, se abre.

TaeOh echa a correr hacia el interior del apartamento a toda velocidad para acabar tirándose en uno de los dos amplios sofás color cielo del salón. Es una habitación que forma parte de una esquina del edificio y cuyas dos paredes principales son amplias cristaleras con unas preciosas vistas de la ciudad sobre la que ha comenzado a anochecer. Los tonos naranjas y ocres del cielo contrastan con las luminosas fachadas y calles repletas de luces de neón. La decoración es moderna con un toque *vintage* muy personal en lo que se refiere a los muebles, con un aparador bajo de cajones de distintos colores sobre el que está el inmenso televisor, el suelo está enmoquetado en un gris azulado acorde con los tonos fríos de toda la estancia. Me pregunto si la habrá decorado DoHwan.

El salón y la cocina están conectados. A la entrada he visto un dormitorio, aunque no parecía el principal, así que espero sus indicaciones sobre si dejo mis cosas en este, o hay alguno más.

DoHwan abre la nevera y comprueba que hay comida. Después se acerca a mí con gesto cansado.

—Zoe, puedes instalarte en el dormitorio de la entrada.

—¿En el mío? —pregunta TaeOh.

—Sí, pequeño, tú dormirás conmigo.

—¿Y por qué no duerme Zoe contigo y yo duermo en mi cuarto? —pregunta con los ojos muy abiertos tras las gafas metálicas. DoHwan se pone serio y carraspea, a mí me da la risa por lo bajo y le miro con atención para ver cómo va a salir de esta.

—Pero si a ti te gusta dormir conmigo...

—Eso era de pequeño —DoHwan sonríe, rendido. Decido ayudarlo.

—No puedo dormir con tu *hyung* porque ronca —me invento y DoHwan me mira divertido con mi ocurrencia—. Y entonces no podría descansar.

—Entonces yo duermo con Zoe.

—TaeOh...

—Está bien, no me importa.

—¿Estás segura de que no te importa?

—Sí.

—De acuerdo. —TaeOh sonríe llenando los mofletes y echa a correr hacia el dormitorio, dejándonos a solas, uno frente al otro.

—Tengo que ir al hospital, no sé cuánto tiempo pasaré, pediré comida para vosotros...

—No hace falta, puedo cocinar algo. Comida española, no coreana. Pero TaeOh ha probado algunas cosas en mi casa y le gusta. Y sino me las arreglaré para pedir en inglés, no te preocupes por eso, de verdad.

—Gracias —dice forzando una sonrisa. Siento cosquillas, me pone tan nerviosa que no puedo controlarlo.

Se da media vuelta y entra en su habitación. Poco después oigo el sonido del agua de una ducha, e imagino que hay un baño en su dormitorio.

Estoy deseando hacer lo mismo, esperaré a que TaeOh se duerma y me dará una ducha rápida. Le quito los zapatos y le ayudo a acomodarse en la cama con la Tablet. Registro los muebles de la cocina y encuentro botellas de agua, quito el precinto a una para que le resulte más sencilla de abrir, y se la pongo junto a la mesilla de noche. Él asiente con una sonrisa y sigue a lo suyo.

Me apetece algo fresquito, tengo calor. Abro la nevera y veo unos paquetitos de distintos colores de plástico que tienen pintadas bebidas y letras ininteligibles.

—Eso es té de melocotón —dice DoHwan tocando uno de los paquetes amarillos. Siento su presencia en mi espalda, tan alto y fuerte, su aura es como una vibración en el aire que me hace temblar. También puedo oler su perfume, ese que no se parece a nada. Me giro y alzo la cabeza para mirarle a los ojos. Está serio y triste, va vestido con un traje azul marino que le sienta como un guante—. El blanco y azul es café con leche, el rosa y el marrón batidos de fresa y chocolate.

—Prefiero el té —digo tomando la bolsita indicada.

—No sé cuándo volveré, ni siquiera sé si me dejarán verla, supongo que estaré yendo y viniendo...

—¿Y qué vas a comer? ¿Te preparo un bocadillo? —DoHwan me sonríe.

—No te preocupes por mí, sino porque no os falte de nada, tienes la tarjeta de crédito, ¿verdad? —asiento y él me sostiene por los hombros. Me encantaría que me besase, pero sé que no va a hacerlo—. Si necesitas cualquier cosa, llámame. No estaré demasiado lejos, en el hospital

Gangnam Severance, como a un kilómetro hacia el sur. Podéis bajar al parque o...

—Tranquilo, todo estará bien —aseguro. Sus ojos reflejan tanta tristeza que me conmueve. Le abrazo, aprieto el rostro contra su pecho y le rodeo con mis brazos por dentro de la chaqueta, tocando su espalda firme con mis manos. Él me devuelve el abrazo.

—Gracias —dice y siento sus labios posarse en mi cabello en un beso demasiado fraternal.

Capítulo 2

DoHwan

Me asusta lo que estoy comenzando a sentir por Zoe. Ni siquiera puedo pararme a pensarlo porque se me acelera el pulso y mi cabeza comienza a desvariar. Supuse que se trataba de una mera atracción física, pero es algo que va creciendo muy rápido. Demasiado para mí. Su presencia me reconforta, a pesar de que es un auténtico caos. Es un sinsentido, una mujer que nada tiene que ver conmigo ni con mi cultura. Podría tratar de convencerme de que estoy confundido porque TaeOh la adora, pero en mi interior sé que no tiene nada que ver con eso. La pasión que despierta en mi cuerpo va mucho más allá. Zoe provoca que mi cuerpo reaccione al suyo, que se envare y se inquiete, que se relaje y halle la paz y a la vez la anhele. Es una sensación que supera lo físico. No es apropiado, ni correcto, ni siquiera es lógico y sé que le he prometido a mi hermano que me alejaría de ella, pero tenerla tan cerca hace flaquear mi voluntad.

Cuando entro a la sala de espera del hospital la primera persona a la que veo es a mi madre. No sé cómo va a reaccionar, apenas hemos vuelto a hablar desde que me hizo elegir entre TaeOh y ella, entre la que era mi vida hasta ese momento y cuidar de mi hermano pequeño. Hace casi un año desde la última vez que la vi, cuando JiMin y JiSeung le comunicaron que se venían a vivir a España conmigo durante este año que está a punto de acabar. Era agosto y estaba en Seúl disfrutando de las vacaciones estivales, me citó con su secretario personal en su despacho, como si fuese un extraño, y me acusó de influir en mis hermanos para que pospusiesen sus obligaciones en la empresa familiar solo por molestarla. Nada más lejos de la realidad, mis hermanos me habían suplicado que les aceptase en mi casa de Madrid, y a pesar de que esto me enemistaría aún más con ella no dudé en hacerlo después de años viéndonos a escondidas para evitar que tuviesen represalias. Me pidió que les denegase la posibilidad de vivir en mi hogar, a cambio de mejorar nuestra relación personal, y me negué. No iba a interferir en los deseos de mis hermanos por complacerla. A raíz de eso discutí con ambos y les retiró toda asignación económica, aunque meses después les perdonaría por su rebeldía, a ellos sí.

La encuentro mayor y cansada, como si en lugar de un año hiciese una década de la última vez que nos vimos. Me detengo ante ella y se incorpora, rehúye mis ojos, tiene el ceño fruncido y los

labios apretados, le incomoda mi presencia. La saludo inclinándome ante ella, pero hace como si no me viese. Mi tío Hong DaeGon, el menor de los hermanos, está a su derecha sentado en un sofá de piel, con los ojos hinchados de llorar, le saludo también a él inclinándome y me devuelve el saludo. Debo agradecerle que me avisase, ella jamás lo habría hecho.

—¿Cómo sigue? —pregunto a mi tío—. ¿Hay alguna novedad? ¿Los médicos han dicho algo nuevo?

—Que las primeras cuarenta y ocho horas son las más peligrosas. Ha sido un infarto de una arteria importante y aún no se sabe cómo puede evolucionar. Esta mañana intentaron hacerle un cateterismo de urgencia, pero comenzó a desestabilizarse y mañana volverán a intentarlo —me explica.

—¿Puedo entrar?

—Tu tío DaeChul está con ella. Muy típico de ti llegar el último y querer entrar el primero —dice mi madre sin mirarme y sin mostrar la menor emoción.

Me fijo en su ropa, va vestida con un traje pantalón gris, con el cabello recogido en un moño estirado. Nadie diría que ha pasado un día entero en el hospital, como estoy convencido de que ha hecho. Es una mujer elegante, una directiva diligente y en ocasiones despiadada. Recta, firme, poco dada a demostrar afecto, mucho menos debilidades... Entonces pienso en que todos los besos que no nos dio ni a los mellizos ni a mí, nos los dio la tía EunJi.

—Todo saldrá bien, madre —digo porque sé que, bajo toda esa apariencia de entereza, está preocupada.

—¿Tus hermanos están bien? —pregunta.

—Sí, están bien. —No necesito que se preocupe de si yo estoy bien, pero desearía que me lo preguntase, que dejase a un lado el rencor y el odio a mi padre y fuese capaz de ver a TaeOh como un ser puro lleno de amor, tal y como le veo yo. Pero sé que no lo hará, vuelve el rostro hacia el pasillo, sentada en el sillón color crema. Tomo asiento junto a su hermano.

Veo entonces al tío Hong DaeChul caminar en nuestra dirección. Es el segundo en orden de nacimiento y el mayor de los hermanos varones, la mano derecha de mi madre y asesor personal en la empresa desde que se divorció de mi padre. Está serio, pero en su rostro no se refleja la menor muestra de dolor. Cuando nos alcanza, me pongo de pie y me inclino como saludo. Me devuelve el saludo, es un gesto breve, como si mi mera presencia le quemase los ojos. El tío Hong DaeGon me mira y sin palabras nos decimos que nunca cambiará, aún es más hermético y frío que mi madre.

—¿Cómo está? —le pregunto.

—Está despierta. Dice sentirse bien, pero no lo creo. Ha comenzado a decir algunas cosas sin sentido como que quiere ir de visita por Seúl... Y ha preguntado por ti.

—¿Puedo pasar a verla? —insisto. Hong DaeChul mira a mi madre, como solicitándole su autorización antes de responder, ella asiente con los ojos.

—Trata de no alterarla.

—No lo haré.

Mientras camino hacia la habitación indicada por mi tío el corazón me late en los oídos. No sé qué me voy a encontrar, desconozco el aspecto que tendrá, pero sé que verla enferma, abatida,

me hará daño. En cuanto abro la puerta de la habitación sus ojos se iluminan.

—¿Qué haces aquí? —pregunta muy emocionada, la abrazo y me sostiene con fuerza contra su cuerpo.

—¿De verdad creía que puede enfermarse sin que venga a verla, tía? —digo apartándome para mirarla a los ojos.

—Son todos unos exagerados, empezando por la enfermera Lee. La llamé para decirle que me dolía un poco en el pecho y vino a casa con un cacharro con un montón de cables y en nada estaba en el hospital y de allí me trajeron a este otro hospital por culpa de tu madre. En helicóptero me han traído, con lo caro que tiene que ser eso —dice haciendo un gesto de negación. No puedo evitar sonreír ante su preocupación por el dinero, cuando sabe que mi madre y sus otros sobrinos tienen de sobra. Me siento a su lado en la cama.

—¿Y por qué la cambiaron de hospital?

—Porque según tu madre este es el mejor hospital para hacerme una cosa en el brazo que llega hasta el corazón.

—Un cateterismo.

—Sí, eso. Lo han intentado y no pudieron porque mis venas están rígidas como el bambú seco. Así que me han traído hasta aquí para nada, con lo lejos que está mi casa. Pero tú me vas a llevar de vuelta, ¿verdad?

—Sí, claro, en cuanto nos autoricen los médicos.

—¿Y los médicos qué saben? Si este dolor ya lo he tenido otras veces y se me pasaba solo...

—Arrugo el entrecejo, así que ha estado callándoselo—. Porque no era de importancia.

—Tía, no haga esas cosas. Tiene que dejar que la revisen bien y hacer caso a los médicos.

—Y lo estoy haciendo, pero quiero irme a casa ya —dice rascándose la cabeza, tiene el moño deshecho con el cabello blanco suelto sobre los hombros—. Estoy bien, de verdad. Habla con los médicos y vámonos a Daechon.

—No puede ser. Hasta que no nos lo autoricen.

—¿Y si me escapo? —sugiere con una sonrisa pícaro que llena sus mejillas de arruguitas.

—Mi madre está fuera.

—¿De verdad crees que voy a tenerle miedo a mi sobrina gruñona? —sugiere haciéndome sonreír—. ¿Te ha hablado?

—Poco. Pero está bien, no pasa nada. —No quiero que sufra por ello, aunque sé que lo hace.

—Es una de las cosas que tengo que arreglar antes de morirme.

—No hable así tía. Va a vivir muchos años más —digo y vuelvo a abrazarla, he tenido demasiado miedo de no poder hacerlo.

—¿Y los mellizos cómo están?

—Bien, ellos están perfectos.

—Hazme una fotografía para que se queden tranquilos, seguro que están preocupados por nada. —La obedezco. Nos hago una fotografía juntos y la envío a mis hermanos.

—¿Y el pequeño? ¿Cómo está? ¿Lo has traído contigo?

—Está bien, muy mayor. Lo he traído, aunque no al hospital.

—¿Y quién lo está cuidando ahora?

—Una chica, su cuidadora en España.

—Zoe —oír su nombre de labios de mi tía provoca que me dé un vuelco el corazón, cómo puede saber su nombre. Mi rostro debe reflejar mi sorpresa—. No soy bruja, TaeOh me ha hablado de ella en sus mensajes. Dice que la quiere mucho.

—Y ella a él, han encajado muy bien.

—Con ese nombre no es coreana, ¿verdad?

—No, es española. Es muy buena chica, es dulce y cariñosa, paciente e inteligente. Un poco desordenada, bueno, bastante, e impuntual, pero se preocupa por él.

—Vaya. Creo que es la primera vez que me hablas de una mujer —sugiere con una sonrisa pícar—. Quiero conocerla.

—Claro, cuando salga de aquí la llevaré a casa y la conocerá.

Capítulo 3

Zoe

Son las ocho y media de la tarde, hora coreana. Calculo hacia atrás siete horas mentalmente, la una y media de la tarde en España. Las chicas y Bruno me han mandado un mensaje pidiéndome que les llame en cuanto pueda para contarles como están las cosas. TaeOh ha intentado dormir, está cansado, pero no ha podido, cosas del *jet lag*. Se ha duchado, le he ayudado a ponerse el pijama y se ha relajado, está viendo dibujos animados en la televisión de nuestro dormitorio.

Está tranquilo así que me decido a llamarles y hago una videollamada grupal. Raquel está en la cocina, comiendo macarrones, Pepi en el coche, ha debido estacionar en el arcén para atender la llamada, Lucía, en uno de sus hospitales y Bruno, en el trastero del gimnasio en el que trabaja.

Hablamos un rato, e incluso les hago un breve tour por el salón, el baño y el dormitorio en el que descansa TaeOh. Alucinan con las vistas de Seúl. Sobre todo Bruno, que se queda extasiado con la imagen nocturna de la ciudad a través de las grandes cristaleras del salón.

«Me muero de envidia», me dice.

Pepi tiene prisa porque debe recoger a los niños en el colegio, Raquel termina los macarrones y se vuelve al estudio, apenas ha hablado, está aún de duelo post ruptura, y Lucía me pide que tenga cuidado pero que, a la vez, disfrute todo lo que pueda.

Cuando terminamos de hablar Bruno me devuelve una videollamada, por un momento creo que se ha confundido hasta que veo una expresión extraña en sus ojos.

—Hola, ¿qué te pasa? —le pregunto sin rodeos.

«Hoy no he podido quedar con JiSeung».

—¿Y eso?

«DoHwan les ha puesto vigilancia», afirma dejándome sorprendida.

—No te entiendo. ¿Cómo que les ha puesto vigilancia?

«Un tipo lo acompaña a todas partes ahora. Al parecer lleva meses recibiendo amenazas y las últimas han sido más graves o algo así y ha puesto vigilancia a JiMin y a él».

—No tenía ni idea.

«Pues sí. La policía lo está investigando, creen que puede ser algún empleado descontento, pero aún no saben nada y les han puesto seguridad privada. Estoy muy preocupado».

—No sé qué decirte, DoHwan no me ha contado nada. Aunque hace unos días tuvo una conversación rara por teléfono en la que hablaba algo de la policía...

«Supongo que vosotros estáis seguros ahora. Yo estoy de los nervios. Si a JiSeung le sucede algo, me muero».

—No te preocupes, seguro que encuentran enseguida al culpable —digo para tratar de

tranquilizarle, cuando acaba de entrarme un dolor en el estómago de la impresión.

Cuando vuelvo al dormitorio TaeOh se ha dormido, así que aprovecho para darme una ducha rápida y me pongo el pijama. Me meto en la cama y no puedo evitar pensar, ¿cómo estará la tía EunJi? ¿Por qué DoHwan no me ha contado nada de las amenazas?

Capítulo 4

DoHwan

La recepción de un mensaje me hace despabilar. Me he quedado atontado sobre el hombro de mi tío Hong DaeGon. Mi madre se ha marchado hace un rato a descansar junto con el tío Hong DaeChul, los doctores nos dijeron hace un par de horas que hasta el día siguiente no podríamos volver a ver a mi tía, pero no he venido desde tan lejos para marcharme a descansar a casa. Me siento más cerca de ella allí, en esta pequeña sala de espera del hospital, a solo un pasillo de distancia.

Tomo el móvil y lo miro, descubro con ilusión que se trata de Zoe. Acaba de enviarme una foto del pequeñajo, dormido, y está escribiendo algo.

Zoe: *Le ha costado un poco pero ya está frito. Y tú, ¿cómo estás?*

Sonrío. Esa preocupación por mi bienestar me entenece.

Yo: *Bien, agotado.*

Zoe: *¿Has comido algo?*

Sonrío. Es tan... mamá de todo el mundo.

Yo: *Sí. Y tú, ¿has comido algo?*

Zoe: *Claro. En la nevera hay comida para un regimiento.*

Me apetece verla, necesito verla, su mera imagen me ayudará a sobrellevar la larga noche que me espera. Busco mis auriculares en el bolsillo de mi chaqueta, me los pongo y situándome en el sillón más alejado de mi tío para no molestarlo pulso el botón solicitando una videollamada, tarda unos segundos en aceptarla y dudo si he sido demasiado atrevido. Cuando descuelga puedo ver su cabello rizado tan alborotado como de costumbre, húmedo, ha debido darse una ducha. Está recostada contra el cabecero de la cama, vestida con una camiseta gris de tirantes y no puedo evitar percibir que no lleva sujetador. El contorno de sus pezones se marca en la prenda y es una imagen que me encanta.

—Ey. Hola.

—Pensé que sería mejor que hablásemos así. Si no te importa.

—Claro que no. Mira —dice mostrándome a TaeOh que duerme tranquilo a su lado.

—Gracias. Si necesitas cualquier cosa...

—Tranquilo. Tienes cara de cansado.

—Tú también. —Sonríe y se le marca un hoyuelo en la mejilla derecha.

—¿Cómo está tu tía?

—Pues trataron de hacerle el cateterismo, pero no pudieron acabarlo porque sus arterias están muy obstruidas, aunque hablando con ella parece que esté bien.

—¿Has podido verla?

—Sí. Hemos estado unos minutos juntos en los que no ha parado de pedirme que la saque de aquí —Zoe sonríe. Su sonrisa es preciosa.

—Normal. Estar en el hospital nunca es fácil. Mi padre sufrió un infarto hace unos años y lo pasó peor por los días que tuvo que pasar ingresado que en el procedimiento del cateterismo. ¿Vas a quedarte toda la noche?

—Sí. Quiero estar aquí para las visitas de la mañana.

—¿Y tu madre? ¿La has visto?

—Sí.

—¿Y qué tal?

—Sería, distante... Como siempre —Zoe arruga el ceño, no quiero que se preocupe por eso, ella tiene el don de preocuparse por todos—. Bajando la calle hay una cafetería muy buena en la que podéis desayunar por la mañana, se llama Knotted, es de estilo occidental...

—DoHwan.

—¿Qué?

—Deja de preocuparte por nosotros, nos las apañaremos bien, de verdad. —Asiento. Lo sé y que TaeOh esté con ella me tranquiliza, pero no puedo evitar pensar en su comodidad. No quiero que les falte nada—. Todo va a salir bien, te lo prometo —asegura. Asiento, lo dice tan convencida que quiero creerla.

—Gracias. Intenta dormir un poco.

—Lo haré, y tú también. Descansa —me pide, aunque no creo que sea posible.

—Buenas noches, Zoe.

—Buenas noches, DoHwan.

La noche se hace tan eterna como lo son las noches en el hospital, la preocupación porque se repita el infarto no me deja apartar de mi mente la posibilidad de perderla y es una sensación horrible. A pesar de que ha mostrado sentirse bien en mi presencia sé que se ha hecho la fuerte para no preocuparme.

Por la mañana mi madre regresa antes de la hora de visitas, es su turno y el del tío Hong DaeGon de verla, así me lo hace saber nada más llegar. El tío DaeGon entra primero y pasa unos minutos con ella, después lo hace mi madre, pero vuelve enseguida y cuando lo hace tiene los ojos enrojecidos, como si hubiese llorado.

—Tu tía quiere que pases tú a verla —me dice casi en un reproche.

—¿Ha sucedido algo?

—No. Me ha pedido que entres tú en mi lugar.

Mi tío Hong DaeChul me fulmina con la mirada, pero no tengo la culpa, al menos no de que prefiera verme a mí. Y entiendo que le duela, porque al fin y al cabo es una segunda madre para ella y la quiere, pero si mi tía quiere verme por supuesto que entraré.

Cuando lo hago la encuentro sentada en la cama, con expresión contrariada, oyendo a un joven

doctor explicarle algo. No es el mismo que nos dio el parte la noche anterior, este parece más joven.

—Buenos días —los saludo. Mi tía sonrío al verme y me llama a su lado, camino los pasos que nos separan y tomo su mano—. ¿Suced algo?

—Buenos días, soy el doctor Kim, estoy explicándole a la señora Seon EunJi que si accede a realizarse un nuevo cateterismo lo haremos entre dos equipos y en unas circunstancias controladas.

—No me lo van a hacer —responde mi tía decidida, la miro sin entender aún qué sucede—. No van a volver a pincharme ni a meterme eso por dentro de las venas, ya fue suficiente con una vez —dice mostrándome el tremendo hematoma morado que le recorre desde la muñeca hasta el codo del brazo derecho.

—Señora Seon, si no se realiza el procedimiento esas arterias seguirán atascadas y forzando el corazón y dañándolo.

—Mi corazón tiene ya noventa y tres años, es normal que esté viejo y torpe. Pero su compañero me explicó que mis arterias son como cañas de bambú seco, no son flexibles, ¿por qué iba a funcionar ahora? —pregunta al joven doctor y este sube la montura de sus gafas sobre el puente de la nariz antes de responderle.

—Porque utilizaremos una fresadora que irá abriendo paso a la guía en la arteria...

—¿Y si mi arteria se rompe? —El doctor baja la mirada.

—Sería fatal.

—Pues por eso, quiero morir en mi casa, no en una mesa de operaciones. Por favor, vaya arreglándome los documentos que me quiero marchar —dice convencida, el doctor está incómodo por su negativa.

—¿Qué posibilidades hay de que salga bien? —le pregunto.

—Cincuenta por ciento.

—Y si no se lo hace, ¿puede aguantar así un tiempo?

—No se sabe cuánto...

—Por favor, déjenos unas horas para pensarlo y le responderemos esta tarde —pido. El doctor asiente y abandona la habitación. La tía EunJi se acicala el cabello cano con los dedos.

—¿No tendrás un peine por casualidad? —me pregunta. No voy a dejar pasar el tema.

—Te compraré uno.

—No puedo irme del hospital con la cabeza como un erizo —afirma y me mira a los ojos con dulzura—. No vayas a intentar convencerme porque estoy en mis cinco sentidos y no pienso volver a dejar que me pinchen —me dice.

—Haremos lo que tú quieras, tía. Respetaré tu decisión, aunque piense que quizá no es la más adecuada.

—DoHwan, yo sé que tú quieres que viva eternamente, pero he vivido más que todas mis compañeras de sufrimiento, porque se lo prometí a ellas, y por mi familia, por vosotros, por ti y tus hermanos que os convertisteis en mi motivo para seguir adelante. Pude volver a mi casa y he tenido unos añitos para mí misma, para hacer y deshacer con libertad todo lo que me ha dado la gana sin que me faltase de nada gracias a ti. El inicio de mi vida fue muy duro, pero he vivido suficiente como para disfrutar todo lo que la naturaleza me trajo después. Así que, si me muero mañana, o pasado mañana, no sufras, puedo decir que he vivido y he sido feliz —afirma con una sonrisa tierna y no puedo evitar que las lágrimas recorran mis mejillas, ella sonrío y las limpia con sus manos. No me perdonaría insistirle y que falleciese en la mesa de operaciones, pero

tampoco quiero que se marche a casa sin más, con esa bomba de relojería en su pecho—. No llores, que te pones muy feo y no te van a querer las chicas.

—A mí no hay chica que me quiera —bromeo y ella se echa a reír.

—Claro, que me voy a creer eso. ¡A saber cuántos corazones rotos vas a dejar en España! ¿Son guapas las mujeres de allí? —me pregunta con cara de pilla, y asiento—. ¿Hay alguna especial? —sugiere arrugando la frente en un acordeón de arrugas, y asiento.

—Hay una, pero hay un problema con ella.

—¿Qué problema?

—No solo me gusta a mí, también le gusta a JiMin —confieso, ella da un manotazo al aire.

—¿Eso es un problema? A JiMin le gustan todas, su lista de conquistas es más larga que mi factura del médico —bromea haciéndome reír—. Además, en ese caso tendrá que decidir ella, ¿no? ¿Lo sabe?

—No lo sé.

—¿Cómo puedes no saberlo? ¿Le has dicho que te gusta? —Hago un gesto de negación. Me resulta extraño estar hablando de esto con ella, pero en las circunstancias en las que estamos no soy capaz de decirle que no a nada—. Ay, mi DoHwan, cuándo aprenderás... Seguro que JiMin sí se lo ha dicho —sonrío, cómo puede conocernos tan bien—. Pues cuéntale tus sentimientos, poco importa que a JiMin le guste ella si a ella no le gusta JiMin y le gustas tú. O, al contrario. Y el hermano que no salga elegido, que digiera la derrota con arroz, en el corazón nadie manda. —Ojalá fuese tan fácil, digo para mí.

Cuando una de las enfermeras entra a avisarme de que el tiempo de visita ha acabado me despido de la tía con un beso en la mejilla. Hemos hecho una videollamada con JiMin y JiSeung, les avisé con un mensaje antes de entrar y me respondieron ambos a pesar de que en España son las dos de la mañana. También les pregunté cómo les iba con la seguridad privada y los dos me respondieron con emoticonos de enfado.

He recibido un correo electrónico de la agencia de detectives que trata de averiguar el origen de las amenazas en el que me informan de los pasos que están siguiendo para encontrar al culpable: rastreando la dirección de correo electrónico, revisando cámaras de seguridad e investigando los antecedentes de algunos empleados, de los que fueron despedidos y de los que continúan trabajando para la empresa.

Cuando llego a la sala de espera mis tíos y mi madre se incorporan de inmediato para que les cuente si hay alguna novedad. Lo hago, les explico lo que nos ha contado el doctor y la respuesta de mi tía. Como esperaba, mi madre entra en cólera por su decisión.

—¿Y por qué no has hablado con el médico aparte y le has dicho que sí se lo hará? —me dice con mirada acusadora.

—Porque no quiere hacérselo, madre. Y ella es quien decide.

—Ella decide y decide morirse, ¿no? Cuando tiene la posibilidad de que le arreglen las arterias obstruidas y continuar con vida.

—Tiene noventa y tres años, hay riesgo de que sus arterias se rompan al forzarlas.

—Pero se va a morir de todos modos si no lo hace.

—Lo sabe.

—Tengo que hablar con los médicos.

—Los médicos no van a hacérselo contra su voluntad.

—Pues entonces hablaré con ella para convencerla —dice decidida. Tomo asiento junto a mi tío DaeGon. El tío DaeChul está silencioso y pensativo junto a mi madre, es la persona de la que más se fía en el mundo. Si mi tío DaeChul le dijese que saltase de un tren en marcha lo haría, él fue quien la sostuvo y le dijo todo lo que quería oír cuando mi padre la engañó. Lo primero que hizo fue sacarlo de la inmobiliaria en la que trabajaba hasta entonces y nombrarlo vicepresidente económico y encargado de las cuentas de la empresa. En cambio, a mi tío DaeGon que ya trabajaba para ella le dejó en su puesto de jefe del departamento verde, en una categoría muy inferior a la de su hermano recién llegado.

Cuando mi padre decidió vender su cincuenta por ciento de las acciones, el tío DaeChul intentó por todos los medios comprar su parte con dinero de mi madre, para que así la empresa que fundaron entre los dos fuese solo suya, pero mi padre se negó. Poco después nos enteramos de que había sido comprada por un fondo inversor extranjero que deseaba permanecer en el anonimato, pero que nombró a un tipo norteamericano llamado Swan como su representante y administrador. Desde entonces, hace ya siete años, Swan asiste a todas las reuniones del consejo de administración, pero nunca interfiere en nada, y no han podido averiguar a quién pertenece en realidad ese otro cincuenta por ciento. A pesar de los intentos de soborno de mi madre y de las amenazas nada veladas de hundir su carrera de mi tío DaeChul.

—¿Crees que la convencerán? —me pregunta mi tío DaeGon. Hago un gesto de negación.

—Lo tiene muy claro. Y cuando se le mete algo en la cabeza...

—Siempre fue muy valiente. Quizá porque la vida la obligó a serlo, si cualquiera de sus hermanos hubiese tenido que pasar por lo que pasó ella, no lo habrían soportado.

—Hay un refrán que dice que no sabes lo fuerte que eres hasta que tienes que serlo. Y creo que es cierto. Sé que mi madre adora a la tía, tanto como adoraba a nuestra abuela, y sabe lo mucho que ha sufrido, pero no puede intentar obligarla a pasar por un procedimiento que puede costarle la vida porque cree saber lo que es mejor para ella.

—En el caso de tu madre, no es ninguna novedad, siempre sabe lo que es mejor para todos —dice en voz muy baja haciéndome sonreír. Todos le tienen miedo, incluidos mis tíos, hasta DaeChul teme sus arranques y arrebatos de ira, como lo hacía mi padre hasta que la dejó, y mis hermanos a la hora de contarle cualquier cosa. Yo también le temía, hasta que tuve que enfrentarme a ella y el miedo se esfumó, junto con su cariño. Pero para ellos no es tan sencillo, dependen económicamente de ella.

Después de la hora de la comida que paso con un sándwich de la máquina mientras mis tíos y mi madre van a la cafetería a comer, mi teléfono móvil comienza a sonar, lo miro y compruebo sorprendido que se trata de Nam BoMi, la madre de TaeOh. Salgo al pasillo, si mi madre descubre que estamos hablando puede que tengan que intervenirla del corazón a ella.

—Buenos días, Nam BoMi.

—Buenos días, Goon DoHwan, ¿está en Seúl?

—Sí, llegué ayer, ¿cómo lo sabe?

—Porque dio la casualidad de que anoche estuve cenando en Fifty y vi que había luz en su apartamento. Creí que volvíais a principios del verano.

—Y es así. Estoy aquí porque mi tía EunJi está enferma y he venido a verla.

—Oh, espero que esté bien. ¿Se ha traído a TaeOh?

—Sí. Le he traído conmigo.

—¿Y va a estar muchos días?

—No lo sé. Unos cuantos, ¿por qué? —No soporto que dé tantos rodeos, siempre hace lo mismo, trata de obtener toda la información posible antes de contarme qué quiere.

—Porque me preguntaba si puedo quedarme con TaeOh mientras estáis aquí. —La petición me pilla de improviso. Siempre la informo cuando llego a Seúl para que puedan verse, por TaeOh, pero nunca me había pedido algo así.

—¿Y esa novedad?

—Dakho ahora es más grande y no para de preguntarme por él, nos hemos mudado a una casa de campo con piscina y no dejo de pensar lo bien que podrían pasarlo los dos juntos aquí. Solo unos días, el tiempo que estéis en Seúl, por supuesto.

—Y su marido, Koo SungJoon, ¿está de acuerdo? Si le dice una sola palabra más alta que otra a TaeOh tendremos problemas. —No quiero a ese desgraciado cerca de mi hermano, fue por su culpa por lo que Nam BoMi decidió apartarle de su lado y aunque él evita hablarme del tiempo en el que convivieron, por las pocas cosas que me ha contado sé que no le trató bien.

—Está fuera del país en un viaje de negocios, no vuelve hasta dentro de dos semanas.

—Está bien, hablaré con TaeOh y, si él quiere, solo si él quiere, lo llevaré a pasar estos días con vosotros. —La oigo festejar al otro lado del teléfono.

—Gracias Goon DoHwan, muchas gracias.

—No me las dé aún.

Cuando regreso a la sala de espera descubro con sorpresa que hemos recibido una visita. Se trata de mi amiga Yeon HaNeul, su padre ha debido informarla de que estoy en el país. Me preparo para recibir su cariño y para la interpretación de madre perfecta de mi progenitora, quien delante de la hija del dueño de otra de las empresas más influyentes de Corea del Sur fingirá que tenemos una buena relación. Sin saber que HaNeul sabe a la perfección de su desprecio hacia mí, pues es una buena amiga y le pedí consejo, igual que lo hice con YoungBin, antes de aceptar hacerme cargo de TaeOh. Ella me dijo que sería difícil, pero que hiciese lo que me pidiese el corazón y ha estado preocupándose por nosotros con regularidad desde entonces, según mis hermanos porque está enamorada de mí, según yo, por su amistad.

HaNeul me abraza en cuanto atravieso la puerta de la sala, tenerla a mi lado en este momento es muy reconfortante.

—¿Te apetece un café? —me sugiere y asiento, lo cierto es que me vendría bien salir de allí un momento. Caminamos hasta la cafetería del hospital y pido dos cafés. Nos sentamos a una de las mesas rodeados de familiares de otros pacientes y sanitarios en sus descansos.

—¿Cómo estás? —le pregunto, ella sonríe y se lleva un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Bien. En casa estamos todos bien y la clínica dental me va muy bien, así que no puedo quejarme. Solo me va mal en el amor, pero no se puede tener todo, ¿no?

—En el amor te irá mal porque quieres, estoy seguro de que hay muchos chicos en Seúl interesados en ti.

—El problema es que ellos no me interesan a mí —dice mirándome fijamente. No puedo evitar pensar que no es el mejor momento para que, si mis hermanos y YoungBin tienen razón, se declare o diga algo parecido, será mejor cambiar de tema.

—¿Te ha contado mi madre como está la tía?

—Sí, dice que no quiere someterse a una nueva intervención. ¿Y qué vais a hacer?

—Respetar su decisión. Ella quiere convencerla a toda cosa, pero no seré yo quien lo haga. No puedo cargar en mi conciencia esa responsabilidad si algo sale mal. Mi tía conoce los riesgos y ha decidido no intervenir, no tengo nada que hacer más que apoyarla y ayudarla —digo antes de dar un sorbo a mi café—. Supongo que cuando el médico la visite esta tarde se lo dirá y quizá le dé el alta voluntaria.

—Es probable. Sé lo importante que es para ti —dice posando su mano sobre la mía en la mesa, miro sus ojos negros. HaNeul es muy atractiva, mucho, siempre fue el objeto de deseo de los chicos de nuestra clase en el instituto. Sé lo feliz que haría a mi madre que saliésemos, no porque sea una buena chica, que lo es, sino por de quién es hija.

—No estoy preparado para perderla, pero no por ello puedo tratar de que haga algo en contra de su voluntad.

—Lo entiendo. ¿Y tus hermanos cómo están?

—Bien. Los tres.

—TaeOh debe estar enorme.

—Lo está. Ahora iré a verle, en cuarenta minutos es la hora de visitas otra vez y cuando acabe me pasará por casa para decirle que su madre quiere llevárselo unos días.

—¿Está solo en tu casa?

—No. Su cuidadora ha venido con nosotros.

—Ah, la señorita Ji HyeRim, recuerdo que mi padre te la recomendó porque es conocida de unos amigos que viven en España.

—No, la señorita Ji HyeRim está de baja, mientras le cuida una chica española, se llama Zoe —respondo tratando de ser lo más neutro posible y me llevo el café a los labios y le doy un nuevo sorbo. HaNeul enarca una ceja.

—¿Muy joven?

—Veintiséis años.

—¿Y estás contento con ella? Ya sabes lo que dicen, los jóvenes no tienen paciencia —afirma.

—Pues tú eres joven y tienes bastante —le rebato, ella sonríe y me saca la lengua.

—No creas, debe ser que la tengo contigo nada más —bromea.

En el siguiente turno de visitas pasan a ver a mi tía mi madre y mi tío DaeChul. Mi madre regresa llorando, según le cuenta a mi tío DaeGon es porque no ha podido convencerla de que se realice la intervención. Pero me temo que además le habrá sacado el tema de su mala relación conmigo por lo afectada que parece. El doctor vuelve a salir y nos informa de que si sigue estable mañana le realizarán una analítica y si sale bien le darán el alta para que continúe sus cuidados en casa. Además, nos pide que nos marchemos a descansar, la tía EunJi está estable y no hay motivo por el que pasemos otra noche en la sala de espera. Acepto a regañadientes, HaNeul trata de convencerme de que es lo mejor, así por la mañana estaré más fuerte para poder atenderla. Aún no hemos hablado de un tema espinoso y es... ¿quién de nosotros se hará cargo de ella? Estoy convencido de que mi madre pretenderá hacerlo en su domicilio con una docena de cuidadoras, pero también de que la tía se negará a dejar Daecheon. Mañana también será un día complicado.

—¿Te acompaño a casa y así veo a TaeOh? —sugiere HaNeul, y acepto. Tengo que tratar con

él otro tema espinoso, si desea o no pasar unos días con su madre.

Capítulo 5

Zoe

Son las diez de la mañana cuando alguien llama a la puerta del apartamento, mi Bichito aún duerme, sé que si se tratase de DoHwan no necesitaría hacerlo porque abre con su huella dactilar así que no tengo ni idea de quién puede venir a visitarnos. Y el hecho de que, sea quien sea, lo más probable es que no podamos entendernos me agobia un poco, pero decido comprobar de quién se trata. Me tranquilizo al descubrir por la mirilla que se trata de YoungBin, el mejor amigo de DoHwan.

—Buenos días —me saluda con una sonrisa al abrir la puerta. Va muy elegante vestido con un traje y trae una mochila de piel.

—Buenos días.

—Acabo de visitar a un cliente y he decidido pasarme un momento por si necesitáis algo.

—Eres muy amable —digo haciéndome a un lado. Pasa al interior de la vivienda—. TaeOh aún duerme y hay mucha comida en la nevera. ¿Sabes algo de DoHwan o de su tía?

—Esta mañana temprano le pregunté por un mensaje y me dijo que hasta que no pase el médico no volverán a informarles de nada, pero al parecer está estable. —El amigo de DoHwan es bastante atractivo, comparten algunos rasgos como la nariz recta y algo ancha y los ojos grandes. Pero, para mi gusto, DoHwan es mucho más guapo, tiene ese aire, ese porte masculino perdonavidas que me encanta.

—¿Te apetece un té?

—Lo cierto es que sí, si lo tomas conmigo —asiento, la verdad es que no me vendría mal—. Yo lo prepararé, creo que sé bien dónde están las cosas. ¿TaeOh se encuentra bien?

—Sí, está cansado del viaje, pero está bien.

Me siento en uno de los bancos de la isleta de la cocina. YoungBin se mueve por la cocina con soltura encontrando el calentador de agua, las bolsas de té, las tazas... Ha debido colocar él la compra, o visita con frecuencia a su amigo.

—¿Con leche?

—Sí. Un poco.

—¿De vaca?

—De avena si hay.

—Claro que hay, es la favorita de mi *hermano* —dice mirándome con toda la intención y comienzo a cuestionarme si DoHwan le habrá hablado de mí, de cuando nos besamos.

—La probé por primera vez en su casa.

—¿Hace cuánto trabajas para él? —Va a hacerme un interrogatorio, eso me está quedando claro.

—Seis semanas.

—Pareces muy integrada en la familia. —Su tono de voz delata que tiene toda la intención de saber quién soy en realidad para su amigo y quién es su amigo para mí. Pero ni yo misma lo sé, así que no voy a decirle nada.

—TaeOh es un niño adorable y me ha acogido con mucho amor. Yo también le quiero mucho.

—Y mi amigo... ¿también es adorable? —pregunta y sin poder evitarlo desvío la mirada, está poniéndome a prueba, mis amigos también lo harían.

—Tiene sus momentos. Aunque la mayor parte del tiempo es un cascarrabias. —YoungBin se echa a reír, pienso que mi respuesta le ha sorprendido.

—Veo que le tienes calado —dice entre risas. El agua ya está caliente, así que sirve mi taza y la suya—. Mi amigo no ha tenido una vida fácil, desde muy niño ha sido el más responsable, el más fuerte, el que siempre cuidaba de sus hermanos pequeños. Ha crecido preocupado por el bienestar de los demás, del de sus padres, de sus abuelos, de la tía EunJi. Cuando su padre les abandonó su madre cargó sobre sus hombros el peso de toda la familia y luchó por convertirse en el hijo que ella esperaba para honrarla —relata mientras introduce las bolsitas de té en el agua hirviendo—. Se formó para hacerse cargo de la empresa tal y como esperaban de él, y entonces su padre, antes de morir, le encargó que cuidase de su nuevo hermano pequeño, provocando que su madre le hiciese elegir entre la vida que había llevado hasta ese momento, con ella, los mellizos y la empresa, o ese nuevo hermano. Y su futuro como heredero de la gran empresa se desmoronó. Alguien que se suponía que debía tener una vida perfecta, de pronto, se quedó sin trabajo y sin recursos económicos.

—Lo sé, me lo ha contado. —YoungBin eleva las cejas en un gesto que delata su sorpresa—. De todos modos, no creo que exista una vida perfecta. Es una falacia que nos venden en las películas. Los seres humanos somos imperfectos, todos tenemos aristas escondidas, debilidades y daños que nos hacen únicos y diferentes —afirmo removiendo mi cucharilla en el té, saco la bolsita, la escurro y le añado una pastilla de endulzante.

—¿Todos?

—Todos. Ya seas rico o pobre, guapo o feo, alto o bajo, listo o torpe, la vida te va dando forma a base de golpes.

—¿Solo los daños nos moldean? ¿Y la felicidad?

—La felicidad es un beso en los labios con los ojos cerrados, una sucesión de instantes que acarician el corazón y te hacen sonreír. También nos moldea, cuando la encontramos y cuando la perdemos. Ambas cosas suelen estar en nuestra mano —digo convencida, él asiente reflexionando sobre mis palabras—. DoHwan me había contado que debió elegir entre su hermano pequeño y su madre, imagino que cuando se quedó sin dinero y sin trabajo, debió ser muy duro para él.

—Lo fue, pero salió adelante luchando. Como sabrás DoHwan trabaja para KMobile, la empresa es propiedad del padre de una amiga de nuestra adolescencia, Yeon HaNeul. Ella hizo que su padre le entrevistase para un puesto de asesor, con su formación era el más bajo al que podía acceder. Superó la entrevista y en dos años ya era Jefe Junior. Nadie le ha regalado nada, trabajó muchísimo para conseguirlo. De ahí aceptó el reto de convertirse en director de la empresa en España, y hasta hoy. —YoungBin se sienta en otro de los bancos altos, frente a mí.

—¿Cómo os conocisteis?

—En el instituto. Los tres estudiamos juntos, HaNeul, DoHwan y yo coincidimos en la misma clase. Después DoHwan y yo decidimos compartir apartamento en la universidad, él estudió máquetin internacional y yo derecho.

—Eres abogado.

—Sí, trabajo para la empresa de la familia de DoHwan. Aunque estuve a punto de marcharme cuando su madre le despidió.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque él me lo pidió. Quería que me quedase para poder saber cómo se encontraba su madre y ayudarla a salir adelante.

—Es terrible —digo para mí. YoungBin me observa con curiosidad mientras da un sorbo a tu té, no me entiende—. Se preocupa tanto por todo el mundo... Su madre le echa, pero su preocupación es que esté bien cuidada por su mejor amigo.

—Así es él —sentencia con una sonrisa—. Tú también has sido muy generosa viniendo de tan lejos para acompañarlos, haciendo a un lado a tu familia y... ¿pareja? —Así que quiere saber si tengo pareja. En otras circunstancias quizá le habría engañado por el mero hecho de ser tan curioso, pero no quiero un malentendido, no en este momento.

—No tengo pareja. Y para mí haber venido con ellos carece de mérito, me necesitan y aquí estoy.

—Me caes bien, señorita Lago. Me gustas —afirma asintiendo con expresión relajada.

—Gracias.

—Bueno, tengo que marcharme, se hace tarde. —Se pone en pie, hago lo mismo, dispuesta a acompañarle a la puerta—. No hace falta, sé el camino. Aquí está mi número —dice sacando una tarjeta del bolsillo interior de su chaqueta—. Si necesita cualquier cosa, llámeme.

—Gracias.

Capítulo 6

Zoe

Han pasado más de veinticuatro horas desde que DoHwan se marchó al hospital. Son las ocho de la tarde y TaeOh y yo nos las hemos apañado bastante bien. Desayunamos en la casa, a la española porque le hice una tortilla, aunque le serví algo de kimchi que había en la nevera. Los dos estamos hartos de estar encerrados así que le propuse bajar al parque que veíamos desde las cristaleras a dar una vuelta.

El apartamento de DoHwan está situado en un edificio alto, rodeado de otros más bajos. Había mucha gente caminando arriba y abajo y nos dirigimos hacia el parque. TaeOh iba saltando y corriendo, riendo y mirando todo con ilusión. Está feliz de estar de vuelta.

Nos acercamos a un monumento de color bronce de dos manos unidas por las muñecas, como si una sostuviese a la otra.

—Qué bonito —dije y TaeOh me miró y sonrió—. ¿Es un monumento a la paz? ¿O a la hermandad de las dos Coreas?

—Gangnamstyle.

—¿Qué? —TaeOh buscó algo en su móvil y una música familiar comenzó a sonar.

Eeeee, sexy lady. Opp, opp, opp, opp, oppangangnam style... Se trata de la canción de PSY que se hizo tan famosa que recorrió el mundo entero hace una década.

TaeOh comenzó a hacer el baile de la canción y me llamó para que hiciese lo mismo. Me animé y me puse a su lado, pronto una pareja que pasó comenzó a grabarnos con el móvil y otro par de chicas rieron tapándose la boca y nos aplaudieron con timidez. Cuando la canción acabó la decena de espectadores nos aplaudieron y nos hicimos un selfi con el monumento de las manos detrás.

Recorrimos todo el espacio y descubrimos una panadería en la que compré un pan de queso y ajo que se le antojó a TaeOh, pero que probaríamos en la casa porque era la hora de comer. Me entendí con la dependienta con ayuda de mi pequeño Bichito, al igual que en el restaurante en el que paramos a comer. Pedimos varias cosas y una camarera muy joven y amable nos atendió con amabilidad infinita cuando traté de pedir poco picante en mis platos. Solo que poco picante para ellos es como comerse un jalapeño a secas, al parecer.

Después de almorzar TaeOh comenzó a tener sueño y ganas de una siesta. Así que nos volvimos al apartamento, el portero nos saludó con una sonrisa y cuando cogimos el ascensor iba quedándose dormido sobre mi cadera. Entré con él en brazos y le dejé sobre la cama.

Guardé el pan de ajo en uno de los cajones de la cocina y fui a darme una ducha para ponerme

fresquita.

Estoy secándome el pelo en pijama cuando oigo que la puerta de entrada se abre. Por ella aparece DoHwan, salta a la vista que está tremendamente cansado, me hace una ilusión enorme verle llegar que se apaga de sopetón al descubrir que no viene solo. Le acompaña una chica preciosa, con el cabello largo y negro, lacio como una cortina de satén, muy menuda, que me repasa de pies a cabeza con la mirada. No me extraña, mi pijama de ositos sin sujetador y mis sandalias, nada tienen que ver con su traje pantalón de firma y sus taconazos. Aunque creo que estaría igual de guapa con un saco de patatas.

DoHwan sonrío a pesar de su agotamiento y camina hacia mí. Me fijo entonces que trae varias bolsas cargadas de comida.

—Buenas noches, Zoe.

—Buenas noches, ¿cómo está tu tía?

—Mejor, ahora te cuento. ¿Dónde está TaeOh?

—En el dormitorio. Se quedó dormido cuando llegamos sobre las seis, y no he sido capaz de despertarle.

La joven mira en todas direcciones y dice a DoHwan algo en coreano, él le responde y ella vuelve a decirle algo, le miro haciéndole ver que no les entiendo.

—Ella es mi amiga, la señorita Yeon HaNeul, me ha preguntado por TaeOh, le he dicho que está dormido y me ha dicho que entonces esta noche no dormiré —traduce para mí. Le sonrío a la señorita Qué-lista-eres-maja y ella me devuelve una sonrisa más falsa que una moneda de tres euros—. HaNeul, ella es la señorita Zoe Lago, Zoe, ella es Yeon HaNeul —nos presenta en inglés. Yeon HaNeul me saluda con un leve gesto de asentimiento que imito. DoHwan pasa hacia el interior de la casa y ella le sigue. Me quedo en la puerta del salón, él pone las bolsas sobre la isleta de la cocina y saca de estas varias fiambreras de plástico, también bebidas—. He comprado comida, no sabía qué te apetecería y he comprado noodles con gambas y pescado, para TaeOh he comprado arroz con kimchi —me dice y asiento.

—No sé si cenaré, ha comido mucho a medio día —digo.

—¿Cenamos ya? Estoy muerta de hambre —le dice HaNeul en inglés. DoHwan se deshace de la chaqueta, la dobla y la deja sobre su antebrazo.

—Voy a darme una ducha primero —dice y se marcha hacia su dormitorio.

La joven se queda mirándome un instante, como si estuviese analizándome, así que lo mejor será que me encierre en la habitación con TaeOh para así poder ofrecerles algo de intimidad.

—¿Cómo es tu apellido? —me pregunta, acercándose a mí en un par de pasos.

—Lago —repito, a mí no se me ha olvidado su nombre, cuestión de reflejos mentales.

—Señorita Lago, ¿sería tan amable de calentar la comida para nosotros y servirnos? El señor Goon viene muy cansado, han sido muchas horas en el hospital —me pide con una arrogancia que no me gusta lo más mínimo y me dan ganas de decirle que no soy su asistente, que se lo caliente ella con el... poderío de sus manos con perfecta manicura. Pero no quiero sacar mi genio, no es el momento, así que vuelco las fiambreras de noodles y arroz en un par de ollas y las caliento al fuego mientras ella mira su teléfono móvil sentada en el sofá. Si es que tengo alma de chacha, no hay otra. Yo y mi problema con el NO, si Lucía me viese me lapidaría.

Sirvo la comida caliente en dos cuencos grandes y pongo un par de platitos, HaNeul me mira de reojo a cada tanto.

—Gracias. ¿Podría servirme un poco de té helado? —me pide. De perdidos al río, pienso. DoHwan sale del dormitorio vestido con unos vaqueros y una camiseta de tirantes, que deja al

descubierto sus hombros poderosos, lo cual me hace saber el nivel de confianza que se gastan, solo en casa le he visto así. Se me queda mirando, he dejado un bol de arroz sobre la isleta, mira a HaNeul, que le sonríe. Lo mismo lo he servido en el orden incorrecto o vete a saber qu e. Abro la nevera y entonces siento una presencia a mi espalda, no es la primera vez que le tengo detrás de mí, demasiado cerca, de hecho, cada vez que lo hace siento el mismo efecto, se me erizan los vellos de la nuca.

— Se puede saber qu e est s haciendo?

—Servirle a tu amiguita —digo con la botella de t  frío en las manos.  l me la quita con cuidado. Su mano fuerte sostiene la mía contra el frío cristal.

—No eres nuestra criada, eres la cuidadora de TaeOh, que est  durmiendo. Tu obligación empieza y acaba con él, no tienes que servir a nadie —dice con su voz profunda, atravesándome con su mirada de  nix líquido, haciéndome estremecer. Y se aparta con la botella en las manos. Me gustaría decirle que ella me lo ha pedido, pero no soy capaz. Deja el t  ante HaNeul, ella no sabe qu e hemos hablado y est  mirándome como si en mi cara pudiese leerlo.

—Qué rico, t  helado —dice dando pequeños aplausos como una niña pequeña. DoHwan toma asiento a su lado, frente a mí que estoy de pie frente a ellos.

—Zoe, ven, vamos a cenar —me pide DoHwan. Pero no me siento cómoda, no me apetece cenar con mis pintas junto a ella.

—No tengo hambre, si no os importa voy a retirarme a descansar. Encantada de conocerla, Yeon HaNeul —digo y me voy hacia la habitación de TaeOh que sigue dormido.

S  que tendría que despertarlo porque de lo contrario la noche puede ser de lo más movida, pero me tumbo a su lado en la cama. Su frente est  perlada de sudor, est  demasiado abrigado así que le destapo un poco y la limpio, también la nuca y el cuello con la sábana que después bajo hasta la cintura. Enciendo la televisión y a través de la puerta entreabierta los oigo hablar en coreano.

Entonces pienso en lo tontos que son mis celos, s , porque los reconozco, son celos lo que siento de esa chica tan preciosa, tan coreana. DoHwan y yo no somos nada, no tenemos nada y ella es perfecta para él, no s  si para TaeOh, pero, aunque sea por agradar a su *hyung*, lo será. Le beso en la frente y le toco la punta de la nariz, son casi las nueve, será mejor que le despierte, lleva unas tres horas de siesta.  l protesta un poco, pero acaba abriendo los ojos y me sonríe.

—Buenas noches, Bichito,  quieres cenar? Hay noodles y arroz frito en el salón —le digo y sus ojos se abren mucho, le encanta el arroz frito.

—Vale —dice y se levanta de la cama, se estira y se va hacia la puerta—.  T  no quieres?

—No me apetece ahora, quizá un poco más tarde. Y comp rtate, tu *hyung* tiene una invitada. —Arruga la frente mi pequeño antisocial—. Es la señorita Yeon HaNeul —revelo y entonces sonríe, le cae bien.

Me quedo a solas en el dormitorio. S  que no debería sentirme incómoda, pero no puedo evitarlo, y también que debería salir con TaeOh por si necesita ayuda con algo, pero no me apetece. Pasados unos minutos oigo cómo DoHwan y HaNeul se acercan a la entrada y conversan unas palabras antes de que abra la puerta y, supongo, ella se marche.

Ni dos minutos después DoHwan se asoma al umbral del dormitorio en el que estoy, dudo en hacerme la dormida, pero quiero hablar con él por lo que me ha contado Bruno sobre la vigilancia que ha puesto a los mellizos así que me va a tocar mirarle de frente y preguntarle.

— Est s bien? —Asiento y da un paso hacia el interior del cuarto, un par de pasos más le acercan a la cama y me incorporo sentándome en esta, apagando la televisión—. Lo siento si

HaNeul te ha hecho sentir incómoda de algún modo, o quizá te ha incomodado que la haya traído sin avisar.

—Bueno, no estaría de más que me hubieses avisado para vestirme y no recibiros con estas pintas, pero no te preocupes por eso.

—¿Qué pintas? Estás tan preciosa como siempre —dice y me da la risa, lo peor es que parece pensarlo de verdad.

—Estoy horrible, DoHwan, con el pijama y el pelo a lo loco.

—¿Es que querías impresionar a mi amiga? —bromea.

—No, pero tampoco se trata de que piense que tienes contratado al Actor Secundario Bob —digo y entiendo que no ha pillado la comparación—. ¿En Corea del Sur no veis Los Simpsons? —Entiende entonces la analogía por mi melena desbocada y sonrío.

—Claro que sí. Entonces, ¿es por tu aspecto por lo que no has querido compartir la cena con nosotros? —pregunta y no sé qué responder, porque lo cierto es que podría haberme cambiado y cenado con ellos. Así que opto por la verdad.

—No quería interferir en vuestra cena, no sé qué tipo de relación tenéis y temí sentirme incómoda interrumpiéndoo.

—Mi relación con HaNeul es de amistad, nada más. No mantengo otro tipo de relación con nadie —añade detenido a mi lado, a un paso de la cama—. ¿Vas a cenar?

Su preocupación por que me alimente, como si estuviese en los huesos, me hace sonreír.

—Quizá coma algo, pero antes me gustaría hablar contigo —digo ofreciéndole el espacio que queda libre entre ambos para que se siente. Lo hace. Le tengo tan cerca que podría besarle, o intentarlo y convertirme en la Reina de las Cobras. No gracias—. Lo primero, ¿tu tía está mejor?

—Sí. Quizá mañana le den el alta.

—Me alegro.

—Pero no ha querido hacerse el cateterismo y las lesiones siguen ahí. Así que lo más probable es que el infarto vuelva a repetirse.

—¿Y por qué no ha querido hacérselo? A mi padre se lo hicieron y está estupendo.

—Pero tu padre no tiene noventa y tres años y las venas rígidas, necesita un procedimiento muy invasivo que no está dispuesta a hacerse —revela con pesar.

—Vaya, lo siento. Hay que entenderla, con la edad que tiene, le preocupará acabar peor de como está. —Él asiente. Está triste, mucho. Aprieta los labios.

—No merece morir en una mesa de operaciones, es algo que le produce mucho miedo, y a la vez, no estoy preparado para perderla, aún no —afirma con la voz mecida por el dolor. Miro sus ojos, están llenos de lágrimas no derramadas. Me acerco y le abrazo, él entierra el rostro en mi hombro y me aprieta con fuerza contra su cuerpo.

—No tiene por qué morir, quizá dure así meses o años, eso nunca se sabe. Nadie sabe cuándo será su hora, hay que tener esperanza —le digo acariciando su espalda. Siento su rostro pegado a mi cuello, sus lágrimas que humedecen mi piel, sus brazos que me sostienen con fuerza, mis pechos presionados contra su torso de acero. DoHwan se aparta despacio y en su retirada dibuja una línea invisible en mi cuello, en mi mejilla y mi mentón con su nariz.

Y entonces me besa.

Como un resorte que ha sido liberado de sus ataduras su boca atrapa la mía y la devora con besos hambrientos, profundos y cargados de anhelo. Sus labios saben deliciosos, su lengua me invade y conquista cada milímetro de mi boca. Me besa como si llevase demasiado tiempo deseándolo, sosteniendo mi nuca con sus manos, y yo le recibo dispuesta, ansiosa y feliz.

Deseo que este instante sea eterno, podría pasarme horas besándole, pero también soy consciente de que TaeOh está en la habitación de al lado y podría descubrírnos y sería confuso para él así que le doy un par más de besos rápidos, viéndome reflejada en sus ojos y poso una mano sobre sus labios deteniéndole. Él lo entiende sin necesidad de que le diga nada y sonríe. Me mira en silencio como si pretendiese memorizar cada línea de mi rostro. Hay algo que tengo que decirle y que después de este beso me quema aún más en los labios, había decidido hacerlo después de que nos besásemos en el campo de golf, pero todo se torció y no pude hacerlo, pero si JiMin y él hablan no quiero que se confunda.

—Hay algo que quiero contarte.

—¿Qué?

—Quiero que tengas la mente abierta —pido y él arruga la frente en un acordeón de dudas—. La noche que salí con mis amigos y fuimos a ver a los mellizos en concierto la primera vez, JiMin me besó —revelo. Él asiente, pero no parece sorprendido; así que lo sabía, él se lo habrá contado—. Me pilló de sorpresa, con toda la euforia del concierto y de la fiesta, me besó y me quedé quieta.

—¿Él te besó a ti? ¿U os besasteis?

—Él me besó. No lo esperaba. Pero no le aparté, no quise herir sus sentimientos y no lo hice, desde entonces ha estado bromeando con que seremos pareja.

—¿Y qué sientes por él?

—Cariño. Nunca me ha atraído como... como lo haces tú —confieso y él deja escapar una sonrisa contenida.

—Me lo contó. Cuando supo que habíamos cenado juntos me preguntó si había pasado algo entre nosotros y no quise mentirle. Cree que estoy interfiriendo en vuestra relación, que por mi culpa ha dejado de gustarte, y me pidió que me hiciese a un lado.

—¿JiMin te pidió que te alejases de mí? —pregunto y él asiente. Joder, JiMin ¿por qué has hecho eso? Ahora lo entiendo todo, su cambio de actitud, la discordancia entre sus actos y sus palabras... —. No debió hacer eso. Él y yo no tenemos nada. Me besó y debí apartarle, pero, aunque en ese momento no reaccioné de un modo brusco, después, cuando hemos hablado y se ha insinuado le he dejado claro que no le veo de ese modo. Así que... ¿por eso me rechazaste al día siguiente de la cena en el campo de golf? ¿Por eso te apartaste cuando intenté besarte?

—Bueno, tú me dijiste que no había sido nada especial.

—Porque tú acababas de decirme que era un error. No iba a suplicarte que tuvieses nada conmigo, porque esto es... es una locura, porque en un mes te quedarás a vivir aquí para siempre y mi mente me dice que ilusionarme contigo solo va a hacerme daño.

—Yo siento el mismo miedo, Zoe. Y además me preocupa lastimar a mi hermano, pero, entonces, ¿fingimos que no sentimos esto? ¿Esta química? ¿Finjo que no me sudan las manos cuando te toco, que no se me acelera el corazón y se me derripen los labios cuando te beso? —confiesa con naturalidad y es mi corazón el que tiembla. Sostengo su rostro en mis manos y le beso, devuelve mi beso con dulzura y me siento como si flotase en el aire. Nunca nadie me ha besado como lo hace Goon DoHwan, en toda mi vida. Con tanta verdad, con tanta pasión y pureza a la vez y eso me hace feliz, mucho. No sé si esta sensación durará un día, una semana o las que quedan para que vuelvan definitivamente aquí, pero es real, es auténtico y no puedo dejar de vivirlo por miedo.

Capítulo 7

Zoe

A la mañana siguiente DoHwan se levanta temprano para llevar a TaeOh con su madre. Al parecer ayer le llamó y le pidió que le dejase pasar estos días, mientras están en Seúl, con ella. No es lo habitual, según me ha contado y su mayor miedo era que su marido, el famoso artista, estuviese con ellos, pero al parecer no es así. Anoche le preguntó si le apetecía ir y él le respondió lleno de ilusión que sí, que quiere pasar unos días con ella y su hermano pequeño. Viven en una propiedad grande en las afueras de Seúl que tiene piscina y todas las comodidades, aunque sé que mi pequeño Bichito habría dicho que sí aunque viviesen en un piso de treinta metros cuadrados. TaeOh idealiza a su madre y la adora, a pesar de todo. Sé lo difícil que debe resultar para DoHwan apartarse de él estos días, pero es capaz de sacrificarse por hacerle feliz y eso me dice lo mucho que le quiere y lo desinteresado de su amor.

En estas pocas horas, desde que anoche confesásemos nuestros sentimientos, es como si nuestras máscaras se hubiesen caído y nos mostrásemos con total naturalidad el uno con el otro. Es una sensación nueva y excitante que me gusta, me gusta demasiado. Eso ha implicado un par de besos rápidos en la cocina, otro par en el baño y un momento muy sexy cuando me atrapó en el pasillo y me deshizo con sus besos y sus caricias apasionadas escondidos como un par de adolescentes.

Está tomándose un té sentado a la isleta de la cocina cuando le alcanzo, delante de él tiene desplegados varios cuencos con el desayuno.

—Buenos días, señorita Lago —dice formal provocándome una sonrisa.

—Buenos días, señor Goon.

—¿TaeOh está dormido? —me pregunta.

—Sí. Anoche le costó coger el sueño, estuvo viendo vídeos. Yo me dormí antes que él, pero a la una desperté y ya estaba dormido.

—¿Quieres? —sugiere ofreciéndome un poco de ternera de su cuenco con sus palillos, acepto y me la acerca. Me la como y entonces tira de mí y me besa los labios, saben a té y a él, una mezcla deliciosa.

—¿A qué hora has quedado con la madre de TaeOh?

—A las diez. —Mira su reloj de pulsera, son las nueve—. Voy a despertarle y a llevarle, no creo que tardemos más de media hora en llegar, ¿quieres acompañarnos?

—Sí, claro. —No me lo dice, pero sé que es importante para él tenerme a su lado en el momento de la despedida y eso me reconforta.

—Después te traeré y me marcharé al hospital, tengo que hablar con los médicos de los cuidados de la tía EunJi tras el alta. Sé que mi madre está allí junto con mi tío Hong DaeGon, les han dicho que a las doce el médico hablará con nosotros y nos dirán una hora aproximada para el alta. Aunque antes tengo que hablar con ellos sobre qué vamos a hacer con la tía tras el alta.

—¿Qué tal con tu madre?

—Me trata casi como a un extraño y es una situación que no creo que vaya a cambiar.

—Qué pena, de verdad. No puedo entenderlo, mi madre tiene carácter, cuando se enfada hasta las gallinas se esconden en el gallinero, pero estoy segura de que jamás me daría la espalda, aunque fuese la peor hija del mundo.

—No sufras, no sirve de nada. Mi madre no es tu madre, ni es como muchas otras madres, Zoe. Madre es solo una palabra a la que nosotros damos un significado. Mi madre es la tía EunJi, fue ella quien pasó las noches en vela cuidándome cuando estaba enfermo, la que acudía en mi ayuda cada vez que la necesitaba y la que me animó cuando una chica me rompió el corazón a los catorce años yéndose con un chico un año mayor que yo —explica con ternura haciéndome sonreír—. La quiero y la respeto porque me dio la vida y sé que, en el fondo, bajo todas esas capas de orgullo y moralidad hipócrita, también me quiere, el problema es que el día en el que se dé cuenta de que nada de eso sirve lo más mínimo, será demasiado tarde.

—Y los mellizos, ¿has hablado con ellos? ¿Están bien? —pregunto con toda la intención.

—Sí. Están bien, ambos. Ya sabes que les he puesto vigilancia, ¿verdad? —sugiere y asiento—. Imaginaba que te lo habrían contado.

—JiSeung se lo contó a Bruno.

—Ah, tu amigo. Han congeniado bastante bien. —No te imaginas cuánto, digo para mí—. ¿Recuerdas cuando oíste una conversación con mi secretaria mientras estábamos en tu casa? He estado recibiendo amenazas en forma de correos electrónicos, no les había dado importancia, pero he recibido una carta en la que aparecía TaeOh y tú en una fotografía y ahí sí que decidí denunciarlo a la policía. Perdóname por no contártelo antes.

—¿Una fotografía? Vaya, eso sí me asusta.

—Le cogerán, sea quien sea, puedes estar segura.

—¿Tienes idea de quién puede ser?

—Algún empleado descontento con la empresa, supongo. No me ha dado tiempo a hacer otro tipo de enemigos en España —sugiere con una sonrisa.

—No sé cómo puedes bromear con algo así.

—¿Y qué puedo hacer sino? La policía piensa que solo está interesado en mí y que por no haber dado muestras de preocupación ha aumentado el nivel de sus amenazas. Come —me pide poniéndose en pie y sacando un cuenco y un tenedor del mueble, dejándolos ante mí.

—No quiero que os pase nada —digo casi para mí, él posa su mano en mi hombro y me besa en el cabello.

—No va a sucedernos nada, te lo prometo —asegura y le abrazo, entierro el rostro en su pecho. Sus brazos me hacen sentir reconfortada de un modo que no puedo explicar con palabras, podría quedarme a vivir entre ellos.

—¿Quieres que vaya despertando a TaeOh?

—Desayuna primero —me pide.

El tráfico en Seúl es una locura, coches por todas partes y en todas direcciones, estoy

acostumbrada al caos de Madrid, pero esto es mucho peor, o al menos a mí me lo parece, con colas interminables para los accesos y salidas de la autovía. DoHwan se mueve con total soltura entre la marabunta de hormigas de metal. Su coche es un monovolumen bastante grande, con los vidrios tintados y una pantalla táctil en la que aparece su teléfono móvil al conectarlo.

—Si me canso de estar con mi hermano vendrás a recogerme, ¿verdad? —pregunta TaeOh desde el asiento de atrás.

—Por supuesto. ¿Llevas tu móvil y el cargador?

—Sí. Y me sé de memoria tu número y el de Zoe, y el de JiMin y el de JiSeung.

—Entonces no tienes nada de qué preocuparte —dice DoHwan mirándole a través del espejo retrovisor.

—Si en cualquier momento te sientes incómodo o no te apetece estar más allí, nos llamas que tu *hyung* o yo iremos a recogerte —digo y él asiente feliz.

—No me voy a cansar, voy a jugar mucho con mi hermano pequeño.

—Disfruta mucho, de eso se trata, pequeño.

La propiedad de la madre de TaeOh no es una parcelita en las afueras, es un chalet inmenso en una urbanización exclusiva con seguridad privada en la entrada general, cercano al Parque Nacional de Bukhansan. Un muro de tres metros de altura rodea el acceso, aunque el segundo piso puede verse desde la calle. Nos abre la puerta una empleada vestida con uniforme azul y DoHwan la informa de quiénes somos. La mujer nos deja pasar al interior del patio delantero, toma la maleta del pequeño que DoHwan lleva en su mano y nos ofrece seguirla hasta el interior de la vivienda. El salón es como si una bola de discoteca hubiese explotado en el cuarto de una princesa Disney. Todo muy brillante y dorado, con toques rosas en las flores, en los tapizados y en los cuadros. La empleada nos deja allí y se marcha un momento.

Segundos después uno de los Ángeles de Victoria's Secrets entra en la habitación. Ya había visto una fotografía suya en el cuarto de TaeOh, pero no le hace la menor justicia, tiene la cara de una muñeca de porcelana, con los ojos con doble párpado y los labios grandes y carnosos, el cabello negro azabache le alcanza la mitad del pecho. Va vestida con un traje largo hasta las rodillas, de tirantes finos que contornean unas curvas generosas en el departamento delantero. No me extraña que el padre de los Goon se enamore de ella, estoy a punto de hacerlo yo.

TaeOh echa a correr hacia ella y la abraza por la cintura con tanta fuerza que se tambalea, pero lejos de enfadarse se echa a reír. Me fijo entonces que, tras ella, en la pared hay un cuadro en el que aparece con un hombre que debe ser su marido. Es joven y lleva pendientes y el hombro tatuado, se trata de un primer plano, pero al estar abrazados y él llevar un gorro de ala ancha en plan hípster, no puedo verle bien la cara.

Así que tú eres el imbécil que decía que mi Bichito era una molestia, pienso, menos mal que no le tengo delante porque le agarraría de los aretes de las orejas para enseñarle lo que es una molestia de verdad para los de mi pueblo.

La madre de TaeOh dice una palabra en coreano que reconozco, lo cual me llena de orgullo, *kamsahabnida*, gracias. DoHwan le dice algo también en coreano, ella asiente, sin soltar a TaeOh, y nos sonríe. Pregunta algo al pequeño y entiendo que está preguntándole quién soy porque no dejan de mirarme. TaeOh corre a mis brazos.

—Nos vemos en unos días, Zoe, ¿vale? —dice mirándome con los ojos llenos de ilusión.

—Sí, claro, Bichito.

—Cuida de mi *hyung* —me pide provocándome una sonrisa. El mencionado le ha oído y también sonríe. TaeOh se tira a sus brazos y le besa, su *hyung* le devuelve los besos.

—Pórtate bien y no seas cabezota —le pide, él asiente.

—Lo intentaré, pero soy un Goon —responde haciéndonos reír.

Entonces oímos el sonido de una voz infantil que corre hacia donde estamos y un niño de unos cuatro años entra en la habitación como una tromba, cargado de juguetes, seguido de una cuidadora que parece bastante estresada. El pequeño mira a TaeOh con curiosidad y enseguida se acerca a él, la cuidadora se limpia la frente de sudor y se dobla ante nosotros, imagino que disculpándose por la entrada caótica.

DoHwan se despide de la madre de los niños que vuelve a darle las gracias y nos marchamos. Una vez en el coche, se queda parado un instante mirando la planta superior del chalet.

—Va a estar bien —le digo posando una mano sobre la suya que reposa en la palanca de cambios. Él asiente.

—Seguro que sí, pero le voy a echar de menos.

—Yo te cuidaré mientras —le digo y sin pensarlo me acerco y le beso, disfruto del tacto suave de sus labios, del sabor dulce y tierno de su boca. Me encanta besarle, lo haría cada minuto de cada hora de cada día.

—Ya me encuentro un poco mejor —dice cuando me aparto.

—¿Solo un poco? —pregunto y vuelvo a besarle.

—Mucho mejor —confiesa con una sonrisa, su mirada es tan cálida que casi no puedo reconocer en él al hombre que me contrató. Ambos nos parecemos en esa necesidad de no mostrarnos tal y como somos con los desconocidos, de no abrirnos por completo, por miedo a exponer nuestras debilidades. Arranca el coche y nos ponemos en marcha.

—¿Crees que la madre de TaeOh se arrepiente de habértelo entregado?

—Creo que se siente culpable. No dudo de que le quiera, a su modo, pero me ha pedido quedarse con él estos días porque sabe que es algo temporal y limitado, de lo contrario no lo hubiese hecho, estoy convencido. Ella y su marido el rapero pasan meses sin ver a su otro hijo cuando él está de gira, creo que no tienen desarrollado ese sentimiento de necesidad de cercanía. Porque yo puedo trabajar muchas horas al día, demasiadas —admite —, pero sé en cada momento dónde está TaeOh, con quién y cómo está, de lo contrario no podría dormir por las noches.

—Eso era antes de tener una cuidadora que no te informaba de nada —admito con una sonrisa culpable.

—Me informó de lo más importante para su bienestar —dice cogiendo mi mano, y llevándosela a los labios la besa.

—Es preciosa.

—¿Qué?

—La madre de TaeOh. Parece que se ha caído de una revista de moda.

—¿Tú crees?

—¿Tú no? ¿Es que estás ciego?

—No sé, supongo que como le cogí tanta manía desde que supe que estaba liada con mi padre

no la veo tan guapa.

—Pues si buscas *guapa* en el diccionario, aparece su foto.

—¿Y estás segura de que no aparece la tuya? —sugiere provocándome una risa de lo más tonta, pero lo dice muy serio. ¿Se puede ser más dulce? Somos más cursis que un matrimonio de poetas. Besa mi mano, aún presa entre las suyas y acaricia mi dorso con sus labios húmedos provocándome un hormigueo en el estómago. No debería decir esas cosas, ni hacer esas cosas, porque voy a acabar enamorándome de él y tendré un serio problema—. Te dejaré en el apartamento y cuando haya hablado con mis tíos y mi madre te llamaré. Será incómodo, porque mi madre pretenderá hacerse cargo de ella y sé que no lo permitirá. Está convencida de querer volver a su casa y si es así tendré que viajar hasta Daecheon y buscarle allí el soporte necesario para que sea atendida como es debido. Hablaré con su enfermera y lo organizaremos todo. Sé que si hiciese caso a mi madre y aceptase quedarse en Seúl todo sería más fácil, pero también que eso no sucederá, la conozco demasiado bien.

—¿Y si le propones quedarse contigo? Solo te quedan unas pocas semanas en España —admito con pesar.

—También he pensado ofrecérselo como alternativa, quedarse con mi madre hasta que regrese y después venir a vivir conmigo, pero tampoco creo que acepte. No imaginas lo cabezota que es.

—Así que ya sé a quién has salido —me burlo, provocándole una sonrisa.

—No lo sabes bien.

En la radio comienza a sonar una canción que me encanta desde que la oí la primera vez por insistencia de Bruno, se trata de Drive you home, de Jackson Wang y le doy un poco de voz.

—Me encanta esta canción.

—¿Te gusta Jackson Wang?

—Mi amigo Bruno está loco por él y me obligaba a oírlo en bucle una y otra vez. —DoHwan me mira con sorpresa.

—¿Tu amigo Bruno es gay?

—Sí.

—No lo habría adivinado nunca, lo cierto es que creía que él y tú teníais algo. —Me río, no es el primero que lo piensa, de hecho, estoy segura de que la madre de Raquel y Pepi también lo cree.

—Tenemos algo, una amistad sincera, casta y pura. ¿Cómo la tuya con HaNeul? —sugiero. Tengo muy poca habilidad para la sutileza, él se echa a reír y niega con la cabeza.

—Por mi parte sí. Por la suya, mis hermanos y YoungBin creen que no, ellos piensan que HaNeul está enamorada de mí. Y es cierto que hace unos años fuimos algo más que amigos, pero solo sirvió para que me diese cuenta de que no es mi tipo.

—Perdóname, ¿una mujer preciosa no es tu tipo? ¿Y cuál es tu tipo?

—Tú —dice muy serio—. Y eres preciosa, no sé por qué hablas como si no lo fueras.

—¿Porque tengo espejos en mi casa? No me considero fea, pero tampoco soy una belleza como HaNeul o la madre de TaeOh. Soy una chica corriente.

—No eres nada corriente. Al menos nada corriente en comparación con las chicas con las que he salido. —Le miro, no sé a qué se refiere—. Eres diferente, lo supe desde que te hice la entrevista para cuidar de mi hermano.

—Cuando me dijiste que estaba contratada pensé que se te había cruzado algún cable. Me mirabas con cara de pocos amigos, tan serio, tan profesional...

—Debía ser profesional, ibas a ser mi empleada.

—Pero no hace falta ser tan... tan...

—¿Tan...?

—Antipático. —Él arruga la frente y se echa a reír.

—¿Ves cómo eres diferente? Nadie diría algo así a alguien con quien ha empezado a tener un *affaire*.

—¿Tenemos un *affaire*? —Ahora la que río soy yo—. ¿Te has escapado de una película de los años treinta?

—Eres terrible.

De pronto su teléfono móvil comienza a sonar, la llamada parece alarmarle y la recibe enseguida. Habla con alguien en coreano, es un hombre, lo que le dice parece preocuparle. Cuando cuelga me mira con expresión contrariada.

—Era mi tío Hong DaeGon. Mi madre ha discutido con los médicos y mi tía. Quiere llevársela con ella a la fuerza y eso está alterándola mucho y los doctores la han echado de la habitación. Tengo que ir para allá ahora mismo. ¿Te importa venir conmigo al hospital? No quiero tardar demasiado.

—No claro, no te preocupes, te acompaño.

En la próxima intersección toma un giro a la izquierda y en menos de quince minutos hemos aparcado en el parquin del hospital. He pensado en quedarme en el coche, pero no le he dicho nada así que cuando abre mi puerta para que baje le miro sorprendida.

—¿Quieres que te acompañe?

—No quiero que te quedes aquí sola, espérame fuera de la sala de visitas.

Subo con él hasta la séptima planta y le sigo por los pasillos hasta llegar a una sala acristalada en la que hay varios sillones y una mujer de unos cincuenta años sentada en uno de ellos, vestida muy elegante con un traje pantalón y taconazos, pero con aspecto de encontrarse mal. Lleva el cabello recogido en un moño bajo y se sostiene la cara con las manos, a su lado hay dos hombres, uno de ellos le da aire con una revista.

—Aguarda aquí un momento —me pide y entra en la habitación. Yo me sitúo fuera, a unos pasos de la puerta, pero a través de los cristales puedo verle llegar hasta ella y preocuparse por su estado. La mujer, que debe ser su madre, en cuanto se percata de su presencia se aparta las manos de la cara, se pone en pie y le habla en voz muy alta y con mucho genio, como si estuviese acusándolo de algo. DoHwan mantiene la calma y le responde algo en coreano. Pero ella le grita e incluso le empuja hacia detrás dándole un golpe en el brazo. Uno de los hombres, el más alto y un poco calvo, también dice cosas a DoHwan, pero entonces el otro interfiere. Me siento muy incómoda, esto es una pelea familiar en toda regla, algo muy íntimo y que, sin embargo, estoy presenciando.

No sé qué le habrá dicho, pero DoHwan niega con la cabeza y su madre parece irritarse más aún. En ese momento, él se da la vuelta, me mira y camina hacia mí.

—¿Qué pasa?

—Que no atiende a razones. Mi tía le ha dicho que no piensa quedarse con ella en Seúl y ella dice que por encima de su cadáver volverá a Daecheon. Y la culpa de todo, ya te imaginas quien la tiene...

—Tú.

—No es capaz de entender que mi tía tome decisiones por sí misma, cree que lo hace porque

se lo he pedido para herirla.

Me doy cuenta entonces de que la madre de DoHwan se ha acercado a nosotros y le agarra por la chaqueta de malos modos, obligándole a volverse. Entonces me mira, acaba de darse cuenta de que estoy ahí y a voz en grito le pregunta algo, señalándome. DoHwan le responde y ella le contesta.

—¿Qué está diciendo? —le pregunto.

—Cosas feas. Me pregunta quién eres tú y da por sentado cosas feas que no voy a traducirte. —Su necesidad de protegerme me entenece. A su madre le molesta que esté hablándome, probablemente porque no lo entiende, y vuelve a gritarle y a decirle cosas que DoHwan aguanta estoico con la cabeza gacha. Me da igual que sea su madre o la mánager de Rita la Cantaora, hasta aquí hemos llegado. Le aparto y me sitúo entre ambos, ocultándole con mi cuerpo.

—Ya está bien, señora, ya está bien —le digo, aunque sé que no me entiende—. Tranquilícese —insisto, ella me mira con un furor en los ojos con el que me abrasaría si pudiese. Los señores nos alcanzan y la apartan, se la llevan dentro a regañadientes, menudo genio tiene.

Entonces me vuelvo hacia DoHwan que tiene una sonrisa triste en los labios.

—Estoy bien —dice y me besa en la raíz del cabello. Lo cual provoca que el trío sofocado se lleve las manos a la cara como si me hubiese besado en el Monte de Venus en lugar de en la frente. Aunque yo preferiría el primero—. Voy a hablar con los doctores y con la tía.

Se marcha por el pasillo y me quedo fuera, siendo analizada milímetro a milímetro por la madre de DoHwan y el señor calvo. El otro tiene una mano en los ojos como si quisiese borrar de su mente la escena que acaba de vivir.

Capítulo 8

DoHwan

La tía EunJi está sentada en la cama, vestida con uno de sus trajes de andar por casa, imagino que el mismo con el que llegó al hospital. En cuanto me mira percibo que ha llorado, lo que me hace saber que mi madre ha debido ser tan insistente con ella como lo ha sido conmigo. Aún estoy digiriendo la situación que he vivido en la sala de visitas, cómo mi madre me ha acusado de convencer a la tía de no quedarse con ella, así como de ponerla en su contra. Me duele mucho que me trate así, pero no es la primera vez, ni será la última, casi me he resignado a que esa sea siempre nuestra relación en el futuro. Ella me culpa de todos sus males, de que la armonía de nuestra familia haya cambiado por mi *rebeldía* al contradecirla.

Me acerco a mi tía y tomo asiento a su lado en la cama, ella me mira con tristeza y me abraza.

—Los médicos están preparando mi alta para que pueda irme a casa.

—No ha cambiado de opinión.

—No.

—Sabe que no podrá estar sola en casa como antes. Que necesitará que alguien la acompañe para cuidarla.

—Lo sé. Y estoy dispuesta a aceptar ayuda, pero en mi hogar. Hace muchos años que me prometí a mí misma que no moriría en ningún lugar que no fuese Daecheon —dice y entiendo a la perfección a lo que se refiere—. Contrataremos a una cuidadora para que vigile que estoy bien, haré lo que me digas, pero quiero marcharme a casa.

—Así lo haremos, tía. He contactado con la enfermera Lee y le he pedido que busque cuidadoras que puedan asistirla en lo que necesite y, sobre todo, acompañarla. Yo me quedaré hasta que estén contratadas y a su cuidado.

—No quiero ocasionarte más molestias, DoHwan. Eres un hombre muy ocupado y por nada deseo perjudicarte en tu trabajo.

—No tiene de qué preocuparse. Solo me quedan unas cuantas semanas en el extranjero y cuando esté en Seúl todo será mucho más fácil, pero primero debo asegurarme de que está bien atendida —le digo y ella asiente. Lo que no sabe es que hay un motivo por el cual mi deseo de regresar a mi tierra ya no es tan imperioso, un motivo de cabellos rizados y ojos verdes que me espera a solo unos metros de distancia.

—Imagino que tu madre te habrá contado que hemos discutido.

—No me lo ha contado, pero lo he imaginado por lo nerviosa que está.

—Ha discutido conmigo y con el médico ese tan joven y amable por aceptar mi voluntad y darme el alta. Estoy en mis cabales, DoHwan, no he perdido la cabeza y tengo derecho a decidir

dónde quiero pasar el último tiempo de mi vida. Y no es en una habitación de su casa siendo vigilada a cada paso por una legión de enfermeras que me hagan sentir enferma. Ella no lo acepta, pero no le queda otra opción que hacerlo —asegura. Asiento, haré lo que ella me pida, aunque eso suponga que la relación con mi madre empeore más aún—. El médico vendrá en un momento con mi alta, y quiero que nos marchemos a Daecheon hoy mismo, pero antes, hay un lugar que quiero visitar.

Capítulo 9

Zoe

La tía EunJi se parece físicamente a su sobrina, la madre de DoHwan, solo en eso, en las facciones, porque EunJi parece una mujer sencilla de aspecto campechano, natural y casi rural, como lo era mi abuela paterna, por ejemplo. DoHwan la trae hasta la sala de visitas en una silla de ruedas y mientras se acerca a donde estoy viene con una sonrisa, hablando con él, como si en cada movimiento pretendiese hacerle saber que está bien, que no tiene que preocuparse por ella.

La madre de DoHwan y sus tíos salen de la sala a recibirla, pero en esta ocasión su madre guarda silencio, está seria, muy molesta y enfadada. EunJi la recibe también con el rostro serio y contrito, y devuelve su saludo mirándola a los ojos, haciéndola saber que su decisión es firme y no tiene posibilidad de convencerla. La madre de DoHwan le dice unas palabras y después se marcha, seguida de uno de los hermanos, el otro, el que parece más joven conversa unas palabras con ella y después la saluda inclinándose y se marcha también. Cuando me alcanzan, la señora me observa con curiosidad. DoHwan le dice algo en coreano y esta sonrío y asiente, me inclino como saludo.

—Le he dicho que eres Zoe, la cuidadora de TaeOh, además de mi amiga —sonríó a la mujer y comenzamos el camino hasta el coche. Allí DoHwan la sienta en el asiento del copiloto para que tenga una mayor comodidad—. Ahora iremos a casa, comeremos algo y esta misma tarde nos marcharemos a Daechon, está a un par de horas de camino —me informa antes de que ninguno de los dos subamos al vehículo—. Zoe, si quieres puedo reservarte un vuelo para que vuelvas a Madrid esta misma noche, siento que estoy abusando demasiado de tu confianza.

—Ni se te ocurra. He venido contigo y me marcharé contigo. Voy a ayudarte a instalarla en su casa y me quedaré con ella mientras buscas quien la cuide o lo que necesites.

—Gracias.

—Lo hago encantada.

Una vez en el apartamento EunJi come algo, a penas una miseria porque está desganada y DoHwan recoge su medicación en una farmacia. YoungBin y Mary vienen a visitarla antes de que nos marchemos. Me fijo en que la mujer es muy amable con ellos, parece apreciarles mucho. Mary domina el coreano, y dándome una envidia terrible, se comunica a la perfección con ella.

Estoy en el dormitorio de TaeOh rehaciendo mi maleta para que podamos marcharnos cuando la esposa de YoungBin se acerca para despedirse.

—Ha sido un placer conocerte, Zoe.

—Gracias, igualmente.

—La pena es que no hayamos podido conversar más, podría haberte contado un montón de anécdotas de DoHwan y YoungBin y habríamos reído bebiendo soju si las circunstancias fuesen otras —asegura y asiento—. Pero habrá más oportunidades, estoy segura.

—Ojalá.

—Ya verás que sí, tengo el presentimiento de que seremos buenas amigas —afirma cogiendo mis manos con cariño—. Cuida de DoHwan, se hace el fuerte, pero todo esto le tiene muy afectado, YoungBin está muy preocupado por él.

—Lo haré, dile que esté tranquilo, no voy a dejarle solo.

—Para los coreanos sus padres son... el siguiente escalafón después de Dios. Para nosotros los occidentales también son importantes, por supuesto, pero los padres coreanos se sacrifican toda su vida por ellos. Se hipotecan y se endeudan por dar la mejor educación a sus hijos en los mejores colegios y universidades, y los hijos crecen con esa presión de ser los mejores para honrarles, y ese sentimiento de deuda los acompaña para siempre. Además está todo el tema del beneficio de la colectividad, para ellos es más importante el bien de la familia que el suyo propio, decepcionarles o discutir con ellos es como golpear en la base de sus creencias. Por eso aún hay matrimonios, sobre todo entre la clase más adinerada, concertados por los padres en los que los hijos no se atreven a protestar.

—Vaya, no tenía ni idea. Pobre DoHwan, ojalá se abriera más conmigo para poder hablar de ello.

—Que se abra un poco ya es mucho, Zoe. Tú no le conocías antes y no tienes ni idea de lo cambiado que lo he encontrado. Parece otro, en su expresión, en sus gestos, está mucho menos tenso.

—No creo que eso se deba a mí, apenas acabamos de... —No sé lo que sabe y no quiero importunar a DoHwan comentando cosas que puedan sentarle mal—, de ganar confianza.

—¿Cuánto tiempo se necesita para que alguien entre en tu vida y te cambie? YoungBin cambió la mía en solo un par de meses y DoHwan se merece a alguien como tú a su lado —dice con mucha más seguridad de la que siento. Sus manos aún sostienen las mías.

—Por desgracia estaré poco tiempo a su lado, como sabrás vuelven para quedarse en poco más de un mes.

—Eso nunca se sabe. Yo vine a Seúl a hacer un máster que duraba un año, me faltaban menos de dos meses para acabarlo cuando conocí a YoungBin y mírame, con una niña y sin pensar en regresar a mi país. Nunca sabemos lo que nos depara el destino, pero hay que estar preparadas para atrapar lo bueno y sostenerlo con fuerza, lo malo llega solo. —Tiene razón, pero, aunque desconozco sus circunstancias, no imagino que tengan nada que ver con las mías, ni estoy viviendo en Corea ni creo que fuese capaz de dejarlo todo atrás porque DoHwan me lo pidiera, que no lo hará.

YoungBin y Mary se marchan y poco después salimos camino de Daecheon por carretera en el coche de DoHwan. Pero antes haremos una parada, me advierte, EunJi quiere visitar un monumento en Seúl.

Se trata de una estatua de bronce: una niña sentada en una silla con gesto inexpresivo, a su lado hay otra silla vacía en la que han depositado varios ramos de flores. DoHwan ha ayudado a

la tía EunJi a llegar hasta allí sosteniéndola de la mano, ella parece bastante emocionada. Se detiene ante la niña de bronce y le dice algo, le toca la cara con dulzura, quizá está inspirada en alguna amiga de su infancia, pienso, pero el momento parece tan íntimo que no me atrevo a preguntar nada. DoHwan también está serio y conmovido. Después de varios minutos en silencio observando la estatua la tía EunJi sonríe y da un par de golpecitos a DoHwan en el antebrazo advirtiéndole de que podemos marcharnos. Con paso lento volvemos al coche, estacionado en un aparcamiento cercano, y emprendemos el camino a Daecheon.

Paso las dos horas de trayecto hablando por mensaje con Bruno y las chicas, les escribo diciéndoles que estoy bien, que voy a visitar el pueblo de la infancia de DoHwan y los mellizos. Pepi me pide que tenga cuidado, Lucía que pierda la cabeza, Raquel que disfrute por ella y Bruno que grabe muchos vídeos y haga fotografías y se las envíe. También respondo a JiMin que me escribió hace varias horas preguntándome cómo estoy y si he visto algo de Seúl y le respondo que estoy bien, que lo que he visto hasta el momento, aunque es poca cosa, es muy bonito. Él me contesta unos cuantos minutos después deseándome que me cuide y pidiéndome que cuide de sus hermanos y su tía. Pienso que DoHwan aún no les ha dicho que TaeOh está con su madre, imagino que con todo el lío que llevamos encima desde temprano no ha tenido tiempo de hacerlo.

No le menciono nada sobre lo que DoHwan me ha contado de su petición de que se alejase de mí, ya lo haré cuando estemos en España. También escribo a TaeOh y le pregunto si lo está pasando bien, me devuelve una fotografía de él con su hermanito en la piscina, su sonrisa es deslumbrante, eso me reconforta mucho y se la reenvío a DoHwan para que pueda verla cuando lleguemos.

La tía EunJi no habla demasiado, parece cansada, aunque hace todo el camino sin quejarse lo más mínimo, es una mujer muy fuerte.

Cuando llegamos a Daecheon son las cinco y media de la tarde, DoHwan aparca en el amplio patio delantero de una propiedad de arquitectura típica coreana, nada que ver con los modernos edificios de Seúl. Es una vivienda de planta baja, con tejado gris oscuro a dos aguas con los extremos algo curvados, construida en madera sobre una plataforma de piedra, con múltiples ventanas cubiertas por contraventanas hacia el patio. Una exótica y humilde preciosidad.

—Bienvenida a Daecheon —me dice DoHwan al pasar por mi lado cargado de maletas al comprobar que me he quedado extasiada mirando la casa. La construcción no es demasiado grande, quizá unos sesenta o setenta metros cuadrados, aunque el patio sí es enorme, cuenta con un pequeño jardín repleto de flores y en este hay una plataforma de madera clavada al suelo por pilares, aunque levantada unos centímetros.

EunJi camina decidida hacia su hogar y rebusca la llave en el bolsillo. Los dos esperamos a que la encuentre y antes de entrar me dice algo.

—Dice que te sientas como en tu casa, te está dando la bienvenida.

—*Kamsahabnida* —le agradezco en su idioma y sonríe complacida. Nos descalzamos y entramos en una especie de salón con suelo y paredes de láminas de madera en el que hay una pequeña mesita en el suelo que me alcanza por la pantorrilla. EunJi dice algo más a DoHwan.

—Me está pidiendo que te instale en el dormitorio de invitados, hay dos dormitorios así que a mí me tocará dormir aquí en el salón.

—No, ni hablar. En todo caso dormiré yo aquí —digo y él enarca una de sus cejas morenas.

—Mi tía jamás lo permitiría, es capaz de dejar su dormitorio antes de que una invitada duerma en el salón. No te preocupes, llevo toda la vida durmiendo aquí, me sentiré más cómodo en mi yo.

—Imagino que son las camas típicas que están en el suelo.

—Sí, son muy cómodas y, además, me traen recuerdos de la infancia, cuando los tres dormíamos en ellas cubiertos con nuestros *ibulsys* y la abuela EunSoo nos contaba historias de cuando el abuelo era pescador. Estaré bien, de verdad. —No me convence del todo, pero no protesto, no quiero importunarles.

Le sigo hasta la que será mi habitación. Es un cuarto pequeñito, en el que hay una cama antigua, una mesita de noche, una estantería con libros y un armario empotrado junto a la puerta con hojas correderas de madera. DoHwan deja la maleta en el suelo junto a la que será mi cama. Me fijo entonces en que en la estantería hay un marco de fotos en el que aparecen DoHwan, JiSeung y JiMin cuando pequeños, en bañador en la orilla de la playa. DoHwan sostiene a un hermano con cada mano y los tres miran al frente con una gran sonrisa.

—Ay, qué monos —digo enseñándosela.

—En esa foto tengo doce años, creo, en uno de nuestros maravillosos veranos en Daecheon.

—Eras muy guapo.

—¿Era?

—Sigues siéndolo, pero aquí estás adorable —digo y le doy un beso a la fotografía—. ¿Tienes alguna foto tuya de adolescente? —pregunto curiosa. DoHwan enarca una ceja—. Por favor —pido con ojitos suplicantes. Él ríe y toma uno de los libros de la estantería, busca una página, me acerco, se trata de un anuario del instituto. Busca la página adecuada y me la muestra. El DoHwan adolescente es un auténtico *idol*, con el cabello algo largo con la raya al medio, vestido con un uniforme escolar de camisa blanca y jersey azul, mira a la cámara con una sonrisa ladeada y mirada soñadora.

—Quince años.

—Vaya. Habría intentado ligar contigo si nos hubiésemos conocido entonces, ¿por qué no les pediste a tus padres que te llevasen a veranear a Churriana? —sugiero entre risas. Él también ríe.

—En esa época no sabía ni donde estaba España.

—Una lástima, porque habría caído rendida a tus pies, eras totalmente mi tipo.

—¿Otra vez hablas en pasado? —Vuelvo a reír, me acerco y poniéndome de puntillas le beso en los labios, es la única parte de nuestros cuerpos que hace contacto y siento un chisporroteo eléctrico recorrerme la piel.

—Ahora no eres mi tipo, eres el hombre de mis sueños —aseguro con aire dramático. DoHwan hace un gesto de negación y ríe de nuevo.

—Estás muy loca y tienes el romanticismo de una piedra, pero me encantas —asegura, rodeándome con sus fuertes brazos y posa un beso en mi frente, yo le devuelvo el abrazo e inspiro hondo, inhalando su esencia, si pudiese le respiraría a él, todo, entero—. ¿Qué te parece tu cuarto? —pregunta devolviendo el anuario a su lugar en la estantería.

—Bien. Tiene ese aire antiguo y tradicional de toda la casa, como la de mis abuelos en el pueblo, por ejemplo. Cómoda, funcional y tradicional.

—Ojalá algún día pueda verla —dice de improviso, sorprendiéndome.

—Cuando quieras, estás invitado. Estáis invitados los cuatro hermanos Goon—añado y él asiente con una sonrisa.

—Bueno, voy a buscar a la enfermera Lee para que vigile a la tía mientras se ducha, me ha

dicho que está deseando hacerlo.

—¿Solo vas a llamarla para eso? Porque a mí no me importa vigilarla mientras lo hace. —DoHwan sonríe.

—No creo que lo permita.

—Pregúntale, quizá incluso se sienta más cómoda con una extraña como yo que con alguien a quien conoce —insisto. Él no parece muy convencido, pero le empujo fuera de la habitación para que lo haga. Regresa unos minutos después con expresión de sorpresa—. ¿Qué te ha dicho?

—Que sí. Que te sientes en el baño mientras ella se asea. No puedo creerlo, la tía EunJi no deja que nadie la vea desnuda, nunca.

—¿Ves? A veces todo es más fácil de lo que creemos —afirmo pagada de mí misma.

Cuidé de mi abuela todo un verano mientras mi madre trabajaba, he cuidado de mi hermano pequeño, de los niños de Pepi incluso estando enfermos con gastroenteritis, y le he limpiado los mocos a TaeOh y le he ayudado a asearse. Por supuesto que no me importa esperar junto a la señora a que se duche por si se marea o se encuentra mal.

DoHwan me avisa cuando la tía EunJi está en el baño y me informa de que, mientras, él preparará la cena, pero que, si me siento incómoda le avise, que ya se las apañará para ayudarme. Sonríe, ¿qué puede pasarme en un baño con una señora mayor?

Cuando entro en la pequeña habitación de cuatro metros cuadrados, EunJi que aún está vestida me indica el retrete para que me siente. La obedezco y veo que ha preparado la ropa limpia sobre el lavabo, al fondo está la ducha con un vidrio transparente con varias líneas opacas. La mujer se mete en la ducha y allí se deshace del vestido colgándolo sobre el vidrio de la mampara. El agua comienza a correr y trato de no mirar en su dirección, pero entonces de refilón veo algo que llama poderosamente mi atención, la espalda de EunJi está llena de gruesas cicatrices. Puedo verlas entre las rayas de la mampara, le recorren la espalda de arriba abajo, hay al menos una decena. Y cuando se vuelve también las veo en su vientre, más pequeñas, trazos enlazados, como letras.

Pero ¿qué le ha pasado? ¿Cómo puede tener tantas heridas? Se nota que son antiguas, pero debieron ser terribles porque, a pesar de los años, tienen el grosor de un dedo. Debió sufrir un accidente muy grave para dañarse así.

Me cubro los ojos con las manos o no podré dejar de mirarla y tratar de descubrir qué le pasó. Cuando EunJi sale de la ducha lo hace envuelta en una toalla que tapa todas sus cicatrices, me pongo en pie, pero me hace una señal para que me siente, no necesita mi ayuda. Toma su ropa del lavabo y vuelve a meterse tras la mampara. Minutos después sale vestida y me agarra del brazo, la llevo con DoHwan que está en la cocina preparando una comida que huele deliciosa.

EunJi le dice algo y DoHwan me mira y responde con una sonrisa en los labios.

—Dice que eres todo un partido, que debería conquistarte. —Sonríe con el cumplido, aunque no puedo quitarme de la cabeza lo que he visto y me atormenta—. También dice que se encuentra bien, que no pretendamos tratarla como a una niña pequeña. Antes, mientras yo te acompañaba a tu habitación ha estado hablando con nuestra vecina la señora Jung y su nieta, y han quedado para limpiar calamares mañana.

—Madre mía.

—Le he dicho que tenga cuidado y me ha respondido que si creo que tiene ocho años.

—Es lógico, está acostumbrada a vivir sola y a hacer y deshacer a su antojo, no puedes pretender controlar cada uno de sus pasos, por muy buena intención que tengas. Parece que se encuentra muy bien.

—Parece, pero el daño está ahí —dice con pesar, le acaricio el brazo y fuerza una sonrisa para mí. Descubro entonces que la tía EunJi nos ha cazado, finge no haberlo hecho siguiendo con su tarea, abriendo una de las ollas puestas al fuego, pero en sus labios hay una sonrisa.

Cenamos juntos y la tía EunJi parece divertida, nos cuenta historias del hospital, que DoHwan va traduciendo para mí, de cómo los médicos parecían adictos a su sangre y no paraban de pincharla una y otra vez hasta que les dijo que iban a dejarla como un arenque disecado. También nos cuenta historias de ella y la señora Jung, su vecina, y hace que DoHwan le lleve una olla con comida porque se ha negado a acompañarnos para cenar. Él la obedece sin protestar, se nota el gran amor que se tienen en cada gesto, en cada mirada, es muy tierno.

Una vez en la cama trato de dormir algo, Bruno me ha escrito contándome que lleva ya dos días sin ver a JiSeung y que dos días son demasiados teniendo en cuenta lo pronto que se marchará de Madrid; está desesperado. Le escribo sugiriéndole que vaya a verle a su casa, al fin y al cabo, son amigos, no hay nada sospechoso en que le visite. Me responde que lo hará si él se lo permite.

Vuelvo a intentar dormirme, pero no consigo sino dar vueltas en la cama, estoy nerviosa, no puedo quitarme de la cabeza las cicatrices de la tía EunJi, de preguntarme cómo se las ha hecho, y lo mucho que debe haber sufrido por ellas. Miro el reloj, son las doce de la noche, necesito algo de aire fresco así que salgo de mi habitación. Paso con cuidado por el salón para no despertar a DoHwan, abro las puertas correderas de madera con mucho cuidado y salgo al patio. Tomo asiento en el par de escalones de la entrada y entonces oigo cómo la puerta vuelve a abrirse, es DoHwan, así que no he debido ser tan silenciosa como creía.

—¿Estás bien? —me pregunta y toma asiento a mi lado.

—Sí, es solo que no podía dormir.

—Demasiado ajeteo, siento haberte...

—Como me digas que sientes haberme traído me enfadaré contigo. Estoy aquí porque quiero —le corto y cojo su mano, la estrecho entre las mías—. Tú no me has forzado a nada, y estoy muy contenta de estar aquí, apoyándote, porque de lo contrario me sentiría muy mal en casa tan tranquila mientras tú pasas por todo esto. —DoHwan tira de mí y me abraza y me besa en el cabello.

—No puedes imaginar el bien que me estás haciendo con tu compañía, Zoe —dice y le miro a los ojos. Se aproxima despacio y me besa, siento el roce de su piel cálida, de su lengua sobre mis labios. Me besa sin prisa, su boca sabe a fruta, a un manjar prohibido que después extrañaré cuando no pueda volver a saborearlo. No quiero dejar de besarlo porque me gusta demasiado, adoro la curvatura de sus labios, la fina línea que los delimita, el volumen suave y tierno, el arco de su mentón, la piel ligeramente rasposa por la incipiente barba, todo, me gusta todo de su boca. Se aparta despacio y me regala una sonrisa capaz de incendiar la noche—. Ahora, dime qué te pasa —me pide, pero necesito unos segundos para que mis neuronas vuelvan a conectarse, sí ese es el efecto que tienen sus besos en mí.

—Es algo que me viene a la cabeza y una y otra vez y no puedo dejar de pensar en ello.

—¿De qué se trata? —Las luces débiles del porche le iluminan el rostro, haciendo brillar sus ojos rasgados. Es, sencillamente, perfecto para mí.

—No quiero que pienses que soy una cotilla...

—Suéltalo. Puedes contarme cualquier cosa, Zoe.

—Es tu tía, cuando la he acompañado en la ducha he visto que tiene... muchas cicatrices, y no paro de pensar en cómo ha podido hacérselas. Son heridas antiguas pero muy graves y...

—Ella sabe que las has visto.

—¿Sí? Lo siento, he intentado disimular, pero eran tan llamativas...

—Me ha dicho que si preguntabas por ellas te contase su origen —explica sereno—. Y es extraño porque es una historia que saben muy pocas personas y nunca me había pedido que se la contase a nadie. —Su mirada se pierde en el horizonte, más allá de la gran puerta de madera de dos hojas cerrada de la propiedad. Por encima del muro de piedra, al fondo, podemos oír el murmullo del mar, de las olas que se estrellan en las rocas a apenas un centenar de metros de la entrada. DoHwan se toma un momento antes de hablar, en silencio, con los brazos sobre las rodillas y la mirada en el horizonte—. ¿Sabes lo que fueron las mujeres de consuelo? —Hago un gesto de negación, no tengo la menor idea. Él asiente e inspira hondo, como si estuviese recabando fuerzas para lo que va a contarme. Eso me asusta, tomo su mano y entrelazo nuestros dedos—. En agosto de 1910 Japón ocupó Corea, mi país estuvo treinta y cinco años bajo el dominio japonés, hasta 1945. Durante ese tiempo los soldados japoneses secuestraron a cientos de miles de mujeres y niñas de los territorios ocupados y las obligaron a convertirse en esclavas sexuales. No solo en Corea, también en China, Filipinas, Tailandia... La tía EunJi fue una de esas niñas —afirma apretando los labios con dolor, forzando una sonrisa triste—. Ella vivía en esta misma casa con sus padres, su hermana, mi abuela, y sus dos hermanos pequeños. Tenía la vida de cualquier niña de entonces, ayudaba en casa y se hacía cargo de sus hermanos por ser la mayor. Aunque eran tiempos difíciles porque los soldados japoneses requisaban la mayor parte de la pesca a los aldeanos, sus padres se las apañaban para alimentarlos cogiendo cangrejos o pescando por las noches. Con trece años, al parecer era una niña alta para su edad, bastante menuda pero fuerte. Una tarde de septiembre estaban cogiendo cangrejos en el espigón del final de la playa —afirma apuntando con el dedo hacia la puerta de madera que da acceso al patio, pero mucho más allá—, con mi abuela que entonces tenía diez años, y los dos pequeños, que tenían ocho y dos. Dice la tía que recuerda el cielo nublado, amenazando lluvia, y el mar gris, así que estaban dándose prisa para volver a casa antes de que lloviese. Nunca se alejaban demasiado, a su madre le aterrorizaba que pudiese pasarles algo. La había advertido, como hermana mayor, que si se encontraban con soldados japoneses no los mirasen, si les dirigían la palabra que los saludasen con respeto y les hablasen lo menos posible y tomasen deprisa el camino a casa. Un camión circulaba por la carretera donde ahora está el paseo marítimo cargado del pescado que *donaban* al Imperio Japonés los pescadores del mercado de Daechon. En él viajaban dos soldados muy jóvenes, y otro más mayor, el sargento segundo Inoue. Fue este último quien la vio y pidió a los soldados que detuviesen el camión; él mismo se lo contaría después una y otra vez, cada vez que iba a visitarla, para que nunca olvidase que estaba allí gracias a él. —DoHwan me mira, le oigo atenta, con el corazón tiritando de miedo por lo que va a contarme—. Se acercaron a ellos y el sargento Inoue se dirigió a mi tía y le preguntó cómo se llamaba, respondió que EunJi, y entonces le dijo que su padre estaba detenido en el cuartel de Boryeong y que tenía que ir con ellos para declarar en su favor. Su madre les tenía advertido que nunca, jamás, fuesen a ninguna parte con los soldados japoneses así que se negó. Entonces el sargento Inoue la agarró del brazo y trató de llevársela a la fuerza, pero se resistió. Mi abuela echó a correr hacia la casa para avisar a su madre de lo que estaba sucediendo, su hermano EunSeop atacó al sargento y uno de los soldados le partió la nariz de un culatazo. Entonces EunJi entendió que, si se resistía, era muy probable que alguno de sus hermanos no sobreviviese —relata y no puedo evitar que las lágrimas se deslicen veloces por mis mejillas, tengo el corazón encogido, y trato de llorar sin hacer ruido para no interrumpirle, pero imaginarlo es demasiado para mí—. Cuando mi abuela

regresó con ayuda de su madre armada con el cuchillo más grande de la cocina solo encontró a EunSeop tirado en el suelo sangrando por la nariz y la boca y a EunWoo, de dos años, llorando y repitiendo sin parar: *hermana, hermana...* Por más que sus padres trataron de averiguar algo de ella durante años les fue imposible, como a tantos otros padres que vieron cómo les arrancaban a sus hijas para entregarlas a una vida de desgracia absoluta. —DoHwan limpia mis lágrimas con los dedos. La brisa del mar le agita el cabello.

—¿Y qué fue de ella? ¿Dónde la llevaron y quién le hizo esas heridas? —pregunto con un hilo de voz.

—Los soldados la subieron a su camión, atrás, atada de pies y manos sobre el pescado, y la llevaron hasta Seúl donde la montaron en un tren hasta algún punto de China. Allí la encerraron en una de sus *Estaciones de Confort*, donde debían *consolar* a los soldados japoneses para que rindiesen en la batalla. Al principio se resistió con uñas y dientes, y los soldados se divirtieron marcándola con sus navajas, el primero, por supuesto fue Inoue, que incluso escribió su apellido en su vientre. Las niñas no solían sobrevivir mucho tiempo allí, y si no se portaban bien eran degradadas a lugares mucho más sucios o prostitutas en la calle —relata y no puedo evitar que las lágrimas vuelvan a recorrer mis mejillas, encendiéndolas con su calor. Las limpio con los dedos—. Durante el día tenía que lavar sus ropas y cocinar para ellos, y por las noches una veintena de soldados japoneses abusaban de cada una de las niñas, se ponían en fila ante la puerta de sus habitaciones y no importaba cuánto llorasen, cuánto gritasen, nada les conmovía. Incluso había un médico que las examinaba regularmente para comprobar si eran *sucias*, si habían contraído alguna enfermedad o si alguno de los soldados se *pasaba de la raya* y tenía que drogarlas para soportar el dolor.

—Y, ¿cómo escapó? Porque lo hizo, ¿no? ¿Logró escapar?

—No. Lo intentó en un par de ocasiones, pero aquel lugar era una fortaleza. En la segunda le dieron tal paliza que casi la matan y redujeron su comida a la mitad, para que no tuviese fuerzas para volver a intentarlo. Una de las chicas, llamada SunYoung, que tenía quince años, mientras le curaba las heridas le aconsejó que si quería volver a ver a su familia era mejor que se rindiese de una vez, porque de lo contrario jamás saldría con vida de allí. El deseo de reunirse con su familia hizo que sobreviviese tres años en aquel infierno, hasta que acabó la guerra. La *Estación de Confort* en la que estaba fue liberada por las tropas chinas. Un día llegaron los soldados y les dijeron que eran libres, a ella y a las otras nueve chicas que quedaban con vida. EunJi, a sus dieciséis años, se debatió entre volver a casa, con la vergüenza que acarrearía a su familia, y quitarse la vida. Pero eligió volver, reencontrarse con sus hermanos y sus padres y al menos saber si estaban bien, decidió que si la rechazaban se metería en el mar y moriría ahogada. —DoHwan me mira a los ojos, los suyos están llenos emoción contenida, yo en cambio no puedo dejar de llorar, con un profundo dolor en el pecho—. Pero mis bisabuelos, pese a la vergüenza que les acarreó, la acogieron con los brazos abiertos. Otras no tuvieron tanta suerte y debieron subsistir vagabundeando o prostituyéndose hasta que el gobierno decidió hacerse cargo de ellas muchos años después, reuniéndolas en viviendas sociales en las que vivir en paz.

—Qué injusto —digo entre hipidos de llanto—. Como si ellas fuesen las culpables cuando eran las víctimas.

—Así es. Las vidas de esas mujeres estaban rotas y además fueron repudiadas por la sociedad durante muchos años. EunJi recibió el apoyo de sus padres, pero después de lo que había sufrido regresar al hogar y, sobre todo, a Daecheon, no fue fácil. Estuvo encerrada en esta casa, en su habitación, durante años por la vergüenza. No quería salir a la calle, ni a la playa, ni al mercado,

y cuando lo hacía era a primera hora de la mañana, porque le aterrorizaba encontrarse con los vecinos. Mi abuela siempre se sintió culpable por el secuestro de la tía, por haberse marchado corriendo a avisar a su madre, como si hubiese podido evitarlo de algún modo. Cuando se casó intentó llevársela a vivir con ella a Boryeong, EunJi era joven, podría tener unos veintipocos años, pero se negó a hacerlo. Después de que mi bisabuelo falleciese y mi bisabuela enfermase mi abuela convenció a mi abuelo para regresar a esta casa para poder estar con EunJi y ayudarla. Porque sabía que ella no era capaz de abandonar estas paredes, que las puertas de madera del patio eran la frontera de su universo, el único lugar en el mundo en el que se sentía segura. Y ella la ayudó a criar a sus hijos, a mi madre y a mis tíos, pero siempre dentro de esta casa. Hasta que fue mi madre la que se casó y se quedó embarazada, y entonces, mi abuela la convenció de viajar a Seúl para ayudarla porque ella no podía hacerlo pues mi abuelo entonces estaba enfermo de cáncer, aunque después se recuperó y vivió muchos años más. Mi tía siempre ha amado a mi madre como a una hija y fue ese amor el que logró que, con sus sesenta y tantos años, abandonase la cárcel que ella misma se había impuesto a los dieciséis. Hacerse cargo de un bebé gordinflón que se pasaba las noches llorando y el día durmiendo, tener que salir y entrar, aprender a desenvolverse en una ciudad lejos de esta casa, fue su vuelta a la vida. Siempre cuenta que fue la primera en cogerme en brazos tras el parto, pues mi madre se desmayó y los médicos me entregaron a ella. Algo que siempre le sentó mal a mi madre que rememorase —añade con una sonrisa triste—. Según ella, recuperó la ilusión por vivir.

—Esa ilusión fuiste tú —digo emocionada. Él asiente.

—Primero fui yo y cuatro años después llegaron los mellizos. Aprendió a vivir de un modo distinto y creó nuevos recuerdos que poco a poco mitigaron los que llevaba consigo allá donde iba.

—No puedo ni imaginar el horror que ha vivido. Pobrecita —digo entre sollozos. DoHwan me abraza y lloro sobre su pecho.

—Ahora ya sabes su historia y podrás imaginar por qué no voy a permitir que nadie la obligue a nada. —Mi corazón está encogido de dolor por la historia tan terrible que me ha contado. Pobre EunJi, cuánto ha debido sufrir, llevando en el cuerpo el recordatorio de lo que le hicieron con esas heridas y también las que en ocasiones son peores aún porque no pueden verse, las del alma.

—¿Volvió a saber algo de alguna de las otras chicas?

—Solo de SunYoung, se reencontraron hace poco más de diez años, cuando inauguraron la estatua de la Niña de la Paz. Esa estatua que visitamos antes de venir aquí y que es un homenaje a todas esas niñas y mujeres para que nadie las olvide, y que fue situada justo frente a la embajada japonesa. Yo tenía dieciocho años y aún no conocía la historia, pero quise acompañarla a reencontrarse con su vieja amiga. Lloraron y se abrazaron, se besaron y se dijeron cuánto se habían extrañado. SunYoung tenía una hija, de unos cincuenta años entonces, que la acompañaba, ella al menos pudo rehacer su vida. Esa noche fui capaz de preguntarle a mi tía qué le había sucedido cuando era pequeña, por qué en casa de los abuelos, o en nuestra casa, o en presencia de los tíos, siempre había un elefante en la habitación al que todos fingían ignorar. Le pregunté abiertamente por ello, y si esa estatua, esa mujer que habíamos conocido, tenían algo que ver con ella. Entonces me lo contó, y ese día comprendí muchas de las miradas que recibía la tía cuando estábamos en el pueblo y que de pequeño no entendía. Los murmullos, los susurros, entendí la vergüenza siempre presente en los rostros de sus hermanos en las reuniones familiares, en el de mi abuelo y el de mi propia madre al visitar Daecheon, a donde casi nunca viene. Y sentí rabia, mucha rabia, porque era como si todos ellos estuviesen echando sal a las heridas abiertas

por los japoneses. Le dije que no tenía nada de lo que avergonzarse, todo lo contrario, que podía sentirse orgullosa de haber sido tan fuerte como para soportar algo así —me cuenta con los ojos llenos de lágrimas y a mí se me rompe el corazón—. La tía EunJi me pidió que la llevásemos a visitar la estatua antes de venir a Daecheon porque es su modo de despedirse de todas sus *amigas*, las que se fueron aquellos años y las que han fallecido después, pues está convencida de que no regresará a Seúl.

Capítulo 10

DoHwan

La tía EunJi limpia calamares con la señora Jung sentadas en la *pyungsang*, la plataforma de madera del jardín. La señora Jung y ella son íntimas, sobre todo desde que enviudó y ambas se quedaron solas. A diario han compartido cafés, comidas, té, penas y alegrías. Y sé que, aunque nunca lo confesaría, uno de los motivos por el que la tía EunJi tenía tanta prisa por volver a Daechon es que la señora Jung estaba sola y muy preocupada por ella. De hecho, anoche en cuanto nos oyó dentro de la casa se acercó a verla y conversaron unos minutos en el patio.

Antes de acostarme hablé de nuevo con JiMin y JiSeung sobre el estado de la tía, están más tranquilos, aunque nada contentos por tener seguridad privada. Sobre todo JiSeung, que normalmente es menos rebelde y, sin embargo, en esta ocasión es el que más está protestando por perder su intimidad. JiMin no me ha referido nada acerca de Zoe, es un tema que trataré con él a mi regreso. Seré sincero, sé que lo nuestro va a acabar en unas semanas, pero me gustaría continuar viéndola sin tener que esconderme de mis hermanos cuando regresemos.

Zoe tiene una capacidad especial para alcanzar mi corazón con sus palabras. Cuando ayer me dijo que siempre dejo mi felicidad en el último lugar en la escala de prioridades me hizo reflexionar sobre ello, no sé si lo hago de modo inconsciente, pero creo que tiene razón.

¿Por qué nuestros destinos han tenido que cruzarse en este momento?

Ojalá la hubiese conocido en cuanto posé un pie en España, podríamos haber pasado juntos mucho tiempo.

El secretario del señor Yeon me ha enviado unos documentos al correo que debo revisar, se trata de informes de ventas por dispositivos de la dirección en Seúl, supongo que quiere que vaya familiarizándome con ellos para mi regreso a la central. Eso me hace sospechar que me dirigirá hacia ese departamento. Me pongo a ello hasta que mi móvil comienza a sonar. Es el tío DaeGon, para preguntar por el estado de la tía, imagino que lo han nombrado portavoz de los tres hermanos para hablar conmigo, sonrío al pensarlo. Le informo de que ha pasado la noche bien, ha descansado y no tiene ninguna molestia ni dolor y está tomándose la medicación tal y como se la han pautado, pues compré un pastillero en la farmacia y lo rellené para que no tenga que estar mirando la hoja de tratamiento.

Cuando termino de hablar con mi tío Zoe entra en el salón, se ha dado una ducha, su cabello está húmedo, peina los rizos hacia el lado con los dedos y me mira, camina sigilosa hasta mí y

me besa en los labios fugaz. No puede imaginarse cuánto me gusta esta nueva familiaridad que hemos establecido, llevo demasiado tiempo anhelando su boca y mucho más de ella. Me hace perder la cabeza cuando me besa, creo que nunca me había sentido así.

—¿Todavía están limpiando calamares? —pregunta asomándose a la ventana. Comenzaron justo cuando ella se metió en la ducha.

—Sí, ya les quedará poco.

—Está bien, ¿no?

—Eso parece.

—¿Sabes algo de TaeOh? —pregunta y me encanta que se interese tanto por él.

—Que está bien, me ha enviado un mensaje, al parecer hoy van al cine.

—Debe estar pasándolo genial —dice ojeando la pantalla de mi ordenador—. ¿Trabajando?

—Solo un poco —admito y ella cabecea, debe pensar que no tengo remedio.

La tía EunJi y la señora Jung entran en el salón con un barreño de calamares en las manos cada una, me levanto y trato de arrebatarle el suyo a mi tía, pero lo aparta.

—No estoy inútil, esto pesa muy poco. La señora Jung y yo vamos a preparar calamares a la parrilla con salsa picante para todos.

—Yo lo haré —le digo. Ella mira a Zoe y me sonrío.

—No. Tú vas a llevarla a la playa y a enseñarle la zona, la señora Jung se quedará conmigo —dice y la señora asiente con una sonrisa, voy a protestar, pero alza una mano deteniéndome—. Estoy bien, así que déjame en paz un rato.

Asiento.

—¿Qué te ha dicho? —me pregunta Zoe.

—Que vayamos a la playa a dar una vuelta, la señora Jung se quedará con ella mientras preparan calamares a la plancha.

—¿Vamos? —pregunta ilusionada y no puedo negarme.

—Sí, claro. —Cierro la pantalla del ordenador.

Caminamos por el paseo marítimo. Hace un buen día, en la playa el mar está en calma y hay bañistas aquí y allá a lo largo de la orilla hasta donde alcanza la vista. Zoe mira alrededor con ojos curiosos, las familias sentadas cerca del mar bajo las amplias sombrillas y tiendas de campaña, los niños correteando arriba y abajo seguidos de sus afanosos padres. Una bruma cálida envuelve el aire, la marea está alta y forma grandes charcos en algunas zonas. Observo que se queda mirando cómo todos van bastante tapados, hay varias mujeres que van completamente cubiertas con amplios vestidos o camisetas y pantalones, algunas incluso con gorros y guantes.

—Las coreanas no quieren nada con el sol —le explico—. En el ideal de belleza nacional la piel blanca es un requisito indispensable.

—Entonces yo debo parecerles un adefesio.

—No lo sé, pero a mí me encanta el tono de tu piel. —Es cierto, su dermis es trigueña y tiene un brillo casi dorado que me fascina, pienso que queda perfecta en contraste con la mía. Ella sonrío halagada, me atrevo a tomar su mano y la aprieta con energía haciéndome saber que le complace—. Cuando adolescente solía hacer surf por la mañana muy temprano por aquella zona —digo indicándole la parte más pegada a la casa de la tía EunJi—. Surfear al amanecer a solas con las olas y las gaviotas me ayudaba a relajarme.

—Seguro que eras todo un rompecorazones.

—Bueno, tenía mi público —admito con una sonrisa. Me siento tan lejano de ese chico de quince o dieciséis años que no sé si queda en mí algo de él—. Aunque seguro que tú tenías mucho más éxito que yo.

—¿Yo? Era tan tímida que no me atrevía a cruzar dos palabras con el chico que me gustaba.

—¿Tímida tú? Me cuesta creerlo.

—Eh, lo era —protesta divertida—. Después, cuando me fui a vivir a Madrid, no me quedó otra que perder la timidez si quería sobrevivir en la gran ciudad.

—Es curioso cómo la vida va modelándonos. En aquella época mis planes eran acabar los últimos años de instituto en Londres y de allí estudiar en la universidad de Oxford.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Por mi madre. Fue cuando mi padre nos abandonó y no podía dejarla sola en ese momento, así que acabé el instituto en Seúl.

—Se fue en plena adolescencia.

—Fueron años duros para todos. Aún recuerdo cuando la tía EunJi nos sentó en el salón a mí y a los mellizos y nos contó que mi padre se había largado. No podíamos creerlo, nuestro padre era un hombre amoroso con mi madre y con nosotros, mi madre en cambio no, ella nunca fue cariñosa, así es su carácter, y además dejaba atrás la empresa que habían fundado juntos con tanto esfuerzo. Porque nuestro padre era químico y trabajaba para una empresa fabricante de lejías, pero le despidieron en una reestructuración después de más de una década. Con el finiquito, entre los dos montaron una fábrica artesanal de cosméticos naturales, él se encargaba de las fórmulas y mi madre del papeleo, enseguida tuvieron mucho éxito y la empresa fue creciendo año tras año, se llama *Hangug Hyeogmyeong*, Korean Revolution en inglés. Cuando mi padre se largó, la empresa recién comenzaba a expandirse internacionalmente, y de repente a él le dio igual todo. Su amor por Nam BoMi se convirtió en su único motivo para vivir.

—¿Korean Revolution, es una marca de cosméticos que tiene el símbolo de una flor?

—Una flor de loto, sí. ¿La conoces?

—¿Que si la conozco? Me encantan sus productos, sobre todo los champús y los serums, no compro muchos porque son un poco caros, pero hay un serum calmante con olor a mandarina que me vuelve loca...

—Olenjinam.

—¡Ese! Me encanta.

—Qué curioso, yo elegí ese perfume para el serum, porque hasta ese momento nos habíamos centrado en olores dulces y dejado de lado los cítricos, pero me empecé en el olor a mandarina porque es mi fruta favorita.

—También es la mía —dice con los ojos llenos de ilusión—. Quizá estabas pensando en mí y no lo sabías —sugiere haciéndome sonreír. Quizá, el destino estaba preparándose para conocerla—. ¿Te gustaba mucho trabajar allí?

—Lo cierto es que sí. Porque viví todo el proceso de crecimiento, desde que era pequeño y fabricábamos los primeros productos en el garaje de la casa que teníamos a las afueras de Seúl. La tía EunJi, los mellizos y yo hacíamos infusiones de jazmín, de azahar y de lirios que después mi padre utilizaba en sus fórmulas. Aunque ya hace años que dejé de trabajar para ellos, Korean Revolution también tiene un poco de mí en su esencia. —Zoe me mira con tristeza y no quiero que piense que aún no he superado la pérdida de mi trabajo en la empresa familiar, porque no es cierto, estoy a gusto en KMobile y mejor estaré cuando regresemos a Seúl. ¿Mejor? ¿Seguro?

¿Sin ella? Me pregunta una vocecita dentro de mi mente—. Mira esa es la marisquería del señor Chan, siempre tiene los mejores centollos, vamos a acercarnos a saludarlo.

Capítulo 11

Zoe

Comemos los cuatro juntos en el salón, los calamares están deliciosos, entre la tía EunJi y la señora Jung han preparado un montón de comida, incluido un plato de ternera picante que está exquisito. La señora Jung es tan entrañable como la tía EunJi, habla poco, pero está todo el tiempo pendiente de su amiga, de que coma suficiente, de traerle el vaso de agua para tomarse la medicación y de cualquier cosa que necesite. Justo después de comer reciben la visita de una mujer de mediana edad vestida de blanco que al parecer es una enfermera que suele visitar a ambas; Lee, creo que se llama. Les toma la tensión y habla con la tía EunJi, imagino que sobre su nuevo estado. La tía EunJi le dice algo a la enfermera y esta pone una cara rara y hace un gesto de negación, pero ella asiente de nuevo. DoHwan las observa sin decir nada. Después, entre las tres quitamos de en medio los cacharros que hemos utilizado para el almuerzo. Casi tengo que pelearme con la tía y la señora Jung para que me dejen fregar. Nos entendemos con la lengua de signos, pero no la que utilizo con Bruno sino la internacional de toda la vida. Me tomo un té con ellas en la cocina mientras DoHwan habla a solas con la enfermera antes de que se marche.

—El lunes comenzarán las tres cuidadoras que he contratado, a ver cómo se lo toma cuando se lo diga —me cuenta cuando nos alcanza en la cocina, le ofrezco mi té y le da un sorbo, un gesto que tampoco pasa desapercibido a la tía EunJi y la señora Jung que se miran entre ellas.

—¿Qué le ha preguntado tu tía antes, cuando ha respondido que no y parecía muy seria? —le pregunto y él ríe antes de contestarme.

—Le ha preguntado cuántas botellas de soju puede tomar al día con la medicación. A la tía le encanta el soju, incluso me pidió que le llevase al hospital, por supuesto me negué. Es capaz de beberse cuatro botellas sin inmutarse.

—¿Botellas?

—Botellas. Siempre bromea con que arderá durante dos días cuando la incineren. De hecho, el olor del soju me recuerda a ella, a las noches de sábado en el verano, cuando pedíamos comida sin tener ni idea de que, para ella, sin apenas ingresos, le suponía una fortuna. Ella lo tomaba mientras cenábamos *tteokbokki* del restaurante del señor Park, y los mellizos y yo le dábamos sorbos a la botella cuando se levantaba para cualquier cosa —rememora con una sonrisa—. Creo que lo sabía, pero nos dejaba hacerlo igualmente.

—A mí me encantaba dar sorbos de la copa de vino tinto de mi padre. Y él me permitía hacerlo, aunque a mi madre no le hacía la menor gracia.

—¿Dónde viven tus padres?

—En Málaga, en un barrio que se llama Churriana. Allí me crie y allí siguen viviendo ellos. Mi madre es de allí y mi padre de un pueblecito de Extremadura que se llama Rivera del Fresno. Cuando era pequeña solíamos ir en cada Navidad, pero desde que fallecieron los abuelos hemos ido un par de veces a ver a mis tíos. Aunque mi padre siempre dice que algún día se irán allí a vivir, mi madre nos hace señales por detrás de que por nada del mundo dejará Churriana. Si ellos supiesen que estoy en Corea del Sur les daría algo.

—¿No les has dicho nada?

—No, para no preocuparles. Cuando vuelva les contaré que he estado aquí. A ellos, cuando fui a Marruecos de vacaciones con Lucía, Bruno, Pepi y Raquel ya les pareció que me marchaba demasiado lejos, si llego a decirles que venía aquí con vosotros se hubiesen plantado en el aeropuerto para impedírmelo.

—Van a odiarme cuando lo descubran.

—No, qué va. Les contaré el motivo y les diré lo bien que me cuidaste y me alimentaste y te perdonarán —bromeo—. Son bastante razonables.

—¿Estáis muy unidos?

—Lo cierto es que sí, a pesar de la distancia. Mi madre es la típica madre obsesionada con saber todo de la vida de sus hijos, como una gallina con sus pollitos; mi padre siempre me ha dado más libertad, me ha animado a desplegar las alas y volar.

—Es maravilloso que te lleves tan bien con ellos.

—Sí. Solo hubo una vez que se enfadaron conmigo. —DoHwan se sienta a mi lado, interesado por oír esa historia, imagino que esto significa que le importo, aunque sea un poquito—. Fue cuando abandoné la carrera para trabajar con mi ex. Mi padre se enfadó de veras. Él ha luchado mucho para que mi hermano y yo podamos estudiar, tenía dos trabajos para mantenernos. Trabajaba en una fábrica por la mañana, almorzaba y se iba a trabajar como mantenimiento en un hostel. Apenas le veíamos y que abandonase la carrera el último año le supuso un gran disgusto.

—Es lógico. Pero aún puedes acabarla.

—Y pienso hacerlo. Voy a matricularme de nuevo y a terminarla. Por ellos y por mí, he estado aplazándolo demasiado tiempo y ahora, con el dinero que he ahorrado trabajando para ti, lo haré —aseguro con una sonrisa.

—Si el inconveniente es el dinero entonces no hay problema, Zoe. Yo lo pagaré.

—No pienso aceptar tu dinero así porque sí.

—¿Por qué no?

—Porque no voy a aprovecharme de tu generosidad.

—Menuda estupidez, yo tengo el dinero y tú lo necesitas —dice muy serio y me sienta mal, hago un gesto de negación—. ¿Cuánto cuesta la matrícula? Te pagaré siete mil euros por acompañarnos a Corea, eso no puedes rechazarlo. ¿Es suficiente?

—¿Qué? ¿Estás loco? He venido porque me ha dado la gana no tienes que pagarme nada —protesto, enfadada. No soy su obligación ni su responsabilidad y no quiero deberle nada, ¿cómo se los voy a devolver?—. Será mejor que cambiemos de tema.

—No.

—¿Cómo que no?

—No vamos a cambiar de tema. En septiembre te matricularás de nuevo en la universidad y me dejarás que pague tu matrícula, además puedo ayudarte con tus gastos y cuando encuentres un trabajo estable puedes devolvérmelo.

—Perdona, pero no vas a decidir cuándo me matriculo o cuándo no.

—¿Cómo puedes ser tan cabezota?

—¿Yo? ¿Y tú que quieres darme un montón de dinero porque sí? ¿Y si me lo gasto de fiesta por Madrid?

—No lo harás.

—No lo sabes, no me conoces tan bien. Me gusta mucho ir de fiesta. —Estoy desafiándole y eso le saca de quicio, pero a mí también que sea tan autoritario, así que estamos a la par. Arruga el entrecejo, está molesto, mucho—. No quiero deberte dinero, ni a ti ni a nadie. Soy independiente y tomo mis propias decisiones.

—Muy desacertadas algunas, como abandonar tu formación por un tipo que no te merecía. — Con esa frase me remata, soy capaz de decirle cualquier cosa en este momento.

—Se ve que tú no te equivocas, nunca ¿no? Muy *acertado* lo de fingir que no te estaban amenazando, y también lo de decidir por mí cuál de los dos hermanos tenía que gustarme.

—Eso es un golpe bajo.

—En mi país se dice, donde las dan, las toman —digo y percibo entonces que la tía EunJi y la señora Jung nos están mirando, nos les hace falta entendernos para darse cuenta de que acabamos de discutir—. Me voy a descansar un rato.

Me marchó al cuarto de invitados y me echo en la cama. Sé que su intención es buena, pero no me conoce lo suficiente como para juzgar lo que he hecho en mi pasado. Tiene razón en que probablemente fui una idiota por creer que estaría con Fran toda mi vida y que la empresa de reformas que había fundado sería mi sustento tanto como el suyo porque nada nos separaría, y así habría sido de no ser porque... soy defectuosa. O no, quién sabe. Él desde luego no. Yo no le juzgo, o intento no hacerlo, y me gustaría que me pagase con la misma moneda.

Aprovecho para escribir a Bruno, que está en casa y mandarle varias fotos del Mar Amarillo, que me contesta con corazones y acto seguido me pide paso para una videollamada que acepto enseguida. Cuando se conecta le veo sentado en el suelo, en una habitación que me resulta familiar y reconozco enseguida en cuanto veo a JiSeung a su lado saludándome con la mano. Están en casa de los Goon.

—Ey, hola, veo que estáis juntos. —Miro la hora en mi móvil, son las cinco y media, las diez y media en España.

—Sí, Bruno acaba de llegar, me he venido de la academia con dolor de estómago —me responde JiSeung guiñándome un ojo, están sentados en el suelo, con la espalda apoyada en la cama.

—Ya, y Bruno es tu médico particular —sugiero.

—Podría decirse que sí, con él se me cura todo —asegura y mi amigo le besa en la mejilla y le abraza, son más monos que una pareja de koalas.

«Ya sabes lo que dicen, el amor es una locura que todo lo cura».

—Estás en el cuarto de invitados de la casa de Daecheon. —JiSeung sonrío ilusionado al reconocerlo.

—Sí. Soy la invitada.

—Daecheon es precioso, cuando vayamos juntos te enseñaré cada rincón —le dice a Bruno—. Comeremos pulpo en la marisquería del señor Chan y veremos las estrellas desde la playa, hay una panorámica espectacular del cielo, te encantará. No debes perdértelo Zoe, ver el atardecer desde la playa y quedarte un poco más para ver las estrellas.

—Vale. Si estoy con ánimos me asomaré a verlo.

«¿Y por qué no ibas a estar con ánimos?». A Bruno se le activa el modo amigo preocupado de

inmediato.

—Por nada, tonterías. He discutido un poco con DoHwan.

«¿Por qué?».

—Porque se ha empeñado en pagarme la matrícula de la universidad para que acabe mis estudios. No puede pretender algo así, no somos nada. Bueno, somos algo, pero nada serio.

—¿Sois algo? —JiSeung abre mucho los ojos y me dedica una amplia sonrisa—. ¿Ha pasado algo entre vosotros?

—Ay, soy una bocazas. Se me olvida que eres su hermano.

«Será porque no se parecen nada».

—Pues se ha enfadado porque le he dicho que no necesito su dinero y que eso debo decidirlo yo. Entonces me ha dicho algo que me ha sentado mal y yo se la he devuelto y... en fin, que hemos discutido.

—Eso es que le importas mucho, Zoe. Mi hermano no va ofreciendo su dinero así como así, es muy generoso, pero no es idiota.

—Dejemos el tema, será lo mejor. Y JiMin, ¿cómo está? ¿Cómo estáis llevando el tema de tener guardaespaldas?

—Yo fatal hasta que Bruno decidió que vendría a visitarme. JiMin lo lleva, sin más, ahora está centrado en nuestra carrera musical porque Bruno le dio el contacto de un tipo que trabaja en una discográfica y está preparando una maqueta para entregársela. —Enarco una ceja, escéptica.

«Oye, que no es broma, que el tipo trabaja en SONNAC, una multinacional discográfica».

—Bueno, seguro que le gustará porque lo hacéis genial y acabareis triunfando por el mundo con vuestra música.

—¿Te imaginas? A mi madre le daría un ataque —ríe JiSeung—. Ya le dará cuando le diga que no voy a trabajar en la empresa. —No puedo evitar pensar en lo injusta que es la madre de DoHwan con sus hijos, no permitiéndole trabajar en la empresa al hijo al que le gustaría hacerlo y pretendiendo que sus otros dos hijos, que no lo desean lo más mínimo, lo hagan—. En esa habitación hay un cuadro mío de cuando pequeño en el que estoy muy mono, ahí en la estantería frente a ti —dice JiSeung y giro el móvil para que Bruno pueda verlo, en ese momento llaman a la puerta y acto seguido se abre y DoHwan se encuentra de frente con la pantalla de mi móvil en la que aparecen Bruno y JiSeung. La giro de nuevo de inmediato con la esperanza de que no los haya visto.

—Bueno, hasta luego —les digo y cuelgo.

—Era mi hermano, ¿verdad? Y estaba con tu amigo —dice DoHwan. Asiento, no tiene sentido que lo niegue—. Parece que se han hecho muy amigos. —Entonces mira su reloj de pulsera.

—JiSeung no se encontraba bien y se ha venido de la academia, Bruno ha ido a ver cómo se encuentra y está mejor.

—Ah, dale las gracias en mi nombre —dice acercándose a mí—. ¿Podemos hablar?

—Habla.

—Quiero disculparme, por haber sido tan tajante. Pero... espero que contemples la posibilidad de aceptar mi dinero, solo como opción, si lo necesitas.

—DoHwan, tú y yo en un mes... no seremos nada, no tendremos nada, solo el recuerdo de lo que hemos vivido, y no quiero estar atada a ti por dinero.

—¿No quieres estar atada a mí por dinero o sencillamente no quieres estar atada a mí? —sugiere—. Piénsalo y cuando tengas una respuesta, dímela.

Sale de la habitación sin decir nada más y lo cierto es que no sé qué responderle. Porque no quiero pensar en que voy a dejar de verle, en que se volverá a vivir a este país que es el suyo y yo solo seré un recuerdo que el tiempo difuminará hasta borrarlo por completo. Me aterroriza quedarme enganchada a él y a la vez siento que necesito aprovechar cada momento a su lado. Creo que voy a volverme loca. Porque DoHwan no me gusta para tener una aventura inolvidable, me gusta para mirarle a los ojos cada mañana al despertar y besarle en los labios hasta borrarles el color cada día de mi vida.

Pero eso no sucederá, los dos sabemos que acabamos de iniciar algo que tiene fecha de caducidad. Así que, o lo acepto y disfruto de su compañía los días que podamos estar juntos, o me sumerjo en el Mar Amarillo y me voy nadando a España.

Salgo de la habitación, él está en el salón, sentado en el suelo escribiendo algo en su portátil, trabajando. La tía EunJi y la señora Jung están en el porche, sentadas, conversando con alguien. DoHwan me mira y vuelve la vista a la pantalla, ¿qué puedo decirle? Sigo caminando hasta donde están las señoras y veo que hay una joven que se sienta con ellas. La tía EunJi me ve y me llama con la mano, me dice algo en coreano con una sonrisa, asiento porque no sé qué otra cosa hacer. Ella dice algo a la chica joven que se pone en pie y me saluda inclinándose.

—*Annyeonghaseyo* —digo una de las pocas palabras que sé en su idioma y ella sonríe, es de mi edad aproximada o algo mayor.

—Encantada de conocerla, señorita Lago, me llamo Han SoHee —me dice en inglés y me dan ganas de cantar un Aleluya—. Soy la nieta de la señora Jung, me quedo con ellas a dormir los fines de semana.

—¿Las tres juntas?

—Sí, a veces en casa de mi abuela y otras en la de la señora Seon EunJi. He venido a verla, es como una segunda abuela para mí —asegura con una sonrisa. La tía EunJi dice algo—. Dice que deberíamos ser amigas, porque a las dos nos gusta la salsa de *gochujang* con los calamares —traduce y ambas echamos a reír—. ¿Nos sentamos? —me ofrece y lo hago, a su lado, sobre la tarima de madera del porche—. La señora Seon me ha contado que eres española y que trabajas para el señor Goon cuidando de su hermano pequeño.

—Sí.

—¿Y vives en su casa? —Su pregunta me sorprende. ¿Por qué puede tener interés en saber eso?

—No. Vivo en mi casa y voy a la suya a diario para cuidar de TaeOh.

—Según me ha contado la señora Seon EunJi, su casa de España es muy grande y bonita. Yo no he salido de Corea y me causa mucha curiosidad viajar a Europa, cada vez que el señor Goon viene a visitar a su tía le molesto con mis preguntas. —¿Tiene interés en DoHwan? Parece buena chica, pero si muestra interés por él la meteré en la lista negra de cabeza, río en mi interior—. ¿Conoces a los mellizos?

—Sí, claro, ellos viven en la casa del señor Goon —le llamo del mismo modo formal en el que ella lo hace.

—¿Y cómo está JiMin? —Te pillé. No puedo evitar la sonrisa. Ella se sonroja, así que ese es su interés.

—Muy bien, alto, fuerte, muy guapo —le digo y enseria—, tanto como JiSeung y DoHwan. —Mi generalización le agrada—. JiMin y tú... ¿sois amigos?

—Bueno, hemos pasado juntos los veranos aquí desde que éramos pequeños. Él siempre me regalaba las conchas más bonitas de la playa y me sentaba detrás en su bici. Hace ya muchos

meses que no le veo y me pregunto si estará bien.

—Está muy bien. Él y JiSeung tienen un grupo musical.

—¿En serio? —se sorprende mucho. Voy a hacerla sufrir un poquito.

—Sí. Sale mucho por las noches, pero aun así va aprobando los estudios.

—¿Sale mucho?

—Sí. Pero es responsable. —Su humor se ha desinflado como un globo. Baja el rostro, contrariada, no sé cómo llevan en Corea el tema de que la mujer se declare, pero está claro que esta chica está coladita por JiMin—. Quizá deberías llamarlo de vez en cuando... no sé, para hablar con él de cuando erais pequeños y preguntarle cómo está.

—¿Usted cree, señorita Lago?

—Claro. En España a las mujeres nos encanta dar el primer paso, y el segundo también; cuando un amigo no nos llama, lo llamamos nosotras —le digo y ella asiente.

—Veo que la señora Seon tiene razón, usted parece una joven muy lista y amable —me dice con una sonrisa de oreja a oreja y no puedo evitar reír.

Me levanto y me pongo de pie, me apetece darme otro paseo por la playa, la temperatura es buena así que pienso en que correr por la arena me ayudará a despejar la mente, pero esta vez me llevaré algo cómodo con lo que bañarme si el calor me asalta. Dado que aquí se bañan con la ropa, a nadie le extrañará que lo haga con mi top deportivo y mis shorts de entrenar, así que me cambio de ropa, al pasar por el salón veo que DoHwan sigue trabajando con los auriculares puestos, ni siquiera me mira al cruzar ante él.

Salgo a correr y disfruto de la brisa en la cara, espanto las gaviotas y me cruzo con varios bañistas. El sol comienza a descender en el horizonte cuando alcanzo el saliente natural que delimita el final de la playa, han sido un par de kilómetros, nada del otro mundo. No puedo evitar pensar entonces que, en aquel lugar, hace muchos años, unos soldados japoneses secuestraron a una niña de trece años y le destrozaron la vida, como a muchas otras. Observo las piedras del espigón natural, el mar en el horizonte y las pocas nubes que estampan el cielo despejado. Envuelta en la melancolía inicio el camino de vuelta a paso relajado, las familias se van retirando, el sol casi toca la línea del horizonte y me detengo en la playa a escasos doscientos metros de la casa de la tía EunJi para ver el atardecer. Me siento en la arena, a solas, en la preciosa playa, disfrutando del relajante ir y venir de las olas.

—¿Puedo acompañarte? —dice DoHwan a mi espalda. Me giro y le miro, está muy atractivo con los sencillos vaqueros y una camiseta blanca. Accedo y toma asiento a mi lado en la arena.

—Quiero ver la puesta de sol. Según JiSeung es espectacular.

—No sé cómo lo has hecho, pero mis hermanos hablan más contigo que conmigo.

—A lo mejor es porque los escucho cuando hablan.

—Auch, eso ha dolido —dice llevándose una mano al estómago, provocándome la risa, pero recupero la pose seria enseguida.

—Creo que la nieta de la señora Jung está loca por JiMin. —DoHwan sonrío y me mira por debajo de las cejas.

—Creo que tuvieron algo, o estuvieron a punto de hacerlo, poco antes de que mi hermano viniese a España, pero lo dejaron. De todos modos, JiMin ha tenido algo con casi todas las chicas de su generación de Boryeong. Han SoHee siempre ha estado loca por él, yo tardé un par de años en darme cuenta y tú lo has notado en cinco minutos de conversación.

—Se llama inteligencia emocional —le digo haciendo un mohín de suficiencia, su sonrisa parece a prueba de *puyas*.

—¿Vas a estar enfadada todo el tiempo? Es solo por saberlo.

—No estoy enfadada.

—No...

—Eres tú el que estás enfadado conmigo.

—Pues ya no lo estoy —afirma mirándome, está muy cerca y la brisa del mar le mece el cabello oscuro, lo peina hacia atrás con los dedos.

—¿Por qué?

—Porque me he dado cuenta de que debo respetar tus decisiones, por erróneas que sean.

—Vaya, gracias.

—Y no debí decirte lo de tu expareja.

—Gracias otra vez.

—No debí decirlo, aunque lo piense —me suelta y cuando le miro se echa a reír; le doy un golpe en el brazo. Cuando está así de adorable es imposible discutir con él. El sol comienza a sumergirse en las plácidas aguas del Mar Amarillo, es una imagen preciosa, el vapor hace mecerse la superficie y es como si el astro solar temblase de emoción al contacto con el agua. DoHwan posa su mano sobre la mía en la arena.

—Tengo miedo —confieso de improviso, él me mira en silencio—. Sé que voy a sufrir mucho cuando os marchéis, lo sé y no hay nada que pueda hacer para evitarlo.

—Yo siento el mismo temor que tú. Hace un par de meses solo deseaba que volasen los días que me acercarían a mi hogar, y ahora, no dejo de pensar en que no podré verte. No es justo.

—Lo siento. Si no hubiese acudido a esa entrevista de trabajo habrías contratado a alguna de las sargentas que había en tu salón.

—¿Y por qué piensas que no estaría enamorándome también de alguna de ellas? —pregunta en broma, pero al decir esa palabra se me paraliza el corazón. ¿Quiere decir que se está enamorando de mí? Eso son palabras mayores, trato de disimular, pero no puedo hacerlo, estoy nerviosa, mucho. Aprieto la arena entre mis dedos.

—¿Qué pasa?

—No digas esa palabra, por favor.

—¿Qué palabra?

—Enamorarse. No puedes enamorarte de mí —digo poniéndome en pie y me dirijo al mar.

—¿Por qué no? Cómo le llamo entonces si se me acelera el corazón cuando estoy contigo —dice alcanzándome, toma mi mano y la pone sobre su pecho, late muy deprisa. Aparto la mano como si quemase, tengo que alejarme de él, no quiero que diga nada más, no puedo pensar con claridad si me dice esas cosas—. Zoe, ¿qué pasa? Es lo que siento. —Estoy acalorada, mucho más que mientras corría por la orilla, sin dudarlo me meto en el agua. Ahí no me seguirá. El sol ha desaparecido casi por completo en el horizonte y su brillo anaranjado comienza a oscurecerse, las estrellas empiezan a despuntar sobre nuestras cabezas—. Zoe —me llama desconcertado por mi actitud. Estamos a solas en mitad de una playa maravillosa, me sumerjo en el agua y cuando emerjo le miro en la orilla. DoHwan se saca la camiseta por la cabeza y la arroja a la arena seca, después se deshace de los pantalones y hace lo mismo. Le veo caminar hacia mí solo vestido con unos boxers negros que se pegan a su anatomía de un modo en el que me impedirán que mi temperatura corporal baje a pesar de estar dentro del agua. Por suerte la penumbra ocultará el rubor de mis mejillas. Se sumerge de un chapuzón y yo me pongo a nadar mar adentro, pero enseguida me alcanza, me agarra por el pie y tira de mí hacia él, pegándome a su cuerpo—. Yo también tengo miedo, temamos juntos —me pide demasiado cerca. Sus manos rodean mi cintura,

me agarran por las nalgas y me suben a horcajadas a su cintura.

No pensar.

No quiero pensar.

Quiero sentir.

Y siento, siento su cuerpo húmedo pegado al mío, la fuerza de sus músculos, que le permiten ser capaz de nadar sosteniéndome en sus brazos, y le beso. Me fundo con sus labios que me reciben apasionados, DoHwan nada hacia la orilla sin dejar de besarme, hasta donde el agua le alcanza hasta las clavículas. Su boca, su lengua, saben a sal, a deseo y anhelos y me arrebata. Me agarro a su cuello, sosteniéndome a su cuerpo, rodeándole con mis piernas, con mi pubis pegado a su vientre y mis pechos presionando su tórax carente de todo vello. Besa mi mentón y desciende con besos ardientes por mi garganta hasta detenerse en mi esternón. Le agarro del trasero sin pudor, duro como una piedra, para advertirle que no debe contenerse y me mezo sobre la erección que percibo bajo los boxers de algodón, enarbolándole. Sus besos se hacen más profundos e intensos, una de sus manos se apodera de mi pecho izquierdo mientras la otra me sostiene por las nalgas. Más atrevida de lo que he sido en mi vida, acaricio su erección con mi mano sobre la ropa. La respiración de DoHwan se entrecorta.

—Zoe... —Su voz, mecida por el deseo suena a cántico celestial. Me saco el top deportivo por la cabeza y lo enrolló en mi brazo—. Joder —jadea en mi oído—Zoe... ¿Vamos a hacerlo?

Su pregunta suena a súplica. No sé si las coreanas tienen que pedirlo a viva voz, o rellenar un formulario, pero yo estoy mucho más que dispuesta. Se acerca un poco más a la orilla, arrebatado, y me quita los shorts y la ropa interior y la lanza a la arena seca, hace lo mismo con sus boxers. Cuando su sexo se abre paso en mi carne más íntima, llenándome de su ser, siento como si alcanzase el cielo con la punta de los dedos. No existe nada más que su cuerpo unido al mío en mitad de aquella playa desierta.

—Joder, qué bueno.

—¿Te gusta? —pregunto y sus ojos responden por él.

Me muevo sobre él, buscando mi placer, disfrutando con el gozo reflejado en sus ojos. DoHwan me invade, me llena, sosteniéndome con fuerza por las caderas. Con mis movimientos, le hago saber que no tiene que ser delicado y enarboló a su animal interior, me gira en el agua y sostiene mis pechos con sus manos, pegando mi espalda a su torso, estrellándose contra mí una y otra vez. Una de sus manos desciende hasta mi sexo y lo acaricia, deslizándose sus dedos entre los pliegues, mientras me invade con su boca, arrancándome gemidos de placer que quedan ahogados en sus labios, llevándome a ascender la montaña rusa por la que deseo arrojarme. Y alcanzo el clímax con sus embestidas, me arrojo desde la cima de la montaña rusa envuelta en una espiral de placer, me dejo llevar sintiendo cómo él también lo hace, cómo se estremece dentro de mí.

No quiero que se retire, quiero retenerle en mi interior para siempre. Él me besa en los labios, aún disfrutando con el roce de nuestra intimidad y se aparta mirándome a los ojos, deleitándose con mi expresión de placer.

Acabo de vivir el sexo más salvaje de toda mi vida.

Capítulo 12

Zoe

Cuando llegamos a casa de la tía EunJi aún estoy empapada, hemos venido corriendo. Después del derroche de placer he comenzado a sentir frío y él me ha dejado su camiseta todo el camino, pero se la he devuelto en la puerta, de lo contrario sería demasiado evidente lo que ha sucedido entre nosotros. Lo es de todos modos, por la expresión pícara de su tía y la timidez en los ojos de la señorita Han SoHee, con quien conversa en el porche.

Les damos las buenas noches y nos metemos dentro de la casa, DoHwan parece apurado, pero yo no puedo contener la risa. Me detiene en el pasillo, antes de que entre en el cuarto de invitados. En su cara se refleja la incomodidad y a la vez una sonrisa pícara.

—Estamos locos —me dice y me besa en los labios.

—Lo mío ya se sabía —digo haciéndole reír, vuelve a besarme y le muerdo los labios, me aprieto contra él aprisionándole en la pared y le agarro del trasero con fuerza contra mí. Cuando le miro a los ojos tiene otra vez esa chispa de deseo encendida en la mirada, esa chispa que me dice que volvería a hacerme el amor, inagotable, si no estuviésemos acompañados.

—Yo también sé jugar a esto —jadea sobre mi boca e introduce sus dedos por mi short empapado, apoderándose de mi sexo entre ellos. Ahora quien jadea soy yo.

—DoHwan, para... —No me obedece, y continúa acariciándome—. Para, por favor —insisto y lo hace. Se lleva los dedos a los labios y los besa. Si no hubiese dos ancianas y una chica entre la salida y el porche, saltaría sobre él y le haría el amor en el suelo.

—Voy a ducharme —dice y se aparta de mí, dejándome consumida en llamas en el pasillo.

Cuando termina de ducharse es mi turno, después regreso al salón y le encuentro sentado junto a la mesa tomando un té con la tía EunJi, está serio, ella en cambio mantiene una expresión tierna y dulce. Al verme entrar me ofrece uno de los cojines planos del suelo, a su lado.

—¿Sucedo algo? —pregunto a DoHwan.

—Mi tía quiere hacer una cena con mi madre, sus hermanos y también con JiMin y JiSeung. Quiere reunirnos a todos —explica, miro a la señora y ella hace un gesto de afirmación.

—¿Cuándo?

—El sábado, dentro de tres días.

—Y estás enfadado porque...

—Porque sé lo que pretende, y que su intención es buena. Pero de esa reunión lo único que

puede salir es una guerra y un disgusto para ambas. Ella afirma que no, que con esa reunión se solucionarán todos nuestros problemas, pero su corazón está enfermo y no tiene necesidad de pasar por un momento así —dice sin poder camuflar su desesperación por no poder evitarlo.

—Si quiere reunir a toda su familia porque siente que la muerte está cerca, creo que no debes negárselo. Quizá viva diez años después de esa reunión, o diez meses, eso no lo sabemos, ni siquiera sabemos si estaremos vivos mañana. Si en esa reunión hay conflictos, no intervengas, dejadlo estar por ella y después lo habláis, o lo discutís, cuando no esté presente. Pero creo que deberíais hacerlo por ella. Sé que para ti será un mal trago, pero estaré a tu lado —digo mirándole a los ojos. DoHwan asiente, con una sonrisa triste.

La tía EunJi dice algo, DoHwan le responde en coreano y ella asiente y dice algo más y se marcha de la habitación rumbo a la cocina.

—¿Qué ha dicho?

—Que es su deseo. Y le he dicho que lo organizaré, pero que no va a cocinar, encargará la comida en el restaurante del señor Park.

—¿Y TaeOh?

—¿Juntar a TaeOh con mi madre? No le haría eso a mi hermano pequeño, déjale disfrutar de su hermano y su madre unos días más. Además, si mi madre sospechase que TaeOh iba a asistir nunca vendría.

—Eso es porque no le conoce, si le conociese se enamoraría de él, como lo estoy yo.

—¿Estás enamorada de mi hermanito? —pregunta con una sonrisa.

—Sí.

—¿Por eso has salido huyendo cuando te he dicho que estoy enamorándome de ti?

—No he salido huyendo. Tenía mucho calor.

—Pues después te entró más —añade entre risas, le doy un golpe en hombro—. Auch. En Corea vemos con muy malos ojos la violencia gratuita.

—No ha sido gratuita, te lo merecías.

—¿Por decir que estoy enamorándome de ti?

—Deja de decir eso.

—¿Por qué? Es lo que siento.

—Pues deja de sentirlo. No quiero sufrir y no quiero que tú sufras.

—Entonces será mejor que esta noche no vaya a tu cama. Pensaba hacerlo, pero el sexo conmigo es adictivo y cuando no lo tengas te hará sufrir —dice pagado de sí mismo provocándome la risa, le saco la lengua como una niña pequeña.

—Pues no vengas, tú te lo pierdes.

La tía EunJi vuelve al salón y le dice algo, él asiente y ella regresa a la cocina.

—Dice que va a preparar la cena, la señora Jung y la señorita Han SoHee cenarán con nosotros, voy a ayudarla.

Cenamos con la señora Jung y con su nieta, la joven está muy pendiente de las necesidades de las dos mujeres, me cae bien. Después decido irme a la cama pronto, aunque no tengo intención de dormirme enseguida. DoHwan ha dicho que no piensa hacerme una visita, aun así, me acuesto solo con las braguitas más monas de todas las que llevo, unas con algo de encaje color rosa pastel. Si hubiese sabido que íbamos a tener sexo habría hecho una maleta mucho más *sensual*, pero me ha quedado claro que las ocasiones surgen cuando menos te lo esperas.

Es la una de la mañana, me he dormido esperando, cuando la puerta de mi habitación cruje y

me hago la dormida. No puedo evitar reír bajo las sábanas y cuando siento una mano posada en mi hombro y un peso en la cama, me giro para mirarle a los ojos. Y me encuentro con una figura bajita de ojos brillantes por el reflejo de la luz del exterior que me da un susto de muerte en la oscuridad de la habitación.

Me llevo una mano al pecho mientras ella me pide que guarde silencio, el susto ha sido tan grande que se me ha ahogado el grito en la garganta. Es la tía EunJi, por supuesto. A duras penas sujeto la sábana contra el pecho para evitar que vea mi desnudez. Busco el interruptor de la lamparita y la enciendo, la luz es tenue, pero puedo verle la cara a la perfección. Está vestida con un pijama de seda azul marino. Me hace un gesto con el que sé que está pidiéndome perdón por el susto y me dice algo, que, por supuesto no entiendo, después me entrega un pedazo de tela amarilla, doblada por la mitad. Lo abro y en su interior hay unos caracteres escritos con tinta roja. Hace un gesto de negación y repite DoHwan, una y otra vez. Entiendo que no quiere que DoHwan vea esa tela, así que asiento, la doblo y la guardo bajo mi almohada.

Ye, ye, me dice, que significa sí y se toca el corazón. Señala el lugar donde está la tela y se toca el corazón de nuevo. Asiento otra vez, creo que quiere que me lo ponga en el corazón, pero desnuda como voy va a ser que no le voy a dar el gusto en este momento. Ella sonríe, asiente y se pone de pie, abandonando mi habitación. Me río sola, menudo susto me ha dado, si llego a padecer del corazón me remata.

Me encantaría poder hablar con ella, entendernos sin la barrera del idioma, es una mujer tan fuerte y valiente que me gustaría poder decirle lo orgullosa que debe sentirse por haber salido adelante a pesar de tanto dolor y tantas dificultades.

Apago la luz, vuelvo a acurrucarme en la cama y me duermo. No sé cuánto tiempo ha pasado cuando vuelvo a oír cómo cruje la puerta de mi dormitorio. Si la tía EunJi me trae otro pedazo de tela escrita tendré que preguntar a DoHwan si es una costumbre coreana entrar en las habitaciones de los invitados a medianoche.

—¿Estás dormida? —pregunta una voz cerca de mi oído. Sonrío.

—Sí —respondo y le oigo reír.

—¿Puedo despertarte?

—No.

—Entonces dormiré contigo —asegura levantando las coberteras para meterse en mi cama. Siento el fresquito del aire de la noche y disfruto maliciosa al saber que acaba de descubrir que estoy casi desnuda. No dice nada al respecto y se acurruca a mi lado, no tiene camiseta, siento el roce de su piel al pegar su torso a mi espalda. Una de sus fuertes manos se posa en mi cadera y la agarra con decisión—. Tienes la piel muy suave, me encanta —asegura con la voz ronca de deseo a la vez que su mano desciende por mi vientre. La atrapo cuando está a punto de meterse bajo mi ropa interior.

—¿No te han explicado nunca que es de mala educación meterse en la cama de otra persona sin su permiso?

—No. Y sé que es muy indecoroso, indecente y reprochable en mi cultura —dice retirándola, devolviéndola a mi cadera. ¿En serio? Estaba bromeando. No quiero que pare, quiero que siga, que siga hasta el final—. Aun así, creo que debo estar españolizándome, porque me da igual —afirma tirando de mí, haciéndome quedar boca arriba, y se abre hueco entre las sábanas, situándose entre mis piernas, con su rostro a la altura de mi ombligo.

—¿Qué va a hacer, señor Goon? —pregunto excitada.

—Voy a saborearla, señorita Lago. Voy a probar con mis labios y con mi lengua, esta fruta

prohibida que tanto me enloquece.

Capítulo 13

Zoe

—Vamos, despierta —me dice una voz cálida al oído mientras recibo un beso en los labios—. Vamos dormilona, despierta —insiste y me remuevo en la cama, entierro el rostro en su pecho e inspiro hondo, me encanta su olor. Le beso en el esternón aún con los ojos cerrados. Hemos pasado la noche juntos y hemos hecho el amor hasta perder la noción del tiempo. Ha saboreado mi cuerpo, me ruborizaría si no estuviese tan adormilada, y yo he saboreado el suyo, me he subido a sus caderas como una amazona y me he deleitado con su expresión de placer derramándose dentro de mí. Hasta que agotamos el último de los preservativos que trajo consigo y reí con sus bromas sobre que la próxima vez vendría más preparado. Y me encanta todo de él. Me encanta su dulzura al hacerme el amor, su fiereza, su dedicación inagotable a mi placer y el deseo que veo en sus ojos cuando me mira. Jamás pude imaginar tanta dulzura y entrega en un hombre de apariencia tan fría—. ¿Por qué sonríes?

—¿Yo? No sonrío —digo con una sonrisa de oreja a oreja, abriendo los ojos despacio—. Solo estoy rememorando... —Mis palabras le hacen reír, se peina el cabello azabache hacia detrás con los dedos, me besa y se incorpora, permitiéndome disfrutar de la espectacular imagen de su cuerpo desnudo, de su espalda y sus nalgas prietas. Se pone los boxers y se sube los pantalones, se gira y el sol del amanecer que se cuela entre las rendijas de la contraventana le ilumina el torso, dibujando surcos dorados sobre sus pectorales y su abdomen tableado.

—¿Qué? —me pregunta al descubrir que estoy contemplándole.

—Estás como un queso —digo sin pudor desde el fondo de mi subconsciente, y él se echa a reír.

—¿Eso es bueno? Nunca había oído esa expresión.

—Eso quiere decir que tienes un... —Pienso que si le digo lo que realmente significa le daré un baño de ego y no lo necesita... Que parece muy sano.

—Gracias. Lo estoy, creo —afirma divertido. Acaba por ponerse la camiseta que estaba tirada en el suelo—. Levántate que nos vamos.

—¿Nos vamos? ¿A dónde tan temprano? —miro mi móvil, son las seis de la mañana.

—Quiero llevarte a un sitio. Ponte ropa cómoda.

Cuando pasamos por el salón descubro que hay tres lechos coreanos montados en el suelo, se trata de la tía EunJi, la señora Jung y Han SoHee. Las tres duermen tranquilas y pasamos sin

hacer ruido hasta la salida. DoHwan me susurra que le espere en el coche, que abre a distancia con su llave mientras va a la cocina. Subo al vehículo y le espero unos minutos, trae una mochila que deja en el asiento trasero.

—No sabía que se habían quedado a dormir en el salón. Espero que no nos hayan oído.

—No nos han oído, estaban dormidas cuando pasé desde el dormitorio de la tía, en el que supuestamente he dormido, hacia el tuyo. La tía y la señora Jung suelen dormir juntas, en ocasiones aquí y otras en la casa de la señora Jung, así se acompañan y supongo que dos noches separadas desde su regreso han sido demasiadas.

—Son muy graciosas. Se ve que se quieren mucho.

—Eran amigas en la infancia hasta que mi tía desapareció y la señora Jung se casó y se fue a vivir al sur con su marido. Allí crío a sus hijos hasta que fueron mayores, pero cuando enviudó decidió regresar a la casa de sus padres, a su hogar, y volvieron a reencontrarse con ochenta y tantos años.

—Es muy bonito. Ojalá sigan juntas muchos años más —le digo y él sonríe, me encantan los hoyuelos en sus mejillas—. ¿Dónde me llevas?

—Han SoHee me avisará si hay algo de lo que preocuparse. Quiero llevarte a un lugar muy especial para mí —afirma con aire misterioso y pone el vehículo en marcha.

Abandonamos Daechon en dirección sur, el sol va elevándose en el cielo sobre nuestras cabezas, puedo verlo a través del techo panorámico del vehículo. DoHwan recibe una llamada telefónica, me mira con una disculpa, entiendo de inmediato que es trabajo y debe aceptarla, habla durante varios minutos en coreano con un caballero, cuando cuelga acaricia mi mano, que reposa sobre mi muslo.

—Era mi jefe, preguntándome cómo se encuentra mi tía.

—Te llevas bien con él, ¿no?

—A pesar de ser el padre de una amiga nunca habíamos tenido demasiada confianza, en Corea las relaciones entre mayores y jóvenes están muy jerarquizadas, no solemos mezclarnos. Desde que vivo en España pienso que demasiado, aquí no es habitual relacionarte con alguien que tiene diez o veinte años más que tú, pero desde que trabajo para su empresa hemos ganado confianza. Le estoy muy agradecido por la oportunidad que me dio.

—Y supongo que él debe estar muy agradecido con tu trabajo.

—Lo está. Cuando llegué la central española tenía un ultimátum de cierre y traslado a otro país, incluso se había hablado de moverla a Francia. El anterior director se había marchado a otra compañía a la que había revelado secretos de la empresa. Los costes de producción estaban disparados, los de personal eran ilógicos, el máquetin era un caos, hablo de decenas de miles de euros en sobrecostes, y las ventas llevaban meses cayendo en picado.

—Un auténtico caos.

—Más o menos. Lo primero que hice fue una auditoría de todos los departamentos y descubrí que la comparativa de servicios sencillamente no existía. Nadie verificaba que se negociase con los proveedores y se llegase a acuerdos que rebajasen costes, que había regalos injustificados a empresas que apenas compraban nuestros productos y no a las que realmente invertían en ellos, subidas de sueldos que eran astronómicos para directivos y que, sin embargo, no llegaban a la plantilla general —explica mirándome a cada tanto. Abre un compartimento en la parte central que separa los asientos y extrae unas gafas de sol negras de montura rectangular y se las pone. Le quedan genial, con los vaqueros y la camiseta blanca, parece uno de los Blues Brothers, pienso y entonces mi corazón se salta un latido. No, no puede ser él, mi mente calenturienta está

jugándome una mala pasada. ¿Y si le pregunto? Pero si no era él el tipo que me ayudó cuando iba disfrazada de Campanilla con un mareo de campeonato quedará muy mal que le hable de ello. No, mejor no lo menciono. Pero es que se parece tanto...—. Y lo peor de todo es que la situación se había mantenido durante años sin que la junta directiva hiciese nada al respecto. Los números que se enviaban a Seúl eran maquillados por el director mes a mes. Reconducir la situación fue muy complicado, pero creo que al final todos han acabado entendiendo que la alternativa era el cierre y el despido.

—Todos menos alguno que se ha dedicado a enviarte amenazas. ¿Sabes algo nuevo?

—Aún no, pero estoy seguro de que pronto descubrirán de quién se trata —afirma apretando mi mano. Sé que no quiere que me preocupe, pero no puedo evitarlo—. Bueno, pues el lugar al que voy a llevarte es un sitio especial para mí al que mi padre solía traernos de excursión al menos una vez al año. Por cierto, JiSeung y JiMin llegarán mañana por la mañana, comenté a ambos lo de la cena familiar y quieren venir. El señor Yeon me ofreció el avión de la compañía para lo que necesitase y abusando de su confianza esta mañana ha partido hacia España para traerles. Mañana debo recogerles en el aeropuerto de Incheon, se quedarán hasta que regresemos todos juntos en unos días.

—Ah, no me dijiste nada anoche.

—Tenía la boca ocupada —afirma provocándome la risa. Y tan ocupada, me estremezco solo de pensarlo. Así que mi amigo tendrá que separarse de su adorado JiSeung unos días, no va a sentarle nada bien, pero lo entenderá.

DoHwan se detiene para que desayunemos en un restaurante al pie de la carretera, algunos de los clientes me observan con curiosidad, quizá en aquella zona más rural, alejada de la cosmopolita Seúl no están tan acostumbrados a ver a extranjeros como yo. Son las diez de la mañana cuando llegamos al aparcamiento de un edificio de arquitectura típica coreana bastante grande, ante el que hay unos jardines con esculturas hechas de fibra vegetal. Bajamos del vehículo y él recupera la mochila de la parte trasera y se la pone a la espalda.

—Bienvenida al bosque de bambú de Juknokwon —me dice.

—Ah, qué ilusión, estaba reconociendo el bambú, pero nunca los había visto así, tan grandes y con tantas hojas en las copas.

—Hay ocho caminos distintos, pero vamos a tomar el que solíamos hacer nosotros —afirma y después de comprar las entradas en la recepción comenzamos a caminar.

Recorremos uno de los senderos, con indicaciones solo en coreano, y vamos descubriendo pequeños rincones con esculturas fabricadas en ese material vegetal, así como hamacas para descansar, pequeños lagos y saltos de agua en los que la naturaleza ha explotado todo su brillo esmeralda. Hay algunos visitantes, aunque no demasiados, cada varios metros vamos cruzándonos con parejas y con familias con niños.

Continuamos caminando hasta llegar a unas cascadas adornadas con estatuas de osos panda aquí y allí, entre los saltos de agua que terminan en una pequeña charca. El aire es muy puro y limpio, aunque húmedo, los altos tallos y hojas producen una sombra muy agradable y el sonido de las hojas al moverse con la suave brisa danzando con el canto de los pájaros es muy relajante.

—Cuando éramos pequeños nuestros padres solían tener muy pocos días libres, pero al menos una vez al año nos traían a Juknokwon y corríamos y jugábamos a escondernos entre los bambús. Mi madre y la tía preparaban mucha comida y la tomábamos en alguno de los rincones de descanso del bosque, después nos compraban un helado de bambú y lo comíamos juntos antes de marcharnos. Era nuestro momento familiar favorito. Ven —me pide y me ofrece tomar asiento

en uno de los descansaderos situados junto a la cascada. Es una estructura fabricada completamente de madera, con techo a dos aguas al estilo tradicional, y nos sentamos sobre el suelo. Abre su mochila y me ofrece una botella de agua y un refresco, tomo el agua y abre otra para él. También saca un recipiente de metal con fruta cortada y palillos para él y un tenedor para mí. Se trata de mango, piña, manzana y uvas. Después de la caminata no hay nada que me apetezca más. Le observo tomar la resbaladiza fruta con maestría con los palillos.

—Me gustaría aprender a manejarlos, pero me parece un imposible.

—Es más fácil de lo que piensas —dice acercándome un pedazo de piña a los labios, lo como y me ofrece los palillos.

—No, déjalo o lo tiraré todo por el suelo.

—Vamos, inténtalo —tomo los palillos y él me coloca los dedos adecuadamente: uno contra el dedo pulgar haciendo tope con el dedo corazón y el otro sobre el índice, haciendo movimiento de pinza, tras varios intentos logro coger un pedazo de manzana, pero antes de llegar a los labios se me cae. Nos echamos a reír—. Solo necesitas un poco de práctica.

—Seguiré intentándolo —afirmo decidida—. Gracias por traerme, es un lugar precioso.

—Lo es, no hay demasiados bosques de bambú en Corea del Sur, pero este es el más bonito y uno de los más grandes. Aquí se han grabado varias escenas de películas y series famosas.

—Me lo imagino. Bruno alucinaría si viese todo esto. Le encanta todo lo que tenga que ver con tu país. Es un fan de los Kdramas, le encanta el Kpop, la comida y todo lo que tiene que ver con vuestra cultura. —Y lo que más, tu hermano, me dan ganas de decirle, pero me contengo.

—Pues tráelo la próxima vez. —Aparto la mirada y él se pone serio, como si tomase conciencia de que no es sencillo que haya una próxima vez. Asiento, sin demasiada convicción—. ¿Vendrás?

—Me encantaría, pero una vez estuve mirando vuelos con Bruno y se salen de nuestro presupuesto.

—Yo os los pagaré. —Suspiro y me mira, sin entenderme.

—No. Soy una mujer independiente que se paga sus cosas.

—¿Vas a empezar otra vez? No lo haría por ti, lo haría por mí, por puro egoísmo para poder verte —argumenta provocándome una sonrisa.

—Lo hablaremos, ¿vale? Cuando llegue el momento. —Mi respuesta no le convence. En realidad, sé que le decepciona, pero es lo que siento. Si cuando nos separemos seguimos obcecados en mantener el contacto solo nos hará daño, al menos es lo que pienso ahora, cuando aún le tengo a mi lado. Continuamos comiendo fruta, aunque él está más serio y no me dice nada más. Observo entonces que en algunos de los tallos del bambú hay letras escritas.

—¿Qué pone? ¿Nombres de enamorados? —le pregunto indicando hacia uno de ellos. Él asiente—. Es bonito, pero a la vez es triste que hayan dañado al bambú.

—Yo no necesito escribir tu nombre en un tallo de bambú. Tu nombre está grabado en mi corazón —dice atravesándome con sus hermosos ojos rasgados. Nunca nadie me había dicho algo tan hermoso. Siento que mi corazón se acelera, mis mejillas se llenan de rubor y la boca me quema anhelando sus labios. Me aproximo a él despacio y le beso, en mitad de la foresta, con el canto de los pájaros y la fresca brisa como únicos testigos. No sé qué responder a eso, así que entierro el rostro en su pecho y disfruto de su abrazo.

Capítulo 14

DoHwan

No sé lo que Zoe siente por mí, pero sí sé que para mí no hay vuelta atrás. Le he dicho que estoy enamorándome de ella, pero lo cierto es que ya lo estoy. No quiero que lo nuestro termine, hace años que no me sentía tan ilusionado, tan vivo, y no quiero dejar de sentirme así. He sido sincero con ella, he abierto mi corazón y mostrado mis sentimientos y, aunque su cuerpo, su mirada y su actitud me dicen que siente lo mismo, sus labios permanecen mudos.

¿Será el miedo? ¿O es que estoy equivocándome?

Sé que es una locura, pero no dejo de pensar en que quiero seguir viéndola, en que no puedo alejarme de ella, en que todo eso de *vivamos el momento sin pesar en mañana*, es solo una frase que cada vez me resulta más difícil de creer.

Pienso aprovechar cada momento a su lado, cada uno.

Y no es por el sexo, que, oh, joder, es espectacular. Aunque nos hayamos entendido a la perfección en la cama, la nuestra es una conexión que va mucho más allá. Es cómo me siento cuando la tomo de la mano, es no dejar de pensar en ella mientras trabajo, es descubrirme con una sonrisa en los labios porque estoy rememorando una frase, o un comentario que me ha hecho. Es ella, solo ella, por completo, la que ocupa mi pensamiento y me hace sentir como cuando era adolescente.

Por supuesto mis sentimientos no han pasado desapercibidos a la tía EunJi, aunque nunca dirá nada al respecto, su sonrisa habla por sí sola, y no es solo porque Zoe le caiga bien. Ella ha podido leer mis sentimientos desde que era niño y el modo en el que nos mira me dice que sabe que estamos juntos, que Zoe es la mujer de la que le hablé en el hospital. Me ha enviado un audio de casi dos minutos en el que me pide que no tengamos prisa por volver, asegurando que se encuentra muy bien y a gusto con la señora Jung y la señorita Han SoHee y que aproveche para enseñar Damyang a Zoe porque es una chica muy amable y atenta.

—¿Tienes hambre? —le pregunto cuando alcanzamos la escultura de la entrada en la que hay dos pájaros sobre una enorme bola hechos de bambú. Ella asiente. Subimos al coche y de pronto comienza a llover, por entre las nubes se cuelan los rayos del sol, es una tormenta primaveral.

—Qué bonito —dice observando el paisaje, me encanta cuando mira las cosas con esa ilusión y esa preciosa sonrisa. Agarro su mano y entrecruzo nuestros dedos.

—Hay muchos más parajes bonitos en Corea del Sur, me gustaría enseñártelos todos.

—Y a mí me encantaría verlos —admite acariciando el dorso de mi mano con su pulgar y es

una pequeña victoria para mí—. Ojalá tuviésemos más tiempo.

—El tiempo no se tiene, se encuentra y nosotros lo encontraremos —digo y ella asiente; vaya, dos victorias seguidas.

Arranco el motor y circulamos bajo el cielo encapotado. Nos detenemos ante un restaurante en el que solíamos comer toda la familia cuando veníamos a Juknokwon. No había vuelto desde que fuimos a vivir a España, pero he traído a TaeOh cuando hemos visitado el bosque en el pasado.

Es un restaurante típico para residentes, alejado de la zona más turística y en el que la comida solía ser deliciosa. Hay una docena de mesas bajas repartidas por el salón principal. Todos nos miran cuando entramos. Sé que es por Zoe, su piel morena y su cabello rizado llaman la atención, agarro su mano, ella me mira y sonrío, tomamos asiento a una de las mesas, uno junto al otro.

La camarera se acerca, le pido las bebidas y nos deja la carta.

—¿Te apetece algo en especial?

—Me apetecees tú. Te desnudaría aquí mismo y te comería entero —dice decidida, provocándome la risa, sabe que sería un milagro que alguien en todo el restaurante la entendiera.

—Buscaremos el momento —le digo alzando una ceja, cargado de intención—. Si te parece bien. Pediré varias cosas, incluido un plato con bambú.

—¿También hay bambú en la comida? —se sorprende.

—Incluso el recipiente es de bambú.

—Vosotros sí que sabéis lo que es reciclar.

He pedido comida para un regimiento, quiero que pruebe platos distintos, por supuesto el *daetongbab*, un plato de arroz con nueces de ginkgo y castañas, servido en un tallo de bambú; *hobakjuk jatjuk*, crema de calabaza y crema de piñones; *guksu-jangguk*, noodles con ternera, y una serie de delicias que espero que deguste, entre ellas, mi plato favorito.

—Prueba esto —le digo ofreciéndole un trozo con los palillos; cuando se acerca a probarlo lo retiro—. Sabe como tú.

—¿Qué?

—Es mi comida favorita, *kimchi con goguma*. Kimchi con boniato asado, es dulce y picante a la vez. Me encanta, como tú —aseguro, ella se inclina y me besa en los labios. Sé que las muestras públicas de afecto no están bien vistas en mi país, pero no seré yo quien rechace sus labios. Después prueba la comida que sostengo con los palillos.

—Está muy rico.

—Como tú —afirmo y se echa a reír—. ¿Cuál es tu comida favorita?

—Pues podría ser muy típica y decirte que los espetos de sardinas, que es uno de los platos más famosos de mi tierra, que por cierto los del restaurante de mi tío están espectaculares, pero mi comida favorita es la tortilla de patatas con cebolla y pimientos. Puedo comerla de desayuno, almuerzo y cena y no me canso. Y me sale muy rica, por cierto.

—¿La haces tú?

—Claro. Con la receta de la señora Carmen.

—¿Quién es la señora Carmen?

—Mi madre. La llamo así cada vez que cocino para ella porque la primera vez que entré a trabajar en el restaurante de mi tío, en verano, con dieciséis años, le pedí que me ayudase a entrenar cómo atender a los clientes. Hizo que le preparase tortilla para cenar y que la llamase

señora Carmen cada vez que me dirigía a ella. Así que ahora cada vez que la preparo en casa le digo: ¿le gusta, señora Carmen?

—Parece una mujer muy cercana.

—Lo es. Cada vez que bajo a visitarles me obliga a regresar con un montón de comida preparada por ella, los platos que más nos gustan a mí y a mi amiga Lucía, que es como otra hija más en casa.

—A Lucía no la conozco, ¿verdad?

—No, nunca habéis coincidido.

—No es justo, tú conoces a la mayoría de mi familia y yo solo a un par de tus amigos.

—Lo mío es dedicación laboral —afirma con una sonrisa, pero de pronto se pone seria—. DoHwan, hay algo que me gustaría preguntarte. —Mi corazón se acelera—. Mañana, cuando lleguen JiMin y JiSeung, ¿fingirás que no ha pasado nada entre nosotros? Quizá sea lo mejor...

—No. No pienso fingir nada, cuando volvamos a España tampoco, tenemos muy pocas semanas para estar juntos y no voy a pasarlas alejado de ti, pienso pasar cada momento, cada minuto que tenga libre, contigo. Me preocupa hacer daño a mi hermano, pero JiMin es adulto y debe entenderlo.

—Sé lo mucho que quieres a tus hermanos y no quiero que discutas con él por mi culpa.

—No te preocupes, conozco a mi hermano y bajo toda esa apariencia irracional y alocada es bastante razonable. Lo entenderá.

—Eso espero.

Salimos del restaurante, ya no llueve, es hora de volver a Daecheon y no me apetece. Quiero ver a mi tía, claro, pero sé que está bien atendida y se encuentra bien, se ha encargado de decírmelo con otro de sus audios que deja grabando un rato después de terminar de hablar. *Sigo bien, no tengáis prisa*, me ha dicho y no he podido evitar reír al oírlo. Claro que sabe de mi interés por Zoe.

Subimos al coche y acciono el botón de arranque, pero no hace nada. Vuelvo a pulsarlo y continúa sin hacer ruido alguno. Es extraño, siempre arranca a la primera.

—¿Le pasa algo? —pregunta Zoe.

—No lo sé —vuelvo a intentarlo, pero el resultado es el mismo. Miro el reloj, son las tres y media. Bajo y abro el capó, como si entendiese algo de mecánica, Zoe también lo hace y los dos miramos el motor eléctrico.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Llamar a la grúa, no queda otra.

Capítulo 15

Zoe

Hace más de una hora que DoHwan ha llamado a la grúa y no aparece, el encargado le ha dicho por teléfono que tiene cuatro avisos más, así que no sabemos cuánto más puede tardar.

Ha vuelto a llover y lo cierto es que no me importa demasiado lo que tarden en venir, hemos estado besándonos dentro del coche y así el tiempo pasa muy rápido. DoHwan se siente apurado por mí, sé que teme que esté incómoda, pero no lo estoy y se lo hago saber, me encanta estar así con él, cogidos de la mano, mirándonos y besándonos, podría pasar días así. La tía EunJi está bien, TaeOh también, nos ha mandado una foto, cenando noodles con su hermano, no sé si podría acostumbrarme a cenar tan temprano.

El móvil de DoHwan comienza a sonar y habla con alguien en coreano, sé de inmediato que se trata del tipo de la grúa, parece contrariado cuando cuelga.

—¿Qué pasa?

—Acaba de decirme que le queda una hora de trabajo donde está, le he dicho que si tarda tanto no vamos a encontrar ningún taller abierto al llegar a Daechon y que necesito el coche por la mañana para recoger a alguien en el aeropuerto. Dice que la única posibilidad de que lo arreglen tan rápido es acudir a un taller cercano que trabaja veinticuatro horas y en el que tienen su propia grúa para moverlo. La otra opción es esperar aquí a que llegue y llevarnos hasta Daechon y que un taller lo revise por la mañana. Pero entonces tendremos que tomar un taxi o alquilar un coche para ir al aeropuerto.

—Por mí no tengas el menor problema, no me importa pasar la noche esperando a que lo arreglen.

—¿De veras no te importa?

—En absoluto. Vamos, si pueden arreglarlo, esperamos.

—Ok.

Cuando llegamos al taller es una nave industrial inmensa, repleta de vehículos y trabajadores. DoHwan habla con el encargado y le explica nuestra urgencia, este le dice que primero tienen que valorar lo que le sucede al coche antes de contestarle si podrían tenerlo por la mañana. Hablan un rato y le entrega las llaves.

—¿Tienen algún lugar donde podamos esperar?

—No vamos a esperar aquí. Me ha dicho que... —sonríe—. Yo y mi bella esposa podemos aguardar tomándonos una copa en el pequeño hotel que tiene su mujer, que es ese —dice indicándome un edificio de dos plantas de ladrillos rojos con la bandera de Corea en su fachada.

—A tu bella esposa le parece perfecto.

—En una hora me llamará y me dirá si puede arreglarlo esta noche, de lo contrario mañana una grúa lo llevará a Daecheon.

—Bien, pues vamos entonces, ¿no? —Él asiente y nos encaminamos hacia el hotel.

Es un edificio acogedor, una señora de mediana edad nos atiende en la recepción y le indica a DoHwan dónde está el bar, que es tan pequeño y coqueto como el resto del edificio, con interiores de madera y banderitas de Corea del Sur aquí y allá. Los dueños deben ser muy patriotas; lo cierto es que ya había visto varias banderas desde que llegué, en algunas casas y restaurantes.

Nos sentamos en unos sillones de piel y la misma señora nos sirve las bebidas. Me observa el cabello con curiosidad y le dice algo a DoHwan.

—Le encantan tus rizos —me dice antes de dar un sorbo a su té helado.

—Dile que gracias. A mí me encantaría tener el pelo tan lacio como el suyo. —DoHwan traduce y la señora sonrío halagada y le dice algo más antes de marcharse.

—Me ha dicho que se nos ve muy enamorados.

—Vaya, qué observadora —respondo incrédula, convencida de que se lo ha inventado.

—Es cierto.

—Ya —ríó y él coge mi mano en el sofá.

Llegan algunos huéspedes más y se sientan en los sillones que nos rodean en el pequeño salón del bar, entonces mi teléfono móvil comienza a sonar. Veo que se trata de mi hermano Rudy que me hace una videollamada. No suele hacerme ese tipo de llamadas así que instintivamente pienso que sucede algo y sin pensarlo la recibo.

Pronto el rostro pálido y redondeado de mi hermano menor aparece en la pantalla, tiene los mofletes sonrosados, ha debido estar tomando bastante sol estos días, su cabello rubio también brilla. Arruga el entrecejo observándome.

—Hola, Rudy, ¿pasa algo?

—Así que es verdad —dice observando la pantalla, me fijo que detrás de mí, a unos metros, hay un par de señores tomando algo sentados a una mesa—. Madre mía.

—¿Qué?

—Acabo de llegar a Madrid, estoy en vuestra casa —dice apartándose el teléfono para que pueda comprobar que está en el salón.

—¿Y qué haces en Madrid?

—Te lo dije, que vendría a verte en unos días. —Es cierto, me lo dijo, pero lo he olvidado por completo—. Me ha abierto tu amiga Raquel. —Gira el móvil y la veo, está en la cocina, me saluda con la mano sin demasiada emoción—. Y cuando le he preguntado dónde estabas no sabía qué responderme, primero me ha dicho que estabas en casa de otra amiga y cuando le he dicho que te iba a esperar para instalarme me ha dicho que... ¡Estás en Corea del Sur! Como papá y mamá se enteren de que te has largado sin decirles nada te van a matar. —Tierra trágame, mi hermano tiene la misma habilidad para guardar secretos que la máquina de la verdad.

—Rudy, no se te ocurra decirles nada, no quiero que se preocupen. Cuando vuelva se lo contaré.

—¿Y tu jefe no ha podido buscar otra niñera de ahí? ¿Por qué has tenido que ir tú? —dice, miro de refilón a DoHwan, se endereza en el asiento, incómodo—. Espero que te pague bien por estos días, te has cruzado medio mundo para ayudarlo.

—Rudy. Ya. Sé lo que hago. ¿Necesitas algo? ¿Papá y mamá están bien?

—Sí, están bien. Mamá te ha enviado una fiambarrera con salmorejo y otra con pimientos asados, me la comeré con Raquel y Lucía.

—¿Vas a quedarte con mis amigas?

—Claro. El piso de mi amigo es muy pequeño, a Raquel no le importa que me quede. —Vuelve a enfocarla y ella hace un gesto de negación— y mi hermana postiza nunca me diría que no.

—Eres terrible.

—Pensándolo bien es mejor que estés ahí. Así puedo quedarme en tu cama y no en la colchoneta que está muy dura.

—Como tu cara.

—No, más todavía —dice. DoHwan sonríe—. ¿Hasta cuándo estarás ahí?

—No lo sé, unos días más.

—Vale.

—Adiós, Rudy, pórtate bien.

—Espera. Hay una cosa que quiero decirte.

—¿Qué? —su expresión contrariada me hace preocuparme de inmediato.

—Fran me ha contactado.

—¿Fran? ¿Para qué? —Oír el nombre de mi ex me hace removerme incómoda en el sofá.

—Me ha preguntado si sigues teniendo el mismo número de móvil. Le tienes bloqueado, ¿no?

—¿Has estado hablando con él?

—Me llamó.

—¿Y para qué lo coges?

—Dice que se siente muy mal por lo que pasó, que no deja de pensar en ti todo el rato.

—Tiene un bebé, ¿qué narices le pasa? —me estoy irritando y no quiero hacerlo, será idiota.

—Me dijo que se siente un mierda por dejarte por tu enfermedad, ¿qué enfermedad tienes, Zoe? Cuando se dio cuenta de que no sabía nada no quiso contármelo. ¿Te vas a morir? —pregunta mi hermano, el rey de la discreción. DoHwan me mira sin poder camuflar su preocupación.

—¿Estás loco? No tengo ninguna enfermedad. ¿Es que no me ves? Podría darte una paliza ahora mismo. No vuelvas a cogerle el teléfono. Adiós —digo colgando de inmediato. Estoy acalorada y nerviosa, DoHwan me mira de soslayo, sé que va a decir algo al respecto, lo sé.

—¿Estás enferma?

—No deberías espiar las conversaciones ajenas.

—No estaba espiando, era imposible no oírlos. ¿Qué tienes?

—Nada, no tengo nada. —Miento, no es el momento de hablar de mi enfermedad. Así, de forma tan abrupta y violenta para mí—. Mi ex es imbécil de remate, no sé por qué ha dicho eso.

—¿Y por qué se inventaría algo así?

—No lo sé. —Estoy incómoda, me levanto y voy a la barra. Pido un vaso de soju y me lo tomo de una vez. DoHwan me alcanza, cuidadoso se detiene a mi lado sin decir nada.

—Sabes que puedes contarme cualquier cosa, ¿verdad? Si puedo ayudarte, lo haré. Haría cualquier cosa por ti —asegura, a mi lado, muy cerca. Siento su energía y su calor en mi espalda, en mis hombros, sin necesidad de que me toque.

—Lo sé. Pero no me pasa nada, de veras —me vuelvo y fuerzo una sonrisa—. Estoy bien. —Mis palabras no le convencen, pero asiente. Su teléfono móvil comienza a sonar.

—Es el encargado del taller —me dice y sale al pasillo para hablar, como debería haber hecho yo, que soy tonta de remate. Me pido otro vaso de soju señalándolo en la carta y la camarera me lo sirve. Debe ser la hora punta del bar del hotel, porque van llegando trabajadores que acaban su jornada laboral y ocupan las mesas aquí y allá. DoHwan regresa un par de minutos después—. Me ha dicho que puede tenerlo arreglado para las nueve de la mañana. Tendremos el tiempo justo para ir al aeropuerto a recoger a los mellizos. Entonces, nos quedamos a pasar la noche, si te parece.

—Sí.

—Voy a reservar una habitación, ¿o prefieres tener una para ti sola? —ofrece sin demasiada convicción. Sé cuánto le decepcionaría que dijese que sí, pero no pienso hacerlo.

—Eres un poco descarado —le digo y él arruga el entrecejo—. ¿Cómo pretendes que duerma sola?

—No me gusta dar nada por sentado, siempre iremos a tu ritmo, haremos lo que tú quieras.

—¿Siempre?

—Sí.

—¿Siempre, siempre? —Se echa a reír. Coge mi mano y me abraza, me besa en el cabello.

—Casi siempre. ¿Tienes hambre?

—No, aún estoy llena del almuerzo.

—Yo tampoco tengo hambre, vamos a reservar la habitación.

La dueña está en la recepción ojeando una revista cuando llegamos, y al vernos sonríe educada. Le dice algo a DoHwan, rellena un formulario, se lo da a firmar y le entrega una llave con un pesado llavero con forma de tortuga hecha, cómo no, de bambú; río para mí.

—Dice que nos ha dado la suite de luna de miel —me informa DoHwan. Subimos las escaleras hasta el primer piso y abre la puerta. Se trata de un apartamento pequeño, pero bastante completo en el que hay incluso una mínima cocina con un hornillo y un fregadero, un salón con sofás tapizados en color beis y un gran ventanal con vistas al bosque de bambú. Sobre la mesa del salón hay un cuenco metálico repleto de frutas, una diminuta caja de bombones y una botella de vino espumoso con una notita—. Feliz estancia, enamorados —traduce guiñándome un ojo antes de dejarla de nuevo en su lugar—. Necesito darme una ducha. ¿Quieres ir tú primero?

—No. Adelante.

Sus palabras de hace un instante acuden a mi mente. *Sabes que puedes contarme cualquier cosa, ¿verdad?*

Para qué, si esto se va a acabar en unos días.

¿No es mejor dejarlo de un modo bonito, sin que sepa que soy defectuosa? ¿Sin que sepa que a mi lado jamás podría tener una familia?

Maldito Fran, su imbecilidad tiene que llegar hasta Corea del Sur por medio de mi hermano. ¿Quién se cree que es para irrumpir de nuevo en mi vida? ¿Es que no me ha hecho suficiente daño? Que piense en mí... Pues que se suscriba a Netflix para distraerse, maldito sea.

¿Por qué? Joder.

¿Por qué ha tenido que pasarme esto a mí?

Porque yo... Una jodida mujer de cinco mil y tiene que tocarme a mí.

No, no puedo volver a caer en ese pozo.

No.

Podría ser algo mucho peor, estoy sana, puedo hacer una vida normal, debo centrarme en lo que tengo en lugar de en lo que no. Que nunca podré tener hijos, bueno hay mujeres que deciden no tenerlos... pero lo deciden ellas, ¡joder!

A mí me encantaría tener al menos uno, tan precioso como TaeOh, con sus ojos rasgados y esa sonrisa tan deslumbrante. Con la sonrisa de DoHwan.

¿Estás tonta, Zoe? ¿Qué haces pensando esas cosas?

No puedo contener más las lágrimas, me siento en el sofá y rompo a llorar. Creía que lo tenía superado, pero al parecer no. ¿Cómo voy a poder hablarle de lo que me sucede si ni siquiera soy capaz de contener el llanto?

Me levanto, voy a la parte de la cocina y abro el grifo, me mojo la cara y trato de borrar cualquier rastro de mis lágrimas. Tomo el móvil y enciendo la cámara para comprobar si se me nota, entonces veo que he recibido un mensaje de Bruno en el que me cuenta que está triste porque su amor se ha ido a Seúl. Le animo diciéndole que serán solo unos días y que yo cuidaré de él. Entonces me cuenta que está planteándose mudarse a Corea del Sur, porque no concibe la idea de alejarse de su enamorado.

En ese momento activo una videollamada, no es algo de lo que hablar por mensajes de texto. Está en su casa, en su habitación, parece medio día en España, miro la hora, son las nueve y media en Corea, las dos y media en España.

—¿Estás loco?

«Sí, un poco. Pero piénsalo bien, Zoe, adoro todo lo relacionado con su cultura desde hace años, incluso sé algunas palabras de su idioma, es como si llevase toda la vida preparándome para conocer a JiSeung».

—Bruno, tómalo con calma. Piensa las cosas.

«Cuando crees que has encontrado al amor de tu vida, ¿qué es lo que hay que pensar? No quiero pasarme la vida arrepintiéndome por no haber seguido lo que me decía mi corazón».

—En eso tienes razón.

«¿Qué te pasa? ¿Has llorado?».

—No te preocupes, estoy bien.

«No, dime qué te ha pasado».

—Fran ha contactado con mi hermano, le ha dicho que me echa de menos, que no es que me importe, pero también le ha dicho que se arrepiente de dejarme por mi enfermedad, y mi hermano no sabía nada, y encima DoHwan estaba oyéndolo y me ha preguntado qué enfermedad tengo. Qué desastre Bruno...

«Pues cuéntaselo».

—¿Estás loco? ¿Para qué?

«Para saber si es el correcto, Zoe. Si sus sentimientos son verdaderos no le importará lo más mínimo que no podáis tener hijos biológicos. A mí no me importaría adoptar un par con JiSeung», dice provocándome la risa. Qué rápido van. «¿Qué? Te estoy diciendo que es el hombre de mi vida, Zoe. Y no me importa lo que los demás piensen, sé que le adoro y que quiero estar con él, si detrás vienen hostias, pondré la cara para recibirlas».

—Ojalá fuese tan valiente como tú.

«Lo eres, siempre lo has sido».

Oigo entonces que la puerta del baño se abre, carraspeo y me recompongo.

«*Te tengo que dejar, te mando un beso grande*», le digo en lengua de signos y cuelgo.

¿Y si tiene razón?

¿Y si debiera contárselo?

¿No es mejor que me rompa el corazón ahora a que mis sentimientos sigan creciendo? Y si no lo hace, si verdaderamente acepta lo que me pasa, ¿sería capaz de adaptarme a vivir en Corea del Sur? Le veo acercarse por entre la estantería del salón, viene a buscarme vestido solo con una toalla enrollada en su cintura, su piel está brillante, lleva el cabello húmedo revuelto, lo peina hacia atrás con los dedos, como suele hacer. Me alcanza en la cocina y me abraza. Es lo que necesitaba en ese preciso momento, sentirme rodeada por sus fuertes brazos, arropada por su cuerpo, segura junto a él.

—¿Cómo estás? —me pregunta y busco sus ojos, me besa en el entrecejo y después en el puente de la nariz.

—Bien.

—Sé que hablar con tu hermano de tu ex te ha contrariado, pero no pienses en ello. Si ese tipo te molesta yo...

—¿Qué? —pregunto divertida con su actitud protectora.

—Haré que no pueda volver a tener datos móviles en toda su vida —bromea haciéndome reír.

—Creí que ibas a decir que le partirías la cara.

—¿Me das permiso?

—No —respondo entre risas—. Es un imbécil, pero no quiero que le pase nada malo.

—Está bien, llamaré a la mafia que he contratado para anular la paliza —sugiere con una sonrisa—. Ahora en serio, si ese tipo te molesta, ¿me lo dirás? —Su petición es casi un ruego, así que asiento. ¿Cómo puede ser tan adorable? —. Mereces ser feliz, Zoe. Cada minuto de cada día, mereces ser feliz —afirma, mi corazón tiritita de emoción.

—Tú también, DoHwan. Mereces ser muy feliz —respondo y le beso en los labios, despacio, disfrutando de su roce suave.

—¿Sabes qué me haría muy feliz ahora, pero mucho? —sugiere tomando mi mano, posándola sobre su pectoral derecho, deslizándola despacio por este hasta sus abdominales—. Un poco de ejercicio compartido —añade haciéndome reír. Entonces me besa con fiereza, derritiéndome.

Hacemos el amor en el sofá, en la ducha, en la cama, disfrutando del placer maravilloso que nos regalan esos momentos tan íntimos. Su pasión es inagotable, también la mía, nunca había sentido esa sed por un amante. Y no tiene nada que ver que su cuerpo sea maravilloso, es una necesidad mucho más profunda. Son sus besos, la forma en la que me mira, el modo en el que me abraza, o cómo me retira con los dedos el cabello de la cara y lo coloca tras mi oreja. Es el modo en el que recorre mi cuerpo con sus dedos, como si pretendiese memorizar cada surco de mi piel. Es la dulzura y la pasión con la que me toca, o cómo me pellizca el cachete con una broma como si fuese una niña pequeña.

Y antes de quedarme dormida pienso en que quizá sí, quizá debería decírselo, contarle mi secreto y liberar ese peso que me oprime el pecho al temer su reacción. Porque confío en él y creo que no me apartará de su lado, no como hizo Fran, al que debo estar agradecida porque de lo contrario jamás le habría conocido.

Capítulo 16

DoHwan

El sol se alza sobre los edificios, el aire es fresco y tonifica mis músculos, el suelo está húmedo por la lluvia que continuó cayendo gran parte de la noche, aunque lo cierto es que no me di cuenta de que llovía, estaba ocupado amándola.

Aprieto el paso, he tomado el camino paralelo al río y subido el cauce al menos cuatro kilómetros a buen ritmo, y ahora regreso de vuelta, miro mi reloj, media hora, no es un mal promedio. He recorrido el camino de las Metasequoias y mientras lo hacía, rodeado por las altas copas de los árboles, solo podía pensar en traerla para que admirase su belleza. Pero son tantos los lugares a los que me gustaría que me acompañase: quisiera llevarla a la Isla de Jeju, disfrutar de sus playas y comer mandarinas en la orilla del mar, enseñarle el templo budista de Bulguksa y hacerle fotografías en la escalinata, celebrar juntos el cercano Chilseok y despertar a su lado, cada mañana de cada día, como lo hemos hecho hoy. Observar su expresión relajada mientras duerme y cómo encoge la nariz cuando la beso dormida, sentir el peso de su cuerpo sobre el mío y enloquecer con sus caricias.

No he podido quitarme de la cabeza eso que le oí decir a su hermano de que su ex la había dejado por su enfermedad. ¿Cómo podría frivolarizar con algo así? Ella asegura que no es cierto y no parece enferma. Hace ya bastante tiempo que cortaron su relación, quizá se haya curado de lo que fuese que le sucedió. Pero ¿qué clase de desgraciado abandonaría a su pareja por estar enferma? No puedo entenderlo. Solo puedo pensar en estar con ella, no se me va de la cabeza que en unas semanas nos separaremos.

Sé que, si me planteo abandonar la empresa y quedarme a vivir en España, tendría que empezar de cero. No me asusta, a pesar de lo vergonzoso que resultaría hacerle algo así al señor Yeon después de la oportunidad que me dio, me disculparía con él y le estaría en deuda el resto de mis días. Estoy seguro de que encontraría empleo pronto o quizá incluso podría plantear al señor Yeon quedarme como director en España. Al fin y al cabo, tiene que designar a otro y si, como dice, está contento con mi trabajo no debería suponerle sino una buena noticia. No sé lo que tiene pensado para mí a mi regreso a Seúl, no ha querido desvelármelo, pero sea lo que sea, no me importa.

Aunque eso supondría alejar a TaeOh definitivamente de su madre y su hermano pequeño, continuar distanciado de mis propios hermanos, o lo que es peor aún, provocar que alguno de ellos, como JiSeung, decida quedarse conmigo y desatar la ira de mi madre. Sé lo mucho que la he contrariado, lo mucho que le ha dolido mi actitud y continúa doliéndole, pero que uno de los

mellizos renuncie a hacerse cargo de la empresa me convertirá en objetivo de su ira más visceral y dolorosa. Sin mencionar el hecho de que me relacione con una extranjera y que el día de mañana pueda tener nietos mestizos, que tampoco le sentaría nada bien. Nietos como la preciosa Suzy, ojalá ella lo tomase tan bien como lo hicieron los padres de YoungBin, pero ellos no tienen un imperio de la cosmética del que defender el honor. Ya me lo dejó claro en el hospital cuando me preguntó quién era esa chica que me acompañaba, si me había traído a una fulana europea; le pedí que no se refiriese a mi *amiga* en esos términos y eso la hizo enfadar más aún.

Siento una profunda rabia ante tales pensamientos retrógrados, ¿hay algo más importante que ser feliz junto a las personas que amas? ¿Qué importa todo lo demás?

Quedarme en España también supondría no poder acompañar a mi tía en sus últimos momentos, algo que no merece en absoluto, ella que lo ha dado todo por nosotros.

Aprieto el paso, me cruzo con varios corredores más en mi camino y viandantes que discurren arriba y abajo por la avenida y llego sin aliento hasta la calle en la que está el hotel.

¿Qué puedo hacer?

No lo sé, solo sé que NO QUIERO ALEJARME DE ELLA.

Me detengo en el taller para comprobar cómo va la reparación.

Capítulo 17

Zoe

Despierto a solas en la cama, estiro el brazo y no le encuentro, eso me hace despabilar. Aún está oscuro, busco mi móvil que apenas tiene batería, miro la hora, son las seis y media de la mañana. Enciendo la luz y encuentro una nota en la almohada, escrita en una de las hojas del hotel: *He salido a correr, traeré café.*

Veo mi ropa doblada sobre la silla del dormitorio y no puedo evitar sonreír. La ha dejado tal y como lo hace con las prendas que me olvido en su casa y que coloca con el mismo cuidado sobre el aparador de la habitación de TaeOh. Al principio creía que era SoonJo quien lo hacía, hasta que le di las gracias y me dijo que no sabía de lo que le hablaba.

Entro al baño y me doy una ducha. He decidido que voy a contarle a DoHwan lo de mi síndrome, lo que implica, y a escuchar lo que me diga al respecto. Creo que merece saberlo, porque sé que nuestros sentimientos se están intensificando, que estamos pensando en lo que sucederá cuando regresen a Corea, y que si para él lo que me sucede es algo insuperable merece saberlo antes de que sus ilusiones crezcan y pueda tomar decisiones equivocadas. Lo que más me preocupa es que pueda llegar un momento en el que piense que le he engañado y me eche en cara que ha perdido el tiempo conmigo. Por eso, por duro que resulte, se lo contaré. Lo haré después de la cena familiar, no creo que sea momento de añadir más leña al fuego ahora, y así al menos puedo disfrutar el día de hoy y el de mañana de su calor, de sus besos y de todo lo que me hace sentir cuando estamos juntos.

Estoy en el salón comiendo una mandarina cuando DoHwan entra en el apartamento con dos grandes vasos de café para llevar.

—Buenos días, señorita Lago —me saluda con una sonrisa, dejándolos sobre la mesita, ante mí.

—Buenos días, señor Goon —digo tomando uno de ellos y dándole un sorbo; está delicioso—. Por lo que veo no gastó suficiente energía anoche y necesitaba salir a correr.

—Aún me queda mucha energía —sugiere con una sonrisa pícaro, haciéndome reír—. El coche está listo, ¿nos vamos?

Cuando JiSeung y JiMin atraviesan las puertas de cristal de las llegadas en el aeropuerto de Incheon siento una gran felicidad al verlos aparecer cargados con sus maletas. JiMin nos saluda con una sonrisa comedida, pero JiSeung abraza a su hermano DoHwan y después a mí con

energía.

—¿Sabes algo de Bruno? Se quedó bastante mal cuando nos despedimos y no logro contactar con él desde que salimos de Madrid —me susurra al oído. Su preocupación por mi amigo me entenece.

—Anoche hablé con él y estaba bien. Seguro que está durmiendo, en España es de madrugada, estate tranquilo.

—¿Qué tal ha ido el vuelo? —les pregunta DoHwan cuando estamos ya en el coche camino de Daechon.

—Demasiado largo —responde JiSeung.

—¿Cómo sigue la tía? —pregunta JiMin, que está a su lado en el asiento de copiloto que le he cedido.

—Bien, he hablado con ella esta mañana.

—¿Has hablado con ella? ¿No estabais en su casa?

—Sí, pero ayer llevé a Zoe a hacer algo de turismo a Juknokwon y el coche se estropeó, hemos pasado la noche en un hotel de Damyang mientras lo reparaban —explica DoHwan. Los ojos de JiMin me atraviesan por el espejo retrovisor.

—¿La tía está convaleciente y la dejáis sola y os marcháis a hacer turismo? —pregunta JiMin enfadado.

—La tía está bien y no se quedó sola, se quedó con la señora Jung y su nieta la señorita Han SoHee. ¿Qué te pasa? ¿Por qué me hablas así? —rebate DoHwan con severidad.

—JiMin no ha dormido en todo el vuelo, por eso está de mal humor —le excusa JiSeung y le da una colleja. Él se remueve, molesto.

—No estoy de mal humor. ¿Habéis compartido habitación?

—¡JiMin! ¿Cómo puedes ser tan irrespetuoso? —le reprende JiSeung. DoHwan me mira a través del espejo también, como si me pidiese permiso para contestar. Asiento.

—Sí. Hemos pasado la noche juntos, si es lo que deseas saber —JiMin da un golpe en el salpicadero.

—Para el coche.

—No puedo hacerlo aquí. —Estamos en la carretera, justo en la salida del aeropuerto, no es un lugar seguro para detenerse.

—¡Para el coche! —insiste soltándose el cinturón. DoHwan se hace a un lado en el arcén y detiene el vehículo. JiMin le dice algo más en coreano, su hermano mayor le responde del mismo modo.

—¿Estoy delante sabéis? Si vais a hablar de mí en mi presencia, por respeto deberíais hablar en un idioma que entienda —les pido y JiMin abre la puerta del vehículo y baja. DoHwan va a hacer lo mismo, pero le agarro del brazo—. Déjame a mí —le pido. Él me mira y asiente, aunque no parece muy conforme. Bajo con cuidado, JiMin ha pasado el guardarraíl y está al otro lado, da una patada a una piedra que sale despedida hacia la foresta—. No debes enfadarte —le digo aproximándome con cuidado—. Y si lo haces, no con tu hermano.

—Ah, ¿no? ¿Por qué?

—Porque eso sería admitir que piensas que soy idiota y no sé decidir por mí misma lo que quiero.

—A lo mejor es cierto —afirma mirándome de reojo.

—Quizá. He sido idiota muchas veces en mi vida y quizá esta sea una más, pero algo me dice que no es así.

—No he querido insultarte —me dice volviéndose hacia mí con el cabello rubio alborotado.

—Lo sé, JiMin. Ni yo ni tu hermano queremos hacerte daño. Sabes que lo nuestro nunca funcionaría porque tú eres demasiado guapo para mí —le digo con una sonrisa, y él me mira enfadado y aguanta las ganas de devolvérmela.

—Menuda excusa.

—Eres muy especial para mí, te lo digo en serio, y eres simpático, eres divertido y... besas muy bien —admito. Él me mira desconcertado.

—¿Es porque soy menor que tú, es por eso?

—No. Eso puede importaros mucho aquí en Corea, pero a mí no me importa lo más mínimo. No tiene nada que ver. ¿Sabes lo que pensé el día que conocí a tu hermano, el día que me entrevistó en el despacho? —Él me mira, en silencio—. Que era un antipático y un prepotente, el antipático y prepotente más sexy que había visto en toda mi vida. Me gusta DoHwan desde que le vi por primera vez.

—Pero, lo que yo siento es real, Zoe. JiSeung cree que no lo es, quizá tú también porque tengo fama de mujeriego.

—No. Escúchame —le pido y agarro su brazo para obligarle a girarse y mirarme—. No acostumbro a dejarme guiar por la opinión de los demás, ni por el pasado de la gente. No sé el porqué, es una cuestión de... no sé, llámalo química, llámalo como quieras, pero no puedo evitar que me guste DoHwan. Sí él no me correspondiera me seguiría gustando. Y no fue justo que le dijese que nos habíamos besado y que debía hacerse a un lado, porque ¿sabes lo que conseguiste con eso? No conseguiste que te viese de otro modo al que lo hago, como un amigo, lo que conseguiste fue que me hiciese daño.

—Yo no quiero hacerte daño, Zoe.

—Lo imagino, pero me lo hizo. Porque no podía entender por qué me evitaba y me rechazaba.

—Lo siento, nunca quise que lo pasaras mal.

—No te preocupes. Yo tampoco quiero que tú lo pases mal y tu hermano tampoco, pero es lo que sucede con los sentimientos, que son incontrolables. Lo que sientes por mí, lo superarás y estoy segura de que sin demasiada dificultad —digo haciéndole un mohín con los labios—, con todas esas fans locas que tenéis deseando que les dediques un poco de atención.

—A mí no me gustan ellas, me gustas tú.

—Pero no soy la primera chica que te gusta, ¿verdad?

—Claro que no.

—Pues igual que las anteriores te gustaron y te dejaron de gustar te sucederá conmigo, solo que a mí siempre me tendrás a tu lado, cada vez que lo necesites —le digo. Él me mira de soslayo y sonríe tímidamente, lo que considero una victoria y le abrazo. Después subimos al coche y aunque el ambiente es tenso, lo es mucho menos que antes de la discusión.

—¿Mamá sabe que habéis llegado? —pregunta DoHwan tratando de romper el hielo.

—Sí. Yo la informé —responde JiSeung.

—¿Y queréis que os lleve a su casa a verla, o a la empresa, antes de partir para Daecheon?

—No es necesario, mamá está en un viaje de negocios en Busán, nos encontraremos con ella mañana en casa de la tía.

—Está bien, vamos directos para Daecheon entonces.

Cuando llegamos, la tía EunJi sale al patio a recibir a los mellizos en un aluvión de besos y

abrazos. La señora Jung y la señorita Han SoHee también salen a recibirlos y es evidente la tensión en el saludo entre la última y JiMin. Estos dos han tenido mucho más que atracción, pienso. Él no deja de mirarla, y ella en cambio intenta evitar por todos los medios tener contacto visual con él.

La tía EunJi afirma que dormirá en casa de la señora Jung con ella y su nieta mientras los mellizos estén en su casa, para que uno de los tres duerma en su habitación y los otros dos hermanos en el salón. DoHwan trata de convencerla de que irán a un hotel, pero no hay modo, así que no queda otra que rendirse a sus deseos. JiSeung se ofrece para dormir en el salón con JiMin y así dejar el dormitorio de la tía a DoHwan.

Los mellizos dejan sus pertenencias en el cuarto de invitados mientras ayudo a la tía EunJi y a la señora Jung a preparar la comida, lo cierto es que me gustaría aprender a cocinar comida coreana, me digo que para prepararla para mí y para Bruno, pero en realidad es que quiero aprender todo lo que tenga que ver con su cultura para sentirme más cerca de él, de ellos. La señorita Han SoHee ha ido a comprar harina para el *kimchi-jeon*, una especie de pastel de kimchi, me ha explicado antes de marcharse.

Me apetece prepararles algo de comer así que les cojo unas patatas y les pregunto por señales si les importa que las prepare a mi modo, la señora Jung asiente convencida y la tía EunJi sonrío ofreciéndome toda su comida para preparar lo que sea. Así que me hago con patatas, cebolla y pimientos y aunque no hay aceite de oliva, ni sé cómo decirle qué es, voy a apañármelas y preparar una tortilla de patatas de la señora Carmen para ellos.

DoHwan se pasa por la cocina a vernos y me dedica un par de miradas llenas de curiosidad e intención; se coloca detrás de mí y me toca el hombro sin que las señoras se den cuenta. Yo poso mi mano sobre la suya un instante y continúo con lo que estaba haciendo.

—¿Te ayudo?

—No hace falta, pero si insistes puedes pelar patatas, somos siete personas y eso son muchas patatas.

—¿Qué vas a preparar?

—Algo que te va a gustar, estoy segura. Pero pélalas fuera que esto es muy pequeño —le digo entregándole un bol grande con ellas.

—Si yo lo que quería era estar a tu lado... —protesta, mimoso, en voz baja, haciéndome reír; menos mal que no nos entienden.

—En cuanto las peles y las cortes a cuadraditos estaremos juntos.

—¿Sabes que soy un alto ejecutivo y no estoy acostumbrado a recibir órdenes?

—Pues ve acostumbándote.

Se marcha y regresa al rato con las patatas peladas, las dos señoras me observan con curiosidad freírlas en el perol y preparar las tortillas, me salen dos bien hermosas. La tía EunJi me pregunta cómo se llama lo que he preparado, DoHwan me lo traduce.

—Tortilla de patatas con pimiento y cebolla —le digo.

—¿Esta es la famosa tortilla de la señora Carmen? —me pregunta él ilusionado; asiento—. Uhm, estoy deseando probarla —dice tomando un cuchillo para cortar un trozo y le doy un tortazo en la mano y se lo quito—. Auch.

—Hasta que no esté en la mesa la comida no se toca.

Comer con un grupo grande de coreanos es como tener una orquesta sentada a la mesa, para ellos hacer ruido sorbiendo, chupando y masticando no es signo de mala educación, más bien de todo lo contrario, de que están disfrutando la comida. Otra cosa que llamó mi atención a mi

llegada es que la persona de mayor edad es la primera en comenzar, así fue como descubrí que la tía EunJi era mayor que la señora Jung.

La tía EunJi toma un pedazo de la tortilla, que he cortado en cuñas finas para que les sea más fácil cogerla con los palillos y se la lleva a la boca. Me enseña un pulgar hacia arriba. Le gusta, ¡bien! Toma un trozo y se lo da a comer a su amiga Jung y esta también le da el aprobado. JiSeung y JiMin son los siguientes, adelantándose a DoHwan, que también toma otro pedazo y la prueba. Asiente con una sonrisa.

—Está muy rica, ¿por qué no me habías dicho que sabes cocinar? —me pregunta.

—Porque no me contrataste como cocinera, además, la señora Choi cocina mucho más rico que yo.

—Pues esta tortilla está deliciosa —dice JiSeung con la boca llena. La señorita Han SoHee también la prueba y asiente, haciéndome el gesto de Ok.

Después de comer DoHwan tiene que conectarse a una videoconferencia así que se retira al dormitorio y JiSeung y JiMin deciden salir a dar una vuelta por Daecheon para saludar a los amigos. Yo me quedo lavando varias coles chinas y echándolas a remojar en agua y sal con la nieta de la señora Jung mientras su abuela y la tía EunJi van a casa de la primera a prepararlo todo para hacer kimchi. Quiere que DoHwan y los mellizos se lleven varias fiambreras a España para aguantar el tiempo que les queda allí. Cuando JiMin y JiSeung se despiden de nosotras, percibo una mirada de soslayo entre el primero y la señorita Han SoHee.

—Es muy guapo —digo, sorprendiéndola.

—¿Qué?

—JiMin, es muy atractivo.

—Sí, siempre lo ha sido. Todas las chicas de Daecheon estaban locas por él. Por los tres en realidad, porque tanto él como DoHwan tenían mucho éxito cada verano, JiSeung era más tímido —me cuenta. Y tenía otros intereses, digo para mí.

—¿A ti también te gustaba? —Sé que soy muy directa, pero no sé cuántos días me quedan en Daecheon y no tengo tiempo de andarme por las ramas. Ella se sonroja.

—Fuimos cercanos, un verano, justo antes de que se marchase a España.

—¿Y dejasteis de serlo por la distancia?

—Sí —responde, aunque algo me dice que no es sincera, que esa no fue la única razón.

—Pues ahora podéis retomar esa cercanía, está a punto de volver.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Discutimos muy fuerte antes de que se fuera.

—¿Discutisteis porque se marchaba?

—No. —Sé que no tiene confianza conmigo, pero también que hay algo más que merece la pena saber—. Discutimos antes de que decidiese marcharse con JiSeung. —Ah, así que decidió marcharse después.

—¿Entonces?

—Fue algo personal, no me pregunte más, por favor —dice, parece muy avergonzada.

—Está bien, disculpa —acepto, ojalá llegue a contarme el motivo.

—Solo me gustaría saber si tiene buena salud. Si se cuida lo suficiente.

—Lo hace, hasta donde yo sé.

—Eso está bien. —Sus palabras me han hecho sentir aún más curiosidad, algo me dice que lo que se calla es importante.

Cuando terminamos de preparar las hojas de col china, DoHwan aún está reunido, así que decido ir a darme un baño en la playa.

Doy una vuelta por el paseo marítimo y aprovecho para comprarme un bikini que no me resulta demasiado fácil encontrar dado el poco uso que le dan las chicas coreanas. Compró uno que no es ninguna preciosidad, con un colorido estampado que abrumaría a una Drag Queen, y también compro una toalla. Me cambio en la playa al estilo español ante la curiosidad silenciosa de los veraneantes y me doy un baño y después me tumbo en la arena a tomar el sol, lo cual despierta aún más curiosidad. Pero nadie me dice nada, son demasiado educados.

Estoy a punto de quedarme dormida cuando alguien me arroja arena en el vientre.

—Tomar el sol es muy poco coreano, si quieres mezclarte con nosotros así no lo vas a lograr —dice JiSeung tomando asiento a mi lado, me incorporo y le miro, está sonriente—. Ya he logrado hablar con Bruno, su teléfono se quedó sin batería, se durmió viendo nuestros vídeos.

—Espero que no fuesen vídeos eróticos —le digo y él se echa a reír.

—No voy a contestar a eso —sugiere divertido—. Soy muy feliz, Zoe.

—Se te nota en la sonrisa. Y en todo. Cuando te conocí estabas mucho más serio y distante, pareces otra persona.

—La culpa es suya. Él me ha enseñado a vivir lo que sentimos en libertad. Al menos fuera de casa. —Su expresión se nubla.

—Y JiMin, ¿dónde está?

—En la casa. Tiene una llamada telefónica con la compañía discográfica que quiere contratarnos.

—Pero bueno, ¡eso es una gran noticia! Enhorabuena —digo abrazándole, me devuelve el abrazo, pero parezco más feliz yo que él—. ¿Qué pasa? ¿No te hace ilusión?

—Sí, claro. Es nuestro sueño.

—¿Temes la reacción de vuestra madre? La he conocido en el hospital y parece de armas tomar.

—No, no es por eso. Sé que lo tomará mal, pero no puedo dejar que siga controlando nuestras vidas, tendrá que aceptarlo.

—¿Entonces?

—No quiero alejarme de Bruno. Y no sé si JiMin está preparado para que entremos de lleno en ese mundillo.

—¿A qué te refieres?

—Nah. A nada, tonterías mías. ¿Nos bañamos? —propone y trata de levantarse, pero le agarro del brazo y se lo impido.

—¿Qué pasa con JiMin? ¿Qué me he perdido y no me estáis contando? La señorita Han SoHee me ha dicho que tuvieron una fuerte discusión y que a raíz de ahí decidió marcharse contigo a España. ¿Qué sucede, JiSeung?

—No puedo contártelo, es algo privado.

—Y una porra. Sea lo que sea quizá yo pueda ayudarle.

—No puedes, nadie puede. Solo él. Pero no te preocupes que ya está bien.

—¿Por qué discutió con ella? Lo sabes, ¿verdad? —JiSeung aparta la mirada.

—No puedo traicionar a mi hermano, si lo hago, ¿en qué me convierte eso?

—JiSeung, ¿prefieres ser un traidor o un mal hermano?

—¿Acaso no es lo mismo?

—No. No lo es. Yo también tengo un hermano, y le adoro, pero a veces guardándoles los secretos no les estamos ayudando.

—Si JiMin se entera de que te lo he contado...

—No se enterará. ¿Es que no te he demostrado ya que sé guardar secretos? —JiSeung mira al suelo, está debatiéndose en su interior si debe contármelo o no—. Vamos, comparte tu carga, llevas demasiado tiempo haciéndolo tú solo, intentaré ayudarle.

—JiMin... —La pausa se hace eterna, no sé si acabará diciéndomelo o no. Sencillamente aguardo a que siga hablando—. Consume cocaína.

—¿Qué? —El mundo acaba de caer sobre mí y aplastarme con todo su peso, me cuesta hasta respirar.

—Cuando estaba en la universidad, se esforzaba por llevarlo todo adelante, por ser el mejor, sacar las mejores notas y no era fácil saliendo por las noches a tocar en Seúl. Nadie sabía que tocábamos en bares y clubs.

—Madre mía.

—Al principio era solo de vez en cuando, los fines de semana, hasta que se descontroló. Mi madre nos exigía que acabásemos nuestros estudios para incorporarnos en la empresa, ella puede ser muy... intensa. Yo decidí hacer el curso en España para ganar algo más de tiempo, a pesar del miedo que sentía a dejarle aquí. Le pedí que me acompañase, pero no quería hacerlo, pensaba hacer un Máster en Seúl, y a mí me aterrorizaba dejarle solo en esas circunstancias. El verano antes de que me marchase vinimos a Daecheon como cada año, y pensé que aquí, alejado de Seúl, de su ambiente habitual, le sería más fácil dejarlo... Pero me equivoqué. Él fingía tenerlo bajo control, pero no era así, salíamos cada noche y él no quería volver, siempre quería quedarse hasta más tarde y buscaba el modo de escaparse de mi control. Comenzó a verse con SoHee, pensé que eso le ayudaría a centrarse, estaba muy ilusionado, pero ella le descubrió metiéndose en el baño de la tía EunJi y tuvieron una pelea muy fuerte.

—Dios mío, JiSeung, has estado comiéndote todo esto tú solo. Imagino cuánto has debido sufrir —digo, y le abrazo—. Tiene que buscar ayuda.

—Lo hemos hecho, he asistido con él a un centro de desintoxicación en Madrid, y ha estado haciéndolo más o menos bien, ya no se *mete* a diario, pero si ahora firmamos ese contrato con la discográfica, no sé qué va a pasar. Volverá a tener una vida desordenada, caótica, y eso me da mucho miedo.

—Deberías contárselo a DoHwan —le digo y él se aparta para mirarme a los ojos.

—No. Si le traiciono jamás volverá a confiar en mí y estará solo, completamente solo.

—Tu hermano es mucho más razonable de lo que pensáis. Cuéntaselo, o anímale a él a que se lo cuente.

—¿Qué es lo que tenéis que contarme? —pregunta DoHwan, nos ha sorprendido por la espalda, debe haber llegado caminando desde el paseo marítimo. JiSeung aparta la mirada, contrariado, él toma asiento a mi lado, observando nuestras expresiones de incomodidad—. ¿Qué me he perdido?

—Han conseguido un contrato discográfico —digo y JiSeung asiente, forzando una sonrisa.

—Vaya. Pero eso es genial, ¿no? Enhorabuena —dice dándole un golpe en la espalda—. Me alegro mucho por vosotros. ¿Y por qué no queráis contármelo?

—Porque no sabíamos cómo ibas a tomártelo, eso hará que ninguno de los dos volvamos a Seúl, al menos por el momento, y mamá te culpará de ello.

—Estoy acostumbrado a que mamá me culpe de casi todo, acabará culpándome del calentamiento global al ritmo que vamos. Me alegro mucho por vosotros, hermano —dice estirando el brazo para pellizcarle la mejilla como a un niño pequeño. JiSeung me mira, suplicándome que no diga nada. No puedo hacerlo, pero va a ser muy difícil.

Por la noche, cuando estoy a solas en la cama, no puedo quitármelo de la cabeza. Lo mucho que han debido sufrir los dos, JiMin, con su dependencia, y JiSeung guardando su secreto y tratando de ayudarlo. No puedo evitar que las lágrimas me consuman, ni siquiera la fotografía de un sonriente TaeOh de excursión en un parque acuático con su hermano logra ayudarme. Escribo a mis amigas y a mi hermano para decirles que estoy bien, y a Bruno para decirle que cuido muy bien de su amor, pero no tengo ganas de nada. No paro de pensar en cómo puedo ayudar a JiMin y que mañana sea la reunión familiar, con la furiosa señora madre de los Goon no me ayuda demasiado a relajarme.

Estoy quedándome dormida cuando DoHwan entra en mi habitación y con sigilo se acucilla ante mi cama.

—¿Estás dormida? —me pregunta y me vuelvo, ofreciéndole mis brazos. Él me abraza y se acurruca conmigo—. Eh, ¿qué te pasa? Has estado muy callada toda la tarde. ¿Estás triste? —pregunta, preocupado. Es cierto, después de la conversación con JiSeung he estado abstraída, desganada—. ¿Es por lo de JiMin? —Un momento, ¿lo sabe?—. No te preocupes, se le pasará. Es cabezota, pero lo entenderá, ya lo verás. —Ah, era eso.

—Lo sé. Es solo que no quiero que sufra.

—Yo tampoco, pero en ocasiones es inevitable. Lo superará antes de lo que crees, siempre ha sido muy fuerte y valiente, puede con todo, ya lo verás —dice con su nariz pegada a la mía, acariciándome con su aliento.

—Eso espero.

—Vivir es aprender a sobreponerse a las dificultades sin permitir que el dolor y el miedo nos consuman. Duérmete y descansa, mañana será un día complicado —afirma. Me acomodo en su pecho y encuentro consuelo en su abrazo, en el ritmo cadencioso de los latidos de su corazón y el calor de su cuerpo.

Despierto al notar que se levanta de la cama. Está amaneciendo, me levanto y le abrazo por la espalda, me ha ayudado a dormir como un tronco. Él se vuelve y me dedica una de sus maravillosas sonrisas, le beso y le acompaño a la puerta. La abre y sale al pasillo, en ese momento la puerta del baño se abre y JiMin sale por esta, sorprendiéndonos. Su mirada adormilada se transforma, nos mira con rencor, con rabia, casi con odio.

—¿Es que no respetáis nada? Ni siquiera la casa de los abuelos —dice furioso.

—No le hables así —dice DoHwan cortándole el paso con su cuerpo—. Discúlpate ahora mismo.

—¿Es que es mentira? No tenéis el menor respeto.

—Dejadlo estar, por favor —les pido y tiro de DoHwan hacia mí, haciéndole a un lado. Él me mira, sé que está molesto por lo que acabo de hacer—. Por favor —le suplico y JiMin continúa su camino—. Está nervioso...

—Por muy nervioso que esté no voy a consentir que te trate así. Ni a él ni a nadie.

—Por favor, déjalo estar. —DoHwan asiente y se marcha, está furioso, demasiado, las cosas no hacen sino empeorar. ¿Qué vas a hacer Zoe?

Capítulo 18

Zoe

JiMin pasa el día de caras largas, ni siquiera la presencia de la señorita Han SoHee mejora su humor. No quiere mirarnos a DoHwan o a mí, aunque delante de la tía EunJi disimula y al menos ella no se da cuenta.

Aunque DoHwan se negó a que cocinaran para la cena de hoy y ha encargado comida para un regimiento, la tía EunJi y la señora Jung preparan varios cuencos para servir su delicioso kimchi con el que acompañar la comida.

He ayudado a DoHwan a acondicionar el salón, seremos diez personas así que hemos traído una mesa adicional que había en el pequeño cobertizo situado detrás de la casa. La hemos fregado y dejado lista, incluso me ha mojado con la manguera a propósito, además hemos sacado un montón de cojines en los que sentarse. Cuando la tía EunJi pasa por nuestro lado y los cuenta, le dice que faltan dos, habrá doce comensales. DoHwan la mira sin entenderlo.

—¿Quiénes son los otros dos? —le pregunta.

—YoungBin y Mary —responde con una sonrisa antes de regresar a la cocina, está preparando la vajilla, la mejor que tiene, para la cena.

—No tenía ni idea de que venían, no me ha dicho nada. —DoHwan parece sorprendido e incómodo.

—Quizá ha querido contar con alguien más que te dé su apoyo.

—Aun así no debería poner a mi mejor amigo en ese compromiso. Él trabaja para Korean Revolution y cualquiera que se enfrente a mi madre, sobre todo si es por defenderme, se sitúa en una muy mala posición. Voy a hablar con ella —me dice y se marcha a la cocina. Yo continúo colocando los cojines alrededor de ambas mesas cuando JiSeung se asoma a la entrada y me llama.

—Ven, vamos a grabar un vídeo para Bruno —me pide y me sitúa a su lado en el porche—. Hola, amorcito, ¿ves que bien la estoy cuidando? Estamos preparándonos para la batalla campal de esta noche. Habrá sangre... —afirma con una sonrisa que se refleja en la pantalla y le doy un golpe en el hombro, cómo puede bromear con algo así, yo estoy atacada, los nervios me llevan flotando de un lado para otro—. ¿Qué? Todo va a salir bien, tú tranquilo amor, te garantizo que sobreviviremos y en nada estaré dándote un beso y abrazándote muy fuerte.

—No sé si sobreviviré a esta noche, pero me vais a matar entre los dos con tanto pasteo, *amor* —le digo a la pantalla y JiSeung se muere de la risa—. Yo sí que te lo estoy cuidando bien, porque esto está lleno de coreanos *buenorros* por todas partes, tengo los ojos cansados de

no saber dónde mirar —digo para picarle, en cuanto lo vea me mandará un mensaje acordándose de mi familia—. ¡Te quiero! —le digo y JiSeung corta el vídeo.

—¿Y uno de esos coreanos buenorros soy yo? —sugiere DoHwan, que tiene el sigilo de una pantera, sobresaltándonos. JiSeung enrojece hasta la raíz del pelo. Yo le quito el móvil de las manos y finjo que es mío, metiéndomelo en el bolsillo. No tengo ni idea de cuánto ha oído.

—No espíes mis conversaciones, porque podrías llevarte una sorpresa —le digo fingiendo determinación. JiSeung se remueve y carraspea, va a meter la pata si no disimula—. ¿Te importaría dejarnos a solas un momento, JiSeung? —Él asiente aliviado y se aleja de nosotros hacia el interior de la vivienda—. Mi amigo Bruno ha sido el confesor de la gran mayoría de mis desventuras amorosas, que han sido unas cuantas, así que ahora que estoy rodeada de chicos atractivos, también tengo que informarle de ello.

—Eso no responde a mi pregunta.

—¿Cuál era? La he olvidado —miento.

—Si yo soy uno de esos tipos *buenorros* que te rodean.

—A ver... déjame pensarlo... Tú eres el más buenorro de todos —digo abrazándole y besándole. Y además es verdad, pienso para mí. Él se sorprende por mi efusividad, que no le borra la sonrisa de los labios. La señora Jung viene entrando por el patio y nos ha pillado, he sido descuidada, espero que no le siente mal. Nos quedamos serios, callados, y la mujer, cuando pasa por nuestro lado, le dice algo—. ¿Qué ha dicho?

—Que somos adorables —traduce DoHwan con una sonrisa. Me tapo la cara con las manos. Ains, ¿cómo controlarse teniéndole tan cerca?—. Si en lugar de la señora Jung fuese mi madre, tendría que haberla llevado a urgencias. Nunca vi a mis padres besarse en los labios, jamás. Para mi madre las muestras de afecto en público son poco respetuosas.

—Qué tontería. Perdón, quiero decir, que no estoy de acuerdo.

—Fue una de las cosas que más me sorprendió de España cuando llegué. La facilidad que tenéis para relacionaros y ganar confianza, en Corea hay parejas que se besan en público, por supuesto, pero nada que ver con la efusividad que he visto en las parejas españolas en las fiestas, por ejemplo.

—¿Has ido a muchas fiestas?

—Algunas, sobre todo por insistencia de los compañeros. Y me parece bien, quiero decir, pienso que justificamos nuestra actitud cohibida en el respeto, pero es un error. En realidad, es represión. Reprimimos las ganas de mostrar afecto. Vosotros sois mucho más libres y naturales en ese sentido.

—Depende. En mi caso, por ejemplo, no suelo besarme con alguien delante de mis padres, menos aún si no se trata de una pareja estable, me da vergüenza.

—¿Con tu ex sí lo hacías?

—Sí. Porque estuvimos juntos cuatro años, pero con otros chicos con los que he salido, nunca.

—¿Has salido con muchos chicos?

—Eso no se pregunta. ¿Y tú?

—¿Chicos? De plan romántico con ninguno —dice muy serio haciéndome reír.

—¿Y chicas? Si me respondes, te contestaré yo.

—Salir, como pareja, solo tres. Una en el instituto, otra en la universidad y otra después. —Entre ellas la preciosa HaNeul, arg.

—El resto solo relaciones ocasionales, ¿no? —DoHwan se encoje de hombros.

—No soy un monje budista. Ahora te toca responder.

—También he tenido tres parejas, el último fue mi maravilloso ex, el primero también fue en el instituto, el último año, después conocí a un chico justo antes de irme a Madrid y estuvimos saliendo unos meses, pero lo dejamos cuando me fui porque no tenía sentido estando él en Málaga y yo en Madrid —relato y entonces me doy cuenta de que su expresión ha cambiado.

—La distancia —suspira. Ahora entiendo su cambio de humor. No quiero que se sienta mal, y menos con la noche que nos espera. Me duele verle triste.

—Éramos muy jóvenes, tampoco estábamos tan enamorados y acabamos alejándonos —le digo.

—¿Tratas de consolarme? —pregunta con una sonrisa—. Porque no pienso alejarme de ti.

—Ni yo de ti —digo tomando su mano, me conoce demasiado bien—. Es más, cuando vengas a visitarme os llevaré a Churriana, a TaeOh le encantará. Pero no podrás dormir conmigo porque le guardaré un sitio a él, tendrás que dormir con mi hermano Rudy.

—Para mí sería algo impensable quedarme a dormir en tu habitación con el conocimiento de tus padres sin estar casados.

—¿Estamos aún en la Edad Media?

—En la dinastía Joseon —ríe.

—Pues entonces debería ponerme un vestido de esos tan bonitos y coloridos que hace que todas las coreanas de las series de época estén guapas.

—Un *hanbok*. —De pronto su mirada se ilumina y sé que se le ha ocurrido algo —. ¿Te gustaría probarte uno? Hay una tienda cerca que los hace muy bonitos.

—Estoy de broma.

—Yo no.

—¿Te has vuelto loco? —ríe.

—Ya está todo preparado para la cena, solo faltan los comensales, vamos a dar una vuelta y te probarás uno para sentirte una auténtica coreana.

—¿Lo dices en serio? —pregunto, pero su mirada de ilusión responde por él. Está loco, de remate, pero yo debo estar igual porque le respondo que sí, que quiero probarme uno. Bruno va a gritar como un histérico cuando le enseñe la foto que pienso hacerme.

Después de almorzar DoHwan y yo subimos al coche y con la excusa de que vamos a comprar soju y bebidas para esta noche, nos marchamos. JiMin está surfeando en la playa y JiSeung pelando la pava con Bruno en el cuarto de invitados mientras finge repasar partituras.

La tienda de *hanboks* es de tamaño medio y está en el bajo de un edificio de dos plantas. Al entrar, un par de chicas nos saludan con una sonrisa, en el espacio diáfano hay varios percheros largos. DoHwan habla con ellas y después asienten y se hacen a un lado esperando indicaciones.

—¿Cómo es que conoces este sitio? ¿Has traído a alguna novia? —le pregunto admirando la cantidad de vestidos que hay en los percheros, están a rebosar, de todos los colores.

—No. Lo conozco como a la mayoría de los establecimientos de Daecheon y este es bastante famoso por la calidad de sus *hanboks*. Así que pruébate el que quieras.

—¿Y qué les diremos después para no comprarlo?

—Que no te gustaba.

—Pero si hay cientos aquí, ¿cómo podría no gustarme ninguno?

—Ya les he explicado que tengo una esposa muy exigente, no te preocupes.

—¿Para qué les dices eso! ¿Tu mujer? ¿Les has dicho que soy tu mujer?

—Claro, ¿cómo iban a dejarme pasar al probador sino? —Me río. Lo ha pensado todo —. Venga, ve con ellas y déjate aconsejar —me advierte como si fuese una rebelde. ¿Lo soy? No

puedo evitar que una risilla divertida me acompañe a cada paso.

Por suerte una de las dependientas habla inglés, se llama YeJin y nos entendemos a la perfección cuando me pregunta de qué colores me gustaría probármelos. Le digo varios y a los pocos minutos aparece con una docena de vestidos en las manos de mi talla sin necesidad de decírsela. Tomo uno del montón y me lo pruebo con su ayuda, es una auténtica preciosidad, blanco, con la parte inferior en color celeste claro, que contrasta con el tono moreno de mi piel. Pero me veo demasiado blanca, así que me lo quito y tomo otro de color naranja que tampoco me convence demasiado. Y después otro verde y celeste y tampoco me gusta. DoHwan debe estar empezando a impacientarse.

—¿Dónde está mi marido? —le pregunto a la dependienta con un secreto cosquilleo interior por llamarle de ese modo.

—En la sala de al lado, mi compañera le ha servido un té helado. No se preocupe, esperará pacientemente —me dice, se nota que no le conoce. Debe estar preguntándose por qué no salgo. Aun así, me pruebo dos más hasta que escojo uno cuya parte superior es de color celeste intenso, con un bordado de flores por todo el cuello y el cuerpo, con el lazo de atar en contraste de color rosa fucsia y la falda del mismo color. Ahora sí que resalta mi piel morena.

—Está preciosa —me dice la otra dependienta cuando viene a llevarse los vestidos que he desechado.

—Es cierto, tiene un color de piel precioso y le queda muy bien —YeJin busca entonces, dentro de un cesto que está en una estantería, una horquilla con unas flores de metal y un trozo de tela rectangular y con cuidado me recoge el cabello en una trenza baja con una goma que lleva en la muñeca, después la cubre con la tela y coloca la horquilla en el centro del nacimiento de la trenza, mientras observo todo en el espejo que tengo detrás—. Ahora está perfecta.

—*Kamsahabnida* —agradezco a ambas y me ayudan a salir del probador. Fuera hay una pequeña salita con unos sillones de color rosa claro, que parecen a juego con mi vestido. DoHwan está en uno de ellos tomando té mientras mira su móvil, al oírme llegar levanta la vista y me mira. Su expresión me desconcierta, no dice nada, me observa, en silencio, unos instantes que parecen eternos. Debo estar ridícula, sí, debe ser eso, estoy a punto de volverme, pero YeJin me invita a avanzar y a subirme a una pequeña plataforma de madera, similar a las de los salones de prueba de vestidos de novia. DoHwan sigue observándome sin decir nada—. ¿No te gusta? —me atrevo a preguntar.

—Estás... estás preciosa, Zoe —dice poniéndose en pie—. Pareces un ángel —asegura caminando hacia mí. Subida en la plataforma estoy más o menos a su altura, me sostiene el rostro con las manos y me besa. Siento sus labios presionar sobre los míos, es un beso dulce, delicado, lleno de amor. El mundo se detiene bajo mis pies y solo existe él, sus labios suaves, fundiéndose con los míos.

Cuando se aparta veo que ambas dependientas están en un lateral, riendo por lo bajo, azoradas por nuestra muestra de afecto. Él les dice algo en coreano y ambas asienten y se retiran.

—¿Qué les has dicho?

—Que me dejen un instante a solas con mi esposa —afirma y vuelve a besarme. Quiero que el tiempo se detenga, quiero quedarme allí, entre sus brazos, pegada a su piel, hasta el último de mis días.

Cuando me he cambiado y salgo del probador dispuesta a que nos marchemos veo que él lleva

una bolsa grande con el logotipo de la tienda y está pagando en la caja.

—¿Lo has comprado? —le pregunto alcanzándole. Asiente—. ¿Por qué?

—Porque este *hanbok* está hecho para ti. Debes tenerlo.

—Pero debe costar carísimo con esos bordados, no quiero que...

—Debes tenerlo, y cada vez que lo veas, cada vez que te lo pongas, aunque sea en casa, pensarás en mí. En que hubo un tipo que estaba loco por ti y deseó que lo tuvieses —dice con una sonrisa triste.

Paramos en un supermercado y compramos soju para un regimiento, también cervezas, whisky y ginebra, además de refrescos. Él me toma de la mano por los pasillos y me roba un beso junto a la vitrina de las bebidas. Volvemos a casa de la tía EunJi con todo nuestro cargamento, aunque dejo el *hanbok* dentro de su coche, no quiero dejármelo atrás cuando volvamos a Seúl.

Son las seis de la tarde cuando llegan YoungBin y Mary. Ella me saluda muy afectuosa, al igual que a los mellizos y a la tía. Mary también la llama *imo*, que significa tía, como DoHwan y los mellizos cuando se dirigen a ella. YoungBin los estruja en un abrazo y les revuelve el pelo como si fuesen niños, JiMin le saluda cortés y se hace a un lado, no puedo dejar de pensar en lo que sé, en lo mal que debe estar pasándolo. También saludan a la señora Jung y a su nieta, aunque de modo formal, se nota que los conocen, pero no tienen demasiada confianza. Todos se han vestido muy elegantes, como si la reunión fuese algo formal, yo me he puesto un vestido blanco que es lo más arreglado que eché en la maleta. DoHwan les ofrece algo de beber, Mary toma una cerveza y me invita a que la acompañe al patio para que podamos hablar a solas.

—¿Cómo estás? ¿Qué está pareciéndote Daecheon?

—Bien. Lo cierto es que parece un sitio tranquilo y agradable para vivir. Me recuerda a mi tierra, a Málaga. Salvando las distancias, que son enormes.

—¿Eres de Málaga? Tengo una amiga que estuvo viviendo en Nerja durante dos años.

—No me digas.

—Sí, pasé con ella un verano entero allí. Es un sitio muy bonito.

—Lo cierto es que sí, pero yo no puedo ser objetiva —le digo, ella da un sorbo a su lata de cerveza y se acomoda el cabello rojizo con los dedos a un lado del cuello.

—¿Y qué tal la *imo* Seon EunJi? La veo muy bien, es una señora encantadora.

—Lo es. Pero no sé si está haciéndose la fuerte, porque lo cierto es que actúa como si no le sucediese nada.

—Las coreanas son mujeres duras y fuertes, sobre todo las señoras mayores. Yo he llegado a atender fracturas graves con días de evolución por su resistencia a ir al hospital. Las jóvenes no tanto, se están occidentalizando —añade con una sonrisa. Doy un trago a mi cerveza mientras YoungBin, DoHwan y JiSeung atienden al repartidor del servicio de comida a domicilio que acaba de llegar y trae varios recipientes isotérmicos. Voy a levantarme y ayudarles, pero Mary me sujeta el brazo—. Déjales, pueden solos, son hombres fuertes —me dice guiñándome un ojo y me quedo sentada a su lado. Cuando pasa junto a nosotras, DoHwan me pellizca la mejilla, sonrío y le observo entrar en la casa cargado con varios recipientes—. Es un gran tipo.

—Lo sé. Es maravilloso.

—YoungBin y yo estaremos toda la vida en deuda con él —me dice. Busco sus ojos, no la entiendo—. Nuestra pequeña Suzy está con nosotros gracias a él.

—¿A qué te refieres?

—Suzy tiene una enfermedad incurable, se llama fibrosis quística, no sé si has oído hablar de ella.

—No. ¿Es grave?

—Sí. Es una enfermedad genética en la que ambos padres tienen que ser portadores de un gen que la provoca. Es una enfermedad rara, más frecuente en caucásicos, y más rara aún en asiáticos. ¿No es irónico? YoungBin y yo no podemos ser más distintos, venir de dos mundos más alejados y, sin embargo, ambos somos portadores de ese maldito gen. Parece de locos —dice apesadumbrada—. Cuando Suzy nació, yo me sentía muy sola, echaba mucho de menos mi país, la compañía de mi madre y tener ese apoyo de alguien cercano. YoungBin pidió una excedencia en su trabajo y decidimos pasar una temporada en los Estados Unidos mientras ella crecía y yo tomaba fuerzas para volver. Cuando apenas llevábamos seis meses allí, Suzy amaneció un día con fiebre muy alta, le costaba mucho respirar; era muy pequeña, aún no había cumplido su primer año. La llevamos a urgencias y ahí le diagnosticaron la enfermedad. En Estados Unidos y en Europa hacen cribados neonatales, pero en Corea del Sur su presencia es tan insignificante que no los hacen. Fue devastador, a veces desearía no ser médico para no saber todas las cosas que sé, porque supe de inmediato que mi hija no llegaría a ser abuela —asegura con los ojos llenos de lágrimas que se esfuerza por no derramar—. La esperanza de vida con la enfermedad en ese momento era de cuarenta o cincuenta años, con suerte. Pero eso no era lo peor, sino que los médicos me recomendaban que la ingresase en un centro especializado que no podíamos pagar. Habíamos sacado un seguro médico nada más pisar el país, pero... Allí los seguros tienen unas restricciones según la cuota que pagas y el tiempo que llevas con él... YoungBin acababa de comenzar a trabajar en un bufete internacional y habíamos gastado todos nuestros ahorros en mudarnos y empezar una nueva vida desde cero. Nuestro seguro no cubría el ingreso especializado en la unidad de fibrosis quística del hospital al que nos recomendaban encarecidamente llevarla.

—Madre mía —cojo su mano, apoyada en su pierna, y ella posa la otra sobre la mía.

—Traté de reunir el dinero, pero cuanto más tiempo pasase más daño sufrirían sus pulmones. ¿Quién pagó el tratamiento? —DoHwan sale en ese momento de la casa, en busca de más bolsas de comida, nos mira de reojo, consciente de que le observamos, pero continúa su camino sin decir nada—. No lo dudó un solo instante, ingresó el dinero que necesitábamos directamente en la cuenta del hospital para no perder el tiempo. Nuestra pequeña fue tratada del modo en que necesitaba y se recuperó en unos cuantos días. En cuanto ella estuvo bien, decidimos regresar a Corea, a pesar de que la compañía de seguros se puso en contacto con nosotros ofreciéndonos una ampliación para cubrirla. Sin embargo, aunque podríamos tratarla allí, decidimos volver.

—Y ella, ¿cómo está ahora?

—Bien. Dentro de lo malo su *mutación* es la que produce síntomas más leves. Es bajita y menuda para su edad, lo cual es normal con esta enfermedad, y tratamos de evitar reunirnos con mucha gente por el riesgo de infecciones, ya que es pequeña y no entiende lo de mantener cierta distancia. Pero se encuentra bien y dentro de dos años podrá empezar un tratamiento nuevo que ayuda a parar la enfermedad y evita que sus pulmones vayan deteriorándose.

—Así será, estoy segura —digo apretando su mano.

—A veces es muy duro porque... hablas con otros padres y ellos te dicen que quieren que sus hijos sean abogados o médicos, que sean los más listos de su clase... y tú te encuentras pensando que lo único que quieres para tu hija es que tenga una vida normal, que se haga adulta y tenga hijos si lo desea, o alguien que la ame y la entienda, que envejezca y se convierta en anciana...

Nada más. Todo lo demás es insignificante —afirma emocionada. Yo también lo estoy, pero asimismo contengo las lágrimas—. Ahora tengo esperanza, tenemos esperanza en que tendrá una vida larga y feliz. —YoungBin también sale para continuar ayudando a su amigo, se para junto a Mary y la besa en la mejilla. Ella sonríe, cuánto deben haber sufrido, se nota en el modo en el que se miran lo mucho que se aman y se apoyan entre ellos, es muy hermoso—. Con todo esto que te he contado quiero decirte que DoHwan es muy especial, actúa como si fuese alguien corriente, pero no lo es. Nunca he conocido a alguien tan generoso y desinteresado como él. Y sé que está loco por ti y no porque me lo haya dicho YoungBin, se nota en cómo te mira, en cómo habla de ti. Merece ser feliz. No le hagas daño, por favor —me pide con una sonrisa y siento un nudo fuerte en la garganta. Asiento y Mary se pone en pie, llevándose su lata vacía de cerveza con ella. Yo me quedo unos minutos a solas, en el porche, en silencio, tratando de digerir todo lo que acaba de decirme.

Yo no quiero hacerle daño.

Tampoco quiero sufrir.

—Eh, qué te pasa, pareces triste —me dice DoHwan, sentándose a mi lado, viene del interior de la casa donde debe haber dejado organizada toda la comida. Le miro y fuerzo una sonrisa.

—Nada, estoy bien —miento, no me siento bien, me siento abrumada.

—¿De qué habéis estado hablando?

—De ti. Me ha contado lo que hiciste por su hija.

—Otra vez ese tema —dice haciendo un gesto de negación meciendo la cabeza a un lado y a otro—. No hice nada que ellos no hubiesen hecho por mí.

—Lo que hiciste fue... fue increíble.

—No lo fue. Tenía el dinero y Suzy lo necesitaba, no hay más. Después me lo han devuelto, a pesar de que les pedí que no lo hiciesen, no me deben nada —afirma, como si no fuese consciente de la nobleza de su gesto. Sonríe y le acaricio la mejilla.

—Eres increíble.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo.

—Ah, bueno, entonces no hay nada más que añadir —asiente entre risas—. De hecho, si no estuviésemos rodeados de tanta gente iba a demostrarte hasta qué punto soy increíble.

—Ya lo he comprobado, no te preocupes —sugiero y le saco la lengua. Él sonríe y pienso que tiene la sonrisa más bonita que he visto en toda mi vida.

Capítulo 19

DoHwan

Me miro en el espejo del baño, acabo de repasar mi afeitado, me he puesto una camisa formal y unos pantalones de traje, encontrarme con mi madre siempre hace que me ponga nervioso porque nunca sé lo que puede suceder. No sé cómo se ha tomado la invitación de la tía, según mi tío DaeGon, de buen grado, pero mi tío la conoce tanto como yo al Dalai Lama, a pesar de ser su hermana. En realidad, no creo que haya nadie capaz de predecir cómo es capaz de reaccionar. Tampoco sé las intenciones reales de mi tía que se esconden tras esta repentina cena familiar, no ha querido darme detalles, aunque le he preguntado.

Lo que más me preocupa es que YoungBin salga salpicado en nuestra discusión, siempre he tratado de mantenerle al margen de nuestras desavenencias familiares y espero que continúe así. Tampoco quiero que Zoe se sienta mal por volver a presenciar una escena familiar a la que no está acostumbrada.

Zoe.

Me llena de felicidad que ella y Mary hayan congeniado tan bien. YoungBin, Mary y Suzy forman parte de mi familia elegida y son muy importantes para mí. Mary no debería haberle hablado de cuando les ayudé, no tiene tanta importancia y no quiero que piense que soy un santo, porque no lo soy, tengo muchos defectos, muchos. Aunque espero que ninguno insuperable para que pueda considerar tener una relación conmigo.

La distancia.

Eso que dijo sobre la distancia no ha dejado de rondar mi cabeza, me preocupa que continúe pensando así porque entre nosotros va a haber mucha distancia física. Trato de apartar esos pensamientos, no quiero pensar en ello en este momento, solo hará que me ponga aún más nervioso. Prefiero recordar su cara de felicidad subida a aquella plataforma, vestida con el *hanbok*, jamás he visto a una mujer más hermosa vestir nuestro traje tradicional. Estaba sencillamente preciosa, ¿cómo iba a resistirme a comprarlo para ella?

—Ya llegan —me avisa JiSeung tocando a la puerta del baño, me recoloco el cuello de la camisa y salgo a recibirles, son las seis y media de la tarde, como es de esperar llegan puntuales.

El Mercedes de mi tío DaeGon está aparcando en el patio cuando alcanzo el porche, mi tía se ha situado en la entrada para recibirles, detrás de ella, nos situamos todos los demás. En el lugar del copiloto está mi tío DaeChul y de una de las puertas traseras baja mi madre, enfundada en un traje formal de ejecutiva. Adelanta a sus hermanos en el paso y mientras se acerca nos recorre a cada uno de los presentes con mirada severa. Se detiene ante la tía EunJi y la toma de los brazos.

—Creía que se trataba de una reunión familiar —dice mirando hacia donde estamos

YoungBin, Mary, Zoe, la señora Jung, la señorita Han SoHee y yo.

—Ellos son familia —responde la tía. Mi madre enarca una ceja, disgustada y después sonrío al mirar a mis hermanos. JiSeung y JiMin se inclinan al saludarla, ella los abraza y da un beso a cada uno. Mis tíos se acercan y les saludo en la distancia—. ¿Pasamos al interior? —ofrece la tía EunJi y todos los presentes entramos al salón de la vivienda.

En la cocina todo está preparado, los cuencos menos calientes junto al microondas, los que se sirven fríos a su lado, y los calientes tapados para que se mantengan así. Voy a por ellos y YoungBin me ayuda a ponerlos en bandejas y a llevarlos hasta la mesa. Cuando lo hacemos todos están sentados, aunque no hablan, el ambiente es tenso como un cable de acero. En los rostros de los presentes puede leerse la tirantez reinante, en los de todos menos en el de la tía EunJi, que parece relajada. Se ha sentado encabezando la mesa y, en el lado opuesto, que hubiese correspondido a la señora Jung, por edad, se ha situado mi madre, como si pretendiese dejar claro que es la siguiente persona más importante de la reunión. Zoe está junto a Mary en una zona intermedia. Dejo la comida y los cubiertos sobre la mesa y doy otro viaje a la cocina para traer las bebidas, que deposito en una bandeja en un lateral por falta de espacio y tomo asiento entre Zoe y YoungBin.

La tía EunJi nos desea que comamos bien, toma un pedazo de *haelmul-pajeon*, pastel de gambas y cebollino, uno de sus platos favoritos, y se lo lleva a la boca, iniciando la cena. Mi madre la mira, esperando que comience a hablar, pero ella se limita a comer, seguida de todos los presentes.

Cuando han transcurrido aproximadamente diez minutos, mi madre ya no puede aguantarlo más, ha estado observándola, y a mis tíos, haciéndoles saber que se impacienta, pero la tía no da señales de empezar a hablar.

—Tía, creo que no nos habrá invitado solo para comer, hemos venido desde Seúl pensando que tenía algo importante que decirnos.

—¿Qué hay más importante que reunirte con tu familia? —le responde ella con una sonrisa. El gesto de mi madre se constriñe. Miro a Zoe, no entiende lo que están hablando, pero tiene expresión de temer un ataque nuclear. Cojo su mano bajo la mesa tratando de tranquilizarla, me mira, inspira hondo y sonrío.

—No hay nada más importante que la familia, sobre todo cuando se trata de una familia bien avenida, lo cual no parece ser el caso dado que se ha negado a que le preste mis cuidados.

—No me he negado a que me prestes tus cuidados, me he negado a que me cuide gente contratada por ti en un lugar que no es mi casa —responde, tomando un pedazo de kimchi del cuenco que se lleva a la boca y saborea con deleite.

—Y aquí, ¿quién va a cuidarla? ¿Acaso DoHwan va a abandonar su trabajo para hacerse cargo de usted?

—Ya se ha hecho cargo de mí, como lleva haciéndolo muchos años —responde con total parsimonia, levantando la vista de la comida para mirarla a los ojos. JiSeung me mira, también está tenso, y JiMin mira a nuestra madre, le teme tanto como nosotros—. Pero no os he hecho venir por eso, iba a esperar a que terminásemos de cenar y bebiésemos un poco más de soju, este viejo cuerpo necesita hidratación —dice bebiendo de un trago el vaso que tiene a su lado—. Voy a contaros algo, pero antes necesito que me respondas a una pregunta, JinAh. —Ella es la única que llama a mi madre por su nombre. Mi madre asiente, sin demasiada convicción—. Tengo entendido que pretendes jubilarte pronto, y que has decidido nombrar a tu hermano DaeChul nuevo CEO de la empresa cuando eso suceda, ¿es cierto, JinAh? —pregunta atravesándola con la

mirada. Observo a mis hermanos, a mi tío Hong DaeGon y a YoungBin, por sus expresiones ninguno de ellos sabía nada. Mi madre pliega un acordeón de arrugas en su frente despejada, la pregunta de la tía EunJi la ha tomado por sorpresa y parece muy molesta.

—Veo que sigue teniendo contactos en la empresa —dice y mira a YoungBin.

—No, no ha sido él, no está aquí para eso. Pero sí que tengo contactos en la empresa, he ido cada día a llevarte a tus hijos para que los vieses al menos un rato antes de acostarlos durante años. Respóndeme, ¿es cierto? —Miramos al tío Hong DaeChul que está cabizbajo. El tío Hong DaeGon tiene expresión contrariada, después de llevar tantos años trabajando junto a ella en la empresa debe vivirlo como una traición de su hermana mayor.

—Sí. Es cierto. Será algo temporal, unos años, mientras JiSeung y JiMin aprenden lo necesario para hacerse cargo —responde llena de rabia por tener que revelar algo así delante de todos.

—Eso no va a suceder. Quiero mucho a mi sobrino DaeChul, tanto como a ti, DaeGon, o a ti, JinAh, pero DaeChul no va a ser el próximo CEO de la empresa —afirma y se levanta con ayuda de la señorita Han SoHee, que sostiene su brazo. Camina hasta la estantería que hay en el lateral, en ella guarda libros de recetas de la abuela y un sinfín de trastos viejos, incluido mi cinturón verde de taekwondo de cuando era niño, la pelota de fútbol con la que JiMin marcó el gol ganador de su primer campeonato de la liga local o el primer viejo y destrozado violín de JiSeung. Abre una de las puertas del mueble y saca una carpeta roja de piel, todos la observamos con curiosidad, se dirige a mi tío Hong DaeGon y se la entrega para que se la pase a mi madre.

—¿Qué es esto? —pregunta antes de abrirla.

—Mira los documentos que hay en el interior —le pide y mi madre comienza a abrir las gomas de la carpeta—. Cuando tu exmarido enfermó se puso en contacto conmigo. —La expresión de mi madre comienza a crispase más aún—. Vino a visitarme a Daecheon, una tarde, asegurando que tenía algo importante que contarme.

—¿Y fue capaz de escucharle a pesar de que sabía que yo estaría en contra? —pregunta mi madre con los documentos en la mano, sin ojearlos aún.

—¿Desde cuándo tengo que pedirte permiso para algo, JinAh? —responde con severidad—. Estuvimos hablando ahí fuera, en el porche, durante más de dos horas. Debí ser la enfermedad la que le hizo darse cuenta de todos los errores que había cometido en su vida, el más grande según él, alejarse de sus hijos por miedo a ti.

—¿Miedo a mí? ¡¡Ese desgraciado se alejó de sus hijos porque se largó con esa furcia!! —clama fuera de sí.

—Tú le prohibiste que volviese a verlos, ¿no es cierto? Le dijiste que si se acercaba a sus hijos te encargarías de que difamasen a su nueva pareja públicamente. Responde JinAh, ¿es eso cierto? Porque yo no te crie así... —Mi madre hace un gesto de negación que no me ofrece la menor credibilidad. Quiero pensar que es mentira, JiSeung me mira tan desconcertado como yo lo estoy.

—Pero cuando Goon HaeIn se marchó con esa mujer, no perdió la cabeza, al menos del todo —explica despacio, ante la mirada atónita de todos los comensales—. Me pidió que, cuando lo considerase oportuno, hiciese valer esos documentos. —Mi madre despliega las hojas aún sin entender nada y comienza a miraras—. Y ese momento ha llegado. Vuestro padre —indica mirándonos a los mellizos y a mí—, no vendió sus acciones a un fondo internacional, como hizo creer a todo el mundo, las dejó en manos de una gestora, bajo su dirección, porque temía el acoso que sufriría hasta lograr que abandonase la empresa. Cuando supo que estaba enfermo y no le

quedaba demasiado tiempo me las entregó para que me asegurase de que sus hijos recibirían la parte que les corresponde, TODOS sus hijos. Solo con los beneficios podrán vivir dignamente sin necesidad de permanecer bajo tu yugo —revela dejándonos boquiabiertos. Miro a JiMin y a JiSeung, ninguno de ellos tenía la menor idea—. Desde este momento y hasta que sus tres hermanos cumplan los treinta años, Goon DoHwan es el gestor del cincuenta por ciento de Korean Revolution, con lo cual le corresponde, ahora que vas a jubilarte, el puesto de CEO de la empresa. Y mientras tanto tiene la capacidad para decidir, para hacer y deshacer, al mismo nivel que tú.

—¡Eso jamás sucederá! ¡Y ese maldito bastardo suyo jamás pondrá un pie en la empresa, antes la hundiré! —proclama mi madre incorporándose, su tez está roja de ira, se lleva una mano al pecho, tocándose el corazón.

—No lo harás, porque entre esos papeles también hay un documento en el que además le cedo el uno por ciento de las acciones de la compañía, ese que me entregaste de modo simbólico, como agradecimiento hace algunos años, algo que casi todo el mundo desconoce. Si interfieres en sus decisiones me encargaré de hacerlas valer para arrebatarte el puesto como CEO de inmediato.

—¿Es que no tiene vergüenza? —grita fuera de sí, llevándose la mano al pecho y apretando con fuerza un trozo de su camisa, justo sobre el corazón.

—¿Yo? ¿Cómo te atreves a hablarme así? ¡Tú que has repudiado a tu propio hijo por criar a un niño indefenso que lleva su misma sangre! Es tu hijo, lo has parido tú y estás convirtiendo su vida en un infierno —añade la tía EunJi, sobresaltada.

Tengo que parar esta situación como sea o alguna de las dos saldrá lastimada. Están demasiado alteradas, necesito decirle a mi madre que jamás le arrebataría su lugar, que no necesito nada, que no deseo trabajar en la empresa en esas circunstancias. Me pongo en pie, suelto la mano de Zoe que me observa con temor, no entiende lo que están hablando, pero tampoco lo necesita dado el tono de la discusión. Camino hasta mi madre y me arrodillo ante ella como muestra de respeto.

—Madre yo...

Capítulo 20

Zoe

—*Omoni nan...* —DoHwan intenta decir algo a su madre, arrodillado ante ella, cuando esta le calla golpeándole con una fuerte bofetada que resuena en la habitación, seguida de una sucesión de gritos.

Siento que se me parte el corazón en mil pedazos cuando veo que le golpea y vuelve a hacerlo, le da puñetazos en los hombros, sin que él haga nada por defenderse o evitarlo. Nadie hace nada, todos están petrificados. De rodillas camino hasta él y le abrazo, protegiéndole con mi cuerpo, situándome entre ambos, recibiendo varios puñetazos en la espalda. Al sentir los impactos a través de mí DoHwan abre los ojos, dándose cuenta de que me ha pegado también a mí, se levanta, apartándose de ella. JiMin y JiSeung acuden a sostenerla antes de que vuelva a atacarnos.

—¿Estás bien? —me pregunta DoHwan. Cómo puede preocuparse por cómo estoy después de los golpes que ha recibido él.

La tía EunJi camina hasta su sobrina que sigue fuera de sí y con un golpe seco le devuelve la bofetada, haciéndola callar. La mujer, rendida, se deja caer al suelo, arrodillada, sin fuerzas, sujetada por sus hijos mellizos. La tía EunJi le dice algo más, seria, aunque mucho más tranquila y se aparta de ellos.

YoungBin y Mary nos miran, y él me hace un gesto para que saque a DoHwan de allí. Tiro de su mano y le llevo al porche, él no dice nada. Su mirada está ausente. Me pongo los zapatos y le ayudo a ponerse los suyos y le saco fuera, le llevo hasta la calle y después camino sin soltarle hasta la arena de la playa. Cuando nos hemos alejado lo suficiente como para no oír nada del interior de la casa me siento en el suelo, sobre la arena, y hago que se siente conmigo.

No tengo la menor idea de lo que han hablado o cuál ha sido el motivo de la discusión. Maldita barrera del idioma.

DoHwan apoya los antebrazos en sus rodillas, no dice nada, su mirada está perdida en el mar, en las olas que llegan a deshacerse en la orilla. No sé qué decirle, ¿acaso existen palabras de consuelo en un momento así? Trata de contener las lágrimas en sus ojos aguados. Me arrodillo a su lado y le abrazo. Rompe a llorar sobre mi hombro, se deshace en lágrimas, liberando toda la tensión y el dolor que siente. Permanecemos en silencio, abrazados un largo rato.

—Estoy bien, tranquila. ¿Te ha hecho daño? —me pregunta preocupado.

—No, y no estás bien, es imposible que estés bien —respondo entre lágrimas, me aparto y limpio las suyas con los dedos—. No me digas que estás bien, dime que estás mal, no te hagas el

fuerte conmigo.

—¿Y qué quieres que te diga, Zoe? ¿Que no entiendo por qué mi madre me odia tanto? ¿Que no puedo comprender cómo una madre puede tratar de este modo a su hijo?

—Pero ¿qué ha pasado? ¿por qué se ha enfadado tanto?

—Mi tía acaba de revelarnos que mi padre no vendió sus acciones de la empresa, que se las dio a ella en custodia, pero que pertenecen a sus cuatro hijos y ahora ella me las cede a mí para que las gestione hasta que mis hermanos cumplan treinta años. También el uno por ciento que ella posee, lo cual hace que tenga a mi disposición el cincuenta y uno por ciento de las acciones de la empresa.

—Madre mía.

—Iba a decirle a mi madre que no quiero nada, no quiero hacerme cargo de nada de eso, ni tener un mayor enfrentamiento con ella, pero no me lo ha permitido —dice con tristeza; la luz de la luna ilumina su rostro. Le beso en la mejilla y percibo el sabor salado de sus lágrimas—. Mi tía no debería...

—No, no trates de justificarla. Sé que quieres mucho a tu madre a pesar de todo, pero lo que ha hecho no tiene ningún tipo de justificación. Por más rabiosa que esté debería haber oído lo que tenías que decir, o simplemente haberse marchado, no hay nada que excuse que te haya agredido —digo sin poder contenerme más.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta tocándome la espalda.

—Sí, estoy bien, apenas me ha rozado —miento, siento aún un intenso resquemor en los omóplatos por los golpes que me ha dado la buena señora.

—No lo entiendo y creo que no lo merezco, ¿lo merezco? Sé sincera conmigo, Zoe, por favor.

—¿Cómo puede nadie merecer que le traten así? Ni aunque fueses el peor de los hijos, que no lo eres, por favor, DoHwan no pienses eso. No conozco a tu madre y no sé qué la lleva a actuar de ese modo, pero eres la persona más buena que conozco, si hay alguien que no merece que le traten así, eres tú. Mírame —le pido y él me obedece—. Vales mucho, sé que es una idiotez que alguien tan insignificante como yo te lo diga, pero no deberías olvidarlo.

—No eres insignificante, no digas eso, por favor —me pide y le beso en los labios.

—Pues tú no te atrevas a pensar que mereces que te traten así. No lo hagas porque me rompe el corazón verte así —le digo y no puedo evitar romper a llorar. Sé que es lo que menos necesita en este momento, pero me duele tanto verle tan derrotado y es tan injusto que no puedo contenerme más.

—¿Cómo puede odiar a TaeOh? —dice para sí mismo.

—Tú me dijiste una vez que madre es solo una palabra, pues hazlo valer ahora. No dejes que te hiera tanto lo que te ha hecho. Haz lo que tengas que hacer, sin provocarle daño intencionado...

—Jamás sería capaz.

—Lo sé, por eso, haz lo que tengas que hacer, lo mejor para tus hermanos y para ti.

—No quiero esa responsabilidad, estoy cansado de tener esa responsabilidad.

—Pero no puedes permitir que trate de arruinar la vida de tus hermanos, ni la tuya. Haz lo que tengas que hacer, por ellos y por ti.

DoHwan se queda callado, vuelvo a sentarme a su lado y cojo su mano. Pasados unos minutos me mira.

—Volvamos.

—¿Estás seguro? —pregunto y él asiente, poniéndose de pie y tirando de mí.

Cuando regresamos a la casa el salón parece un velatorio, JiMin y JiSeung están sentados en el suelo junto a la tía EunJi, que sostiene entre sus manos un té, imagino que el equivalente coreano a una tila doble, la señora Jung se toma otro, junto a su nieta y YoungBin y Mary esperan sentados uno junto al otro a que lleguemos, cerca de la puerta.

Al entrar JiMin y JiSeung se incorporan, caminan hasta su hermano y le abrazan con lágrimas en los ojos. JiSeung rompe a llorar sin pudor, mientras JiMin trata de ocultar su emoción, DoHwan les aprieta con fuerza contra sí, con una sonrisa triste. Yo tampoco puedo contener las lágrimas que resbalan por mis mejillas encendiéndolas con su calor, emocionada ante el amor que le muestran.

Mary se acerca a mí y me abraza.

YoungBin también se acerca a su amigo y le rodea con sus brazos. Ambos están muy afectados por lo sucedido.

—Acaban de marcharse de vuelta a Seúl. La señora Hong ha preguntado a YoungBin si los documentos son válidos, él los ha revisado y lo son. DoHwan tiene en su poder la dirección de la empresa —me dice Mary en el oído.

DoHwan camina hasta su tía y se arrodilla ante ella que le abraza en su regazo y llora sobre su hombro con amargura. Pobre mujer, no creo que imaginase que la situación pudiese descontrolarse de ese modo. DoHwan hace un esfuerzo por consolarla, le dice algo, pero ella hace un gesto de negación y él le acaricia la mejilla con dulzura.

—Está diciéndole que todo es culpa suya, que ha estado callada demasiado tiempo y debería haber sacado esa documentación mucho antes —me traduce Mary—. DoHwan le ha dicho que no debe sentirse culpable, que lo que ha sucedido era inevitable.

—¿Inevitable? Un diluvio es inevitable, esto no lo es —protesto en voz baja.

Mary y YoungBin se marchan poco después, la abrazo con mucha fuerza y le deseo todo lo mejor. La señora Jung y la señorita Han SoHee se llevan a la tía EunJi a la cama, dormirán con ella en su habitación porque ella no quiere dormir en su casa. Me llevo a DoHwan a la cama de mi dormitorio y le hago tumbarse para descansar, me pide que me eche a su lado y lo hago, bien pasada la madrugada logra dormirse con la respiración aún agitada.

Capítulo 21

Zoe

A la mañana siguiente me levanto temprano, apenas he podido pegar ojo en toda la noche reviviendo en mi cabeza la escena una y otra vez. Cómo esa mujer golpeaba sin piedad a su hijo. Pensando en qué podría haber hecho para evitarlo. Nada, probablemente, y, sin embargo, no dejé de darle vueltas.

DoHwan ha dormido algo, hemos pasado la noche juntos en la habitación sin importar lo que pudieran pensar el resto de las personas en la casa o lo adecuado o no de hacerlo. No podía apartarme de él en un momento así.

Paso con cuidado por el salón tratando de no despertar a JiSeung ni JiMin y me preparo un té en la cocina, pero pronto JiSeung entra en la habitación con cara de haber pasado tan mala noche como yo misma. Lleva el cabello hecho un desastre y unas ojeras dignas de Vinicio del Toro.

—Buenos días, por decir algo —me saluda.

—Buenos días —respondo, cuando se acerca a mí le ordeno un poco el cabello con los dedos, él me mira con una sonrisa triste.

—¿Has dormido?

—Nada.

—Yo apenas. ¿Cómo está mi hermano? —pregunta preocupado.

—No lo sé, él dice que bien. Está dormido —JiSeung toma la tetera en la que he calentado el agua y se sirve una taza, metiendo dentro una bolsita de té de la caja que he dejado en la encimera.

—Aún no me explico cómo mi madre ha podido tratarle así... Y todos estos años pensando que mi padre era un cabrón desalmado al que no le importábamos lo más mínimos y ahora, no sé qué pensar. No sé si puedo perdonarle que nos abandonara, pero vivir con mi madre tampoco debió ser fácil para él.

—Yo no la conozco, pero lo de anoche me ayuda a hacerme una idea de cómo es.

—Nunca la había visto tan fuera de sí. Es cierto que siempre ha buscado el modo de obligarnos a cumplir sus deseos, acusándonos de malos hijos y de faltarle al respeto al no hacerlo, sintiéndose con el derecho de intervenir en nuestras vidas e incluso de interferir en ellas. Pero esto... Es como si DoHwan hubiese ocupado el lugar de mi padre como diana de todo su rencor. ¿Te imaginas cuando le diga que soy gay? También le acusará de haber permitido que me desvíe.

—Creo, y es mi humilde opinión, que debéis comenzar a dejar de pensar en lo que ella quiere

y centraros un poco más en lo que queréis vosotros.

—Tienes razón, aunque es duro como coreanos contrariar a nuestros padres, hemos crecido sintiendo que les debemos todo, incluida la obediencia absoluta. Una cosa es desobedecerles en cierta medida sin que lo sepan o postergar sus deseos y otra es confrontarlos directamente.

—Pues, o hacéis lo que ella desea, o vivís vuestra propia vida, no hay otra.

—Lo sé, pero es duro —afirma con pesar. Le abrazo, en ese momento la tía EunJi entra en la cocina, nos ve y sonríe. JiSeung se vuelve y la saluda, yo también, inclinándome como suelen hacer ellos. La tía le dice algo a JiSeung—. Me ha pedido que ejerza de traductor contigo, quiere decirte algo —asiento—. Ve al porche con ella, quiere que le prepare un té y se lo lleve fuera.

Le obedezco y sigo a la señora hasta el exterior, con mi taza entre las manos, tomamos asiento en los escalones de piedra, ella me mira con cariño e incluso coge mi mano y la aprieta. Pronto llega JiSeung con sus té y se sitúa junto a la tía, esta le dice algo.

—Voy a traducirte literalmente todo lo que ella me diga, así me lo ha pedido —advierde y da un sorbo de su bebida antes de comenzar—. Señorita Lago, quiero darle las gracias por haber intervenido anoche, por haber impedido que mi sobrina continuase lastimando a su hijo —afirma. No puedo evitar sentirme como un flan, no tengo idea de qué quiere de mí—. Conozco de sobra el carácter de mi sobrina, porque ayudé a mi hermana a criar a sus tres hijos, pero jamás imaginé que anoche JinAh reaccionaría de ese modo. Lo que hizo estuvo mal, muy mal, pero no quiero que piense que no ama a su hijo, aunque no sé si alguna vez podré perdonarla por lo que le ha hecho —asegura, mirándome con expresión triste en sus ojos repletos de arruguitas—. Sé que DoHwan le ha contado mi historia, porque le pedí que lo hiciese después de que viese mis cicatrices —asegura tomando la taza de té entre las manos y dándole un sorbo antes de continuar. Las gaviotas graznan sobre nuestras cabezas, como si estuviesen urgiéndola a continuar su relato—. El día que a mí me llevaron los soldados no solo destrozaron mi vida, también destrozaron la de mis padres y la de mis hermanos. Mi hermana también tuvo cicatrices, solo que las de ella no se veían porque estaban en su alma. Ella creció con un sentimiento de culpa muy fuerte, pensando que podría haberme ayudado de algún modo y no lo hizo, cuando en realidad fue mejor que me llevasen antes de que mi madre llegase porque de lo contrario habrían asesinado a toda mi familia. Y después de la culpa... llegó la vergüenza, cuando descubrió que la gente hablaba de mí en el mercado, ellos creían que me había prostituido voluntariamente para los japoneses —relata con pesar. Miro los ojos de JiSeung, está pasándolo mal, muy mal, al oír esa historia que imagino ya conoce—. La vergüenza la llevó a casarse con el primer buen hombre que le pidió matrimonio y a criar a sus hijos con dureza para que nunca diesen motivo para el escándalo —expone y coge mi mano—. Y cuanto más dura era mi hermana con ellos, más acudían a mí en busca de apoyo y consuelo. JinAh siempre fue la niña de mis ojos y traté de darle todo el amor del mundo, quizá por eso la convertí en un ser egoísta y rebelde. Cuando conoció a HaeIn, el padre de estos chicos, se casaron enseguida, él era siete años mayor que ella y estaba de vacaciones en Daechon, JinAh trabajaba en uno de los restaurantes y allí le conoció. Un hombre bien situado que la ayudaría a escapar del yugo de su madre. ¿Quién podría decirle a la JinAh de entonces que ahora estaría tan obsesionada con la opinión de la sociedad como lo estaba su propia madre? —pregunta con aire cansado—. Se marchó y trabajó muy duro para que su marido y ella tuviesen éxito. Se quedó embarazada de DoHwan por complacerle a él, porque no deseaba tener hijos, y entonces me pidió que fuese a vivir con ella para ayudarla cuando naciese, porque temía que no sabría cómo cuidarle y, además, así podría volver pronto al trabajo. Yo estuve en el parto de DoHwan y fui la primera en cogerle en brazos, era un bebé tan regordete y hermoso...

Y cuatro años después los mellizos llegaron por sorpresa. Para mí criarles ha sido el motivo por el que me he mantenido viva todos estos años —afirma con una sonrisa y JiSeung aprieta su mano con dulzura con los ojos llenos de lágrimas contenidas—. Ellos son mi vida, por ellos soy capaz de todo. Sé que mi sobrina siente que la he traicionado. JinAh nunca soportó que las cosas escapasen de su control y primero su marido la abandonó, humillándola, y ahora siente que sus hijos se están equivocando, que están arruinando sus vidas. Los quiere y su mayor temor es que pierdan su honor, que es lo que cree que ha pasado en el caso de DoHwan por aceptar a su hermano pequeño, un hijo ilegítimo, al que ha elegido antes que a ella. Y es lo que teme en el caso de los mellizos que no hacen sino inventar excusas para no hacerse cargo de sus responsabilidades en la empresa. Pero tiene que entender que se equivoca, que nosotros, quienes la contradecimos, la queremos, pero no por ello vamos a permitir que siga dirigiendo la vida de sus hijos.

—Gracias por contármelo, señora. Ahora puedo entenderla un poco, pero solo un poco porque su comportamiento con DoHwan no puedo entenderlo, ni aceptarlo.

—No necesitas hacerlo. Tú solo apóyale, cuida de él y de refilón de los otros tres también —dice con una sonrisa tierna antes de incorporarse con ayuda de JiSeung—. Y ahora, voy a comer algo.

—Gracias.

La tía EunJi regresa al interior de la casa y me quedo junto a JiSeung, ambos en silencio, procesando todo lo que acabamos de oír.

—No tenía ni idea de que mi madre se casó con mi padre por huir de Daechon, yo recuerdo que los abuelos eran dos personas mayores muy humildes, y que al abuelo le gustaba tanto el soju como a la tía EunJi —afirma con una sonrisa —, pero los detalles de cómo criaron a mi madre, de que se sentían avergonzados por lo sucedido a la tía EunJi, nunca nadie habló de ello en mi presencia. Estoy sorprendido de que la tía te lo haya contado, Zoe. Los coreanos no somos muy dados a mostrar nuestras intimidades a alguien que no es de la familia muy cercana.

—Pues yo he visto intimidades tuyas —le pincho tratando de relajar el ambiente, JiSeung me da con el dedo en el puente de la nariz.

—Para mí tú ya eres *gajog*, eres familia.

—Pero ¿cómo puedes ser tan mono? —le digo pellizcando sus mofletes como si fuese un niño pequeño. Él me aparta las manos entre risas.

—El día que veas mi lado malo...

—Te daré la vuelta para seguir mirando este —añado haciéndole reír.

—Ahora en serio, ¿vas a hablarle a Bruno de lo que ha pasado? Porque no quiero que se preocupe.

—No, no le contaré nada por el momento. No puedes arrebatarme a mi confesor y quedarte tan tranquilo.

—Sí que puedo —responde con una sonrisa—. Voy a comer algo, ¿quieres?

—No gracias, aún no. —Mi té se ha quedado casi tan frío como yo después de lo que me ha contado la tía EunJi, pero aun así me gusta. Le observo levantarse y regresar al interior de la casa. JiMin pasa por mi lado con pasos decididos cargado con su tabla de surf. Algo me dice que debería hablar con él o se formará un abismo entre los dos—. ¡JiMin! —le llamo y se gira para mirarme—. ¿Puedo acompañarte?

—¿Para qué?

—No lo sé, para dar un paseo por la playa y ver cómo haces surf.

—Será mejor que te quedes junto a tu enamorado, te necesita más que yo —me suelta y continúa caminando. Está muy enfadado, supongo que necesita tiempo para sanar sus propias heridas. Me doy cuenta entonces de que la señorita Han SoHee ha salido al porche y le observa alejarse caminando envuelto en su traje de neopreno hacia la playa.

—Buenos días —la saludo.

—Hola, ¿cómo está, señorita Lago? —me pregunta caminando hasta mí.

—Bien, aunque un poco cansada. ¿Podrías llamarme por mi nombre? Cada vez que me llamas señorita Lago pienso que estoy en una entrevista de trabajo.

—Oh, lo siento. Entonces llámeme también por el mío, SoHee.

—¿Y cómo estás SoHee? ¿Cómo han pasado la noche tu abuela y la señora Seon?

—Las dos han dormido, como un tronco, porque ambas toman pastillas para dormir.

—Eres muy amable, SoHee, gracias por todo lo que haces.

—No tienes porqué dárme las, el señor Goon lleva años pagando a la enfermera que atiende a mi abuela y a la señora Seon, le estaré agradecida toda la vida por ello. —Se queda un momento en silencio, pensativa—. El señor Goon no se merecía lo que su madre le hizo. El señor Goon es una buena persona, no entiendo cómo su propia madre no puede verlo.

—Yo tampoco —digo poniéndome de pie, con mi taza en la mano, soy al menos un palmo más alta que ella, y de ancha mejor no hablamos, la cintura de SoHee entraría en una pierna de mis vaqueros—. ¿Y con JiMin qué tal? —Me mira sorprendida, las sutilezas no son lo mío.

—Bien, ayer mientras no estabais la señora Seon EunJi estuvo sacando fotografías de cuando eran pequeños y estuvimos viéndolas todos juntos y fue amable conmigo.

—¿A qué te refieres con amable?

—A que me dirigió la palabra con cordialidad.

—¿Estaba serio? —pregunto y se encoje de hombros.

—Él suele ser bastante serio —afirma y la miro extrañada. ¿Estamos hablando del mismo JiMin que llenó un tubo de pasta de dientes de mayonesa? Sí, eso hizo una tarde y JiSeung estuvo correteándole por todo el salón.

—JiMin no es serio, al menos el JiMin que conozco, cuando no está enfadado es bastante divertido, incluso te diría que un poco loco. —SoHee me mira como si estuviese hablándole de la reencarnación de Frankenstein—. A ti te gusta, ¿verdad?

—Yo...

—Se nota a leguas que aún te gusta. —Hay que sacarle las palabras con un sacacorchos—. No le diré nada, tranquila, pero dime si es cierto. —Ella asiente—. Pues habla con él, inténtalo, invítalo a un café. Quizá el JiMin que conocías ha cambiado o quizá estaba demasiado tenso como para mostrarse como realmente es. Lo que es cierto es que merece la pena conocerle.

—Gracias, señorita... Zoe.

—No tienes por qué dárme las.

Cuando DoHwan se levanta tiene los ojos hinchados, él mismo se burla de su imagen en el espejo, le digo que está guapo de todas formas y le propongo el remedio casero de las rodajas de pepino para bajar la inflamación. Él acepta a regañadientes y después del desayuno corto uno y le coloco un par de rodajas en los ojos. La tía EunJi y la señora Jung me piden por señales que

haga lo mismo con ellas así que corto más y acabamos los cuatro sentados en el patio con pepino en los ojos. Cuando me levanto mis rodajas y les miro me da la risa, consciente de que tengo el mismo aspecto. SoHee no se atreve a utilizar mi remedio y se sienta a nuestro lado, entonces le propongo que vaya a la playa a dar una vuelta, y ella acepta.

JiSeung anda por la casa, pegado al teléfono por lo que intuyo que Bruno o aún no se ha acostado o se ha levantado demasiado temprano y deben estar hablando. Pasados veinte minutos doy por concluida la sesión rejuvenecedora y les entrego a todos servilletas y agua para que se limpien los restos de pepino. La tía EunJi se come el suyo y la señora Jung hace lo mismo, esto sí que es reciclaje. Las dos amigas están conversando cuando me acerco a la tía EunJi para comprobar cómo le ha quedado la piel y al mirarme le da un ataque de risa, la mujer no para de reír y sospecho que tengo algo en la cara. Me toco la nariz y los ojos y no detecto nada extraño.

—¿Qué tengo? —pregunto a DoHwan. Él me mira con detenimiento y también ríe antes de quitarme un par de pepitas que tengo pegadas en la frente, de eso se estaban riendo. También me echo a reír y las señoras sonrían divertidas. Después ayudamos a preparar la comida, hay poco que hacer porque la noche anterior sobró casi todo después del *incidente*.

JiMin y SoHee regresan juntos de la playa, ella me mira con una sonrisa, estoy segura de que han estado hablando, él sigue taciturno conmigo, pero estoy convencida de que se le pasará.

En el almuerzo corre todo el soju que no lo hizo la noche anterior, sobre todo por parte de la tía EunJi que tiene el saque de un cosaco. DoHwan trata de contenerla, ella le dice que de algo tiene que morir y de qué mejor que de una borrachera. Mi coreano favorito tiene una nueva reunión online después así que se encierra en el dormitorio de invitados. Yo me quedo fuera con JiMin y JiSeung que están viendo la televisión en el salón sentados en los cojines en el suelo. La tía EunJi duerme a pierna suelta en su dormitorio y la señora Jung y SoHee han ido a casa de la primera.

Recibo entonces una videollamada de mi amiga Lucía. Amplia el plano para que pueda verlos a todos. Ella, Raquel, Pepi e incluso mi hermano están en casa, desayunando en la mesa de la cocina.

—Buenos días, ¿cómo está la coreana de la familia? —me saluda.

—Buenas tardes por aquí, qué bien estáis.

—Anoche salimos de marcha y nos acabamos de levantar —me cuenta Pepi.

—¿Todos juntos?

—Sí, menos Bruno que desde que se ha enamorado es un coñazo —advierte Lucía.

—Espero que os hayáis comportado delante de mi hermano, *perracas*. —Mi hermano se echa a reír y hace un gesto de negación con un sorbo de café en la boca.

—A ver si te crees que no cuido bien de mi hermano postizo —afirma Lucía echándole el brazo por encima del hombro.

—Me lo he pasado genial, Zoe —me cuenta él con una sonrisa pícaro, menudo pájaro está hecho.

—¿Y los niños, Pepi? —le pregunto.

—Con su padre, necesitaba desconectar y me quedé a dormir.

—Muy bien, pero lo haces cuando no estoy, ¿no? Me debes una juerga juntas —le advierto y ella asiente—. Todos me la debéis.

—Cuando vuelvas —dice mi hermano que se incluye de inmediato—. ¿Cuándo vuelves?

—Pues en principio pasado mañana comienzan a trabajar las cuidadoras que DoHwan ha contratado para cuidar a su tía, así que imagino que en un par de días volveremos, pero no lo sé.

—¿Te lo estás pasando bien? —pregunta Raquel.

—Sí, esto es muy bonito, muy distinto, pero me gusta.

—A ver si te vas a querer quedar en Corea —dice Pepi. Me echo a reír.

—Todo va a depender de si *su* coreano le ha dado un buen meneo o no.

—¿Pero no está con su jefe? —pregunta mi hermano a Lucía y arruga el ceño—. ¿Te has liado con tu jefe?

—Es que su jefe... Es mucho jefe —añade Pepi desatada, o aún le hace efecto el alcohol de anoche o me la han cambiado.

—Sst. ¿Os podéis cortar un poco delante de mi hermano?

—Pues yo aún no lo he visto, soy la única que no le conoce, mándame una foto.

—Cuando volvamos a Madrid te lo presento, no te preocupes.

—Las demás también queremos verlo —añade Raquel haciéndome reír. Menudo jaleo de desayuno tienen formado.

—Voy a subir un momento al baño que creo que el whisky de ayer era de garrafón —dice Lucía con cara descompuesta entregando su móvil a Pepi que se esfuerza por enfocar a todos.

—¿Voy a tener un cuñado coreano? Verás cuando se enteren mamá y papá —sugiere Rudy.

—No te embales tanto, anda —le contengo. Entonces siento unos pasos a mi espalda, me giro y veo a DoHwan en toda su estatura, le toco la rodilla y se acuclilla, se ve entonces reflejado en la pantalla del teléfono, observa toda la gente que hay al otro lado y les saluda con la mano—. Pepi, Raquel, Rudy, él es DoHwan.

—¿Los coreanos no eran todos bajitos? Este es súper alto —dice mi hermano sin cortarse un pelo.

—Rudy, eres consciente de que entiende el español, ¿verdad? —le advierto antes de que suelte cualquier burrada. DoHwan se echa a reír y casi oigo a mis amigas suspirar—. Ese es mi hermano —le digo.

—Encantado de conoceros. Mido un metro noventa y dos, tampoco soy tan alto —les saluda formal, incluso algo cortado. No me extraña, mi jauría particular intimida. Ellos le saludan agitando la mano.

—Cuídanosla mucho, que la necesitamos —le pide Pepi, él asiente con una sonrisa.

—En realidad, es ella la que está cuidando de mí.

—Ella es así —añade Raquel.

—Recuerdos de tus suegros —bromea Rudy y Pepi le da un pellizco; se queja.

—¿Suegros son los...? —me pregunta DoHwan.

—Ahora te explico. Bueno chicas, chico, hablamos en otro momento, seguid comiendo. Rudy, te voy a matar...

—Yo también te quiero, hermanita.

—Cuídate, cuidaos —nos piden y cuelgo. DoHwan me mira esperando que le explique qué significa suegros, mataría a mi hermano—. Suegros son... como *parents in law* en inglés.

—Ah. —Se sorprende y asiente divertido.

—No hagas caso, mis padres no saben de ti, es solo una broma de mi hermano que es un indiscreto.

—Pero entonces, él sí sabe, le has contado que tú y yo...

—Se lo acaban de contar mis amigas. Yo les hablé de ti, de que me gustabas y eso y bueno... En fin, les conté que nos habíamos liado y después de que...

—¿Qué?

—No piensas dejarlo pasar, ¿verdad?

—Claro que no. Es muy divertido verte en un aprieto, casi nunca sucede.

—¿Cómo que no? Si vivo de aprieto en aprieto —me definiendo. Él cruza los brazos ante el pecho esperando mi respuesta—. Les envié un mensaje y les conté que nos habíamos acostado, ¿contento?

—Algún día me acostumbraré a la facilidad con la que habláis de temas tan íntimos.

—¿Tú no le has dicho a YoungBin que nos hemos acostado?

—Por supuesto que no.

—Ah, pues no ha hecho falta, porque dan por hecho que estamos juntos. Yo no voy a escribírmelo en la frente, pero a mis amigos más íntimos sí les he hablado de ti.

—Espero que bien.

—No tengo motivos para lo contrario —digo y se inclina hacia mí para besarme, otea el derredor y posa sus labios sobre los míos—. ¿Te encuentras mejor? —me atrevo a preguntarle.

—Sí. Además, acabo de hablar con TaeOh y me ha preguntado cuándo vamos a recogerle, nos echa de menos.

—Pero ¿está bien?

—Sí, es solo que nos extraña. Está pasándolo muy bien, le he dicho que quizá pasado mañana volvamos a Seúl, sé que estoy abusando de tu generosidad, pero me gustaría estar al menos veinticuatro horas con las cuidadoras para asegurarme de que... —Le callo con un beso. No tiene que justificarme nada, no me importa si nos quedamos un día más o diez, estoy bien, a gusto, a su lado.

—¿JiMin y JiSeung volverán con nosotros?

—Sí, les he preguntado a ambos si desean quedarse unos días más y me han dicho que no, que cuando volvamos ellos también regresarán.

—Pues yo, en cierto modo, sentiré pena cuando nos vayamos.

—Ah, ¿sí? ¿Tanto te ha conquistado mi país?

—Pues sí, tu país, tu tía, tu amigo YoungBin y Mary, esta playa por la noche... —sugiero haciéndole reír—. Me gusta este lugar.

—No sabes cuánto me alegra oírte decir eso. Pues aún me queda un lugar que quiero enseñarte y he pensado que esta tarde, si todo sigue bien y la señorita Han SoHee y los mellizos se quedan en casa con la tía EunJi, me gustaría llevarte al templo budista de Muryangsa, podríamos ir a dar un paseo por sus jardines y tomarnos un té por los alrededores. ¿Te apetece?

—Contigo, me apetece todo, DoHwan.

La visita al templo Muryangsa es una auténtica maravilla, desde la portada que nos recibe a nuestra llegada, con el tejado típico coreano y letras grabadas en la madera lacada de colores: rojos, azules, blancos. Siguiendo por el camino a recorrer en plena naturaleza bajo las copas de los árboles y el bosque tupido y húmedo. La temperatura se mantiene fresca, conservada por el vergel. No hice caso a DoHwan que me recomendó llevar una chaqueta, pero cómo iba a imaginar que haría frío cuando en la playa el calor era importante. Sopla algo de brisa y la piel se me pone de gallina. DoHwan me mira, él sí va bien acondicionado con una cazadora color arena, una camiseta y los vaqueros. Pero yo quería ir más mona de la cuenta y me he puesto un vestido amarillo de tirantes. Le miro y sonrío.

—Te dije que trajeras chaqueta —me regaña, me encojo de hombros.

—No tenía ninguna a juego con este vestido —le digo y se echa a reír. Comienza a quitarse su cazadora, dejando sus brazos, sus fuertes bíceps, parcialmente al descubierto con la camiseta—. No, no por favor...

—¿Crees que podría disfrutar el paseo sabiendo que estás helada? —me pregunta, posándola sobre mis hombros. Huele tan bien, pero tan bien, que podría cerrar los ojos y dormirme en un segundo. Huele a él, no a su perfume, sino a su olor personal, el olor amaderado y cítrico de su piel. Vuelve a tomarme la mano y continuamos el camino de ascenso—. Ese de ahí es el monte Mansusan. Se cree que el templo fue fundado por el preceptor nacional Beomil durante la dinastía Silla Unificada, después fue arrasado por un incendio durante las Invasiones Japonesas de Corea. El rey Injo, de la dinastía Joseon, lo reconstruyó. Aquí pasó sus últimos años un famoso erudito llamado Kim SiSeup, y un monje poeta llamado Muyeom se quedó para practicar su arte —me explica mientras caminamos. Cuando llegamos a la gran explanada ante el templo hay varios visitantes más, pero no demasiados, cinco o seis observando las estructuras, armados con sus cámaras fotográficas. El templo es un edificio rectangular con techo doble, al estilo tradicional, delante hay una estructura de piedra que me explica que se llama pagoda, que es un monumento budista de pisos superpuestos en el que solían guardarse las reliquias sagradas, y que en esta se encontraron cinco pequeñas figuras de Buda en bronce. Delante de ella hay una linterna de piedra, con una cámara de luz adornada con flores de loto. Continuamos caminando hacia el templo y nos detenemos ante él. Ya no tengo frío, entre su chaqueta y su mano estoy en la gloria—. Esta sala es un santuario budista de dos pisos, lo cual es raro en Corea, es el *daeungjeon*, que es como se llama a las salas principales de los templos y es el edificio principal del templo Muryangsa —me dice antes de que demos un paso al interior y entre de cabeza en una escena de la dinastía Joseon. Madre mía, parezco dentro de uno de los doramas que tanto disfruta mi amigo, me pondría mi *hanbok* y me pasearía por allí sintiéndome una auténtica coreana antigua. El techo es precioso, todo de madera labrada de múltiples colores y dibujos, con dos cabezas de dragón talladas en las vigas centrales. Y el altar es tal y como lo he visto en las series, hay tres estatuas doradas, con Buda en el centro y ante ellas un montón de flores, ramos y ramos que los fieles han debido ir trayendo, velas y linternas de papel, todas cargadas con peticiones a Buda, también hay un incensario—. Este santuario, consagrado al Buda Amitabha, es un edificio importante como estructura budista y expresa bien las características de mediados de Joseon. El del centro es Amitabha, y a los lados están Avalokitesvara, el bodhisattva de la compasión, y Mahasthamaprabhata, el bodhisattva que representa el poder de la sabiduría —añade DoHwan en un susurro en mi oído.

—Vaya nombres, ¿no te has hecho daño en la lengua al decirlos? —le sugiero en un susurro y le hago reír, mira hacia detrás, han entrado tres visitantes más en el salón.

Me hace una mueca divertida, arrugando la nariz y haciéndome un gesto de negación para que no vuelva a provocarle la risa. Se pone serio y se acerca a la estatua de Buda, se inclina ante ella, toma una vara de incienso y la prende con una de las velas. Yo me quedo mirándolo todo, cada una de las vigas de soporte de los laterales del techo está dibujada como dragones, de distintos colores, el interior es una explosión de color y de vida. DoHwan regresa a mi lado con la vara de incienso y hace que el humo me envuelva, también a él, después la lleva hasta un recipiente de barro en el que hay otras ya quemadas y la deja de pie para que se consuma. Toma mi mano y nos inclinamos ante Buda de nuevo antes de salir del templo.

—¿Eres budista?

—No —responde, parece divertido con mi sugerencia—. Soy cristiano, me bautizaron con el

nombre de Uriel.

—¿Tienes un nombre cristiano?

—Sí, es común tener un nombre bíblico entre los coreanos cristianos, aunque por lo demás mi fidelidad a los dogmas es discutible. Tú también eres cristiana, imagino.

—Eso dice en mi partida de bautismo —añado con una sonrisa—. Y entonces, ¿por qué has hecho lo del incienso?, ¿qué significa?

—Siempre lo hago cuando visito un templo budista, es mi modo de mostrar respeto, y... también por si acaso, por si nos está oyendo, que nos brinde su protección —asegura y me guiña un ojo. Estira el brazo y lo pasa por encima de mi hombro, sosteniéndome con ímpetu. Caminamos juntos dando un paseo por el resto del recinto, visitamos dos ermitas que están algo alejadas del templo por un camino muy bonito entre árboles y arroyos. En un momento dado se me ocurre la idea loca de darle un pellizco en la mejilla y echar a correr, él se queda sorprendido, pero me persigue así que tengo que huir para que no me alcance. Le esquivo interponiendo alguno de los altos árboles entre los dos, pero al final me atrapa, se lanza sobre mí y acabamos rodando por el suelo entre la suave hierba. Trato de escaparme, pero me tiene bien atrapada, con el peso de su cuerpo sobre mí, se aproxima y me besa con dulzura.

—Me encanta besarte —me dice, con mis manos sujetas a ambos lados de mi cabeza—. Tengo que aprender a controlarme o voy a acabar como Gyeonu.

—¿Quién es?, ¿un amigo tuyo? —pregunto y le provoco la risa. DoHwan se hace a un lado en la hierba entre carcajadas. Me giro y le observo apoyando la cabeza en el codo, ríe divertido hasta que logra recomponerse.

—Gyeonu era un pastor de ovejas.

—Estás llamándome oveja, ¿por el pelo? —digo y le doy un pequeño puñetazo en el hombro que no hace sino acrecentar su risa. Entonces enserio, fingiendo que me he enfadado. DoHwan percibe mi falso malestar y carraspea recuperando la compostura, girándose hacia mí.

—No era mi intención ofenderte, no he dicho eso —afirma y entonces soy yo la que se echa a reír, y él suspira aliviado—. Si me dejas terminar lo entenderás, Gyeonu se casó con Jiknyeo, una de las hijas del Rey del Universo que era una gran tejedora. Los dos vivieron felices por un tiempo, pero, siempre hay un pero, estaban tan perdidamente enamorados el uno del otro que no hacían más que amarse. Y descuidaron sus labores, lo cual en Corea de Sur es lo más grave que puedes hacer, porque el trabajo lo es todo, así que el Rey tomó cartas en el asunto y los castigó. Ambos fueron condenados a vivir en lados opuestos de la Vía Láctea, Jiknyeo en el oeste y Gyeonu en el este. Dicen que los lamentos de los amantes retumbaron en todo el universo y llegaron a la tierra, donde los cuervos volaron para formar un puente que cruzase la Vía Láctea para que pudiesen reunirse, besarse y abrazarse al menos una vez al año —explica muy serio, como el profesor de leyendas coreanas más sexy que haya podido existir.

—Ah. Si el Rey del Universo hubiese contado las veces que hicimos el amor la noche que nos quedamos donde el bosque de bambú, también nos habría separado a cada uno en una punta de la Vía Láctea —suelto y él vuelve a reír a carcajadas revolcándose sobre el tapiz vegetal.

—¿Es que no tienes ni una pizca de romanticismo? —me pregunta entre risas y me encojo de hombros, ¿lo tengo? Quizá no, pero él tiene por los dos así que encajamos bien.

A la vuelta nos tomamos varias fotos con el templo a nuestras espaldas, como un par de turistas más. Cuando subo al coche de DoHwan tengo la sensación de haber pasado la tarde en un mundo mágico. Es todo muy exótico y nunca pensé que pudiese gustarme tanto una cultura tan distinta a la mía.

—¿Qué te ha parecido?

—Me ha encantado, todo. El templo con esos colores, el olor del incienso, la paz que se respira dentro... Los jardines, el paseo... pero lo que más, la compañía. —Él sonríe halagado, se acerca y me besa, cuando se retira me quita con los dedos una hoja del cabello—. Gracias por traerme a un lugar tan bonito, en realidad gracias por este viaje, a pesar de las circunstancias.

—No, al contrario, soy yo quien debe darte las gracias, por todo —asegura entrelazando nuestros dedos, atravesándome con su mirada azabache—. Por entrar en nuestras vidas y ponerlas patas arriba, por romper la coraza con la que siempre he tratado de proteger mi corazón y colarte dentro, muy dentro, por hacer que me levante cada mañana con una sonrisa y la ilusión de verme reflejado en tus ojos —asegura provocando que se me encoja el corazón. Le beso y me siento a salvo entre sus brazos, segura y en paz, como no lo había estado antes, en toda mi vida.

Capítulo 22

DoHwan

Las empleadas que he contratado para la atención de la tía EunJi llegan temprano, la enfermera Lee viene con ellas y nos presenta. Son tres cuidadoras de mediana edad, al parecer están instruidas en cuidar personas mayores, harán turnos de veinticuatro horas cada una de ellas, así que Lee les explica todo con respecto a la medicación que ella dejará preparada cada lunes para toda la semana. También las informa sobre los signos de alerta que se puedan presentar. La tía EunJi oye todo de reojo con mala cara, no le hace la menor ilusión que tres extrañas compartan casa con ella y la señora Jung, y a mí me divierte su expresión de desagrado, no puede disimularlo ni tan siquiera un poco.

La única petición que ha hecho la tía ha sido de lo más original, y es que las tres aprendan a hacer la tortilla de patatas de la señora Carmen de manos de Zoe, porque quiere seguir comiéndola. Zoe se ha reído mucho y se ha puesto con las mujeres a prepararla después de que Lee se marchase, enseñándoles paso a paso, de modo que han hecho tres tortillas que nos comeremos en el almuerzo. Una vez que las señoras saben todo lo necesario, EunJi les dijo que podían marcharse hasta el día siguiente, que mientras sus sobrinos estén allí no las necesita.

Me apena mucho tener que irme, pero el señor Yeon lleva dos días preguntándome cuándo voy a volver, tengo que dejar todo listo para mi partida de España. Me pregunto cómo voy a hacerlo si ni siquiera sé qué voy a hacer con mi propia vida. Desde que mi tía reveló los deseos de mi padre y mi madre entró en cólera... ni siquiera he hablado del tema con mis hermanos. No he querido pensar en ello, ni hablar de ello, porque me siento perdido... Pero creo que no debo postergarlo más, tenemos que hablar y juntos tomaremos una decisión. No quiero que ninguno me acuse en el futuro de haberme equivocado.

También está el asunto de Zoe, no sé cómo voy a hacerlo, pero tengo que seguir viéndola, lo necesito. Estoy loco por ella y no me avergüenza admitirlo. Cuando regresemos a España hablaremos con seriedad, estoy dispuesto a quedarme algún tiempo más o incluso ofrecerle que venga conmigo a Corea unos meses mientras pongo todo en orden, no quiero una relación a distancia, pero tampoco quiero perderla, eso por encima de todo.

Después de la comida pido a mis hermanos que nos reunamos en una cafetería cercana a la casa, vamos a tratar algo serio y no quiero que nadie nos interrumpa, quiero que me hablen como adultos, son sus futuros los que también están en juego. Zoe y la señorita Han SoHee se quedan

al cuidado de mi tía y la señora Jung. Los llevo en mi coche, JiSeung están un poco misterioso con tantas llamadas de teléfono y mensajes, creo que está con alguien, pero es tan reservado para su intimidad que cualquiera le pregunta; JiMin continúa igual de serio que ha estado estos días, aunque al menos me dirige la palabra desde lo que sucedió con nuestra madre.

Vamos a un lugar tranquilo y nos sentamos en la terraza, con el mar de fondo. La camarera se acerca y pido un café con hielo, JiSeung pide un refresco y JiMin una cerveza y una botella de soju.

—Empiezas fuerte, hermano —le digo y él me mira serio.

—Vamos a hablar como adultos, ¿no? Creo que los tres sabemos lo que está en juego —asegura peinando el cabello platino hacia atrás con los dedos, tiene aspecto de tipo duro con esos aretes en las orejas, el peinado y la ropa oscura, pero debajo de toda esa parafernalia sigue el pequeñajo que siempre lloraba para que me subiese con él a las atracciones de feria.

—¿Y para hablar como un adulto tienes que emborracharte? —le recrimina JiSeung.

—Escuchadme, como sabéis tenemos en nuestro poder más de la mitad de las acciones de la empresa de nuestros padres. Tenemos en nuestro poder la posibilidad de hacer que cambien las cosas y pelearnos con nuestra madre, vosotros tenéis la posibilidad de tener unos años más para encauzar vuestra vida, con los beneficios de las acciones, o venderlas a mamá y que sea suya y solo suya, pero al menos tendréis el dinero.

—¿Y después qué? El dinero se gasta —responde JiSeung.

—Estamos hablando de más de cinco millones de dólares cada uno —expongo, es una decisión difícil, pero debemos tomarla juntos.

—¿Tú qué piensas? —me pregunta JiMin.

—No lo sé. A pesar de lo que podáis creer no quiero enfrentarme aún más a nuestra madre, pero después de ver cuál ha sido su reacción al enterarse no creo que sea algo que esté en mis manos. Sé lo que ella quiere.

—Los tres lo sabemos. Que nos olvidemos de TaeOh y que entremos a trabajar en la empresa de sol a sol bajo las órdenes del tío Hong DaeChul, que nos casemos con una surcoreana de buena familia y tengamos hijos —expone JiMin.

—Y los tres sabemos que no vamos a cumplir con sus condiciones —dice JiSeung—. Acaban de contratarnos en una discográfica y necesitamos al menos un año para comprobar si funcionará el proyecto.

—Aún no hemos firmado el contrato, lo haremos en cuanto volvamos a España —añade JiMin.

—Mi más sincera enhorabuena a los dos.

—Gracias. Ha sido gracias a Bruno, dejó nuestra maqueta al cliente de su gimnasio que trabaja para una y le gustó.

—¿Una discográfica española?

—No, es inglesa, el tipo reside en España, pero es inglés.

—Y entonces, ¿tendríais que mudaros?

—Por el momento no, solo tendríamos que ir a Londres a grabar —explica paciente JiSeung.

—Estoy muy orgulloso de vosotros —les digo y hago una señal a la camarera para que traiga más cerveza y más soju para celebrarlo. Brindamos por su carrera, varias veces, me siento muy feliz por ellos, la música es su sueño desde que eran pequeños y tocaban un tambor de plástico y una flauta de madera en la playa para los amigos de Daecheon. Recuerdo que JiMin cantaba hasta desgañitarse y JiSeung fingía tocar el bajo con un palo de escoba que siempre acababa roto.

—¿Y bien? ¿Qué hacemos? —nos urge JiSeung, se ha tomado una sin alcohol y ha pedido otro refresco.

—Esa pregunta no tiene una sola respuesta correcta. Por eso os pido que habléis con el corazón.

—Está bien, hablaré yo primero, quiero que tú gesticiones mis acciones de la empresa —confiesa JiMin y bebe de un trago lo que queda de su cerveza con soju.

—Yo también. Madre es capaz de venderlo todo y repartir el dinero en distintos paraísos fiscales cuando descubra que ni JiMin ni yo seguiremos sus pasos.

—Vaya, parece que lo tenéis claro.

—Lo cierto es que sí. A ti te gustaba trabajar en la empresa, estabas feliz cuando entraste, y se te daba bien. Nosotros no tenemos ningún interés en ella más allá del sentimental y el económico, al menos hasta que podamos vivir de nuestra música. Pero sabemos que es una elección difícil, eres tú el que debe decidir si está dispuesto, no queremos forzarte y si decides no hacerlo lo aceptaremos.

—Sabéis lo que supondrá para mí aceptar un puesto de dirección en la empresa contra la voluntad de nuestra madre. Jamás haría algo que la lastimara, pero la empresa es tan suya como lo era de nuestro padre y nuestro hermano pequeño, TaeOh, tiene su parte también, por más que ella no quiera saber nada al respecto.

—Piénsalo con calma —me pide JiSeung—. Cuando te decidas podemos reunirnos los tres con mamá y comunicárselo. —JiMin enarca las cejas ante la perspectiva.

—Compraremos chalecos antibalas antes —añade. Sonríe, creo que sé lo que voy a hacer, pero necesito consultarlo con la almohada, al menos esta noche, antes de darles una respuesta.

Capítulo 23

Zoe

Me da mucha pena marcharme de Daecheon y despedirme de la tía EunJi, algo me dice que no volveré a verla. Abrazo con fuerza también a SoHee transmitiéndole toda la energía posible. Ella también se marcha, por la tarde regresa a Busan donde vive con sus padres, le digo que volveremos a vernos y ella asiente con una sonrisa.

EunJi se despide de DoHwan y los mellizos con lágrimas en los ojos. A DoHwan le retiene y habla con él unas palabras mientras el resto hemos subido al coche; me fijo en las miradas que intercambian JiMin y SoHee, esos dos se gustan y bastante. DoHwan sube al coche.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunta JiSeung.

—Que piense en mí, en nosotros, y haga lo que considere más conveniente. Me ha dicho: *Gosaeng kkeute nagi onda*, al final de las dificultades está la felicidad —dice y asiento, me encantaría coger su mano, pero me contengo, no quiero incomodar a JiMin.

En dirección a la salida de la localidad observo una plaza en la que hay unas figuras grandes, de un chico y una chica, con la cara como si llevaran puesta una mascarilla facial gris. Y más adelante la palabra MUD, barro en inglés, también con grandes letras.

—¿Barro? —pregunto—. ¿Qué pasa con el barro?

—¿No lo sabes? Daecheon es famoso por su barro de propiedades curativas, y también por el festival —me cuenta JiSeung.

—En julio, en la playa hay una fiesta en la que todo el mundo se tira toneladas de barro encima —explica DoHwan.

—Es brutal —añade JiSeung.

—No me lo puedo creer.

—Pues créelo. El barro de esta playa es famoso por tener propiedades para la piel y hace años se les ocurrió inventar un festival al que acuden miles de personas de todo el mundo —afirma JiSeung.

—Pero yo no he visto barro en la playa.

—La playa está ahora mucho más limpia y preparada para el turismo, pero antes no era así. De todas formas, traen las toneladas de barro para la ocasión, también hinchables, y se forma una especie de parque acuático de barro, es bastante divertido. Hay conciertos, bailes y fuegos artificiales. Actualmente está considerado el mejor festival de Corea —me explica DoHwan.

—Qué original, suena muy divertido.

—Lo es, ya lo verás —dice guiñándome un ojo con disimulo. Ojalá, pienso en mi interior.

Capítulo 24

DoHwan

Durante todo el trayecto hasta Seúl no he dejado de hablar por teléfono, primero con el secretario personal de mi madre, a quien he pedido que concierte una cita para mañana, ha tratado de darme evasivas e incluso ha intentado que me reúna con mi tío Hong DaeChul en lugar de con ella, pero me he negado. Así que hemos quedado en reunirnos mañana a las diez de la mañana en la empresa, no sé cómo puede acabar, pero tengo claro que no voy a discutir, expondré mi postura y la de mis hermanos, y hasta dónde estoy dispuesto a llegar en caso de que no entre en razones: acceder sin consenso al lugar que me corresponde.

Mañana, en la reunión, trataré de hacerla entender que no deseo ponerme frente a ella, sino a su lado. Es una de las fundadoras de la empresa junto a mi padre y por nada del mundo me gustaría que crea que pretendo bajarla de su trono de la cosmética, porque no es así. Pero también sé que después de lo vivido en casa de la tía EunJi nada la hará entrar en razón, y que es capaz de provocar el hundimiento de la empresa y el desvío de capitales antes de que yo o mis hermanos tengamos acceso a un solo won, en cuanto sepa que ellos tampoco van a seguir sus directrices.

Y sé que no va a ser fácil, nada fácil. Me esperan meses de trabajo muy duro, mucho, en Seúl. Esa es otra circunstancia complicada, debo ser el hombre más egoísta del mundo, pero voy a pedirle a Zoe que se venga a vivir conmigo.

En estos días no has parado de repetirme lo hermoso que es mi país, ¿qué tal si te mudas aquí conmigo una temporada? Repito dentro de mi cabeza y la miro de soslayo de vez en cuando.

Va a decirme que no.

Me preocupa mucho que lo haga.

Acabamos de empezar y estar separados podría diluir los sentimientos demasiado rápido. Ella misma me lo dijo, no cree en las relaciones a distancia.

No quiero que lo nuestro acabe, de hecho, no puedo ni pensarlo. Estos días han sido... han sido una muestra de cómo podría ser nuestra vida juntos y sencillamente no deseo perderla. Quiero que nuestra relación crezca, que siga floreciendo, porque conocerla es lo mejor que me ha pasado en mucho, mucho tiempo.

Después he llamado a TaeOh, que se ha alegrado mucho de hablar con todos, y le he preguntado si desea que le recoja. Le he contado que planeo que nos marchemos el jueves, él me ha respondido que entonces le gustaría esperar hasta el último día con su madre y su hermano, me parece bien.

La siguiente llamada ha sido al señor Yeon, tengo que informarle de la nueva situación y de que cuando regrese a Seúl no volveré a su empresa, espero que lo entienda. Me sabe muy mal decepcionarle y sé que lo haré, pero la decisión está tomada y no hay vuelta atrás. Le he pedido que nos veamos en la central antes del jueves que es cuando tengo planeado que regresemos a Madrid y me ha respondido que hablemos esta noche mientras cenamos. No es lo que tenía pensado, planeaba cenar con Zoe, llevarla a algún lugar bonito y poder hablar con calma con ella. Pero no me queda otra que aceptar, no quiero contrariarle, al menos hasta que le dé la noticia.

Mi apartamento en Seúl solo tiene dos dormitorios, pero puedo dormir en el salón y dejar el mío a los mellizos, sin embargo, cuando durante el trayecto se lo sugiero a ambos, me miran como si estuviese loco. Cada uno de ellos también tiene un apartamento en la capital, fue un regalo de mi madre cuando cumplimos la mayoría de edad. Estoy convencido de que después, si hubiese podido, me lo habría arrebatado. JiMin y JiSeung vivían juntos antes de venir a España, y sacaban un dinero extra alquilando el apartamento de JiMin, en el mismo edificio.

Ellos han quedado con varios de sus amigos, planean salir a disfrutar la noche de Seúl. JiSeung nos invita a acompañarlos, pero no hay nada más lejos de mi intención, sugiero a Zoe que lo haga, al fin y al cabo no vamos a poder cenar juntos, pero no le apetece.

También hablo con YoungBin, informándole de nuestro regreso a la capital, mi amigo se preocupa por mi estado y no me cree cuando le digo que estoy bien. Le cuento que he concertado una reunión para mañana en Korean Revolution a las diez y me pregunta si quiero que me acompañe. No, no quiero que se vea más salpicado aún por nuestra amistad. Cuando le cuento que voy a cenar con el señor Yeon me ofrece la posibilidad de que Zoe lo haga con ellos en su casa.

—No quiero molestar, me comeré cualquier cosa en el apartamento —es su respuesta. Traduzco para YoungBin, al teléfono y podemos oír la voz de Mary protestar por detrás.

—Zoe, nuestra casa es tu casa y nos encantaría que conozcas a Suzy —dice.

—Ya la has oído, yo no le llevaría la contraria —insiste YoungBin. Zoe sonríe y me mira, le hago un gesto de súplica para que responda que sí.

—Está bien, iré. Me encantará conocer a Suzy.

—Entonces la dejaré en vuestra casa, iré a cenar con el señor Yeon y cuando termine la recogeré.

—Yo también puedo llevarla, no voy a perderla —bromea YoungBin.

—Por si acaso —respondo provocándole la risa—. Una vez te perdiste en el metro.

—Iba borracho —añade en un susurro.

—¿Qué has dicho? —pregunta Mary por detrás y nos echamos a reír.

Lo cierto es que me tranquiliza saber que no la dejaré sola durante la cena, con YoungBin, Mary y la pequeña Suzy estará en buena compañía. Será una velada mucho más cómoda que la mía.

Después de dejar a los mellizos ante su edificio nos dirigimos a mi apartamento, soltamos las maletas y atiendo una llamada de teléfono de la cuidadora de la tía EunJi. Al parecer ha insistido en tomarse las pastillas con un trago de soju y la buena mujer está escandalizada. La oigo llamarla chivata, le pido que me pase con ella y le ruego que se comporte o de lo contrario regresaré a Daecheon. La tía EunJi se pone a reír, solo estaba mortificándola para que conozca su carácter. Pórtese bien, le pido y ella afirma divertida que lo hará. Pobres cuidadoras, no saben la

que les ha caído encima.

Necesito darme una ducha así que cuando me despido de la tía EunJi me meto en el baño y dejo que el agua recorra mi cuerpo y arrastre con ella todos los malos pensamientos que me atormentan.

El cambio de trabajo. La relación con mi madre. El futuro de mis hermanos. Mi relación con Zoe...

Cuando vuelvo al salón con el cabello húmedo y vestido con una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos de algodón descubro que la mesa está puesta y hay bastante comida. Las bolsas y los embalajes en los que ha llegado están a un lado.

—Tengo hambre y he pedido comida al restaurante en el que comimos TaeOh y yo el otro día —me dice Zoe.

—¿Cómo te has entendido con los dependientes?

—En inglés —revela orgullosa.

—Ah, has pedido kimchi con goguma —descubro y ella sonríe satisfecha por haber acertado —. Veo que podrías apañártelas muy bien en Seúl —sugiero y ella asiente.

—Soy una mujer de mundo.

¿Se lo pregunto ahora? ¿Es un buen momento? Una negativa me destrozaría.

Tomo asiento a su lado a la mesa y la beso en los labios.

—¿A qué hora me llevarás a casa de Mary y YoungBin?

—Saldremos a las seis. He quedado con el señor Yeon en un restaurante de barbacoa a las siete. Calculo que como muy tarde a las diez y media te recogeré.

—Puedo pedir un taxi o volver en metro. No quiero que condiciones la hora de volver porque tienes que recogerme.

—De ninguna manera. Me encanta estar condicionado por ti, solo lamento tener que acudir a esa cena en lugar de pasar ese tiempo contigo.

—Pasaremos tiempo juntos después —me dice con una sonrisa pícara. Me acerco a ella, le retiro un mechón de cabello que le ha caído sobre la frente y la beso.

—¿Qué he hecho para merecer la suerte de encontrarte? —le pregunto.

—Muchas cosas, DoHwan. Llevas toda tu vida haciendo muchas cosas buenas, no permitas que nada ni nadie te diga lo contrario —asegura con una dulzura infinita, beso sus labios despacio y atrapo su labio inferior con los míos, deleitándome con el roce suave y húmedo. Estoy a punto de decirle que... Que la quiero. Pero me asusta demasiado abrumarla con mis sentimientos, no deseo que piense que soy un loco que va diciendo esas palabras a cualquiera, sé que apenas hace un par de meses que nos conocemos, pero ¿cuánto tiempo es necesario para reconocer al amor de tu vida?

La subo a mi cuerpo y ella rodea mi cintura con sus piernas, me deleito con el sublime sabor de su boca, la sostengo por las nalgas y camino a ciegas hasta el sofá en el que me siento con ella sobre mis caderas. Zoe sonríe, y su sonrisa ilumina la habitación, me observa con sus ojos verdes, con los labios entreabiertos, anhelantes, y una expresión de deseo que me enloquece. Tiro de los bajos de su camiseta, sacándosela por la cabeza y atrapo sus pechos cubiertos por la ropa interior con mis manos. Beso su garganta, su esternón y con un dedo bajo la copa de su sostén, libero su pezón enhiesto. Miro sus ojos mientras lo recorro con mi lengua, no hay nada que me guste más en este mundo que su expresión de gozo, cómo se muerde el labio inferior y echa la cabeza hacia atrás y jadea mientras se mueve sobre mi erección.

Después de hacer el amor descansa sobre mi pecho tumbados en el sofá, la comida está fría sobre la mesa, pero ninguno de los dos parece tener deseos de moverse. Alzo un dedo y acaricio el puente de su nariz, pulso la punta como si fuese un botón, ella se echa a reír y beso su frente. Continúo el recorrido de mi dedo por su hombro, su piel es tan suave que parece terciopelo, alcanzo el codo y salto al costado para acabar en su ombligo, desciendo por este hasta su sexo que recorro con suavidad y ella mueve las caderas aceptándolo. Sonrío, me encanta su disposición a mis caricias, después asciendo por el centro de su vientre hasta su esternón, y me dirijo hacia el pecho derecho, donde tiene un lunar delicioso cercano al pezón, que también acaricio, aunque continúo en ascenso hasta la garganta, sus labios y la nariz de nuevo.

—¿Qué ha sido eso? ¿Un recorrido de reconocimiento? —me pregunta con una sonrisa.

—Estoy marcando mi territorio.

—¿Eso quiere decir que no te interesa el departamento trasero? —sugiere mordiéndose el labio inferior de modo sugerente, la sangre comienza a bullir dentro de mis venas—. Qué pena —añade paseándose la lengua por los labios. Me incorporo y ella me mira desconcertada, entonces hago que se gire, y pego mi pecho a su espalda, arrodillados en el sofá.

—Voy a tomar posesión de él, ahora mismo —advierdo acariciando su espalda, besándola, primero por los hombros, el cuello, el lóbulo de la oreja, para pasar a sus omóplatos y descender por su espina dorsal hasta el coxis, sostengo sus nalgas con las manos y entierro el rostro en su sexo. La oigo jadear, moverse contra mi boca y disfruto de cada sensación, de la vibrante sensación de saber que estoy haciéndola suspirar de gozo. En este momento su placer es mío y solo mío.

Capítulo 25

Zoe

YoungBin y Mary viven en el barrio de Junggok-dong, en una zona tranquila alejada del centro, tienen una unifamiliar de dos plantas con un gran patio delantero y jardín. DoHwan aparca y me acompaña al interior, hemos comprado dos botellas de vino y se las entrego a YoungBin en cuanto abre la puerta. Mary acude a recibirnos y detrás de ella entra una preciosidad de cabellos castaños y ojos color miel que echa a correr al descubrir a DoHwan detrás de mí y se tira a sus brazos.

—¿Has visto? Ha llegado su padrino y ya se olvida de que tiene padres —dice Mary y se acerca a mí, apoya su mano en mi hombro. DoHwan toma en brazos a la pequeña y le hace cosquillas, Suzy se retuerce de risa—. Bienvenidos a nuestro humilde hogar.

—Gracias.

—Estoy preparando una barbacoa en el jardín trasero —me dice y me lleva hasta allí, la barbacoa está encendida y a su lado hay una bandeja con carne y verduras. YoungBin llega tras nosotros y DoHwan con Suzy a caballito. Suzy le habla en una mezcla de inglés y coreano de la que obviamente solo entiendo la parte en inglés.

—¿Eres más de verduras o de carne? —me pregunta YoungBin dispuesto a tomar el control de la barbacoa.

—Me gustan ambos.

—Yo me encargo del vino, ¿blanco o tinto? —añade Mary.

—Blanco —responde DoHwan por mí—. Y seco, si es posible. —YoungBin y Mary se miran entre ellos y se sonríen.

—Bueno, voy a buscarlo, sentaos —nos pide ofreciéndonos los sillones de teka que hay en el exterior. Tomo asiento en uno y DoHwan en el otro, con Suzy en brazos que comienza a tirarle de los mofletes poniendo su cara ancha. YoungBin pone varios pimientos y rodajas de calabacín al fuego y también salchichas.

—Suzy, ¿has saludado a la señorita Lago? —le pregunta su padre en inglés y Suzy se baja de mi montaña asiática particular y se detiene ante mí a un par de pasos.

—Encantada de conocerla, señorita Lago —dice y se inclina. Es tan mona, muy menuda pero preciosa y con unos ojos enormes para ser medio coreana.

—Encantada de conocerte, Suzy, ¿sabes que eres muy guapa?

—Sí —responde y se echa a correr de nuevo hacia DoHwan provocándome la risa.

—Como ves no tiene problemas de autoestima —afirma su padre mirándome con una sonrisa.

—¿Por qué iba a tenerlos si es cierto que es preciosa? Es la niña más bonita del mundo —dice DoHwan y ella asiente en su regazo—. Se va a casar con TaeOh cuando sea mayor y así seremos hermanos —Suzy hace un gesto de negación.

—No me caso con TaeOh porque se tira pedos —protesta y me da la risa.

—Como todo el mundo —le defiende DoHwan.

—Pero no se tiran delante de las novias.

—¿De qué habláis? —pregunta Mary que llega con una cubitera con el vino y la deja sobre la mesa.

—Tu hija no quiere casarse con TaeOh porque se tira pedos —revela DoHwan.

—¿Y los de papá no te molestan, Suzy? Porque se tira bastantes y siempre dices que te casarás con él —suelta y su marido se gira y la atraviesa con la mirada con el ceño arrugado.

—Eso jamás lo diría una novia coreana. —La pincha.

—Por eso estás con una norteamericana, para que te diga todo a la cara —resuelve ella sacándole la lengua. Toma cuatro copas de un mueble de mampostería que hay en un lateral del jardín y abre la botella de vino y nos sirve. Cuando le lleva la copa a su marido le da un beso en la mejilla y él finge estar enfadado para que le dé otro. Tomo un poco de vino y está delicioso. DoHwan da un sorbo a la suya y sigue las directrices de Suzy ordenando sus muñecas en el sillón a su alrededor. Mary toma asiento a mi lado y me mira de tanto en tanto con una sonrisa.

—Parece que te han quitado al chico —sugiere.

—Eso parece.

—Se llevan genial, y mira que lo ha visto poco en los dos últimos años, pero cada vez que volvía a Seúl venía a visitarnos y pasaba al menos una tarde con ella. A DoHwan se le dan muy bien los niños. Será un padre estupendo —me dice con complicidad y me bebo de un trago toda la copa de vino. YoungBin se sienta a mi izquierda, enfrente de él.

—Cuando en el colegio nos preguntaban qué queríamos ser de mayores él siempre respondía que sería científico y tendría dos hijos —revela YoungBin con una sonrisa; esta conversación no me gusta, me hace daño. No tendría por qué, pero me lo hace, inspiro hondo tratando de calmarme y mantener la compostura.

—¿Y es algo extraño?

—¿Qué niño de doce años piensa en tener hijos? —argumenta YoungBin—. La gran mayoría piensa en ser policía, o abogado, o cantante...

—Está claro que no soy como la mayoría. Y no pensaba en tener hijos pronto, pensaba en cómo quería que fuese mi futuro y siempre he imaginado que tendría hijos —protesta. Siento un pinchazo hondo en el pecho y ganas de llorar, trato de respirar despacio para calmarme.

—Bueno, TaeOh es casi un hijo, le tratas como tal.

—No sé lo que se siente al ser padre, pero imagino que debe ser algo muy parecido a lo que siento por él.

—Pues ya lo descubrirás —añade Mary y me mira. Yo siento que me falta el aliento, me pongo de pie, quiero ir a por la botella de vino o buscar cualquier excusa que me saque de esa conversación. Al incorporarme muevo la mesa en la que están las copas y una de ellas se cae al suelo y se rompe en mil pedazos, uno de ellos se me clava en el dedo gordo por entre las tiras de la sandalia que me han prestado cuando llegué—. Te has cortado.

DoHwan se incorpora del asiento y viene hasta donde estoy inmóvil por miedo a pincharme

con otro vidrio. Me toma en brazos, sacándome del reguero de pedazos de cristal esparcidos a mis pies y me lleva con urgencia hasta una de las sillas de teka, sentándome en ella.

—¿Estás bien? —pregunta tomando mi pie y lo mira, el vidrio es pequeño, del tamaño de un piñón—. Lo tienes clavado.

—Dejadme verlo —dice Mary acercándose. No me duele el pie, no demasiado, me duele más el nudo que siento en el pecho y rompo a llorar.

—¿Qué te pasa? ¿Te duele mucho? —pregunta DoHwan preocupado, coge mi mano y la acaricia tratando de consolarme—. ¿Estará muy clavado?

—Tranquilidad, no está muy clavado. —Mary toma una servilleta del rollo de cocina, la dobla varias veces, se acerca y me retira el pedazo de vidrio con velocidad y presiona la herida que apenas sangra—. Aprieta aquí, voy a por mi botiquín para limpiar bien la herida.

—Yo limpiaré los cristales. Suzy, no te bajes del sillón —le advierte YoungBin. La pequeña obedece, asomada al filo de su asiento para ver los vidrios rotos mientras su padre se hace con una escoba y un recogedor.

—¿Qué te pasa? ¿Estás incómoda? Pareces nerviosa —me pregunta DoHwan.

—Me he mareado un poco con la sangre, es todo —miento, rehuyendo sus ojos.

—¿Quieres que vayamos a un médico?

—¿Y qué se supone que soy yo? —pregunta Mary de vuelta con un maletín de piel oscura en las manos. Saca gasas, desinfectante y todo lo que necesita para limpiarme, después me echa una especie de pegamento y aprieta los bordes, la miro alucinada—. Es un pegamento biológico, para evitar darte un punto. —Acaba liándome el dedo con un vendaje adhesivo y vuelve dentro a guardar el maletín.

—¿Quieres que nos vayamos a casa?

—¿Qué? No. Tienes que cenar con tu jefe...

—Lo anularé.

—No, estoy bien. Ve a la cena, me quedaré aquí hasta que vuelvas.

—¿Estás segura?

—Sí. —Sé que tiene dudas, que no quiere dejarme sola, por eso aprieto su mano y fuerzo una sonrisa—. No te preocupes por mí, de veras.

—Está bien.

Mi móvil comienza a sonar, la melodía de la serie de *Los Bridgerton* es inconfundible, está dentro de mi bolso, en el sillón. Me levanto para ir a por él, pero al posar el pie me duele.

—No lo muevas, tienes que tenerlo quieto treinta minutos —me advierte Mary desde la puerta de la cocina.

—Espera, yo te lo traigo —me dice DoHwan, coge el bolso y me lo da. La llamada no se detiene, cuando tomo el teléfono me quedo petrificada al ver quién me llama. Es Fran. Fran. ¿Qué narices hace llamándome después de tanto tiempo? Miro la pantalla y entonces me doy cuenta de que DoHwan, a mi lado, también ha podido leer su nombre. Pulso uno de los botones laterales para silenciarlo y lo dejo boca abajo sobre la mesa. La llamada se detiene y vuelve a comenzar.

—¿No lo coges? —me pregunta mirándome a los ojos, muy serio.

—No.

—¿Quién te llama?

—Nadie importante. Seguro que es una tontería, después le devolveré la llamada.

—Ah. Más tarde, cuando yo no esté. Es él, ¿verdad? Es tu ex.

—Sí. —El corazón me late muy deprisa. DoHwan está muy serio, casi enfadado, pero no se trata de que no quiera hablar con Fran delante de él, se trata de que no quiero hablar con Fran. Porque incluso estando juntos cada vez que lo hacíamos discutíamos a lo grande. Y no quiero discutir con mi exnovio delante de una pareja de amigos del tipo que me vuelve loca.

—Primero contacta con tu hermano preocupándose por ti y ahora te llama, ¿sabes lo que quiere?

—¿Cómo podría saberlo si no he aceptado la llamada? No sé lo que quiere y tampoco me importa.

—¿No sabes lo que quiere? Pues yo me hago una idea clara —asegura, atravesándome con su mirada azabache—. Si no quieres hablar con él deberías haberle bloqueado —afirma. No respondo, en realidad, no sé por qué no lo hice en su momento. Quizá porque desde que rompimos no me ha mandado ni un triste mensaje de felicitación por mi cumpleaños. DoHwan se abrocha el botón superior de la camisa, se recoloca la corbata y toma su chaqueta de la silla en la que la había dejado—. Me marchó, nos vemos más tarde —les dice a Mary y YoungBin antes de desaparecer.

Joder, Fran, qué oportuno has sido siempre, pienso en mi interior. ¿Qué narices puede querer? El ambiente se queda un poco tenso, Mary y YoungBin han oído todo, aunque no creo que hayan entendido nada porque DoHwan me ha hablado en español, de todos modos, imaginarán que algo ha sucedido con esa llamada, aunque se esfuerzan por hacer como si no se hubiesen dado cuenta.

Cenamos en la mesa del jardín, todo está delicioso, aunque a mí entre la obsesión de DoHwan por ser padre, la llamada de Fran y nuestra pequeña discusión se me ha llenado el estómago de nervios y apenas puedo comer. Después armo con Suzy un collar de cuentas de colores con un set de joyería que le trajo Santa Harabujee, que es el Santa Claus coreano, igual que el nuestro, pero con una mirada más exótica.

Han pasado más de dos horas y Mary lleva a Suzy a la cama para dormirla, me quedo con YoungBin en el patio, sé que ha estado recibiendo mensajes y contestándolos, pero a pesar de tenerle muy cerca no tengo ni idea de cómo se escribe DoHwan en coreano para saber si ha estado hablando con él. Por suerte pronto me saca de dudas.

—DoHwan me ha preguntado cómo estás y le he dicho que bien. ¿Te molesta el pie?

—No, pero podría preguntármelo él mismo —YoungBin sonríe y asiente.

—Mi amigo es un poco orgulloso, quizá porque la vida le ha enseñado que suplicar no sirve de nada.

—A nadie le gusta suplicar —respondo—, pero dejar que el orgullo domine tus actos es una estupidez.

—Tienes razón. No sé por qué habéis discutido...

—Porque mi ex me ha llamado y no le he cogido el teléfono —digo, no me importa contárselo, no tengo nada que esconder.

—¿Y él no sabía que aún habláis?

—Es que no hablamos. Es la primera vez que me llama desde que lo dejamos hace más de dos años. Pero no me apetecía hablar con él en este momento.

—¿Y se ha enfadado por eso? Aish. Debes gustarle mucho, pero no por eso tiene derecho a enfadarse —dice como para sí—. Habla con él con calma cuando estéis a solas, es cabezota, pero atiende a razones. Y deberías hablar con tu ex, quizá sea algo importante. Si es una estupidez

siempre puedes decirle que te has mudado a vivir a Corea del Sur, le diré unas cuantas cosas en coreano —sugiere haciéndome reír.

—Gracias, YoungBin.

—Bueno, ahora regreso y nos tomamos un par de cervezas con soju. —Toma las copas de vino de la mesa y se marcha. Yo le ayudaría, pero aún no me atrevo a forzar el pie demasiado, sé que me ha dejado sola a posta para que pueda hablar con Fran.

¿Y lo voy a hacer?

¿Qué puede querer ahora después de tanto tiempo?

¿Y si YoungBin tiene razón y es algo importante?

Soy idiota.

De remate.

Pulso el botón y le devuelvo la llamada. Después de un par de tonos descuelga.

—Hola, Zoe.

—Hola, me has llamado hace un rato, ¿verdad?

—Sí.

—Pues tú dirás.

—Te he llamado porque he estado haciendo limpieza en casa y he encontrado algo tuyo.

—Ah. ¿Y qué es?

—Tu disco de vinilo de Dirty Dancing firmado por Patrick Swayze —me deja helada, mi disco de la banda sonora de mi película favorita, ese que compré en una subasta online hace unos diez años, llevaba al menos cuatro perdido. Yo sabía que lo había dejado en su casa, pero por más que lo buscamos no lo encontramos.

—Vaya, ¿y dónde estaba?

—Pues dentro de unas bolsas con un montón de tuestos en el altillo del armario, imagino que la señora de la limpieza lo guardó ahí. Como estoy sacando todo para mudarme lo he encontrado.

—Ah, entonces os mudáis.

—Me mudo.

—Ah. —No preguntes porqué, sino parecerás interesada.

—Sigo en Madrid, pero en una casa más grande. —No me extraña, las cosas le iban bastante bien antes de que lo dejásemos y me he cruzado en Madrid con varias furgonetas con el logo de su empresa, ha debido seguir creciendo al mismo ritmo—. Daria y nuestro hijo también se mudan, a otra casa. —No pregunto, no quiero saber más—. Nos hemos dado un tiempo.

—Ah.

—Bueno, no quiero distraerte con mis miserias. Si quieres podemos quedar en el centro o donde me digas y te entrego el disco, hoy mismo si te viene bien.

—Ah. —Sí, ya sé que no digo otra cosa, pero es que no sé qué decir, quiero mi disco, pero no me apetece verle a él—. No estoy en Madrid.

—¿Estás en Churriana?

—No, estoy en el extranjero.

—Vaya, qué sorpresa, ¿estás de viaje?

—Sí.

—Bueno, avísame cuando vuelvas y quedamos y te lo devuelvo. No hay prisa.

—Gracias.

—Y... ¿Cómo estás? ¿Estás bien? —Podrías haberme hecho esa misma pregunta hace dos años y pico, maldito, digo para mí. No tiene sentido enfadarme, ha pasado demasiado tiempo

incluso para eso.

—Sí, muy bien. Gracias.

—Me alegro. Ha sido agradable hablar contigo, Zoe.

—Gracias —parezco un loro amaestrado que se sabe tres palabras—. Igualmente.

Bueno, en realidad, no ha estado tan mal. Al menos hemos podido hablar con cordialidad. ¿Seré capaz también de verle y no sentirme afectada? Fue alguien a quien quise mucho, pero que también me hizo mucho daño. Por su voz suena... más calmado. El Fran que conocí siempre andaba estresado, corriendo de aquí para allá, las llamadas duraban menos de un minuto, siempre con prisas.

Así que se muda, ¿él y Daria se están dando un tiempo? ¿Tan poco les ha durado el amor? Pero si su hijo debe tener apenas un año y medio. De todos modos, no es asunto mío. Ni quiero saber nada al respecto. Cuando regrese quedará con él, recuperaré mi disco con el autógrafo del maravilloso Swayze y a continuar cada uno con nuestra vida. *Au revoir*. Chao Chao. Hasta luego, Mari Carmen.

Capítulo 26

DoHwan

¿Por qué se ha puesto así? Parecía nerviosa, afectada, por la llamada de ese imbécil que tanto la hizo sufrir. ¿Es eso normal? No lo sé.

¿Puede que continúe sintiendo algo por él después de hacerle tanto daño? Todo eso de que la dejó por su enfermedad ha hecho que esté dándole vueltas sin poder remediarlo desde que oí a su hermano decirlo. Pero Zoe parece estar sana, completamente sana, no hay nada en ella que delate que ha padecido una enfermedad, ¿será que se curó? Y si se curó tan pronto, ¿qué tan grave podía ser como para que un tipo que supuestamente la amaba la dejase?

Me va a estallar la cabeza. Ojalá se sincere conmigo, si está enferma la ayudaré, la apoyaré y buscaré a los mejores especialistas para que la atiendan, pero ¿por qué tiene que ser tan cabezota?, me pregunto, mientras recorro la carretera de circunvalación que me devuelve de nuevo en dirección al centro de Seúl. La central de KMobile está ubicada en la Lotte World Tower, el rascacielos más alto de toda Corea del Sur, así que nos hemos citado en uno de los restaurantes cercanos, en el que solíamos realizar las cenas de empresa los ejecutivos al menos una vez al mes.

Ese tipo estará en España, ¿y si intenta volver con ella? Si eso es lo que pretende... ¿Cómo voy a poder competir con un tipo que está a su lado cuando voy a estar a miles de kilómetros? ¿Y qué otro motivo le llevaría a ponerse en contacto con ella después de tanto tiempo? No puedo concentrarme en la reunión que voy a tener ahora, porque no puedo pensar en otra cosa.

Cuando llego al restaurante el señor Yeon ya se encuentra allí, no ha venido solo, para mi sorpresa Yeon HaNeul ha decidido acompañar a su padre. No sé si que mi amiga esté presente hará aún más difícil para mí que le revele mi decisión, de todos modos, aunque esto la decepcione, está tomada... ¿Lo está? Una decisión que será la que me alejará de Zoe. Podría decirle que deseo seguir en España y permanecer junto a ella, pero entonces estaría sacrificando el futuro de mis hermanos, especialmente el de TaeOh, que tiene derecho a participar en los beneficios de la empresa del que también era su padre. De lo contrario sé que mi madre encontrará el modo de que no reciba un solo céntimo. ¿Soy capaz de hacer algo tan egoísta? No, por supuesto que no. Mi jodido sentido del deber jamás me lo permitiría.

El señor Yeon y HaNeul se incorporan de sus asientos al verme llegar, camino hasta ellos, se han situado en una mesa en la terraza. HaNeul está muy guapa, como de costumbre, mi amiga siempre fue la más atractiva del instituto, tenía a todos los chicos locos por ella. Cuando estuvimos juntos hacía que todo fuese fácil, siempre estaba a favor de mis decisiones, y aunque

tratamos de mantener en secreto lo nuestro mientras descubríamos si se trataba de algo serio, lo cierto es que todos sospechaban de nuestra relación. YoungBin era el único que sabía la verdad, pero nunca estuvo a favor de que saliese con ella. Siempre me decía que no podía amar a alguien por comodidad, que el amor no es cómodo ni pausado, que el amor es fuego en las entrañas, y ahora pienso que tenía razón. Si no hubiese conocido a Zoe es muy probable que hubiese intentado que volviésemos a mi regreso a Seúl, a pesar de las reticencias de mi mejor amigo, pero la he conocido y ha trastocado mis deseos de futuro por completo.

—Bienvenido, hijo —me saluda el señor Yeon con una amplia sonrisa en su rostro de luna llena. Camino hasta él y le saludo con formalidad.

—Buenas noches, señor Yeon. Yeon HaNeul, estás preciosa —le digo y ella sonríe complacida con mi halago. El señor Yeon me ofrece asiento frente a él en la mesita baja y enseguida un camarero se acerca y nos toma pedido de las bebidas y la comida. Lo cierto es que no me importa lo más mínimo así que le dejo elegir, tengo la cabeza en otra parte.

—¿Cómo se encuentra tu tía? —me pregunta HaNeul, observándome con ternura.

—Bien, lo cierto es que parece muy recuperada, a pesar de haberse negado a repetirse el cateterismo.

—Las personas mayores a veces nos ponemos algo cabezotas —añade el señor Yeon—. Sé que ella es como una madre para ti, así que imagino lo preocupado que has debido estar.

—Mucho. Pero ahora se encuentra mejor y los doctores dicen que si el infarto no se repite puede acostumbrarse a vivir con esa limitación, nadie sabe cuánto tiempo.

—Nadie sabe cuánto tiempo tenemos cada uno, mañana podemos salir a la calle y que nos arrolle un coche —afirma y asiento, es cierto—. Si ella ha decidido que quiere vivir así, no debes sentirte mal —dice y me da un par de golpecitos de ánimo en el hombro.

—Gracias.

—Bueno, hijo. Aunque aún te quedan unas semanas para volver a Seúl, ¿tienes muchas ganas? Si no tuvieses que cerrar aún muchas cosas allí, así como despedirte de la plantilla y nombrar a tu sustituto, no te haría volver, permitiría que te quedases ya aquí.

—No, quiero volver. Además, me gustaría que TaeOh termine en el colegio y mis hermanos mellizos acaben con sus asuntos pendientes también.

—Nunca me has dicho que no a nada, y eso es algo que valoro mucho de ti.

—Sabes que DoHwan es un hombre de palabra, padre —afirma HaNeul. Bajo la mirada, sé lo mucho que voy a decepcionarles, pero no por ello cambiaré mi decisión.

—Sobre eso...

—También quiero comentarte novedades sobre la investigación de tus amenazas.

—¿Por qué no me dijiste que estabas siendo amenazado? —me recrimina HaNeul.

—No quería que te preocupases. ¿Qué novedades tiene, señor Yeon?

—Los correos se enviaron desde una cuenta sin ninguna otra actividad, desde un cibercafé de una zona de Madrid muy concreta, siempre el mismo. De una zona llamada... —Toma su teléfono móvil y busca la información—. Argüelles. El cibercafé se llama PLAY. También hemos comprobado si alguno de los antiguos empleados vive o ha vivido por esa zona y no es así. No hay nadie que haya sido despedido que resida en la zona, así que pasamos a comprobar a los trabajadores que siguen en activo, y no hay ninguno que viva en la zona tampoco. Por lo que hemos contactado con los dueños para pedirles si tienen cámaras de seguridad y en un par de días tendremos las grabaciones de la entrada y salida del local, en el interior no tienen cámaras. Ojalá haya suerte y visionándolas puedas reconocer de quién se trata.

—Gracias, señor Yeon.

—No tienes por qué darlas, hijo. Quien te ataque a ti está atacando a mi familia —asegura. Bajo la mirada y asiento. Comienza a llegar la comida, una barbacoa de carne. Miro mi teléfono móvil, siento deseos de enviar un mensaje a Zoe preguntándole cómo se encuentra del pie, pero aún estoy enfadado así que se lo envío a YoungBin—. Y, bueno, ¿no me preguntas cuál será tu puesto a tu regreso? Es algo que debes estar preguntándote.

—Sí. Es algo en lo que he estado pensando estos últimos meses, convencido de que cualquier puesto que me asignase sería perfecto para mí. Le estoy muy agradecido por la oportunidad que me dio, señor Yeon.

—No tienes que estarme agradecido, cuando mi hija me contó los problemas que os había ocasionado el sinvergüenza de tu padre mis brazos siempre estuvieron abiertos para ti, pero me has demostrado que eres un hombre de los pies a la cabeza y un empleado ejemplar. Lo que has conseguido lo has hecho por ti mismo, no lo dudes por un solo instante. —Me duele que descalifique a mi padre así, aunque he de admitir que durante años pensé en él de ese modo.

—Sobre lo de mi padre, he tenido conocimiento de novedades estos días.

—¿Novedades?

—Sí. —Ahora es el momento, tengo que contárselo—. Durante estos días en casa de mi tía EunJi, ella nos ha revelado algo que ha alterado por completo mi concepto de lo que sucedió entonces. —HaNeul me mira desconcertada, probablemente preguntándose por qué no le he dicho nada—. Mi padre nos hizo creer a todos que había vendido sus acciones a un fondo de inversiones norteamericano, el cincuenta por ciento de la empresa, para poder dedicarse a vivir la vida con su nueva esposa. Pero en realidad no fue así.

—¿No fue así?

—No. Es cierto que se marchó con ella a vivir una nueva vida, pero nunca vendió las acciones.

—¿Entonces?

—Las controlaba desde la sombra con ese fondo que en realidad era una gestora designada por él. Cuando supo que estaba enfermo, se las cedió a mi tía EunJi, como protectora del patrimonio mío y de mis hermanos, incluido TaeOh, para que ella las hiciese valer en el momento oportuno. Es el cincuenta por ciento de la empresa, que unido al uno por ciento que posee mi tía y que me ha cedido, suponen el cincuenta y uno por ciento de Korean Revolution del que ha llegado el momento de que me haga cargo —expongo y el señor Yeon abre mucho los ojos sin dar crédito. Ahora es cuando me insultará y me repudiará. Su cara se constriñe, arruga mucho la frente. Tampoco HaNeul da crédito a lo que estoy contándole. Pero entonces el señor Yeon rompe a reír a carcajadas, con una risa franca y demoledora que le sacude todo el cuerpo. Ríe y ríe y no para de reír.

—Maldito viejo astuto —masculla entre risas—. ¡Más soju! —grita al camarero—. ¡Tenemos mucho que celebrar aquí! —añade ante mi sorpresa. El señor Yeon se pone en pie y rodea la mesa hasta alcanzarme y me abraza—. Enhorabuena, Goon DoHwan, acabas de convertirte en el nuevo CEO de una de las empresas más importantes del país, por fin vas a tener el puesto que mereces. —Me felicita golpeándome en la espalda con sus manos rechonchas y pesadas. Aún no soy capaz de reaccionar a su modo de tomarlo. Le miro a los ojos—. ¿Qué? ¿Creías que iba a enfadarme porque vas a hacerte cargo del lugar que te corresponde por naturaleza? Esto es una maravillosa noticia, hijo.

—Gracias por su comprensión —digo y me inclino ante él. Su felicidad por mi nueva situación es genuina y no puedo sino estarle agradecido.

—No tienes por qué darlas. No te preocupes lo más mínimo por nosotros, buscaré a alguien que ocupe el puesto que pensaba otorgarte, que probablemente no lo hará ni la mitad de bien que tú, pero saldremos adelante —dice volviendo a su lugar. El camarero regresa con dos botellas más de soju helado. El señor Yeon rellena nuestros vasos y brindamos por las buenas noticias—. Aish, menudo viejo astuto... —dice para sí y bebe el vaso de un trago. HaNeul está seria, mucho.

—Voy a salir a fumarme un cigarrillo —dice y se incorpora. Miro al señor Yeon que vuelve a rellenar su vaso—. ¿Me acompañas? —me pregunta. El señor Yeon me hace una señal para que vaya con ella, asiento.

Salimos del restaurante y HaNeul camina hasta el callejón lateral de servicio, no dice nada, solo abre su paquete de cigarrillos y saca uno, me ofrece otro. La miro extrañado.

—Sé que no fumas desde la universidad, pero creo que la ocasión lo merece —me dice y lo acepto, no quiero ofenderla. Enciende el suyo y me acerca el mechero para encender el mío—. ¿Cuándo has descubierto todo esto?

—El sábado, tuvimos una cena familiar y mi tía lo sacó a relucir —digo dándole una honda calada, Al principio toso y ella me mira con una sonrisa, pero enseguida mi cuerpo se adapta. Hice bien en dejarlo.

—Tu madre se habrá puesto como loca —sugiere y asiento—. ¿Quién podría haber imaginado algo así? Parece que vuestro padre no perdió tanto la cabeza.

—Eso parece, al menos en ese sentido. Quiso proteger nuestro patrimonio y continuar compartiendo Korean Revolution con mi madre era mucho menos que impensable.

—¿Entonces de qué vivió todos esos años?

—Me imagino que de sus ahorros, no tengo idea.

—Enhorabuena —me dice por primera vez.

—Gracias.

—Aunque tu nueva posición haga que te alejes un poco más de mí.

—¿Por qué? Sigo siendo el mismo.

—No lo eres, no lo serás. Todas las jovencitas casaderas del tejido empresarial de Seúl comenzarán a llamar a tu puerta, sus padres pedirán concertar citas contigo.

—No me interesa ninguna de ellas —digo pensando en Zoe. HaNeul sonríe, puedo verle el rostro entre las penumbras del callejón—. No voy a alejarme de ti, ni de ninguno de los que habéis estado a mi lado en los momentos difíciles, ¿en qué clase de persona me convertiría eso?

—HaNeul me mira con fijeza, a un par de metros de mí, doy otra calada a mi cigarrillo y lo tiro al suelo—. Si no hubiese sido por ti, no sé qué habría hecho cuando mi madre me repudió —confieso. Ella da el paso que nos separa y me besa en los labios. Me quedo en *shock*, no lo esperaba en absoluto. La sostengo por los hombros y me aparto con cuidado, me mira entre desconcertada y avergonzada—. HaNeul yo... no quiero que te sientas ofendida, pero... no te veo de ese modo, ya no.

—¿Estás con alguien?

—Sí, pero no se trata de eso. Se trata de que te veo como una amiga, casi como una hermana. Eres una mujer preciosa...

—No. No me vengas con el discursito del rechazo. Llevo dos años esperando que regreses de Europa y ahora me sales con estas —me interrumpe.

—Yo no te pedí que me esperases.

—¿Quién es? ¿Es coreana o estás con una extranjera? Creo que tengo derecho a saberlo.

—Es extranjera.

—Así que está esperándote en España... Oh, no —afirma como si acabase de darse cuenta. ¿Lo ha hecho?—. Es esa mujer, la cuidadora de TaeOh, ¿verdad? —Lo ha hecho. Aparto la mirada, no creo que sea el mejor modo de presentar nuestra relación. Asiento—. Os he visto demasiado cercanos y lo achaqué a que es occidental... ¿Sabes lo que eso va a suponer para tu madre? Eres el hijo mayor y además vas a tomar el control de la empresa, debes estar bromeando si vas en serio con una niñera que además es extranjera.

—No voy a hablar contigo de eso.

—¿Por qué no?

—Porque es algo privado. —La corto muy serio.

—Pues que seas muy feliz con tu niñera, a ver cómo la presentas en sociedad —asegura lanzando su cigarrillo al suelo y regresando al interior del restaurante. La sigo, quién podía esperar que reaccionase de ese modo. Continuamos bebiendo soju, HaNeul trata de disimular su malestar y logra que su padre no se dé cuenta de que hemos discutido.

Cuando miro el reloj, son más de las doce y sé que no estoy en condiciones de conducir. El señor Yeon ha rellenado tantas veces mi vaso que no sé cómo aún mantengo la conciencia alerta, he intentado que pare en varias ocasiones, pero eso podría molestarlo más incluso que el hecho de que abandone su empresa. En su mentalidad anticuada el hombre que no bebe como un hombre, no merece llamarse como tal. Y yo en este momento no sé si soy un hombre o una anguila escurridiza. Y él está mucho peor que yo, incluso se ha dormido en el asiento.

Con ayuda de HaNeul le metemos en un taxi, me pide que la acompañe a casa para ayudarle a subirlo y lo hago. El apartamento de HaNeul está a solo un par de manzanas de donde nos encontramos, así que pronto llegamos a su edificio y aunque a duras penas logro mantener el equilibrio le metemos en el ascensor y en el domicilio y le echamos en el sofá. Le coloco la cabeza sobre un cojín, es un buen hombre, se lo digo y él sonríe acurrucándose entre los cojines. Cuando me giro HaNeul no está, no sé dónde se habrá metido, ella también está algo mareada, aunque mucho menos que nosotros. Quiero marcharme, tengo que pedir otro taxi que me recoja y no será fácil tan tarde, odio ponerme así, me juro que no volveré a beber de ese modo así se enoje quien sea. Voy a despedirme de HaNeul, la llamo en voz baja y me da la risa, ¿está jugando al escondite o qué? Me asomo al pasillo, ¿y si se encuentra mal y está vomitando? La puerta del baño está abierta, enciendo la luz y no hay nadie. La puerta de su habitación también está abierta.

—HaNeul, ¿estás bien? Tengo que marcharme —digo buscando en la pared el interruptor de la luz, entonces aparece de entre las sombras y vuelve a besarme. Su lengua se introduce en mi boca, me gira y me echa en la cama subiéndose a mi cuerpo, meciéndose sobre mi entrepierna. Sujeto sus manos, tratando de apartarla de encima de mí, noto entonces que está en ropa interior, intento decirle que no, que no va a pasar nada, por muy borracho que esté. Sus labios lamen los míos y los besan—. No, no...

—Nadie lo sabrá, te lo prometo. Vamos a hacerlo por última vez...

—No, HaNeul, déjame —le pido y ella continúa lamiendo mi boca y meciéndose sobre mí a pesar de tenerla sujeta por las muñecas. Quiero quitármela de encima, pero tampoco pretendo empujarla y hacerle daño. No estoy en mis cinco sentidos y eso me dificulta a la hora de moverme. Jodido alcohol.

—Nadie lo sabrá...

—Lo sabré yo —afirmo logrando girarme, haciéndola caer a mi lado en la cama—. Yo lo

sabré y es lo que importa. ¿Te has vuelto loca? Con tu padre durmiendo ahí al lado.

—Me he vuelto loca. Claro, debe ser eso. En los dos años que llevas fuera cuando has venido, ¿qué ha pasado con nosotros?

—Nos hemos visto, hemos quedado, incluso nos hemos emborrachado y has dormido en mi casa... pero nada más. En ningún momento me dijiste que estuvieses interesada en algo más. — Logro enderezarme, sentándome en la cama.

—¿Y qué esperabas que te dijese? ¿Que estaría aquí esperándote como una tonta mientras tú te acostabas con un montón de chicas en el extranjero? Todos sabemos la fama que tienen las occidentales.

—A las occidentales les gusta el sexo tanto como a las coreanas, la única diferencia es que ellas se sienten mucho más libres a la hora de mostrar sus deseos. Será mejor que me vaya — digo poniéndome en pie, se me acaba de pasar gran parte del mareo con la situación tan surrealista que acabo de vivir.

—Espera, DoHwan, no te vayas así, por favor.

—Tengo que irme, es muy tarde.

—Por favor no le digas a nadie que yo...

—Tranquila, vamos a hacer como que esto no ha sucedido —afirmo y salgo de su dormitorio.

El señor Yeon continúa dormido en el sofá, siento una gran vergüenza por lo que acaba de suceder. Salgo del apartamento y camino hasta la calle, la brisa me refresca, me acerco a la carretera y trato de tomar un taxi, pero la circulación no es demasiado intensa. Tomo mi teléfono móvil dispuesto a llamar a uno, llamo al servicio de taxis y me dicen que hay muchos ocupados, que tardarán al menos media hora en venir a recogerme. No quiero esperar media hora, quiero ver a Zoe y saber que está bien. Llamo a YoungBin y le pido que venga a recogerme, mi amigo contesta a la primera y me dice que en diez minutos estará aquí. Cuando le digo la dirección parece sorprendido, pero no comenta nada al respecto, aunque sé que no lo dejará pasar. En cuanto llega y subo a su coche detecto su mirada llena de intención.

—¿Por qué te has emborrachado si sabías que tenías que coger el coche? —me regaña.

—El señor Yeon no ha dejado de rellenar mi vaso una y otra vez.

—¿Se lo ha tomado bien?

—Mucho mejor de lo esperado. Asegura que se alegra por mí y que no me guarda el menor rencor.

—Eso está bien.

—Él está mucho más borracho que yo.

—¿Y cómo habéis acabado aquí?

—HaNeul insistió en que dormiría en su apartamento para que su madre no discuta con él.

—Ah, HaNeul ha estado con vosotros.

—Sí —respondo evitando mirarle a los ojos.

—¿Ha pasado algo? Pareces alterado.

—No, no. Todo está bien. Serán los nervios.

—Ya.

—Y Zoe, ¿está bien?

—Sí, ella está bien. La he dejado comiendo helado de té matchá con Mary.

—Me encanta el helado de té matchá de tu mujer.

—Lo sé, te hemos guardado un recipiente para que te lo lleves a casa.

—Gracias.

—¿Qué ha pasado entre HaNeul y tú? —me pregunta directamente. Le miro, no sé cómo puede conocerme tan bien.

—Nada.

—Os habéis acostado —afirma mirándome de reojo.

—¿Qué? ¿Estás loco? Mira la carretera, anda.

—A mí no me engañas, te ha pasado algo y si el señor Yeon se lo ha tomado bien, solo puede ser que...

—Lo ha intentado, ¿vale? Pero no puedes decírselo a nadie. HaNeul me besó y la rechacé y cuando hemos llegado a su apartamento ha vuelto a intentarlo. Nada más.

—Y habéis follado.

—¡No! Jamás le haría eso a Zoe.

—Dime la verdad, DoHwan, no me mientas. ¿Habéis follado?

—Te he dicho que no, no insistas. Ella ha intentado... lo ha intentado, pero le he dicho que no puedo hacerlo y ya está.

—Vale, te creo. Pero no creo que nadie más lo hiciera, nadie creería que HaNeul ha intentado acostarse contigo y la has rechazado.

—Pues lo he hecho. No puedes... —digo mirándole muy serio—. No puedes decir nada de esto, a nadie, ni siquiera a Mary.

—¿Por quién me tomas? ¿Estás loco? Joder, DoHwan, vas a tener que solucionar lo de HaNeul porque de lo contrario solo va a darte problemas.

—Ya lo he solucionado, le he dicho que tengo una relación con otra mujer y ha descubierto enseguida que se trata de Zoe.

—¿Y eso es una solución? HaNeul está loca por ti desde el instituto, ¿crees que el hecho de que tengas una relación con otra mujer es suficiente para que se rinda? Debes tener cuidado porque con su carácter no creo que se conforme sin más.

—¿Y qué va a hacer? Respetará mi decisión. —Mi amigo enarca una ceja, cargado de dudas.

Capítulo 27

Zoe

Mary me avisa de que YoungBin está ya en la puerta de la vivienda, le ha enviado un mensaje, avisándola. Salimos y están parados en la acera. Espero que DoHwan esté bien, ha tenido que llamar a su amigo para que le recoja porque ha bebido demasiado y no está en condiciones de conducir. No le culpo, estaba muy nervioso. Solo espero que todo haya ido bien con su jefe y no haya cogido una borrachera por su mala reacción.

DoHwan sale del coche y me recibe con una sonrisa, camino hasta él y le abrazo.

—¿Estás bien?

—Sí. Es solo que no quería arriesgarme.

—Claro, has hecho bien.

—Y tú, ¿cómo estás?

—Bien, ya casi no me duele el dedo.

—¿Vamos? —sugiere abriendo para mí la puerta trasera. Me giro hacia Mary y le doy un abrazo.

—Gracias por todo, lo he pasado muy bien —le digo, ella sonríe.

—También nosotros. Estoy segura de que pronto nos veremos otra vez —afirma y se acerca a DoHwan—. Y tú pórtate bien con esta chica que vale oro o te partiré las piernas —le advierte. Él carraspea intimidado y eso me hace reír. Mary y DoHwan también se despiden con un abrazo.

—Dale un beso fuerte a mi ahijada —le dice y ella asiente.

Subo al coche y YoungBin nos lleva hasta el edificio de DoHwan y se detiene junto a la entrada. Me despido también de él, que me desea un feliz viaje de vuelta y que nos veamos pronto. DoHwan abraza a su amigo y después baja del coche y toma mi mano. Entramos al *hall*, está demasiado silencioso, será por el alcohol.

—¿Estás bien? —le pregunto en el ascensor.

—Sí —responde, sin más. Cuando entramos en el apartamento me abraza y me besa. Sabe a alcohol e incluso a... ¿tabaco? Pero no me importa, respondo a su beso decidida y él me sube a su cuerpo sosteniéndome por las nalgas. Me lleva a ciegas hasta el dormitorio mientras me devora con sus besos.

—Tú eres la única —me susurra al oído atrapándome contra la pared del dormitorio—. Eres la única para mí —dice sorprendiéndome y lame mi garganta y el lóbulo de mi oreja derritiéndome de deseo mientras sus manos me aprietan las nalgas con fuerza. Dudo en si está en condiciones para que tengamos sexo, pero la erección que me presiona en el pubis me dice que sí—. Espera

un momento, necesito ir al baño —le pido y me posa en el suelo despacio.

Me besa en los labios y entro al aseo deprisa, pero cuando vuelvo al dormitorio descubro que... se ha dormido. Vestido de la cabeza a los pies está tendido en la cama, de lado, frito.

Madre mía y yo con un calentón de mil demonios.

Le quito los zapatos y la ropa y le endezco en la cama, no sin dificultad. Después me tumbo a su lado y le observo dormir un rato. Nada, mi calentón tendrá que esperar a que despierte.

A la mañana siguiente el despertador suena un rato, aunque pronto para. Abro los ojos y descubro que DoHwan sigue durmiendo, sé que tiene la reunión con su madre, pero debe de ser temprano aún. O eso creo hasta que, no sé cuánto tiempo después, oigo la voz de JiSeung y despabilo de golpe. Está en el dormitorio, a su lado, tratando de despertar a su hermano.

Me miro a mí misma, voy vestida solo con mi camiseta y las braguitas, aunque las sábanas me cubren de cintura para abajo. DoHwan en cambio está destapado y en calzoncillos.

—Buenos días Zoe —me saluda JiSeung con cierto pudor.

—Buenos días —respondo violentada, sentándome en la cama.

—Hemos estado llamando a la puerta, pero no os enterabais, por suerte me sé su clave de acceso. Una buena juerga anoche, ¿no? —sugiere con picardía.

—Eh... Mmmm... No la que crees.

—Estamos en paz ahora —afirma divertido haciendo referencia a cuando les pillé a él y a Bruno en los camerinos.

—Bueno, lo vuestro fue más evidente —me defiende y él ríe.

—Anda, trata de despertarlo, tenemos que irnos. Le espero en el salón, con JiMin —me advierte. Asiento.

—DoHwan, tienes que levantarte —le susurro al oído, él se remueve y sonríe entre sueños. ¿Qué estará soñando? Se vuelve hacia mí y su erección es tan evidente, clara y notoria como los moais de la isla de Pascua. ¿Será un sueño erótico o es solo el efecto de la naturaleza? De todos modos, si sus hermanos no estuviesen fuera esperándole no iba a desaprovecharla, la naturaleza es sabia, dicen—. DoHwan, despierta —insisto y él abre un ojo y me abraza, se acurruca en mi cuello. Acaricio su espalda, su piel es muy suave y me encanta el poco bello que la cubre, mi ex era un oso—. Vamos, los mellizos están fuera esperándote.

Esas palabras parecen ejercer su magia y se aparta de mí, me mira con ambos ojos abiertos.

—¿Los mellizos están aquí?

—Sí. JiSeung ha estado tratando de despertarte, dice que llegáis tarde.

—¿Ellos van a venir conmigo?

—Al parecer, sí.

—Tengo que darme prisa —asegura y antes de levantarse me besa en los labios—. ¿JiSeung ha entrado al dormitorio?

—Sí.

—¿Y JiMin?

—No, él no. Ni siquiera sé si sabe que estoy aquí contigo.

—Lo imaginaré. Te veo en cuanto vuelva.

—Espero que todo salga bien. Después me cuentas cómo ha ido la reunión, y la de anoche también.

—Discúlpame por emborracharme.

—No tienes que pedirme perdón por eso. Como si yo no lo hubiese hecho nunca. Anda, date prisa —le urjo y se levanta de la cama, pero antes de ir al baño se vuelve y me besa en los labios.

Me quedaré en el dormitorio hasta que se hayan marchado, así que me acurruco en las sábanas y sin pretenderlo vuelvo a dormirme.

Capítulo 28

DoHwan

Cuando atravesamos las puertas acristaladas del edificio Gwanghwamun D Tower en el que están situadas las oficinas centrales de Korean Revolution, próximo al histórico palacio Deoksugung y la estatua del almirante Yi Sun Shin, no puedo evitar sentir cierto nerviosismo burbujeándome en la boca del estómago.

No estaba seguro de si mis hermanos me acompañarían hoy, me han sorprendido, pero ambos desean mostrar sus posturas ante nuestra madre de una forma clara, tratando de evitar que me culpe por manipularles. No sé cómo va a reaccionar al vernos a los tres juntos en un frente común.

Tomamos el ascensor en silencio, el mismo que nos ha acompañado todo el camino, ellos también están tensos, no hace falta que les pregunte, sus gestos serios y contrariados hablan por sí mismos.

Cuando las puertas se abren nos encontramos con una estatua del logotipo de la empresa, la flor de loto. Logotipo que fue elegido por mí cuando era pequeño y estaban buscando una imagen que diese popularidad a la marca y representase los valores de la empresa. Mi padre y mi madre discutían sobre cómo contener toda su imagen de marca en una sola figura, con posturas muy enfrentadas. Para mi madre debía ser un tigre, el animal que representa el espíritu de los coreanos y para mi padre la mugunghwa, la flor nacional. Yo había tomado una flor de loto en el pequeño estanque del jardín que en ese momento estaba muy sucio y me acerqué a ellos para mostrársela. *Mira mamá, ha nacido en el barro*, le dije. Era una flor preciosa, en todo su esplendor. Mis padres decidieron que esa sería la imagen de la empresa, porque la flor de loto germina en el agua sucia, llena de lodo, crece con esfuerzo y busca el aire y la luz del sol para poder florecer. Y eso era lo que ellos intentaban hacer con sus productos, sacar la belleza de la mujer, hacer florecer a las mujeres a pesar del estrés y las dificultades de la vida moderna. Ver la estatua de aquella flor me infunde fuerzas para la reunión que estoy a punto de mantener.

Informamos de nuestra llegada en el mostrador de recepción, donde la joven que lo atiende reconoce de inmediato a JiSeung y JiMin, cuyas visitas al lugar han sido mucho más recientes, y a mí me observa con curiosidad. En menos de dos minutos una de las empleadas acude en nuestra búsqueda y nos pide que la acompañemos a la sala de reuniones. Envío un mensaje a YoungBin para informarle de que estamos en el edificio, que si le apetece podemos tomar un café cuando la reunión acabe. Él me responde con un sencillo Ok y un puño alzado en señal de ánimo.

En la sala de reuniones nos aguardan mi madre y sus dos hermanos varones. Les saludo a los tres, mi madre no se levanta del asiento, pero mis tíos lo hacen y me devuelven el saludo. A juzgar por su tratamiento extremadamente formal nadie diría que somos familia. Les saludamos y tomo asiento ante nuestra progenitora, con JiMin a mi derecha y JiSeung a la izquierda. Ninguno de ellos esperaba que me acompañasen, eso ha quedado claro por su expresión de sorpresa.

—No tengo demasiado tiempo, tengo una reunión con la delegación de Florida, por eso iba a atenderos vuestro tío Hong DaeChul, pero como has insistido en que esté presente... Espero que estéis contento, aquí estoy —me advierte la mujer que me dio a luz.

—Creo que el tema que vamos a tratar es lo suficientemente importante como para que aplase esa reunión, madre —digo manteniendo la compostura.

—No creo que haya demasiado de lo que hablar, esto es todo lo que tengo que decirte, que deciros —corrige observando a mis hermanos con severidad y me lanza un dossier de documentos. Lo abro y comienzo a examinarlos—. Es una oferta de compra de vuestras acciones, por un precio muy generoso. Podéis cerrar el acuerdo con DaeChul y olvidaros de esta empresa para siempre, que es lo que queréis, según parece. Cómo repartáis el dinero no es asunto mío —asegura poniéndose de pie, dispuesta a marcharse.

Miro a mis hermanos. JiSeung observa conmigo los documentos, JiMin en cambio mira a la ciudad a través de los vidrios del ventanal ante nosotros. Es cierto que se trata de un buen precio, señalo a JiSeung.

—No queremos vender nuestras acciones, madre —dice este.

—¿No? Creía que detestabais esta empresa y por ello no hacíais más que postergar el cumplimiento de vuestras obligaciones —responde atravesándolo con la mirada.

—No es así. No detestamos la empresa, es la empresa de nuestros padres y gracias a la cual hemos vivido cómodamente hasta ahora.

—¿Entonces? ¿Por qué no asumís el puesto que os corresponde?

—Porque necesitamos algo más de tiempo para tratar de cumplir nuestro sueño —responde JiMin.

—¿Vuestro sueño? ¿Y cuál es ese sueño? ¿Hacerte pendientes en las orejas que me avergüencen en las reuniones, o quizá pasarte la vida tocando el violín como un muerto de hambre? —les dice a ambos—. Jamás esperaba esto de vosotros, jamás. De él sí, porque ya puedo esperar cualquier cosa.

—¡Ya! —protesta JiSeung dando un golpe en la mesa que nos sorprende a todos—. Deje en paz a nuestro hermano. Nos hemos pasado años sin casi tener relación con él porque nos amenazaba con cortarnos el dinero y queuviésemos que volver a casa con usted.

—Lo sabía, sabía que si ibais a vivir con él os lavaría el cerebro.

—DoHwan no ha tratado de convencernos de nada —interviene JiMin—. Lo único que ha hecho en este tiempo ha sido ofrecernos un hombro en el que apoyarnos y empujarnos a trabajar duro sin olvidar nuestros sueños.

—Los sueños de un par de niños consentidos como vosotros cuestan dinero, mucho dinero.

—¿Acaso sabe cuál es mi sueño, madre? ¿O cuál es el de JiMin?

—Quizá no sepa cuál es vuestro sueño, pero sí sé cuál debería ser, dirigir con honor la empresa fundada por vuestros padres, casaros y formar una familia honorable.

—Ese es su sueño, madre. No el nuestro —protesta JiSeung—. Hay uno de sus hijos que está dispuesto a tomar las riendas de esta empresa, alguien que la haría crecer y la honraría. Alguien

que se ha formado durante años para hacerlo. ¿Acaso JiMin o yo tenemos la experiencia o la formación de DoHwan?

—DoHwan... Por supuesto que DoHwan está preparado para hacerlo, tan solo tiene que cumplir mis condiciones.

—¿De verdad, madre? ¿De verdad sigue insistiendo en que abandonemos a nuestro hermano pequeño? ¿Qué finjamos que no existe solo para complacerla?

—¡No se trata de complacerme! Se trata de que es un maldito bastardo al que no puedo ni mirar.

—Ya está bien. No voy a permitir que lo insulte, no he venido hasta aquí a discutir. Rechazo la oferta económica en mi nombre y el de mis hermanos. Dentro de cuatro semanas ocuparé el puesto de director de la empresa. Puede continuar dirigiéndola hasta entonces, pero todas las acciones importantes requerirán mi confirmación y visto bueno a partir de este preciso momento —advierto. Mi madre enarca una ceja y me mira con desprecio.

—Nunca creí que llegase el día en el que la empresa que fundé con tantísimo esfuerzo me fuese arrebatada de las manos por mis propios hijos. ¿Ese es el respeto que mostráis a vuestra anciana madre?!

—Aunque le cueste creerlo, madre, la respeto, pero mi respeto por usted no es más importante que el amor por mis hermanos y por ello debo proteger sus intereses. Juntos podemos hacer crecer lo que usted y nuestro padre construyeron, ahora es usted quien elige si sigue considerándome su enemigo o me permite convertirme en su aliado —digo y me incorporo de la silla, mis hermanos también lo hacen y juntos abandonamos la sala de reuniones.

Sé que para ellos es un momento más duro que para mí, es lo que tiene haber perdido algo con anterioridad, que no duele tanto. Sin embargo, para ellos, la mirada reprobatoria de mi madre debe ser un trago muy amargo. Los dos permanecen taciturnos mientras bajamos en el ascensor, sus miradas están perdidas, guardan silencio. Una vez llegamos abajo, en la calle, tan concurrida como cualquier día, me detengo un instante para hablar con ellos.

—Sé lo duro que es para vosotros, si cambias de opinión no os culparé. —JiMin hace un gesto de negación y JiSeung me mira a los ojos.

—Te pedimos perdón, *hyung*, nunca debimos permanecer callados cuando nuestra madre te trató injustamente. En ese momento deberíamos haber hecho lo que hacemos ahora, pero eso no volverá a pasar —me dice con tristeza, y JiMin asiente.

—Erais demasiado jóvenes para enfrentarla. A mí aún me tiemblan las piernas —bromeo arrancándoles una sonrisa—. Mañana por la tarde volvemos a España, será solo hasta que deje todo cerrado y TaeOh acabe el colegio, después regresaré. ¿Qué vais a hacer vosotros?

—Nos quedaremos un poco más, al menos hasta saber si el contrato con la discográfica nos lleva a alguna parte —me informa JiSeung. Asiento.

—Aunque estemos lejos siempre me tendréis a una llamada de teléfono.

—Lo sabemos —dice JiMin y ambos me abrazan.

Después de despedirnos paso a recoger mi coche en el aparcamiento cercano al restaurante en el que cené anoche con el señor Yeon y HaNeul. Aún me cuesta pensar en lo que sucedió después, debería hablar con Zoe, pero le prometí a HaNeul que no le contaría a nadie lo ocurrido, aunque YoungBin lo descubrió. HaNeul siempre ha sido una buena amiga, le debo mucho, y sé que debe sentirse muy avergonzada, no quiero ahondar en su herida.

Cuando llego a mi apartamento Zoe está en la cocina, ha preparado algo de comer. No sé de qué se trata, pero huele de maravilla. Me acerco a verla y me recibe con una sonrisa, sin

embargo, hay algo en su mirada que me dice que no está bien, le sucede algo y necesito saber qué es. Además, tenemos una conversación pendiente.

—Como no sé cocinar vuestra comida, he preparado la mía. He bajado al súper y con las cosas que he encontrado he hecho algo parecido al ajoblanco, porra antequerana y estofado de ternera. Espero que te guste —me dice sin borrar la sonrisa.

—No tendrías por qué haberte molestado, podríamos haber comprado cualquier cosa...

—Me apetecía cocinar para ti —afirma y me ofrece su mano, la tomo y la abrazo contra mi cuerpo con energía, le beso el cabello y percibo el perfume cítrico del champú. Ella levanta la cabeza y me mira a los ojos, la beso—. ¿Cómo estás? No te ha pegado, ¿verdad?

—No. Será difícil, pero acabará aceptándolo. No quiero que te preocupes pensando en eso.

—Y los mellizos, ¿cómo están?

—Me dicen que bien, pero en esta ocasión ellos han sido el principal objetivo de mi madre al atacarlos, supongo que conmigo ya lo dio todo por perdido.

—¿Y eso cómo te hace sentir?

—No lo sé, creo que aún necesito tiempo para saber cómo me afecta.

—Entonces, cuando vuelvas trabajarás en Korean Revolution.

—Sí. Está decidido.

—Y el señor Yeon, ¿cómo se lo tomó anoche?

—Sorprendentemente bien. Me felicitó y me dijo que entendía que ocupase el lugar que realmente me corresponde en la empresa.

—Eso es que es un hombre razonable.

—Le estoy muy agradecido. Insistió en que debíamos celebrar mi paso a CEO de la empresa.

—Y la celebración se os fue un poco de las manos —sugiere con una sonrisa. Asiento.

—Entonces, ¿cuándo comienzas a trabajar en Korean Revolution?

—En cuanto regrese de España, voy a dejar todo solucionado en Madrid y TaeOh y yo volveremos.

—¿Y JiSeung y JiMin?

—Han decidido quedarse un tiempo más, así que hablaré con el dueño de la casa, así como con la señora Choi y SoonJo para que sigan trabajando allí y les cuiden y les vigilen un poco.

—Yo también les daré una vuelta de vez en cuando, si ellos quieren.

—Tú... Sé que no tengo derecho a pedírtelo, pero ¿no te gustaría venir a pasar un tiempo aquí, a Seúl, conmigo?

—¿Un tiempo?

—Un mes, dos meses, un año...

—¿Para cuidar de TaeOh?

—¿Qué? No, claro que no. Para que estemos juntos. No quiero que esto se acabe... —confieso, tomo sus manos, ella me mira sin camuflar su malestar—. Zoe, estos días juntos han sido los mejores en mucho, mucho tiempo, ¿no te planteas que... intentemos seguir juntos?

—¿Quieres que me venga a vivir a Corea contigo?

—Sé que es una locura y que soy un egoísta por pedírtelo, pero ¿podrías considerarlo? Yo te ayudaría a encontrar trabajo, o incluso podrías quedarte en casa, como deseas. Estoy loco por ti, Zoe. Lo quiero todo contigo. No quiero abrumarte y no tengo prisa, pero mi corazón me dice que eres la mujer de mi vida.

—¿Qué es *todo* para ti, DoHwan? —me pregunta con los ojos vidriosos.

—Todo es TODO, Zoe. Quiero a alguien con quien compartir mi vida, saber que por más duro

que sea el día en el trabajo habrá alguien que me hablará con dulzura y me recordará que lo realmente importante está fuera de él. Quiero una casa bonita en la que criar a un par de niños preciosos que tengan tus ojos —Zoe rompe a llorar, ¿qué he dicho? Quizá estoy abrumándola, debe ser eso—. Eh, tranquila, iremos poco a poco, jamás te presionaré en nada... No llores. — Sin embargo, está ahogada en un mar de lágrimas con el rostro enterrado en mi pecho—. Zoe, no llores, no llores por favor, me parte el alma verte llorar.

—Yo no... Yo no puedo... darte nada de eso, DoHwan —dice entre sollozos, alza los ojos y me mira, limpio sus lágrimas con los dedos—. No puedo.

—¿Qué quieres decir?

—Que... Esa no es la vida que yo sueño —responde entre lágrimas—. No quiero alejarme de mi familia, no quiero mudarme de país y no quiero esa casa con niños —asegura—. Pero, sobre todo, no quiero sufrir y ya lo estoy haciendo. Debemos parar esto aquí, ahora, porque de lo contrario no podré soportarlo.

—¿No quieres estar conmigo? Quizá en un año o dos podamos vivir en España una temporada —digo, es casi una súplica, pero ella hace un gesto de negación.

—No. Mañana después de que bajemos de ese avión debemos continuar cada uno con nuestras vidas como si nada de lo que ha ocurrido estos días hubiese sucedido.

—¿Me estás hablando en serio?

—Sí —responde mucho más serena—. Debemos olvidar lo que hemos sentido.

—No se trata de lo que he sentido, se trata de lo que siento, ¿es que no lo ves? Estoy enamorado de ti.

—Pues tendrás que superarlo —afirma y se aleja de mí un paso. No lo entiendo, en absoluto, ¿cómo hemos pasado de besarnos a que esté diciéndome que en cuanto volvamos no quiere saber nada más de mí?

—¿Y si renuncio al puesto de CEO y me quedo en España?

—¿Estás loco? No puedes hacer eso, piensa en tus hermanos. Aunque vinieses a España no estaríamos juntos —dice con un hilo de voz. Voy a volverme loco.

—¿Qué pasa Zoe? —de pronto un pensamiento acude a mi mente—. ¿Esto tiene algo que ver con la llamada de tu ex? —pregunto y ella arruga el ceño.

—Claro que no.

—¿Estás segura? ¿Qué te ha dicho? ¿Que está esperándote?

—Mi decisión no tiene nada que ver con Fran. No importa si está esperándome o no, lo importante es que yo no... —Se queda callada un momento, como si estuviese reflexionando—. Sí. En realidad, ¿de qué sirve negártelo? Me gustaría volver a intentarlo con él.

—¿Qué? Acabas de decir que no. No te creo.

—Pues deberías hacerlo. No quería decírtelo así pero... Anoche llamé a Fran y me contó que se acaba de separar y está muy arrepentido por lo que me hizo. Lo nuestro es un sueño imposible DoHwan, seamos razonables, tu vida está aquí, tu mundo, tu país al que adoras, tu tía enferma... y el mío está en España. Podría haber sido bonito, claro que podría haberlo sido, si nos hubiésemos conocido un año antes habríamos podido disfrutar más el uno del otro, pero el final habría sido el mismo, créeme.

—No puedo creerte, porque eso significa que... No te conozco. —No soporto oír una palabra más, necesito estar solo así que me retiro a mi habitación.

Capítulo 29

Zoe

Es duro, pero tengo que mantener mi postura hasta el final. No puedo hacerle renunciar a todo solo por estar conmigo. Porque después de oírle sé que sería capaz de dejar sus sueños a un lado por estar conmigo y no puedo permitirlo, sería demasiado egoísta por mi parte. No puedo permitir que renuncie a su deseo de trabajar para la empresa de sus padres, a vivir en su país, a que TaeOh tenga mayor relación con su madre y, sobre todo, a su deseo de tener una familia, unos hijos de los que sentirse orgulloso y amado.

Me duele tanto mentirle. Me parte el corazón. Pero es necesario. Tiene que olvidarme, tiene que olvidar lo que hemos vivido estos días. Involucrar a Fran en todo esto es repugnante, pero cuando él lo mencionó me di cuenta de que es el único modo de que me crea. Por supuesto que no deseo estar con él, deseo estar con DoHwan, desearía hacerlo cada día de mi vida, porque le quiero. Sé que Lucía o Pepi me dirían que estoy loca, pero sería capaz de aceptar su oferta y venirme a Corea del Sur a descubrir si esto que sentimos ambos puede ser tan duradero y real como lo siento en mi vientre. Lo haría porque DoHwan es el hombre más maravilloso que he conocido en toda mi vida, porque su modo de amar es conmovedor y auténtico, y por eso merece a alguien que pueda ofrecerle todo lo que desea y esa no soy yo.

Fue un sueño bonito mientras duró, pero los sueños terminan y hay que volver a la realidad. Se acabó.

Qué duro. Qué difícil. Las lágrimas me ahogan, no quiero que me oiga llorar así que me encierro en la habitación de TaeOh, debo mantenerme fuerte, por él. Sé que está mal, que acabo de hacerle mucho daño con mis palabras, pero no puedo permitir que dentro de un tiempo se dé cuenta de que ha tirado su futuro a la basura por mi culpa. No podría soportarlo, me volvería loca.

No me importa que piense que soy imbécil, o inmadura, o todo lo malo del mundo, me importa que él esté bien y conquiste su destino, que tenga el futuro que merece, tal y como me dijo la tía EunJi.

Y no sé si voy a ser capaz de mantener mi mentira, sabiendo el daño que estoy haciéndole. Tengo que salir de aquí, necesito alejarme de él o no seré capaz de callarme la verdad, que sí, que le quiero, que quiero estar con él, aunque sea la cosa más egoísta que he querido en toda mi vida.

Capítulo 30

DoHwan

El sonido del teléfono móvil me despierta, me he dormido en la cama, he llorado como un niño pequeño. ¿Cómo puede acudir a la llamada de su ex como un perrito amaestrado? Ella no es así. No la reconozco.

Creía que habíamos comenzado algo bonito, algo grande y distinto, al menos a todo lo que yo he vivido. No la entiendo y me duele su actitud, me duele demasiado. Tengo una opresión en la garganta que a duras penas me permite respirar, ¿por qué, Zoe?

Miro el móvil y descubro sorprendido que se trata de la anterior cuidadora de TaeOh. No tengo idea de qué puede querer.

—Buenas tardes, señorita Ji HyeRim.

—Buenas tardes, señor Goon. Buenos días en España. Espero que todo esté bien, he ido a hablar con usted a su casa y la señora Choi me ha informado de que están en Corea porque su tía enfermó.

—Sí, gracias, ella está bien ahora, ¿y usted?

—Pues para eso le llamo, para decirle que me han dado el alta, mañana mismo puedo incorporarme de nuevo al trabajo. Al parecer mi tobillo se ha curado antes de lo habitual — revela. No puedo creerlo, ahora, justo ahora se ha recuperado de su lesión.

—Ah, me alegro mucho por usted. —Por mí no, en absoluto.

—Gracias. ¿Cuándo regresan a Madrid?

—Mañana viernes, saldremos sobre las nueve de la mañana hora coreana y llegaremos sobre las cinco de la tarde.

—Puedo estar allí para ayudarle con las maletas y atender a TaeOh para que usted descanse.

—No es necesario, nos veremos el lunes.

—De acuerdo. Estoy encantada de estar de vuelta.

—Gracias.

No puedo decirle que nosotros también, ni siquiera por mera formalidad, TaeOh tendrá un disgusto enorme cuando se entere. Está convencido, como lo estaba yo, de que Zoe se quedaría con nosotros hasta marcharnos, o al menos dos semanas más, pero no será así.

Capítulo 31

Zoe

Salgo de la habitación y le encuentro en el salón, se ha preparado un té y está sentado en el sofá. Dejo la maleta hecha junto a la puerta del dormitorio de TaeOh. Él la mira, pero no dice nada. La comida aún está en la encimera, esa que he preparado para los dos y no hemos tocado.

—Deberías comer algo —le digo. Él me mira, puedo leer sus ojos. Ha llorado, mucho, por mi culpa.

—Tengo el estómago cerrado.

—Debes comer algo. Calentaré la comida —me dirijo a la encimera y enciendo el fuego.

—¿Por qué has hecho la maleta?

—Vuelvo a Madrid esta noche.

—No. No vas a regresar en un vuelo regular con tres o cuatro escalas cuando nosotros nos marchamos mañana por la mañana.

—Ya está decidido, he comprado el billete.

—¿Tan insoportable se te hace compartir el viaje en avión conmigo?

—No se me hace insoportable, ¿cómo puedes pensar eso?

—No lo sé. Es que no entiendo a qué viene ahora que quieras marcharte de repente, ¿estás huyendo de mí?

—Lamento que tengas esa sensación, no lo hagamos más difícil, por favor.

—No te entiendo Zoe, de veras que no. No puedo entenderlo. ¿Qué he hecho mal? Dímelo, intentemos arreglarlo.

—No hay nada que arreglar, DoHwan. Nada. Porque no hay nada, lo hemos pasado bien juntos y sabíamos que esto iba a acabar, pues ha acabado antes de lo esperado, nada más.

—¿Nada más? Creí que sentías algo por mí, lo creí de verdad. ¿Tú ves lógico que quieras salir corriendo con un tipo que te rompió el corazón cuando yo estoy ofreciéndote el mío? Cuando te prometo por lo más sagrado que haré todo lo posible por no hacerte daño —me dice con los ojos llenos de lágrimas. Se me rompe el corazón. Apago el fuego y dejo la olla encima.

—Tengo que irme, mi vuelo sale pronto —miento, estaré al menos cuatro horas en el aeropuerto, pero no importa, tengo que salir de allí—. El lunes iré al trabajo como siempre, no voy a dejaros tirados, haremos como si nada de esto...

—¿Haremos como si nada hubiese pasado? Pues no es necesario que vuelva el lunes, señorita Lago.

—Vamos, TaeOh no tiene la culpa...

—Lo digo en serio. Su cuidadora habitual me ha llamado, ha recibido el alta, el lunes ella se encargará de TaeOh —dice muy serio. Trato de encontrar en su rostro alguna muestra de afecto, de ternura hacia mí, pero su tez está tensa, seria—. Le haré una transferencia por sus honorarios, si fuese tan amable de devolverme el teléfono y la tarjeta... —me pide y lo hago, abro mi bolso y dejo su teléfono móvil y la tarjeta de crédito sobre la encimera.

—¿Puedo despedirme de TaeOh?

—¿Es que quiere verle llorar? No le haré pasar un mal rato innecesario. Mañana le informaré de que ha terminado su trabajo en nuestra casa. Tranquila, estará bien, ha sufrido pérdidas mucho peores —me dice con una frialdad desoladora. Aquí está de nuevo, el DoHwan que trata de protegerse utilizando su máscara de hielo. Y eso solo me demuestra cuánto daño le he hecho, mucho, demasiado. Me duele verle comportarse así conmigo, pero quizá sea lo mejor, si me detesta le será más fácil olvidarme. Tomo mi maleta y camino hasta la puerta.

—Adiós DoHwan, ojalá seas muy feliz, por favor dile a TaeOh que le quiero mucho —digo en un susurro antes de marcharme.

Capítulo 32

DoHwan

Se ha ido. Se ha ido y no puedo creerlo. ¿Cómo ha podido estropearse todo de este modo? Intento entenderlo, pero no puedo. ¿Por una llamada telefónica de su ex? No puede ser cierto, si ese es el motivo han tenido que hablar más, han tenido que estar hablando estos días a escondidas.

El cuerpo me pide a gritos salir corriendo detrás de ella, abrazarla, besarla y decirle que la quiero. Me pide suplicarle que no se deje llevar por este arrebató que parece haberse apoderado de ella y que no tiene ni pies ni cabeza.

Estaba convencido de que sentía lo mismo que yo. Sus gestos, sus reacciones, sus besos, su modo de estremecerse en mis brazos, ¿todo eso era un mero espejismo? Sé que existe el sexo sin amor, menuda obviedad, pero lo nuestro iba mucho más allá que una mera atracción sexual, estoy convencido con cada célula de mi ser.

Debe haber algo que justifique su actitud, algo que no sé y está matándome. Pero ¿qué?

Voy a volverme loco.

JiSeung y ella son muy cercanos, ¿podría él saber algo?

No quiero involucrar a mi hermano, esto es algo entre ella y yo.

Me enteraré de si es cierto lo que me ha dicho, me encargaré de enterarme en cuanto vuelva a Madrid.

Capítulo 33

Zoe

Las más de doce horas del vuelo de vuelta encajada en el asiento central en una silla de categoría turista podrían incluirse entre los métodos de tortura condenados por las Naciones Unidas. Y pensar que acabo de pagar mil doscientos euros por ello, yo que soy más pobre que las ratas, es, además, tortura psicológica. Sin contar con el trasbordo que me queda aún por hacer, en Francia, que suma cuatro horas más.

Repaso en mi teléfono móvil las fotografías que he tomado durante el viaje. Una panorámica de Seúl al atardecer desde el salón del apartamento de DoHwan, TaeOh y yo comiendo un helado, él con la cara manchada de chocolate, TaeOh dormido en el sofá del apartamento, estaba tan tierno que no pude resistirme, un selfi de DoHwan y yo abrazados en el bosque de bambú de Juknokwon, en la siguiente está besándome en la mejilla en la playa, su expresión de dulzura es conmovedora.

Me echo a llorar, ¿de verdad no voy a volver a verlos? ¿De verdad no va a volver a besarme? La siguiente es mi foto con el *hanbok*, está en el cuarto de DoHwan, pero me ha dado vergüenza entrar a por él. Otra foto más, el atardecer en la playa de Daecheon, qué lugar tan maravilloso. La última, DoHwan y yo en la cama desnudos después de hacer el amor, tapados hasta la nariz con las blancas sábanas, me empecé a hacerla porque me encanta su expresión relajada después del sexo, pero él se cubrió el rostro y yo hice lo mismo, solo se nos ven los ojos, y parte de las mejillas aún algo enrojecidas.

Las lágrimas caen sobre la pantalla de mi móvil y lo bloqueo, busco un pañuelo en mi bolso a ciegas, creo encontrarlo y saco el pedazo de tela que me dio la tía EunJi, lo abro y lo miro, pensaba preguntarle a JiSeung cuando estuviésemos a solas qué significa, pero me da que me voy a quedar con la intriga. La señora que está sentada a mi derecha, coreana para más señas y que se acaba de meter entre pecho y espalda lo más grande en arenques encurtidos, dice algo en su idioma. La miro y entiendo que no la comprendo.

—Un amuleto de amor —me dice en inglés el señor de mediana edad que está a mi izquierda, también coreano—. Está diciéndole que es un amuleto de amor y que hace muchos años que no veía uno.

—¿En serio? ¿Es un amuleto de amor?

—Sí. Eso dice ella, yo no tengo idea —me responde el señor con una sonrisa.

—¿Podría preguntarle para qué sirve? —Él asiente y yo miro a la señora, se lo traduce y ella contesta, parece que estoy en un partido de tenis mirando a uno y otro.

—Para encontrar el amor verdadero y conservarlo —responde el caballero.

—Pues no funciona —le digo. Lo traduce y la señora responde. Nunca comeré arenques encurtidos cuando tenga que estar a menos de tres metros de alguien.

—Dice que para que funcione debemos apagar la cabeza.

—¿Apagar la cabeza? ¿Qué significa eso?

—Algo así como dejar actuar al corazón y desconectar la cabeza.

—Muchas gracias, *kamsahabnida* —agradezco a ambos y suspiro. Apagar la cabeza, ¿yo? Como si fuese tan sencillo.

Ha pasado una eternidad cuando llego a casa de Lucía en Madrid. No he avisado a nadie de mi regreso porque eso supone contarles lo que me ha sucedido. Es media mañana y por el silencio en la planta inferior doy por hecho que no hay nadie, porque Raquel suele ponerse música en el estudio cuando está trabajando. No he podido dormir nada en el vuelo y estoy hecha una piltrafilla humana que solo desea caer en su cama y olvidarse del resto del mundo. En mi dormitorio está la maleta de mi hermano abierta y un montón de su ropa aquí y allá, también debe andar fuera con sus amigos. Voy a darme una ducha rápida y a desaparecer del mundo durante unas horas. Abro la puerta del baño de la planta superior y me encuentro a Raquel apoyada en el lavabo, desnuda siendo empotrada por alguien, un chico al que en el primer momento no veo la cara.

—Perdón —digo sorprendiéndolos, el chico levanta el rostro y ambos me miran, vuelvo a cerrarla. Y vuelvo a abrirla—. ¡Rudy! —exclamo con los ojos como platos, mi hermano se queda paralizado, entornado contra ella. La cierro deprisa. Arg. Me meto en mi habitación y me siento en la cama.

Madre mía, esto sí que no me lo esperaba. Estoy en *shock*. ¿Rudy y Raquel? ¿En serio?

Mi hermano y Raquel estaban dándolo todo.

¿Lo he soñado? ¿Son alucinaciones efecto del *jet lag*?

No joder. Estaban haciéndolo.

Un par de minutos después alguien llama a la puerta de mi dormitorio, carraspeo, tienen que ser ellos.

—Adelante —digo sin saber muy bien qué cara poner.

—¿Se puede? —pregunta mi hermano. Está en calzoncillos, Raquel está tras él, en camisón, con la cara descompuesta. No tan descompuesta como hace un par de minutos, pero descompuesta.

—Pues imagino que sí que se puede —respondo y entran en mi habitación.

—Zoe, lo siento, íbamos a decírtelo, no quería que te enterases así —dice Raquel muerta de la vergüenza.

—No es el mejor modo de enterarse, desde luego.

—Lo siento —dice mi hermano pequeño, como si en lugar de haberle descubierto liado con mi amiga como si no hubiese un mañana, le hubiese pillado comiéndose la última galleta del paquete.

—Ya está, tranquilos, a ver, esto es... muy fuerte. La hostia de fuerte, pero sois adultos, no voy a deciros nada. —Raquel suspira aliviada—. Pero ¡joder! ¡Joder!

—Es lo que hacíamos —sugiere mi hermano con una sonrisa pícar.

—No te hagas el gracioso, Rudy, que todavía te doy una colleja. —Digo muy seria—. Desde cuando... Quiero decir, ¿significa algo? O solo... En fin... Sois *follamigos* ahora, ¿o qué?

—Nos liamos el otro día, cuando volvimos de salir de marcha, pero nadie lo sabe, solo tú.

—Qué honor.

—¿Puedes dejarme a solas con ella un momento? —pide Raquel a Rudy, él asiente.

—No vayas a culparla de nada que fui yo el que acudí a su dormitorio —me advierte mi hermano pequeño, vaya, parece que Raquel le importa. Sale de mi cuarto y nos deja a solas. Raquel, vestida con su camisón de Picasso con todas esas caras expresivas y surrealistas, como la situación, se acerca a mí y se sienta a mi lado en la cama.

—Me gusta, Zoe.

—Ya. Quiero decir, se notaba que te gustaba.

—Lo digo en serio. Sé que es un crío, que le saco seis años, pero es un *hombre* de verdad —la miro con escepticismo, me cuesta creer que hable en serio. ¿Un hombre de verdad, mi hermanito? Pero si hasta el año pasado casi no tenía ni pelos en los sobacos.

—Raquel, a ver, mi hermano es mayor de edad, desde hace seis meses, pero lo es. No tengo derecho a meterme en su vida privada, ni en la tuya. Pero ¿qué tiene que ver mi hermano con la clase de tíos que te gustan? Siempre has estado con tipos mayores que tú, con tíos... la mayoría complicados, bohemios, artistas, músicos...

—Pues por eso me gusta Rudy, con él todo parece fácil. Es optimista, tiene ilusiones, es simpático y cuando habla sé que no tiene dobles intenciones.

—Ay, no sé amiga. Tú eres muy buena y te quiero, pero entiende que le he limpiado los mocos, que tenía que acompañarlo a hacer caca y limpiarle hasta los cuatro años.

—¡No cuentes esas cosas! —me grita Rudy desde el otro lado de la puerta cerrada.

—¿Quieres dejar de espiar? —digo quitándome el zapato y tirándolo contra la puerta. Raquel se ríe.

—Sé que debe ser un *shock* para ti. Pero me gusta y me encantaría seguir viéndolo —asegura como si estuviese pidiéndome permiso.

—No quiero que os hagáis daño, porque os quiero a los dos. Pero no voy a ponerlos trabas, por más que os quiera, no soy nadie para hacerlo...

—¡Eres la mejor hermana del mundo! —dice Rudy entrando como una tromba y me abraza y me tira hacia detrás en la cama.

—Y tú eres un chalado —respondo entre risas quitándomelo de encima.

—Te quiero, hermanita —dice, e inclinándose hacia Raquel la besa en los labios en mi presencia, se me hace muy raro, mucho. Pero el beso no es un pico, el beso lleva aliños y parece que vayan a devorarse delante de mí. Les doy un tortazo a cada uno en el brazo.

—Fuera de mi dormitorio, a darle envidia a otro —digo tratando de echarlos. Se separan uno del otro, con dificultad, Rudy ríe por lo bajo y Raquel se sonríe.

—Creía que volvías mañana, ¿ha sucedido algo?

—Ya te cuento con calma, ¿vale? Ahora solo necesito descansar —le digo, ella asiente y salen de mi dormitorio.

Después de un centenar de vueltas en la cama logro dormirme y sueño. Sueño que DoHwan entra por la puerta de mi dormitorio, me abraza y me dice que me quiere y que nuestros hijos son lo mejor que le ha pasado en la vida. Nuestros hijos. Maldito subconsciente, despierto sudorosa en la cama y descargo toda la tensión en lágrimas.

Capítulo 34

DoHwan

Tres semanas después.

Echo una nueva mirada al que ha sido mi hogar durante los últimos dos años, extrañaré muchas cosas de este país, cosas tan sencillas como el bullicio ruidoso de la gente o la facilidad para mostrar cercanía y hacer amistad, también cosas concretas como los serranitos de la cafetería que hay a dos manzanas de nuestra casa y con los que me hacía cuando me apetecía cenar algo distinto a la vuelta del trabajo.

Las habitaciones están en silencio, JiMin y JiSeung duermen, anoche tuvieron una actuación privada para un adinerado jugador de fútbol español cuya mujer está obsesionada con la música coreana. El mánager del tipo les contactó mediante la discográfica, incluso estrenaron alguno de los temas que irán en su primer disco que saldrá a la luz en unos meses. El sueño de mis hermanos está haciéndose realidad y eso me hace muy feliz, mientras dependa de mí que puedan dedicarse a ello continuaré esforzándome día tras día para que no les falte de nada. Aunque algo me dice que muy pronto la asignación mensual que reciben será una minucia en comparación con lo que conseguirán con su éxito musical, estoy convencido de ello.

Observo la caja de cartón que hay en el pasillo con muchas de las pertenencias de JiSeung, que va a quedarse con mi dormitorio en cuanto esta noche tomemos el vuelo de vuelta a Seúl. TaeOh también duerme, relajado, me he acercado a darle un beso y ha sonreído; en unos minutos llegará la señorita Ji HyeRim para despertarle y llevarle a la fiesta de despedida que le han organizado en el colegio. Es sorprendente la cantidad de amigos que ha hecho desde que se sintió libre de ser él mismo, desde que ese par de niñas que le acosaban fueron cambiadas de clase y pudo relacionarse libremente, ojalá me hubiese enterado antes. Pero no lo hice, debió ser Zoe quien lo descubriera, y siempre le estaré agradecido por ello.

Zoe.

¿Por qué la he traído a mi mente justo en este momento?

Idiota, como si hubiese pasado un solo día en estas tres semanas en el que no hayas pensado en ella una sola vez, me digo.

Tengo que olvidarla, aún no sé cómo, pero tengo que hacerlo.

Las imágenes con las que acabó de romper mi corazón se reproducen una y otra vez dentro de mi cabeza, en ocasiones desearía no haberlas visto nunca, pero entonces me repito que eran necesarias para ayudarme a pasar página. Las imágenes de ella en una cafetería con ese tipo, su

exnovio, emocionada ante lo que estaba contándole, incluso cogiéndole la mano sobre la mesa, marchándose después juntos a su casa y abandonándola un par de horas más tarde, con arrumacos de despedida incluidos. Después de eso no quise saber nada más. Joder, me duele demasiado.

Sí, la seguí, varios días, a la salida del trabajo aparcaba junto a su casa y si salía seguía sus pasos. Necesitaba saber si lo que me había dicho era cierto, que lo nuestro se había acabado porque quería retomar su relación con su exnovio. Y a pesar de lo que me dijeron mis ojos sigue costándome creerlo. Me avergüenza haberla espiado, pero era el único modo de comprobarlo, o al menos el único que se me ocurrió en el que no tenía que involucrar a ninguno de mis hermanos en mis asuntos personales.

Si dijese que deseo que sea feliz con él mentiría, no le deseo ningún mal, pero no soporto la idea de que sea otro quien la haga reír, que sea otro a quien regale sus sonrisas, que sean las caricias de otro las que estremezcan su cuerpo y en quien se acurruque en busca de consuelo.

Sé que no tengo derecho a reclamarle nada, y, sin embargo, mi corazón lo hace, reclama el derecho a amarla y tengo que enseñarle a no hacerlo, solo espero que la distancia me ayude a superarlo.

Lo único que logra distraer mis pensamientos es el trabajo, estas últimas tres semanas han estado saturadas, entre la empresa que abandono hoy y mis nuevas funciones en Korean Revolution, mi tiempo libre ha sido muy limitado y el poco del que he podido disponer lo dediqué a averiguar si Zoe me había mentido y a cuidar de TaeOh.

También él la echa de menos, no me dice nada al respecto, pero lo sé. Como sé que no lo hace para no dañarme. Cuando le recogí en casa de su madre, el día en que nos marchábamos, me preguntó por qué ella ya no estaba en casa. Le dije que había encontrado otro trabajo y había tenido que marcharse para poder aceptarlo, que estaba feliz por ella. Se puso muy triste y me preguntó si volveríamos a verla, le respondí que seguro que sí, que algún día, pero que lo importante era que estaba bien y que me había dicho que no olvidase que le quería mucho. Pasó la tarde llorando, pero al día siguiente se hizo el fuerte y desde entonces no ha vuelto a llorar por ella, al menos que yo sepa.

Saludo a la señora Choi y a la señorita Kan SoonJo, en sus miradas distingo la tristeza de la despedida. Desayuno con ellas en la cocina y ambas me dedican sus buenos deseos para nuestro regreso a Seúl, pido a la señora Choi que cuide de mis hermanos mellizos y que ante la menor circunstancia extraña contacte conmigo para avisarme.

Me dirijo a la oficina en la que he pasado los últimos dos años para despedirme del personal y entregar mi despacho al nuevo presidente de la delegación, Miguel Jung Rodríguez, el actual jefe del equipo de ventas, de formación ingeniero de telecomunicaciones y máster en márketing. Le contraté al poco tiempo de llegar por su impresionante currículum y en estos dos años me ha demostrado una dedicación a la empresa que muchos otros empleados que llevan el triple de tiempo no han hecho. Además, hemos jugado algún que otro partido de pádel por mi intención de conocerle mejor en los últimos meses y su competitividad y buen hacer han confirmado lo que pensaba de él, que es el indicado.

No negaré que me supuso un dilema sentimental, por llamarlo de algún modo, no tener en

cuenta a JongSuk para el puesto, pero a pesar de nuestra relación personal, no confío en sus decisiones y temí que acabase arrepintiéndome de haberle designado. Mi mayor preocupación era que dentro de unos meses el señor Yeon tuviese que destituir al director que yo había elegido, eso sería bochornoso y sé que con Miguel Jung no sucederá. Hasta ayer por la mañana no se lo anuncié a la plantilla, tal y como me indicó el señor Yeon, aunque había hablado la semana pasada con Jung, fuera del trabajo. Aunque se sintió abrumado al conocer mi decisión, aceptó y guardó silencio durante todos estos días, un punto más a su favor.

La señora Dávila me sonríe a la llegada con ese halo de melancolía que envuelve a todo el mundo hoy. No me gustan las despedidas, solo espero que el día transcurra sin incidentes y que cuando diga adiós a todos hoy, me sienta orgulloso del tiempo compartido con cada uno de ellos.

Incluida esa persona que estuvo enviándome amenazas y que desde que salió a la luz que las recibía y que tanto la policía como la empresa estaban investigándolo, dejó de hacerlo.

Las pesquisas realizadas por los detectives solo alcanzaron a descubrir desde dónde se enviaban, nada más. Por más que revisaron las cámaras de seguridad de la entrada al cibercafé y mostraron al encargado fotografías de las fichas de empleados y exempleados de la capital, cuatrocientas, no obtuvieron resultado alguno. Ahí concluyó la investigación, en punto muerto y la policía no logró nada mejor.

Muy en contra de los deseos de mis hermanos les mantuve la vigilancia estas tres semanas, aunque si todo sigue bien, la retiraré cuando abandone el país. Al fin y al cabo, voy a hacer lo que quien me amenazaba pedía, marcharme. Espero que el nuevo director no tenga ese tipo de problemas. Para mí, todo quedará en el pasado y no tendré que volver a pensar en ello.

Mantengo una reunión telemática urgente desde mi despacho con la delegación de Seúl, que en realidad resulta ser una despedida por mi último día de trabajo con muchos de los que fueron mis compañeros allí, incluido el señor Yeon. Es emocionante descubrir que me recuerdan con cariño después de tanto tiempo. Me desean mucha suerte en mi nuevo cargo y me emplazan a que tomemos un café o una cena a mi regreso. Claro que lo haremos, ahora tendré mucho más tiempo para ver a los míos, incluida la tía EunJi que, aunque se lleva bien con sus cuidadoras, en ocasiones les rebate las cosas más simples solo por diversión; tenerme cerca endulzará su humor, espero.

Con mi madre y mis tíos, me las arreglaré, desde que tomé la decisión y nos reunimos mis nervios al respecto se han calmado. Hasta que no esté instalado por completo no realizaré ningún cambio, por el momento he dado consentimiento a todas las operaciones realizadas por ellos. Sé que mi despacho está listo, YoungBin me envió una fotografía del nuevo mobiliario, es la antigua oficina de mi padre y siempre fue mi favorito, la panorámica de Seúl es impresionante.

Recibo un mensaje en mi móvil. Es HaNeul, deseándome un buen último día. No hemos hablado desde aquella noche en Seúl, aunque es cierto que me envió un mensaje disculpándose por su actitud y le repetí que no se preocupase, que haríamos como si no hubiese sucedido. Le doy las gracias por sus buenos deseos y ella me responde que le gustaría que nos tomásemos un café en los próximos días, por mi parte no hay problema. No lo hay siempre que no pretenda acabar con lo que comenzó esa noche, tengo claro que HaNeul no me interesa como algo más que una amiga.

Capítulo 35

Zoe

Estas semanas han sido duras, mucho. No sé ni cuantas veces he pensado en ir a casa de DoHwan y pedirle perdón por lo que le dije, en contarle que es mentira, que en ningún momento he tenido intención de volver con Fran.

Y no porque no me lo haya pedido, que lo ha hecho. Cuando quedé con él en una cafetería para recuperar mi disco le encontré muy cambiado. El tiempo no se ha portado mal con él, está bastante bien, más delgado y en forma, se nota que se ha cuidado, que ha estado haciendo ejercicio. También le percibí más calmado, mucho más maduro y sereno, como si el tiempo que hemos estado sin vernos hubiese templado su carácter. Fue amable e incluso dulce, y pude leer en sus ojos lo mucho que se alegraba de verme.

Tomamos un café y conversamos como adultos. Me habló de su vida actual, de cómo su empresa ha crecido y le permite vivir muy bien, también de cuánto está sufriendo porque no puede ver a su hijo todo lo que le gustaría. Lo duro que es para él tener que cumplir un horario de visitas y que jamás pensó que su relación con su pequeño estaría marcada por los designios de un juez. Sé que no debería haberle permitido que me hablase de ello, Lucía me advirtió que le cortase en cuanto comenzase a hacerlo, pero no fui capaz. Le oí e incluso hubo un momento en el que se emocionó al contarme lo dura que fue la despedida de su hijo cuando se mudó a la que es su vivienda actual. La madre no está poniéndoselo fácil, porque ha sido él quien ha roto la relación al darse cuenta de que no la amaba. Tomé su mano sobre la mesa y traté de infundirle fuerzas, le deseé que todo le fuese bien y él me dedicó una sonrisa triste.

—Sé que es demasiado tarde, pero me gustaría hablar contigo de lo que sucedió cuando rompimos —me dijo.

—No hace falta, Fran. Ha pasado mucho tiempo.

—Pero necesito hacerlo. Me gustaría que me dices unos minutos para poder explicarme. Quiero disculparme como es debido, contarte todo y pedirte perdón.

—Ya no importa —digo y su semblante se vuelve más sombrío.

—Sí, importa. ¿Sabes por qué discutíamos tanto Daria y yo?

—¿Cómo voy a saberlo, Fran?

—Por ti —aseguró con una mirada triste.

—¿Por mí?

—Sí. Daria siempre decía que nunca la he mirado como te miraba a ti.

—Pero si me dejaste por ella, eso no tiene el menor sentido.

—Te dejé porque estaba embarazada.

—Eso no es cierto, me dejaste por... por mi problema.

—No. Esa fue la excusa que utilicé, es cierto que quería tener hijos, al menos uno, y cuando supe lo tuyo fue muy doloroso, pero podríamos haberlo superado.

—Estabas liado con otra, Fran. ¿Cómo podríamos haberlo superado? ¿Los tres? —le digo molesta. Y me doy cuenta de que no quiero hablar de este tema, porque ya no sirve de nada.

—Cuando descubriste lo que te sucedía, pasamos unos meses horribles, ¿no lo recuerdas? No querías ni que te tocara, te encerraste en ti misma y cambiaste radicalmente tu actitud conmigo.

—No cambié mi actitud contigo. Estaba hundida, estaba hecha una mierda, solo tenía ganas de llorar a todas horas. ¿Qué esperabas? Acababa de descubrir que nunca tendré hijos, ¿crees que podría estar contenta? —dije en un susurro.

—Pero yo pensaba que era solo conmigo. Estabas triste y enfadada todo el tiempo.

—Con el mundo, no contigo.

—Entonces la conocí...

—Y le reformaste la casa y más cosas.

—Siempre vas a odiarme, ¿verdad? No te culpo.

—No te odio, de verdad que ya no, pero no esperes que seamos amigos ni nada por el estilo. Es cierto que me hiciste mucho daño, en un momento en el que además estaba muy sensible, pero salí adelante y hoy sé que nuestra ruptura fue para bien, al menos para mí.

—¿Estás con alguien?

—Sí. Con alguien que me hace muy feliz —aseguré pensando en él, en mi coreano de ojos azabache, ese cuyos labios no volvería a besar, pero al que sentía que pertenecía mi corazón.

—Un tipo afortunado.

—Yo también lo soy.

—Me alegro, te mereces todo lo bueno que te pase, Zoe. —En su móvil sonó un mensaje, lo tomó y lo miró—. Mi hermana Azahara te manda recuerdos.

—Dale las gracias y envíaselos de vuelta. Tu familia, ¿ellos están bien?

—Mis padres están bien, pero Azahara está en mi casa, se ha operado de la rótula de la rodilla derecha, está bastante dolorida y se quedará conmigo unos días hasta que le quiten los puntos.

—No me digas.

—Le haría mucha ilusión verte.

—No puedo —respondí automáticamente. Bien Zoe, has dicho que No.

—Entiendo. —Su decepción me conmovió, sé que no debería haberlo hecho, pero lo hizo. Así de idiota de remate soy. Su hermana es una buena persona, es tres años menor que Fran, como yo, y llegamos a ser buenas amigas en el tiempo en el que estuvimos juntos, después de que rompiésemos hubo un punto en que dejé de responder a sus mensajes porque todo lo relacionado con él me hacía daño. Sé que tuvieron una fuerte discusión por lo que me hizo y que incluso estuvo un tiempo sin dirigirle la palabra, aunque al fin y al cabo es su hermano y acabaría perdonándole—. No te preocupes, le diré que no tenías tiempo...

No. No. No...

—Bueno, quizá podría acercarme un momento —Joder Zoe, cósete la boca. Pero hazlo de verdad.

—¿En serio? —sonrió feliz como un niño al que han regalado un dulce—. La harás muy feliz, está un poco deprimida porque apenas puede moverse.

Fran me llevó en su coche hasta su nueva casa, un ático cercano a Atocha. Nada más entrar al edificio percibí que es cierto que las cosas le van bastante bien, es un inmueble reformado por completo, desconozco si por su empresa o no, con aparcamiento subterráneo. Tomamos el ascensor desde el parquin hasta el ático, durante todo el trayecto no podía dejar de pensar en que Fran no debía hacerse ilusiones, estaba allí por su hermana, no por él.

Cuando entramos en su casa enseguida vi a Azahara en el sofá, con la pierna vendada a la altura de la rodilla extendida en los asientos. Ella abrió mucho los ojos al descubrir que había acompañado a su hermano y sonrió feliz. Me acerqué a saludarla y me dio un fuerte abrazo. Me dijo que se alegraba mucho de verme y me contó que se había operado por una antigua lesión que había empeorado, sus padres son muy mayores y su hermano se ofreció a hacerse cargo de ella. Aún le quedaban cuatro semanas de recuperación y estaba desesperada por tener que hacer reposo. Fran se metió en la cocina y se puso a preparar café para los tres. Estaba muy guapa, el cabello castaño casi le alcanzaba la cintura, mucho más largo de cómo lo recordaba. Pude ver varias fotografías sobre el mueble de la televisión en las que aparecía Fran con su hijo en brazos, había otras instantáneas del pequeño, un niño moreno con grandes ojos grises, muy guapo, parecido a él.

—Se llama Tomás, es muy bueno y dulce —me dijo Azahara al darse cuenta de lo que estaba mirando—. Este año comienza la guardería y está deseándolo.

—Es muy guapo.

—Lo es. Menos mal que se parece al padre porque la madre es un Orco de Mordor.

—Se nota que te cae bien tu cuñada.

—Excuñada. Mi cuñada siempre serás tú, nadie más. —Tenía que cambiar de tema. Seguro que a Azahara le gustaría que diese una nueva oportunidad a su hermano, pero eso no iba a suceder ni en un millón de años. Y no por venganza, ni por orgullo, sino porque estoy enamorada de otro hombre. De un hombre íntegro que jamás me haría lo que él me hizo, de un hombre que ha sabido hacerme estremecer con su pasión, pero también con su modo de cuidarme tan real y auténtico, demostrándome que amar va mucho más allá de las palabras.

—No, Azahara. Yo seré siempre tu amiga, si tú quieres, pero tu cuñada será otra mujer que ame a tu hermano, y a la que él ame, pero no seré yo, porque mi corazón pertenece a otra persona.

—Lo entiendo —aceptó con expresión triste—. Solo deseo que esa persona te haga muy feliz, mucho, porque es lo que mereces.

—Lo hace.

Durante las siguientes dos horas hablamos de su nueva vida en Madrid, donde se había mudado hacía solo unos meses para mejorar en su carrera como jugadora profesional de pádel, aunque no sabía bien, tras la lesión sufrida, cómo le afectaría. Me contó que pensaba casarse con su novio de toda la vida, Jose, después del próximo verano, cuando él regresase de unas maniobras en el extranjero, porque es militar. Me puso al día de su vida mientras Fran tomaba su café en silencio a nuestro lado, riéndose de algunas de las ocurrencias de su hermana pequeña.

Bruno me envió un mensaje preguntándome si estaba bien, sabía que había quedado con mi ex y estaba tardando demasiado. Le respondí que sí y me di cuenta de que era mejor que me marchase. Me despedí de Azahara con un beso y la promesa de volver a vernos algún día, que probablemente ninguna de las dos haga efectiva. Fran me acompañó al portal e insistió en llevarme a casa, pero me negué, pedí un taxi.

—Gracias por venir, Zoe.

—No tienes por qué dárme las. Solo espero que os vaya muy bien, a los dos.

—Y a ti también. Fui un imbécil por necesitar perderte para darme cuenta de lo mucho que vales, lo siento, de corazón. —Era la primera vez que me pedía perdón por todo el daño que me hizo y esto provocó que un par de lágrimas escapasen de mis ojos—. ¿Puedo darte un abrazo? —pidió con los ojos brillantes. Sabía que no volveríamos a quedar, lo sabía, porque me conocía lo suficiente como para hacerlo. Asentí y él me rodeó con sus brazos y me pegó a su cuerpo, apretándome con fuerza—. Que seas muy feliz, te quiero —me dijo al oído y me besó en la mejilla.

—Lo siento, Fran, pero yo ya no siento lo mismo por ti, aunque también deseo que seas feliz —le dije apartándome con cuidado, él asintió, aceptándolo y me marché de allí.

Durante el camino en taxi de vuelta a casa el único que estaba en mi cabeza era DoHwan. Ojalá fuesen sus brazos los que me hubiesen rodeado, ojalá fuese su perfume el que hubiese respirado en su camisa, ojalá fuese su voz la que me hubiese dicho te quiero. No pude contener las lágrimas.

Le quiero, le quiero muchísimo. Y sé que por eso no puedo negarle la vida que sueña, pero duele, duele demasiado, duele tanto que siento como si tuviese un puñal clavado en mitad del corazón, porque soy consciente de que ni siquiera a Fran le he querido como le amo a él.

Cuando llegué a casa subí las escaleras deprisa y me encerré en mi habitación, mi hermano se había mudado a la de Raquel desde que volví de Seúl, así que estaba sola para poder desahogar mis lágrimas a gusto. O eso creía. Bruno llamó a mi puerta y entró antes de que le contestase. Le miré y volví a enterrar el rostro en la almohada.

—¿Qué tal ha ido? —me preguntó la voz de Yoda desde su teléfono.

—Bruno, no estoy para bromas.

—Si no levantas la cara de la cama, ¿cómo vamos a hablar? —insistió Yoda.

—Es que no quiero hablar —le dije y me pellizcó en el trasero, fuerte, con ganas—. ¡Ah! ¿Estás loco? —protesté revolviéndome.

«Que me mires, coño», me dijo en lengua de signos. «¿Por qué estás llorando? ¿Ese capullo te ha hecho algo?».

—¿Y tú qué haces aquí? No deberías estar por ahí con tu maravilloso novio coreano —dije haciendo pucheros y rompí a llorar de nuevo.

«Pues no, estoy aquí con mi maravillosa amiga española que sabía que me iba a necesitar después de quedar con un gilipollas con el que le dije que no quedase».

—No estoy así por Fran. Estoy así por DoHwan.

«Estás así por idiota».

—Bruno, ¿es que no tienes ni un poquito de empatía?

«La tengo, pero alguien que rechaza al tío que le gusta porque piensa más en su futuro que en ella misma no la merece».

—No quiero volver a hablar del tema, por favor, me prometiste que no volverías a sacarlo. —Lo hizo, después de que discutiésemos justo tras mi regreso de Seúl cuando le conté lo que había hecho. Comportarme como una auténtica idiota, según él. Y según mis amigas, la única que me entendía era Pepi. Pero no se trataba de un debate de la tele en el que tenía que ganar una u otra postura, yo creí que hacía lo correcto y por eso lo hice, punto.

«Es que me enervo. Podríais ser tan felices».

—¿En Corea del Sur?

«O en la Conchinchina, donde sea. Cuando se encuentra el amor verdadero hay que seguirlo hasta el final».

—¿Y que dentro de unos años se dé cuenta de que ha desperdiciado su vida a mi lado, que le he impedido ser padre y me rechace? ¿Sabes cómo me sentiría yo? Como una mierda.

«¿Y cómo te sientes ahora? Porque se te ve genial».

—¿Puedes parar?

«No, no puedo parar. Llevas toda la semana desde que volviste como un alma en pena, incluso has ido al colegio para ver salir a TaeOh, escondida como una tonta. Y me has preguntado por JiMin y JiSeung cada día, pero no has permitido que te hable de DoHwan».

—Porque cuanto más sepa de él más me duele. ¿No lo entiendes? Cuando se haya marchado iré a ver a JiMin y a JiSeung y hablaré con ellos para decirles que aquí me tienen cuando me necesiten.

«Ellos lo saben. JiMin no para de preguntarme si estás bien y JiSeung quiere verte, porque tampoco entiende tu actitud. Sabe que su hermano se hace el duro, pero está sufriendo».

—No me digas nada, ¿es que no me ves? Me duele, me duele que esté sufriendo por mi culpa, me duele más que mi propio dolor, porque él no lo merece, en absoluto.

«Y entonces por qué no te lavas la cara, te presentas en su casa y le cuentas todo, TODO y que tenga la oportunidad de decidir. Y si no lo haces... voy a tener que hacerlo yo».

—Como te atrevas, te prometo por lo más sagrado que dejamos de ser amigos, te lo prometo, Bruno —le amenacé. Él arrugó el ceño, sabía que hablaba en serio. Se pasó una mano por la frente y dio un puñetazo en la cama.

«Joder, ¿cómo puedes permitir que se marche pensando que estás liada con otro cuando sabes que está loco por ti?».

No respondí, enterré el rostro en la almohada y lloré hasta que me quedé dormida.

Capítulo 36

DoHwan

Miguel Jung llama a mi puerta, solo hay una cosa que me resta por enseñarle, la apertura de la caja fuerte de mi despacho y ha llegado el momento de hacerlo. Miguel es un tipo alto, aunque un par de centímetros más bajo que yo, es hijo de un ingeniero coreano que llegó a España para supervisar la fabricación de un buque de guerra en los astilleros de Ferrol. Durante los meses que permaneció aquí conoció a una joven gallega que le robó el corazón y decidió quedarse. Allí creció y vivió Miguel, de ahí su acento gallego, hasta que vino a vivir a Madrid por trabajo en una compañía móvil distinta a la nuestra donde le conocí en una reunión. Su rostro mestizo tiene rasgos occidentales y orientales, es moreno y sus ojos son ligeramente rasgados, apenas tiene barba y su nariz es pequeña y recta. Una buena mezcla, un reflejo de cómo podrían haber sido nuestros hijos, fantaseo y me reprendo de inmediato, ¿a qué se debe este pensamiento? He bajado la guardia un momento y ella ha vuelto a mi cabeza, ¿durante cuánto tiempo me sucederá? Ojalá pueda sacarla cuanto antes.

—Bueno, señor Jung, ha llegado el momento. —Él está serio por el peso de la responsabilidad, le entiendo a la perfección. Cierro la puerta del despacho con llave y me acerco a la estantería en la que tengo varios libros sobre márquetin, en la pared lateral derecha. Quito varios de ellos, solo los necesarios para levantar la parte trasera de la estantería que se desmonta, descubriendo la puerta de la caja fuerte rectangular de mediano tamaño. Saco mi llavero, y elijo una llave de él—. Como puedes ver tiene dos cerraduras, esta es una de las llaves, que siempre llevo conmigo —digo mostrándosela—. Y aquí está la otra —afirmo volviendo a mi escritorio y tomo un lapicero cuadrado lleno hasta arriba de clips metálicos, rebusco entre estos y saco la otra llave—. Esta la tenía ahí mi predecesor y me pareció un buen escondite, tú puedes guardarla aquí o en cualquier otro lugar —tomo la segunda llave y la llevo hasta la caja fuerte y la inserto en la cerradura, giro ambas a la vez y la puerta se abre—. ¿Ves? Aquí están todos los documentos que solo tú deberás manejar, como los nuevos modelos que llegarán el año próximo o los avances tecnológicos patentados. —Miguel asiente, miro entonces el interior de la caja.

—Creo que la dejaré en el mismo lugar, no creo que nadie la encuentre ahí.

—Un momento, alguien ha tocado esto —digo fijándome en el modo en el que están ordenados los dossiers. Soy bastante meticuloso y algo supersticioso, por eso nunca dejo que haya cuatro amontonados. El número cuatro es para nosotros como el trece en la cultura occidental, siempre dejo más o menos de esa cantidad y hay un cuaderno con tres dossiers encima—. Alguien ha tocado la caja fuerte.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabe, señor Goon?

—Lo sé —digo cerrándolo todo y llamo a mi despacho a la señora Dávila. Ella percibe la urgencia en mi voz y acude deprisa—. Cierre la puerta, por favor.

—¿Sucedo algo señor Goon?

—¿Alguien ha estado en mi despacho en estos días?

—No. En estos días no.

—¿Y mientras estuve fuera?

—Cuando usted estuvo en Seúl vinieron a revisar los aires acondicionados de toda la planta, incluido el suyo.

—¿El aire acondicionado? Pero si no estaba estropeado.

—Pues vinieron de una empresa de aire acondicionado.

—¿Se quedaron a solas en el despacho?

—No, bueno, yo estaba junto a la puerta abierta todo el tiempo, ¿qué sucede, señor Goon?

—¿Estuvieron en algún momento cerca de esa estantería?

—No, yo estuve todo el tiempo delante y solo estuvieron ahí. —Indica la tapa del aire acondicionado del techo desmontable que está en un lateral de mi escritorio.

—Está bien, gracias, señora Dávila. —Ella asiente y se marcha, cerrando tras de sí. Dejándonos a solas—. En esa caja fuerte están los diseños del nuevo modelo de teléfono con tecnología 5G que aún no ha salido al mercado. Pero no han podido ser los del aire acondicionado porque antes de ayer estuve revisando documentación y no había signos de que alguien los hubiese tocado. Ha tenido que ser o antes de ayer, o ayer, o esta noche... —reflexiono en voz alta. Miguel tiene la expresión descompuesta, no quiero ver la mía reflejada en un espejo. Miro la tapa del aire acondicionado que en ningún momento he pedido que reparen, si la señora Dávila tiene razón, y estoy convencido de ello, desde aquí en ningún momento llegarían hasta la caja fuerte. ¿Ha sido casualidad? ¿Un error? Imposible. Me subo al escritorio ante la sorpresa del nuevo director de la delegación. Tiro de la tapa y la saco, lleva un cable enrollado con algo en el extremo que quedaba oculto bajo esta, conectado a la electricidad del foco que hay a su lado.

—Madre mía, ¿es una cámara?

—Eso parece —digo arrancándola. Me la meto en el bolsillo y vuelvo a colocar la tapa.

—¿Quién querría...? —Salgo del despacho para ver a la señora Dávila, Miguel Jung me sigue.

—Señora Dávila, ¿puede comprobar, con discreción, quién dio la orden de la revisión de los aires acondicionados?, ¿desde qué departamento se pidió?

—Ahora mismo, señor Goon. —En apenas medio minuto ha localizado la orden de reparación—. Se ordenó desde la central, desde Seúl —dice sorprendida, desliza el archivo hasta el final—. Desde dirección.

—Gracias —respondo y regreso a mi despacho. Que desde Seúl envíen a una empresa a revisar los aires acondicionados no tiene el menor sentido. Así que hay alguien a quien tengo que llamar—. Señor Jung, le informaré de lo que descubra y le ruego discreción absoluta, pero necesito que me deje a solas un momento.

—Por supuesto —dice marchándose.

Una vez a solas marco en mi agenda el teléfono del señor Yeon. Lo coge en el segundo tono.

—¡Hola! ¿Qué tal estás, hijo?

—Bien, señor Yeon, tengo que hablar de algo con usted de forma urgente.

—Dime, pareces preocupado.

—Lo estoy. Alguien ha tocado los documentos de mi caja fuerte, lo sé porque no están como los dejé hace un par de días. Y he descubierto una cámara de vigilancia en mi despacho oculta en el aire acondicionado, cuya colocación parece ser que fue ordenada desde ahí, desde la central, desde dirección...

—Sí, fui yo quien lo ordenó.

—¿Usted?

—Mientras estabas en Seúl. Estaba preocupado por todo el tema de las amenazas y mandé poner la cámara en tu despacho, perdóname por no haberte dicho nada, pero cuanta menos gente supiese que estaba ahí menor riesgo había de que quien te amenaza lo descubriese si es uno de los nuestros.

—Pero las amenazas las recibía por email.

—Ya, pero la cuestión es descubrir si se trata de alguien cercano y el hecho de que no estuvieses en tu despacho podía dar una posibilidad a tu agresor de intentar acercarse a tus pertenencias, voy a hacer que revisen las imágenes de la cámara de seguridad y te informo si encuentran algo.

—Está bien, señor Yeon. Quedo a la espera de sus noticias.

Me molesta que mi jefe haya puesto una cámara en mi despacho, pero no tengo nada que ocultar por lo que no me preocupan las imágenes que pueda haber en ella. Tan solo espero que sirvan para encontrar a quien ha tocado la caja fuerte y descubrir si está relacionado con las amenazas que estuve recibiendo.

En cuanto recibo un mensaje en el que me envían las imágenes de la cámara de seguridad me siento ante el ordenador y comienzo a visionarlas. El señor Yeon me ha advertido de que, en efecto, se ve cómo alguien abre la caja fuerte y me ha pedido que trate de reconocer de quién se trata, porque no se le ve la cara. Mis dotes de fisionomista no son ninguna maravilla, pero espero poder reconocerlo. Avanzo hasta el minuto que me ha indicado en su mensaje y nada más verle atravesar la puerta de mi despacho sé de quien se trata.

El corazón me da un vuelco al reconocerle. ¿Cómo ha podido hacerlo? ¿Por qué? Por muy dolido, por muy resentido que esté, cómo ha podido arriesgarse a perder el trabajo de ese modo. Le veo entrar en mi despacho con seguridad con la cara gacha y una gorra. Son las tres de la mañana, hay muy pocos trabajadores que puedan acceder a esa hora, solo los empleados del almacén y los directivos como yo, como él.

Es Kim JongSuk, aunque no le veo la cara puedo reconocerle a la perfección, en el modo de andar, en el volumen de su cuerpo e incluso en sus gestos. Saca otra llave de su bolsillo y con ambas abre la caja fuerte. Él fue quien me habló de la llave escondida en los clips, era el único que lo sabía además de mí, pero cómo iba a pensar... ¿Y cómo ha conseguido una copia de la que llevo siempre conmigo? Eso sí que no tiene sentido, esa cerradura se cambió porque el anterior director se llevó su llave consigo, el único que la tiene soy yo. ¿Cómo ha podido hacerse con ella?

Me dirijo a seguridad y hablo con el jefe, el señor Jiménez Santos, necesito ver las grabaciones de las cámaras situadas en la entrada, así como en los ascensores, los pasillos y el aparcamiento de empleados de esa misma noche, quizá en alguna de ellas pueda vérselo la cara. Sin explicarle el motivo visiono las cintas con él a velocidad rápida, y no hay nada, no entró por la puerta principal, ni subió por el ascensor. Debió hacerlo por alguna de las escaleras.

—Si me dijese lo que estamos buscando, señor Goon, podría ayudarle —me dice el jefe de seguridad.

—Alguien ha accedido a mi despacho en esa hora que estamos visionando, sin mi autorización, y necesito saber de quién se trata.

—¿Cómo puede ser eso? Los guardas de seguridad jamás permitirían...

—Si usted, conociendo la empresa y el edificio como lo conoce, tuviese que acceder a mi despacho sin ser visto, ¿cómo lo haría? —El señor Jiménez Santos se queda pensativo un instante.

—Accedería por la puerta trasera del almacén uno. Es el almacén de distribución a las franquicias y durante la noche no hay nadie ahí, voy a buscar las imágenes de la puerta trasera de acceso al almacén —dice y lo hace en menos de un minuto. Entonces podemos ver cómo Kim JongSuk aparece de entre las sombras, debe haber aparcado el coche lejos del alcance de la cámara, va con la gorra, le observo sacar una tarjeta electrónica y abrir la puerta, pero en un momento mira hacia arriba de reojo. Es él, sin duda—. Señor...

—Sí. Es él. Hazme una captura de esa imagen e imprímela, métela en una carpeta y déjala en mi despacho. No digas nada de esto a nadie. —Fotografío la pantalla del monitor y llamo al señor Yeon.

Este maldice a voz en grito, me alegro de estar a miles de kilómetros de distancia.

—¡Échalo, échalo como a un perro! —grita por el aparato—. Llama a la policía ahora mismo y que se lo lleven.

—Si me lo permite, me gustaría darle la oportunidad de explicarse.

—¿Explicarse? ¿Cómo explica alguien que es un traidor? Ha debido vender los diseños, estará traficando con la información. Ese maldito desgraciado, me encargaré de que no vuelva a encontrar trabajo mientras viva.

—Señor Yeon, déjeme hablar con él. Es la última cosa que le pido como director de la delegación.

—DoHwan... Está bien, pero le quiero fuera de la empresa en menos de una hora.

Y así será. Lo que ha hecho no tiene excusa, es demasiado grave. Cuando llego a mi despacho hay toda una comitiva de gente esperándome, han traído una tarta y globos de colores, con un letrero en coreano en el que me desean suerte en mi nuevo empleo. Hay personal de todos los departamentos, desde recepción hasta el resto de los directivos, incluido él, que me recibe con una sonrisa sin tener la menor idea de lo que acabo de descubrir. Los únicos que no sonríen tanto son Miguel Jung, el nuevo director, la señora Dávila y el jefe de seguridad que llega con la carpeta que le pedí y me la entrega.

Les doy las gracias a todos, cortamos la tarta y la repartimos. Miro el reloj, estoy seguro de que el señor Yeon me llamará en una hora y ya ha transcurrido media.

—Bueno, tengo que hacer algo, muchas gracias a todos, ha sido un placer compartir estos dos años con vosotros. Por favor, transmitid mi agradecimiento al resto de empleados, sois un gran equipo —les digo.

—Echaré de menos las charlas —me dice Kim JongSuk sonriendo con su cara redonda de luna llena. Creo que va a perder la sonrisa enseguida.

—Pues tengamos una ahora, de despedida —le digo abriendo la puerta de mi despacho. El nuevo director me mira, entendiéndolo todo al instante. Kim JongSuk entra muy sonriente y cierro la puerta con pestillo sin hacer ruido—. Siéntate, por favor —le pido y ocupa la silla ante mi escritorio, me sitúo al otro lado. Enciendo mi teléfono móvil y conecto la grabadora ante él.

—¿Quieres que cante una canción? —bromea, aunque mi cara no tiene que ser muy amistosa en este momento.

—Kim JongSuk, voy a darte solo una oportunidad para contestar, espero que la aproveches... ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¿A qué te refieres?

—Me refiero a las amenazas. —Lanzo mi órdago—, me refiero a que hayas fotografiado los diseños del prototipo que guardo en mi caja fuerte... ¿Por qué? Y cuídate mucho de mentirme porque el señor Yeon quiere que llame a la policía y estoy dándote una oportunidad de resolverlo aquí y ahora. —Su cara se descompone, su respiración se acelera, desvía la mirada, nervioso, se pasa una mano por la frente, acaba de comenzar a sudar. Se frota las manos con los muslos y se rasca la punta de la nariz.

—No sé... No sé de qué. —Trata de sonreír, pero se pone serio. Su tez está lívida, no lo esperaba, esto sí que no lo esperaba.

—Te lo repito por última vez, tienes una sola oportunidad de que no llame a la policía —digo sacando la fotografía en la que se le ve la cara cuando entra por la puerta trasera del almacén. La mira y sus ojos se crispan—. ¿Por qué?

—¿Por qué? —repite poniéndose en pie—. He trabajado duro para esta empresa durante diez años de mi vida, yo merecía ser el director, no tú, pero me han ninguneado y me han pisoteado. Y cuando te trajeron, con tantas leyes y tantas normas, con ese aire de superioridad. ¡Eres un niño malcriado que ha crecido en la abundancia! ¡No podía soportarlo! ¡Cada vez que miraba para dentro y te veía ahí sentado se me revolvían las tripas!

—¿Has trabajado duro para esta empresa? ¿Es que crees que no sé que detrás de todos esos desfases de cuentas no están las malas acciones llevadas a cabo por ti junto al anterior director? Sé que él se llevó toda la culpa, pero ahora estoy seguro de que no fue el único en beneficiarse de todo eso. Yo lo único que he hecho desde que llegué es trabajar duro en el puesto que me asignaron. ¿Y amenazarme? ¿Amenazar a mi familia? ¿Cómo conseguiste las llaves del almacén, la del despacho y sobre todo la de la caja fuerte?

—Te han dado todo lo que siempre deseé, ¿cómo podía permanecer impasible mientras veía cómo me menospreciaban? Yo pensaba que si te marchabas yo...

—¿Pensabas que si me marchaba serías el nuevo director? El señor Yeon nunca confió en ti para un puesto así.

—Tú tampoco. Has designado a otro niño como tú para sustituirte. En lugar de a mí, que me he esforzado por hacerte la vida más fácil.

—He designado a alguien que creo que valora el puesto y se preocupa por la empresa por encima de intereses personales, ¿acaso tú puedes decir eso? ¿Cómo conseguiste mi llave? ¿Y qué has hecho con la información del dossier? —Kim JongSuk baja la mirada, no parece dispuesto a responder. Levanto el teléfono de mi despacho y marco un número que sé que no pertenece a ninguna terminal—. Señora Dávila, ¿puede llamar a la po...? —Kim JongSuk pulsa el botón de colgar de la base del teléfono.

—Te drogué.

—¿Qué?

—La noche que salimos con la señorita Maeng JiYu, eché un medicamento en tu vaso de soju —confiesa y entonces entiendo cómo pude sentirme tan mareado sin haber bebido tanto. Trato de mantener la calma para no saltar sobre él y molerlo a golpes—. Mi mujer fingió salir a llamar por teléfono, pero en realidad fue a hacer una copia de la llave en el servicio que había al lado,

por eso elegí ese restaurante.

—¿A quién has enviado las imágenes del prototipo?

—A nadie. Están aún en mi móvil.

—¿A quién pensabas enviarlas? —Vuelve a quedarse callado y yo a levantar el teléfono—. A Trulee Telecom, he estado negociando con ellos. Me han ofrecido un puesto importante.

—Eres un jodido traidor sin el menor escrúpulo —le digo, él agacha la cabeza. No me creo que esté avergonzado por lo que ha hecho, solo contrariado porque le he descubierto—. Vas a salir de este despacho y dirigirte al tuyo, allí tomarás todas tus cosas y te marcharás para siempre de esta empresa.

—¿No me vas a denunciar?

—No voy a denunciarte por las amenazas, lo que haga el señor Yeon con el espionaje, no es cosa mía.

—Pero si me denuncian por espionaje ninguna empresa querrá contratarme. Mi familia no podrá soportar la vergüenza.

—Es algo de lo que eres el único responsable, Kim JongSuk —digo y su rostro se pone muy rojo, está furioso, mucho. Me pongo en pie, preparado para defenderme porque temo que va a saltar sobre mí. Pero sale corriendo contra la ventana de mi despacho y se lanza sobre ella. Por suerte se trata de un vidrio blindado y lo único que logra es golpearse con dureza en la cabeza, cae de espaldas sobre el suelo, inconsciente, sangrando por la sien.

Oigo ruido fuera y la puerta de mi despacho se abre con la llave de la señora Dávila, tras ella entra todo el personal que estaba fuera felicitándome y descubre la escena. Me agacho para comprobar que está bien. Miguel se acerca a mí. Le busco el pulso, tiene.

—¿Es él?

—Sí. Llamad a los servicios médicos, ha intentado saltar por la ventana.

Capítulo 37

Zoe

Hoy es el día, hoy DoHwan y TaeOh regresan a Corea del Sur para no volver.

Hoy es el día en el que se marchan. Hoy es el día en el que se alejarán definitivamente de mí, para siempre. Solo quiero estar sola y llorar, llorar hasta que se me agoten las lágrimas, para poder continuar adelante. Sé que estoy hecha un desastre, llevo todo el día en pijama sin ganas de hacer nada. Pero es que tengo el corazón roto por la mitad, creía que, con el paso de los días, de las semanas, el dolor iría apaciguándose, y que estaría preparada para este momento, pero no es así.

Lucía está en Murcia por trabajo, aunque llega esta noche, Bruno está trabajando y cuando salga habrá quedado con JiSeung así que estaré sola en casa todo el día, Pepi debe estar en la suya, Raquel ha ido a ver a la directora de la galería en la que expondrá en dos semanas. Mi hermano ha vuelto a Málaga, aunque regresará en unos días, no para verme a mí, desde luego, al parecer a él y a Raquel les va bastante bien juntos. Yo debería haber ido a entregar unos currículums para encontrar otro trabajo en lugar de comerme los pocos ahorros que tengo, pero es que no me apetece empezar otro trabajo de mierda. Mi cabeza no deja de dar vueltas, entre ellas seguir el consejo de DoHwan y centrarme en acabar mi carrera, irme a Málaga para hacerlo, donde no tendría tantos gastos y donde me vendría bien despejar la cabeza un tiempo.

Sé que su vuelo sale a las seis de la tarde, me lo ha dicho TaeOh, me ha enviado un mensaje con corazones y le he dicho que le quiero mucho y le he deseado que vaya todo muy bien. Me ha escrito en varias ocasiones en estos días, mensajes cortos con sus cosas de niño: una foto de un perrito, de un helado o de sus excelentes notas finales. No he querido extenderme mucho en los míos por si DoHwan lo descubre y le sienta mal.

A las seis, demasiado pronto. Son las dos y ya estoy como un alma en pena.

No me apetece comer ni hacer nada. Bajo al salón y enciendo la televisión con la esperanza de distraerme y mi plataforma de *streaming* está repleta de series coreanas, le he pedido a Bruno que deje de verlas en mi perfil, pero siempre se olvida de cambiarlo. Pongo la televisión normal y me aparece una película de Daniel Henney, actor mitad coreano mitad estadounidense, busco una emisora de música en la televisión y me encuentro con Left and Right, de Charlie Puth y JungKook, de los BTS, miro hacia el techo. ¿En serio, señor Universo? ¿Tienes ganas de burlarte de mí?

Apago la tele y me acurruco entre los cojines. Los momentos que pasamos juntos en Daecheon no dejan de pulular por mi cabeza: cuando hicimos el amor por primera vez, en la playa, mecidos

por las olas del Mar Amarillo, cuando visitamos el bosque de bambú de nombre impronunciable y me confesó que estaba enamorándose de mí, cuando visitamos el templo de Muryangsa y nos revolcamos entre las hojas del bosque, cuando me probé el *hanbok* que me regaló y que me llegó a casa por mensajería a los pocos días de mi regreso, sin una nota, sin nada que me hiciese saber de él, y que tengo en mi habitación guardado como una reliquia de nuestro amor imposible. Me pregunto si estará bien, si pensará en mí, si su madre le habrá tratado con dureza estos días por su decisión de hacerse cargo de su nuevo puesto en la empresa...

La puerta de entrada se abre y por ella aparece Pepi con una fiambarrera enorme.

—Raquel me ha dejado la llave, está terminando de hablar con la directora de la galería y viene hacia aquí. Te he traído un caldito del que quita las penas —me dice y va a dejarlo en la cocina.

—No hacía falta, estoy bien... —le digo cuando me alcanza. Se acerca y me da un beso en la mejilla.

—Apestas.

—Gracias.

—Que estés triste no es una excusa para descuidar la higiene. Ve a ducharte que yo voy a ir calentando la comida.

—No he descuidado mi higiene, habré sudado mucho esta noche porque no podía dormir.

—Y más que vas a sudar a este paso. —Pepi me toca la frente como suele hacer mi madre cuando piensa que estoy enferma—. ¿El mal de amores da fiebre? Porque tienes más de 37 grados.

—Déjame, por favor —digo tumbándome de nuevo. Pepi busca el termómetro en el pequeño botiquín que tenemos en la cocina y me lo pone, sus sospechas se confirman, tengo casi treinta y ocho de fiebre, busca un paracetamol y me obliga a tomarlo.

—Zoe, escúchame.

—Déjame, estoy convaleciente.

—Me da igual. Escúchame. Has tomado una decisión que podrá estar acertada o no, pero ahora te toca afrontarla.

—¿Tú también crees que me equivoco? —le pregunto con voz mimosa.

—No. No lo sé. No sé si es la decisión más acertada, pero creo que yo habría hecho lo mismo que tú —me dice y la abrazo. Pepi me aprieta con energía contra su cuerpo de mamá cariñosa y después se aparta despacio para mirarme a los ojos—. Ahora debes tener las narices de vivir con ella, de echarle ovarios a la vida y seguir adelante, no puedes quedarte penando día tras día, sufriendo por lo que podría haber sido. Sé que duele mucho, porque cada día te preguntarás qué habría sucedido en caso contrario, pero tienes que dejar eso atrás. Tienes que mirar adelante y seguir con tu vida.

—¿Y eso cómo se hace?

—Has vivido veintiséis años de tu vida sin saber de su existencia, no te digo que lo olvides porque nunca lo harás, pero tienes por delante muchos años para superarlo y cada día será un poco menos difícil. Confía en eso —me dice con los ojos vidriosos.

—Gracias, te quiero mucho.

—Y yo a ti. Por eso no quiero verte así. Cuando te sientas un poco mejor con el paracetamol vas a subir, te vas a duchar y vas a disfrutar de una comida con tus amigos.

—Vale —digo limpiándome las lágrimas con los dedos—. Lo haré.

—Pues venga, descansa.

—¿Y los niños cómo están? ¿Y Ángel? Que ni siquiera te he preguntado por ellos.

—Los niños están bien, y Ángel está otra vez muy misterioso, es como si quisiese decirme algo, pero no se atreve.

—¿Estás otra vez con las sospechas de que tiene una aventura? —Ella se encoje de hombros.

—Está yendo al gimnasio y haciendo dieta. No sé si es una aventura, pero algo se trae entre manos. Pero bueno, ya lo descubriré, así que no te preocupes, ahora lo importante es que tú estés bien. Voy a poner a calentar la comida.

—Pues yo voy a la ducha, que mi amiga dice que apesto.

—Como un sapo.

Media hora después llegan Raquel y un poco más tarde Bruno. Mis amigos han venido a estar conmigo, a acompañarme en mi dolor. Después de la ducha y la conversación con Pepi me siento mejor y aunque no dejo de mirar con disimulo el reloj, intento que el tiempo se me pase deprisa con sus tonterías. Comemos todos juntos el puchero sanador de Pepi y cuando llega la hora en la que él se marcha, tratan de hacerme sonreír, pero mi cuerpo está enfermo y mi alma más aún. Aun así, me siento muy afortunada de tenerles.

Esa noche Lucía duerme conmigo en mi cuarto, no hablamos del tema, no me dice nada, solo me abraza y me recuerda que siempre estará aquí para mí.

Capítulo 38

DoHwan

TaeOh duerme a mi lado con el sillón extendido, acaba de dormirse después de terminar un libro llamado *Mi familia es de otro mundo*, en el que tratan en clave infantil los distintos tipos de familias que existen. Se lo compré porque creo que la nuestra sí que lo es, de otro mundo, y a pesar de ello puede ser tan maravillosa y especial como cualquier otra. Según parece le ha gustado mucho porque ha estado mostrándome las imágenes de los distintos tipos de familia con ilusión. Aún quedan cinco horas de vuelo y voy a emplearlas en cerrar mi informe sobre lo sucedido para la empresa. No tenía planeado pasar las dos últimas horas de mi estancia en Madrid declarando en una comisaría de policía, pero así lo he hecho, explicando lo ocurrido con Kim JongSuk, aunque como le dije a él, no he mencionado nada sobre las amenazas. No tiene sentido, no creo que en realidad pretendiese hacerme daño y tendrá bastante castigo con la demanda que, estoy seguro, el señor Yeon interpondrá contra él en nombre de la compañía.

Ha sido duro despedirnos de JiSeung y JiMin, los mellizos han tratado de contener las lágrimas, sin éxito, y tanto ellos como TaeOh me lo han puesto difícil para no llorar. Han insistido en acompañarnos al aeropuerto, antes de embarcar JiMin llevó a TaeOh a comprar chucherías, de las que ya se ha comido más de la mitad, y JiSeung aprovechó para hablar conmigo a solas mientras tomábamos un café. En todos estos días, desde que regresamos de Seúl, ha tratado de sacarme el tema de Zoe, pero no se lo he permitido. Zoe es asunto mío, al parecer su amigo Bruno no le ha contado por qué discutimos, o quizá ella no se lo ha contado a él y lo desconoce. Pero ahora, ante mi inminente partida, pareció haber tomado la determinación de hablarme de ello estuviese dispuesto o no. La mirada intencionada de mi hermano no me pasó desapercibida y cuando dejó la cucharilla sobre la mesa sabía qué palabras abandonarían sus labios.

—¿Has hablado con ella? ¿Te has despedido al menos?

—¿De quién?

—Vamos hermano, no te hagas el tonto, nunca se te ha dado bien fingir.

—¿No? Pues creía que lo tenía dominado —afirmo dedicándole una sonrisa cínica.

—¿Has hablado con Zoe?

—No, desde que no trabaja para mí. Sí me he despedido del resto de empleados.

—DoHwan, he respetado tu privacidad todo este tiempo, incluso cuando nos explicaste tan brevemente que la señorita Ji HyeRim volvía y Zoe ya no regresaría, cuando me dijiste que no me hablarías de tus temas personales.

—Eso no ha cambiado, ¿no crees? ¿Te he preguntado yo por las chicas con las que sales?

—Hay poco por lo que preguntar ahí —me dice con una sonrisa irónica que no entiendo—. Venga, Zoe y tú parecíais tan cercanos esos días en Daecheon que creí que era importante para ti. No sé qué sucedió, y de repente, se había marchado y no querías saber nada más de ella.

—No sucedió nada. —No voy a discutir mis intimidades con uno de mis hermanos pequeños, y menos si tengo que decirle que prefirió huir detrás de su antiguo amor a arriesgarse a descubrir lo que podíamos tener juntos. No quiero que piense mal de Zoe—. Como ella solía decir: lo nuestro tenía fecha de caducidad. Y caducó, sin más, así ninguno de los dos sufriría más de la cuenta.

—¿Cómo puedes ser tan frío? Se trata de Zoe.

—De una chica a la que hace apenas un par de meses que conozco, ¿qué esperabas que hiciese? ¿Que lo dejase todo por estar con ella? —Si tan solo me hubiese dicho que sí, habría estado dispuesto a hacerlo.

—Un par de meses bien pueden valer toda una vida, hermano. No lo olvides.

—No lo haré y espero que tú tampoco —digo revolviéndole el cabello como cuando era un niño—. Así que esfuérzate y céntrate en lo que vais a hacer.

—Solo te digo que lo pienses, que no cuesta tanto mandar un mensaje de despedida, aunque solo se trate de enviar buenos deseos y dejar las cosas bien.

Miro mi teléfono móvil. ¿Un mensaje de despedida? ¿Y qué le digo, gracias por desecharme como un trasto inservible, por no preguntar por TaeOh siquiera en todos estos días? ¿Por no darme ni las gracias por haberte enviado el *hanbok* a casa? Aunque lo cierto es que lo hice porque no soportaba ver la bolsa en mi habitación y recordarla.

Solo deseo que tu sonrisa brille siempre con la misma luz, que nunca olvides cuánto mereces ser amada y que cada uno de tus días sea más feliz que el anterior. Adiós, Zoe.

Lo envío. Y apago el teléfono.

Capítulo 39

Zoe

Churriana, tres meses después.

—Cariño, ¿estás bien? —me pregunta mi madre devolviéndome a la realidad, he vuelto a quedarme alelada leyendo por millonésima vez el mensaje con el que DoHwan se despidió de mí. Un mensaje al que no tuve fuerza para responder cuando lo vi a la mañana siguiente, al despertar. En el que, a pesar de todo, me deseaba que fuese feliz.

—Sí, mamá, estoy bien —le respondo forzando una sonrisa, bloqueando el teléfono. Pero no lo estoy. Pensé que, con el paso de las semanas, de los meses, sería más fácil, pero no es así. En absoluto. Su imagen, sus palabras, sus besos acuden a mi cabeza cada vez que bajo la guardia. Mientras estoy ocupada con los estudios o con mi trabajo, de nuevo como camarera en el restaurante de mi tío, es más llevadero. Sin embargo, cuando tengo tiempo para mí, su recuerdo se hace más presente y me pesa en el pecho. Es una sensación casi física, como si hubiese una herida que he tapado a base de trabajo, pero que sé que sigue ahí, abierta, desangrándome. Quizá necesito más tiempo aún, pero ¿cuánto más tendré que vivir con esta tristeza que me acompaña a cada paso?

¿Podré superarlo algún día? Mi cabeza me dice que sí, que llegará un día en el que no piense en él cuando me despierte por la mañana, en el que soñar con sus besos y sus caricias no me dará temor cuando cierre los ojos cada noche.

A pesar de todo he avanzado mucho en mi Trabajo Final de Grado y en un par de meses espero poder darlo por terminado y al fin lograr el título que me permita seguir avanzando en mi carrera profesional, quizá eso me ayude. Aunque algo en mi interior me dice que no será así, como tampoco me ha ayudado volver a casa para empezar de nuevo aquí.

Estar lejos de Lucía, de Bruno, Raquel y Pepi ha hecho que al menos nadie me hable del tema, que nadie sepa lo que me sucede, pero no por ello duele menos. Qué ilusa fui al pensar que eso también ayudaría. No extraño mi vida en Madrid, a ellos sí, pero no a mis días sin saber hacia dónde encarrilaría mi existencia.

—¿Seguro que estás bien, cariño? Desde que volviste estás... triste —dice mi madre, sosteniendo la taza de su café. Estamos en la cocina, es miércoles y tengo turno de mañana. Mi padre está dormido aún y Rudy hace rato que se marchó a sus clases en la universidad—. ¿Es por Fran? ¿Aún piensas en él?

—No. Hace tiempo que dejé de pensar en él, mamá.

—Sé que te hizo mucho daño, y que tu padre dijo que si alguna vez se atrevía a venir a buscarte le daría una paliza —añade con cuidado—. Pero si decidieses perdonarle, yo hablaría con él, sería difícil, pero lo aceptaríamos.

—¿Por qué dices eso? No voy a volver con Fran.

—Es que sé que ha seguido preguntándole a Rudy por ti, interesándose por cómo estás y he creído que...

—Fran es mi pasado y tengo que mirar al futuro, mamá —le digo y ella respira aliviada—. Y voy a pedirle a mi hermano que no responda a sus mensajes, no sé por qué no me ha dicho nada.

—No te ha dicho nada porque le dije que no lo hiciera —asegura—. No creo que te haga bien saber de él.

—Lo cierto es que me es indiferente, no le tengo rencor mamá, ya no —le digo tomando su mano sobre la mesa, la mirada triste de mi madre me rompe el corazón. Está preocupada por mí, sé que mi padre también, incluso Rudy ha intentado sacarme de casa cuando se queda en Churriana el fin de semana. Porque uno sí y otro no sube a Madrid para ver a Raquel. Lo suyo va adelante, incluso mi madre lo sabe y la ha invitado a pasar un fin de semana en casa, dentro de dos semanas. Me cuesta creer que estemos a mediados de octubre y no porque los días pasen deprisa, que no lo hacen, sino porque es como si hubiese perdido la noción del tiempo.

—Me parece increíble lo mucho que has madurado, Zoe. Pareces otra persona.

—Quizá lo soy, soy otra persona, mamá.

—Yo solo quiero que seas feliz, cariño.

—Lo seré mamá. Es solo que... no me siento bien.

—No es por Fran, de acuerdo, pero, dime la verdad, ¿hay otro chico? —me pregunta directamente e imagino cuánto ha debido costarle hacerle sabiendo lo reservada que soy para mis sentimientos. Asiento—. ¿Ves? Lo sabía. ¿Te hizo daño?

—Yo se lo hice a él, mamá. Y me siento fatal por haberlo hecho.

—Pues arréglalo.

—No tiene arreglo. De verdad, no te preocupes, estoy bien —digo poniéndome en pie y forzando una sonrisa—. Me voy a trabajar.

Ella asiente no demasiado convencida. No quiero que mi familia se preocupe por mí y debo cambiar de actitud, debo seguir adelante incluso con el corazón roto, y lo haré, por ellos.

Paso la mañana en el restaurante, es un trabajo estresante, aunque nada que ver con la época estival, ahora estamos en temporada baja. Pronto llegará el puente de diciembre y el trabajo se multiplicará por diez. Pero trabajar para mis tíos hace que pueda tener un sueldo con el que mantener mis necesidades sin pedir dinero a mis padres y, además, ayudar algo en casa. Incluso estoy ahorrando para hacer un máster el año que viene, cuando por fin tenga mi título.

Cuando me siento en la terraza a tomarme un café en mis veinte minutos de descanso le echo un vistazo a mi móvil que siempre pongo en silencio. Veo entonces que tengo tres videollamadas perdidas de Bruno, imagino que mi amigo va a contarme cómo va la grabación del primer disco de Sons of Goryeo. Sí, porque JiMin y JiSeung se han cambiado el nombre por recomendación de la discográfica y se les ocurrió ese, que me encanta.

Aunque no he sabido nada de DoHwan, sí que he mantenido el contacto con JiSeung y JiMin, sobre todo con el primero. Están eufóricos después de firmar el contrato con la discográfica y en Navidad estrenarán el primer sencillo en un gran festival en Reino Unido en el que estoy convencida de que van a ser un auténtico éxito, porque he oído las versiones preliminares de varios de sus temas y son geniales. Le devuelvo la llamada y descuelga enseguida.

—Buenos días, ¿cómo estás, amigo?

«Zoe, ha pasado algo», me dice. Por su expresión sé que es grave.

—¿Qué ha pasado?

«La tía EunJi ha sufrido otro infarto».

De repente siento como si un jarro de agua fría me hubiese caído por la cabeza. Siento frío y mi cuerpo comienza a tiritar. Dios mío, pobre tía EunJi, DoHwan debe estar destrozado.

«Se acostó a descansar después del almuerzo y de pronto empezó a sentirse mal. En Daecheon la estabilizaron y la madre de los Goon hizo que la derivasen a Seúl de nuevo en un helicóptero medicalizado, pero al parecer está muy mal». No reacciono, no soy capaz de reaccionar. «JiSeung me ha llamado, está muy nervioso, esta tarde él y JiMin salen para Seúl. Voy a ir con ellos, Zoe. Están muy mal y no quiero dejarles solos».

—Voy con vosotros.

«¿Estás segura?», me pregunta sin poder camuflar su preocupación por mí. Él sabe lo duro que está resultando para mí olvidar a DoHwan, lo imposible, mejor dicho. Sé que es una locura, pero necesito verle, necesito mirarle a los ojos, abrazarle y decirle que todo va a salir bien... No sé cómo puede reaccionar, pero si no le acompaño en este momento no me lo perdonaré jamás.

—La tía EunJi es una mujer entrañable, fue muy amable conmigo. Quiero acompañar a JiMin y JiSeung en estos momentos. Además de que necesito ver con mis propios ojos cómo está DoHwan.

«Salimos a las siete de la tarde, son las diez de la mañana, ¿cómo vas a venir?».

—Reserva mi billete, por favor, aún no sé cómo llegaré, pero a las siete estaré ahí.

«Vamos en un avión privado».

—Pues nos vemos en el aeropuerto.

Compruebo con mi móvil que no hay ningún vuelo desde Málaga, ni Sevilla, ni Cádiz que me permita llegar a tiempo a Madrid, así que solo me queda una opción. Me quito el delantal, voy a ver a mi tío y le explico que me ha surgido algo muy urgente y tengo que tomarme un par de días. Él me pregunta si estoy bien, imagino que preocupado por mi expresión, y le respondo que sí, es solo que tengo que acompañar a un amigo en un momento complicado.

Hago mi maleta en menos de quince minutos con un par de mudas de ropa, mi madre no está en casa así que tendré que dejarle una nota. Cuando salgo de mi habitación me encuentro con mi padre en el salón, acaba de llegar de su caminata matutina.

—¿Te vas? —me pregunta al verme cargar con la maleta.

—Tengo que irme, papá, hay un amigo que me necesita.

—¿Un amigo que te necesita? ¿Bruno?

—No, es otro amigo —me acerco y le beso en la mejilla.

—¿De Madrid?

—No, de Corea del Sur.

—¿Queeeé?

—Tengo que irme papi, alquilaré un coche.

—¿Vas a ir en coche?

—Alquilaré un coche hasta Madrid. Y después tomaré un vuelo...

—Voy contigo —dice abriéndose la chaqueta del chándal dispuesto a cambiarse de ropa y acompañarme.

—¿Qué? No, no puedes venir, no tienes pasaporte. Tranquilo papá, de verdad, allí hay mucha seguridad por todas partes, no va a pasarme nada y no estaré sola, voy con Bruno y otros amigos.

—¿Tú has estado en Corea del Sur?

—Sí —admito al ser descubierta—. Siento no habérselo contado. Os lo explicaré, de verdad, cuando vuelva. Pero ahora tengo que ir a alquilar un coche.

—Espera —me pide y busca en su bolsillo las llaves del suyo. Apenas tiene dos años, es un Volkswagen Golf rojo al que cuida casi con devoción y lava cada fin de semana, normalmente hay que echar una instancia al Ministerio de Transporte para que nos deje utilizarlo a Rudy o a mí, y está ofreciéndomelo—. Conduce con cuidado.

—Gracias, papi —digo, le doy un beso y me marchó como alma que lleva el diablo.

Capítulo 40

Zoe

Llego al aeropuerto a las cinco, solo he parado una vez, para ir al baño, en todo el camino. Bruno me espera junto al control de seguridad con mi pase hacia la sala VIP donde permaneceremos hasta el momento de embarcar. Le abrazo y toma mi mano, pasamos por un control de seguridad distinto al habitual, enseñando el pase que lleva Bruno, y nos dirigimos a la sala donde esperaremos hasta el embarque.

Conozco el lugar, pasé en él unos minutos junto a TaeOh y DoHwan la vez anterior. Nada más atravesar las puertas de cristal opaco veo a los mellizos, sentados en los sillones de piel con mirada taciturna. JiMin alza la vista y me ve entrar, se pone de pie y cuando le alcanzo le abrazo y se echa a llorar en mi hombro. JiSeung también me abraza y siento el cariño de ambos, ojalá también ellos puedan sentir el mío.

—Se va a morir, ¿verdad, Zoe? —me pregunta JiMin. Me siento a su lado y le cojo la mano. Las lágrimas recorren sus mejillas y caen sobre nuestras manos, su pecho se agita con el llanto. Tiro de él y le abrazo de nuevo.

—No pienses eso, seguro que también logra recuperarse.

—DoHwan dice que debemos prepararnos para lo peor, pero ¿cómo puedo prepararme para eso? —me pregunta apartándose para mirarme a los ojos.

—No creo que sea posible. Lo mejor es esperar, esperar su evolución, qué dicen los médicos... No hay otra.

—Gracias por venir, Zoe —dice entrelazando nuestros dedos—. Sé que he estado un poco distanciado estos meses desde que te fuiste... —Es cierto, antes de volver a Churriana le envié varios mensajes preguntándole cómo estaba o invitándole a que tomásemos un café y, o no me respondía o cuando lo hacía era al par de días, declinando la oferta. Al menos sabía por JiSeung que estaba bien, aparentemente. Porque ahora que le miro con detenimiento está más delgado y parece agotado, su rostro refleja un cansancio que no parece debido a la situación—. Pensé que lo mejor sería centrarme solo en el trabajo.

—No pasa nada, cada uno necesitamos un tiempo distinto para sanar las heridas. Y ahora, ¿estás bien?

—Sí.

—¿Seguro? Estás más delgado y pareces cansado, JiMin, si necesitas cualquier cosa, no olvides contar conmigo.

—Es el trabajo. Estoy mañana, tarde y noche componiendo y probando canciones, editando

música, haciendo arreglos, hablando con el productor... es nuestra oportunidad y tiene que salir bien.

—Lo hará, vais a triunfar, estoy segura. Y cuando lo hagáis tenéis que venir a tocar a Málaga para que pueda alardear de vosotros. —Le hago reír y es una victoria—. También puedes venir cuando necesites desconectar, cuando estés saturado y necesites aire puro y paisajes inolvidables, no tenemos el Mar Amarillo, pero tenemos el Mediterráneo que es otra maravilla. En serio, si alguna vez lo necesitas, ven.

—¿Y DoHwan? —pregunta con cautela. Aparto la mirada.

—También puede venir.

—¿Qué os pasó? Parecíaís estar tan bien y de pronto... Ninguno de los dos habéis contado nada al respecto.

—Porque es mejor así, las cosas del corazón es mejor dejarlas en la intimidad —digo y él se encoje de hombros.

—¿Aún sientes algo por él? —me pregunta y asiento.

—Los hermanos Goon sois importantes para mí, los cuatro.

—Sabes que no me refiero a eso.

—Es complicado. Ni siquiera sé cómo va a reaccionar cuando me vea, quizá me eche de allí.

—Mi *hyung* jamás haría eso —dice cogiendo mi mano de nuevo y presionándola con cariño—. Temo más a la reacción de mi madre cuando nos vea a nosotros, espero que se comporte.

—Seguro que sí, a pesar de su carácter ama a su tía y no creo que haga un escándalo —digo rezando en mi interior para que sea así, no respondo de mis actos si le hace daño a alguno de ellos.

—En un rato embarcamos —nos informa JiSeung—. Voy a tomarme un refresco con Bruno, ¿queréis?

—No, gracias —respondemos al unísono. Y vemos cómo se alejan hacia la cafetería.

—Esos dos están juntos, ¿a que sí? —Me pregunta con una mirada cómplice. No sé qué cara poner—. Vamos Zoe, es evidente.

—¿Lo sabes?

—Sé que mi hermano es gay desde sexto curso. Desde que estaba enamorado del idiota que lo acosaba y al que tuve que partirle la cara.

—¿Lo has sabido todo este tiempo? ¿Y por qué no se lo has dicho?

—Es algo privado, él decidirá el mejor momento para contármelo.

—¿Y te has peleado con muchos chicos por tu hermano? —pregunto con una sonrisa.

—Con unos cuantos. Nunca he soportado que lo menospreciasen, siempre ha sido muy sensible a cosas que los demás no podíamos ver, creo que por eso es tan buen músico. Nadie de nuestro entorno sabe de su orientación sexual, quizá la tía EunJi, pero nunca lo hemos hablado abiertamente.

—¿Y qué te hace sospechar que vuestra tía lo sabe?

—Un verano, cuando teníamos unos quince años, estábamos en el patio asando cangrejos y hablando de la vida y nos dijo que nunca debíamos avergonzarnos por la persona a la que amáramos. Que debíamos amar sin miedo y el mundo debería entenderlo y que, si no lo hacía, el problema lo tenía el mundo, no nosotros. Yo supe de inmediato que lo decía por JiSeung que llevaba unos días algo melancólico, estaba colado por el hijo de un vendedor de fruta del mercado de Daechon y le habíamos visto paseando con su novia —revela con una sonrisa enternecedora. La tía EunJi, qué mujer tan especial—. Creo que Bruno es su primera pareja

formal.

—Pues no es porque sea mi mejor amigo, pero Bruno es un amor.

—Eso espero, no quiero tener que pegarme con él —afirma entre risas, consciente de que dada la complexión física de ambos no duraría un solo asalto.

—Y vuestra madre, ¿cómo crees que se lo tomaría si se enterase?

—Su reacción con DoHwan en la cena en casa de la tía EunJi no sería nada comparada con la que podría tener si se enterara.

—Vaya. Debe ser duro para JiSeung pensar en ello.

—En Corea del Sur lo de salir del armario es un tema delicado. Hay muchas familias que se avergüenzan de sus hijos y les dicen cosas dolorosas, uno de mis amigos de la universidad es gay y su padre le dijo que ojalá se hubiese casado con su primer amor en lugar de con su madre porque así él no habría nacido. Me da mucha envidia el avance de vuestra sociedad en ese sentido.

—Madre mía, qué triste que una de las personas que más quieres te diga algo así. Y aunque nosotros hayamos avanzado sigue sin ser algo normalizado del todo. La madre de Bruno, por ejemplo, sabiendo que es gay, le ha dicho en más de una ocasión que algún día inventarán una medicina que lo cure, como si fuese una enfermedad.

—¿Y qué respondes ante eso?

—Que no la tomaría ni aunque le atasen para hacerlo porque es feliz como es.

Cuando subimos al avión JiSeung se sienta con su hermano y Bruno frente a mí, sin quitarle el ojo de encima a su enamorado, pero después de una siesta JiMin me ofrece que echemos una partida al Jenga y nos mudamos a otro par de asientos. Casi de inmediato Bruno se sienta junto a JiSeung. JiMin, al verlo, me dedica una sonrisa cómplice que le devuelvo.

—Qué bonito es el amor —me susurra en voz baja.

—¿Y tú? ¿Qué tal te van las cosas en el terreno sentimental?

—Después de tus calabazas, quieres decir. Se dice así, ¿no? Me diste calabazas.

—Sí, se dice así. Pero mis calabazas eran cariñosas y muy dulces —respondo haciéndole reír —. ¿Qué? ¿Alguna chica? Porque la señorita Han SoHee parecía muy interesada en ti —sugiero con prudencia.

—SoHee y yo hemos hablado estos meses, tuvimos algo antes de que me viniese a España, pero jamás podría estar con alguien que no confíe en mí.

—¿Y ella no lo hace?

—No.

—Pues si ella no confía en ti, habrá otra chica que sí. Y además tienes a tus hermanos, y a mí también, que siempre vamos a estar ahí para ti, pase lo que pase.

Al otro lado de unas puertas acristaladas hay dos personas aguardándonos a las que reconozco de inmediato, YoungBin y Mary, elegantemente trajeados. A medida que nos acercamos los ojos YoungBin se empañan y cuando llegamos se funde con JiSeung en un fuerte abrazo, Mary hace lo propio con JiMin, les dicen algo en coreano y estos comienzan a llorar. No necesito entender el idioma para saber lo que ha sucedido, la tía EunJi ha muerto.

JiMin se vuelve y me abraza, le sostengo con fuerza y dejo que se deshaga en lágrimas en mis

brazos ante la atenta mirada de Mary y YoungBin. Mientras JiSeung les presenta a Bruno, mi amigo les saluda en inglés con ayuda de la Fuerza de Yoda. Cuando JiMin recupera un poco el aliento y se aparta de mí, saludo a ambos con una leve inclinación. Mary se acerca y me abraza, lo cual me tranquiliza, no sabía cómo podían reaccionar ambos ante mi llegada.

—Me alegro de verte, Zoe. ¿Cómo estás?

—Bien. Y vosotros, ¿y Suzy?

—Bien, ella también está bien. EunJi ha fallecido.

—Lo imaginaba.

—Vamos directamente para el tanatorio del hospital, ¿vienes con nosotros?

—Sí. Quiero dar el pésame a DoHwan —YoungBin se acerca a mí.

—Ha sido una sorpresa verte, Zoe —me dice muy serio—. Pero me alegra que estés aquí.

—La señora EunJi fue muy amable conmigo y los Goon significan mucho para mí, no me habría perdonado no haber venido —le digo y él asiente.

—No cabemos en el coche que he traído —me advierte.

—No importa, si me decís qué hospital es tomaré un taxi.

—Si quieres iré contigo y que YoungBin acerque a los chicos, no está demasiado lejos —advierte Mary.

—No, yo iré en el taxi con Zoe —propone JiMin.

Estoy nerviosa, mucho, como un flan. Si DoHwan me echa del tanatorio me iré, qué otra cosa puedo hacer. Me iré, buscaré un hotel y hablaré con JiMin y JiSeung y me despediré de ellos antes de reservar un vuelo de vuelta.

—Tranquila —me dice aún emocionado JiMin, frenando mi rodilla que no paro de mover arriba y abajo mientras vamos en el taxi de camino al hospital—. No voy a dejarte sola.

—Tú ni siquiera deberías estar pensando en cómo me siento, demasiado tienes con tu propio dolor.

—Sé que DoHwan se sorprenderá al verte, pero no va a reaccionar mal. Confía en mí, conozco a mi hermano.

Me entenece que se preocupe por mi bienestar en un momento como este. Es una persona maravillosa.

Cuando entramos al hospital sigo sus pasos, va leyendo las indicaciones hasta el tanatorio, está nervioso y emocionado. Llegamos al pasillo en el que están dispuestas las salas de duelo, cargando con nuestras maletas, está despejado, y lee su nombre escrito en hangul en uno de los letreros.

—Es aquí —dice antes de atreverse a abrir la puerta y pasar al interior. Sus ojos se llenan de lágrimas de nuevo—. No sé si voy a poder hacerlo.

—Claro que podrás, tómate tu tiempo.

—Ella siempre ha estado para mí, Zoe. Siempre ha confiado en mí y me ha ayudado, ¿cómo voy a seguir adelante sin su apoyo? —dice y rompe a llorar. Le abrazo tratando de calmarle.

—Siempre estará contigo, JiMin, todo lo que has aprendido con ella, sus palabras y sus enseñanzas te acompañarán toda la vida, no pienses que este es el final —le digo acariciando su espalda cuando la puerta de la sala se abre y DoHwan sale por ella acompañado de una joven morena, es HaNeul. El corazón me da un vuelco. Me mira y se sorprende. Arruga el entrecejo y duda un instante, pero comienza a recorrer el par de pasos que nos separan—. JiMin, tu

hermano... —le advierto y él se aparta de mí y le mira.

DoHwan nos alcanza y JiMin y él se funden en un fuerte abrazo. La joven me analiza de pies a cabeza con una mirada retadora. Cuando los hermanos se separan DoHwan queda frente a mí, mirándome a los ojos, en silencio.

—Lo siento mucho —le digo en español y me doblo en señal de respeto como suelen hacer ellos.

—Gracias —responde. La tensión podría cortarse con un cuchillo. Está serio, mucho, y sus ojos están enrojecidos y algo hinchados por el llanto, pero a la vez está más guapo que nunca. Su imagen en mi recuerdo no le hacía la menor justicia. Lleva una banda blanca en el brazo con trazos de negra tinta sobre la chaqueta del traje también negro.

JiMin nos mira a ambos, consciente de mi incomodidad.

—Gracias por venir, HaNeul —le dice y ella le mira entonces y le abraza. DoHwan no deja de mirarme un solo instante y las manos comienzan a sudarme, ¿va a decirme algo? —. ¿Me acompañas dentro? —pide JiMin a HaNeul y ella no sabe cómo negarse, le acompaña sin el menor deseo de hacerlo. Nos quedamos a solas en el pasillo, inspiro hondo, no sé ni dónde mirar. DoHwan continúa inmóvil, ante mí, como si fuese una aparición extraterrestre.

—No esperaba que vinieses desde tan lejos, pero gracias —dice al fin.

—Tenía que apoyarles —respondo. Y a ti, también vengo a apoyarte a ti, siento deseos de gritárselo, pero no lo hago porque soy una maldita cobarde.

—¿Tú y JiMin...? —sugiere y hago un gesto de negación. Me ofende que lo piense siquiera.

—Es mi amigo, como JiSeung. No cabíamos en el coche de YoungBin y hemos venido en taxi...

—Ya. Imagino que sigues con tu novio español —dice para sí. ¿Respondo a eso? Ni siquiera me lo ha preguntado. Me dan ganas de decirle que se les ve muy bien a él y a HaNeul, pero tampoco lo considero apropiado en este momento. En realidad, no creo que existan palabras apropiadas en un momento así.

—¿TaeOh está aquí?

—No. Está en casa con su cuidadora.

—Ah.

—No tengo inconveniente en que le veas, si deseas hacerlo.

—Gracias. Me gustaría mucho. —Vuelve el silencio incómodo, ¿por qué tiene que ser tan difícil?—. Tu madre...

—Está dentro. Y mis tíos.

En ese momento llegan YoungBin, Mary, JiSeung y Bruno. JiSeung se abraza a su hermano mayor entre lágrimas.

Pasamos a la sala en la que están los familiares, es una sala rectangular bastante grande, en el lateral hay una fotografía de la tía EunJi con unas cintas blancas y negras de adorno en las esquinas unidas por el centro en una especie de medalla de papel. En ella aparece muy sonriente, varios años atrás, vestida con un *hanbok* gris. La imagen está situada en una especie de altar repleto de jarrones con crisantemos blancos, con una mesita ante él con más flores y un incensario y velas. Los tíos de DoHwan van de riguroso negro, con la misma banda blanca en el brazo que él, y su madre está a la derecha, vestida con un tradicional *hanbok*, de un sencillo color beige. DoHwan se coloca a su lado y JiMin y JiSeung hacen lo mismo, él les entrega una banda para el brazo a cada uno. Cuando entramos hacemos dos reverencias a la fotografía y otra a los familiares.

La madre de DoHwan nos mira con curiosidad a Bruno y a mí, no sé si me recordará, de lo contrario debe estar preguntándose quiénes somos y qué hacemos allí. Al fondo hay cuatro mesas y sillones en los que hay una decena de personas sentadas y una mesa alargada en la que hay varios recipientes con comida y bebidas, incluso alcohólicas porque veo latas de cerveza y botellas de soju. En uno de los sillones está HaNeul mirando su teléfono móvil con aire aburrido.

—Venid conmigo —nos pide Mary a Bruno y a mí y nos lleva hasta la zona de los sillones, hay más gente entrando a presentar sus condolencias—. Me imagino que no tendréis ni idea de cómo va esto. —Los dos hacemos un gesto de negación—. Pues os explico, el funeral dura tres días, la sala está abierta las veinticuatro horas y la gente seguirá llegando y llegando. La familia materna de los Goon es muy conocida en Seúl, por el tema de la empresa, pero también por el pasado de EunJi, por lo que es muy probable que incluso las autoridades locales vengan a presentar sus respetos. Aquí es típico comer y beber durante el funeral, incluso emborracharse. Esa caja de ahí —dice indicándonos una caja de madera con un bonito labrado en la tapa que permanece abierta con una bisagra; en su interior hay muchos sobres y otros en el lateral—, es para el *dinero de las condolencias*, es algo simbólico que solía hacerse para ayudar a la familia a pagar el funeral. Obviamente esta familia no lo necesita, pero es algo habitual. Y ese es el libro de visitas donde podéis dejar escritas vuestras condolencias. ¿Habéis comido algo?

—Sí, en el avión, tranquila.

—Está bien. Entonces sentaos, ahí están los aseos por si necesitáis ir y a la vuelta de la esquina hay una tienda por si necesitáis comprar algo. Aunque aquí hay comida y seguirán trayendo como para un regimiento. Yo voy a acercarme a casa de mis suegros para ver a Suzy, hasta pasado mañana no se incinerará el cuerpo y llevarán las cenizas al cementerio, ese es un momento más íntimo al que solo van la familia y los más allegados, si queréis podéis venir conmigo a casa y esperar a que terminen.

—Gracias, Mary.

Capítulo 41

DoHwan

Observo la imagen de mi tía, la fotografía que ella misma se encargó de que le hiciesen para su funeral hace años, siempre odió dejar las cosas al azar. En ella aparece sonriente, vestida con un *hanbok* gris, el mismo que lleva dentro del ataúd, con una mirada vivaz y dicharachera.

Hay bastante gente, incluso ha llegado un representante del gobierno que se acerca a darnos el pésame.

—Lo lamento mucho, con su tía muere una parte de la historia de Corea, una parte que nunca debemos olvidar... —Mientras me lo dice uno de sus acompañantes nos toma una fotografía. Su cinismo y su necesidad de representar su papel me enervan y no puedo evitar enfadarme.

—Aún quedan muchas mujeres que sufrieron igual que ella. Su deber es encargarse de que no les falte de nada en sus últimos días y que se les rinda el homenaje que merecen, es ahí donde debe estar, no aquí —le respondo. Mi tío Hong DaeGon me posa una mano en el hombro, está pidiéndome que me serene. El político asiente y se marcha, seguido por un par de sus lacayos.

La tía se habría reído de haberlos visto allí, los habría echado a patadas. Hombres cobardes que solo se acuerdan del sufrimiento de sus mujeres cuando necesitan hacerse una foto. Siempre he odiado esa necesidad de algunos políticos de arrimarse al árbol caído, de anotarse tantos y fingir que les importa cualquier causa que no sea la suya propia. Les importa el tiempo de hacerse la fotografía, después, deja de hacerlo. Tengo que ser fuerte, por mis hermanos, por su legado y por todas las mujeres que sufrieron tanto como ella lo hizo.

—Templa tu carácter, hijo. La tía no habría querido una escena en su funeral —dice mi tío, como si él la hubiese conocido de verdad en algún momento. Como si en realidad se hubiese preocupado de escarbar bajo la superficie de aquella mujer discreta que les trató como si fuesen sus propios hijos. Siempre me pregunté, ¿por qué no tenían una relación más estrecha? Al fin y al cabo, era su tía y ayudó a nuestra abuela a criarlos. Con los años, cuando tuve conocimiento del sufrimiento de mi tía EunJi, supe que, aunque tratasen de negárselo a sí mismos, en el fondo, mis tíos no eran capaces de mirarla a la cara por vergüenza. Un sentimiento que me retorció las tripas y me dolió en el alma.

¿Cómo podían sentir vergüenza del sufrimiento padecido por nuestra tía?

Jamás podré entenderlo.

No puedo creer que ya no esté con nosotros, estaba convencido de que en esta ocasión también

saldría adelante, pero no fue así. Cuando llegó al hospital estábamos esperándola, pude verla solo un instante, en el que me dijo que estuviese tranquilo, que se encontraba bien, y después pidió quedarse a solas con mi madre unos minutos. Imagino que el tiempo necesario para cerrar heridas entre ambas, pero no lo sé porque mi madre no ha dicho nada sobre su conversación. Sé que está muy abatida, a pesar de sus diferencias sé lo mucho que la quería, pero se mantiene firme, conteniendo cualquier signo de debilidad. Quisiera poder abrazarla, compartir el dolor que ambos sentimos, pero la conozco lo suficiente como para saber que me rechazaría.

Sus palabras durante la cena en Daechon aún acuden a mi mente de vez en cuando. A veces me pregunto por qué me duelen tanto, incluso aunque sepa que solo pretendía hacerme daño con ellas y quizá ni siquiera las siente. Pero las palabras tienen un poder que trasciende lo material y lo físico, es como si se quedasen tatuadas en el alma escociendo y sangrando, aunque la mente nos diga que no deben hacerlo.

Sé que mi madre me quiere, puedo verlo en sus ojos, aunque su orgullo pueda más que sus sentimientos, y aún conservo la esperanza de que la relación que actualmente tenemos, que es estrictamente laboral, algún día pueda volver a ser, al menos cordial.

Miro hacia el lateral, por suerte Mary se ha hecho cargo de Zoe y de Bruno, el amigo de mi hermano JiSeung, antes de irse a ver a Suzy.

Aún no puedo creer que haya venido, no lo esperaba en absoluto, pero aquí está. Y está preciosa. He sentido algo en el pecho al verla, una sensación de vértigo por la que necesité unos segundos para recuperarme. Estos meses he estado tan concentrado en el trabajo que me había prohibido pensar en ella, sin demasiado éxito, pero ahora, al tenerla de nuevo ante mí, en este momento tan difícil, me doy cuenta de cuánto significa aún para mí. La amo, creo que desde la primera vez que me vi reflejado en sus ojos, en mi despacho, cuando me observaba intimidada sin saber cómo actuar. Entonces no podía imaginar que llegaría a despertar con la sencilla ilusión de verla, a beber de su risa escandalosa o a respirar de la tibieza de su cuerpo contra el mío, que cada día en su ausencia se sentiría como un día de felicidad perdido. Y sé que probablemente está aquí por JiMin y JiSeung, pero no importa, hace que me sienta acompañado.

HaNeul se acerca. Apenas hemos hablado unos minutos desde su llegada, mi madre, mis tíos y yo hemos atendido a más de un centenar de personas, de las que la gran mayoría ni siquiera conocían a la tía, pero le agradezco enormemente que haya venido.

—No has comido nada, DoHwan. Eso no puede ser, tienes que comer.

—No tengo hambre.

—Pero tienes que comer algo. Acompáñame, yo sí tengo hambre —me dice y asiento. HaNeul lleva casi ocho horas aquí, desde que tuvo noticia del fallecimiento por YoungBin.

Ella y yo habíamos quedado en un par de ocasiones desde que volví a Seúl, la primera para hablar de lo que sucedió la noche en la que trató de que nos acostásemos, se disculpó por su comportamiento y lo achacó al alcohol; la segunda para comer y hablar de cómo me va en mi nuevo papel de CEO en la empresa de mis padres. Somos amigos, nada más. Quizá, si mi corazón y mi cabeza no estuviesen llenos de Zoe, podría haber dado un paso más con ella y volver a retomar la relación que un día hubo entre nosotros. Pero lo están, Zoe ocupa cada pequeño rincón de ambos, y no sería justo para HaNeul que pretenda que no es así.

Pregunto a los mellizos si quieren acompañarnos, pero ambos me responden que comieron en el avión así que voy con HaNeul a la zona del bufete, nos servimos y nos sentamos en torno a una de las mesas. Siento la mirada de Zoe en la nuca, pero cuando la miro está hablando con su amigo en lengua de signos.

—¿Cómo está tu hermano pequeño? —me pregunta HaNeul antes de llevarse unos fideos a la boca.

—Bien.

—Estará hecho un hombrecito. A ver cuándo le veo, tengo muchas ganas. ¿Le dejaste con la niñera?

—Sí.

—Esa chica que ha venido con JiMin era su cuidadora en España, ¿verdad? —pregunta refiriéndose a Zoe. Asiento—. ¿Y ha venido hasta aquí para el funeral?

—Sí.

—Vaya. Qué detalle por su parte.

—Buenas noches —dice el señor Yeon, entrando en el comedor, al vernos a HaNeul y a mí sentados a la misma mesa sonríe y se acerca a nosotros. Me abraza—. Mis condolencias.

—Gracias, señor Yeon. —Se sienta junto a nosotros a la mesa.

—Sé por mi hija que vuestra tía abuela era como una madre para vosotros.

—Lo era.

—Estas cosas no son sencillas, pero la vida es así —asiento y el señor Yeon mira a su hija y después a mí—. Cuenta con HaNeul para ayudarte en todo lo que necesites.

—Claro que sí —acepta ella sonriente.

—Gracias.

—Sé que mi hija siempre ha tenido una especial devoción por ti, creo que aún no me ha perdonado por enviarte a España —sonríe y su rostro achatado se aplana aún más. HaNeul también sonríe. El señor Yeon tampoco puede disimular su deseo de juntarnos. No puedo evitar sentirme presionado. Él sabe que su hija lo pasó mal cuando me fui, aunque creía que no sabía que habíamos estado saliendo unos meses antes de marcharme, imagino que sí lo sabía y debe pensar que quizá es el momento de que retomemos lo nuestro.

—DoHwan produce afecto allá donde va. Incluso ha venido una de sus empleadas de España al funeral —dice HaNeul señalando hacia Zoe, que se da cuenta de inmediato de que hablamos de ella. Se levanta y va hacia el baño.

—Tener empleados leales es un signo de buen liderazgo, hijo —dice el señor Yeon asintiendo orgulloso—. ¿Qué tal te va como nuevo CEO? He visto que, a pesar de que acabas de llegar, ciertos activos han comenzado a subir.

—Sí. He iniciado relaciones comerciales con un nuevo distribuidor norteamericano, es el único mercado que nos queda por conquistar a gran escala. El trabajo me hace feliz, a pesar de las diferencias con mi madre estamos encontrando el punto medio, al menos en la relación laboral.

—Eso es importante, tu madre acabará por aceptarlo y unirse a tu trabajo, ya lo verás. ¿Has investigado el mercado del norte de Europa? Creo que podría funcionar si...

—Bueno, como vais a hablar de negocios voy a ir un momento al baño a refrescarme —advierde HaNeul.

Capítulo 42

Zoe

Estaban hablando de mí, estoy segura por cómo me han mirado. Y no saber de qué me desconcierta. ¿Sobre qué tienen que hablar esa modelo trasnochada y su padre de mí con DoHwan? Porque supongo que se trata de él, de su antiguo jefe. No creo que les haya contado la relación que tuvimos, sería raro.

Me echo agua en la cara, no sé qué hago aquí. En mi mente me pareció buena idea, pero ahora que me encuentro en este lugar rodeada de familia y amigos de la familia, sin poder estar con ellos porque tienen que atenderlos, creo que me precipité al tomar la decisión. Al menos tengo a Bruno, nos acompañaremos el uno al otro mientras no podamos estar con ellos.

Con ellos. Como si fuese a estar junto a DoHwan ahora que no soy nada para él. Ahora que él y su querida HaNeul parecen tan cercanos. ¿Están juntos? ¿Es eso? No debería importarme lo más mínimo, pero lo hace, verle junto a otra mujer me duele. ¿Y qué esperaba? Que se convirtiese en un monje budista practicante de la castidad. Yo le rechacé, ¿esperaba que estuviese sufriendo y lamentándose por no tenerme a su lado? No. Y tampoco deseo eso, quiero que sea feliz y si es junto a ella, debo aceptarlo.

Vamos, Zoe. Tú puedes. Tu corazón te dice que debes estar aquí por incómodo y doloroso que resulte y vas a hacerlo, le digo a mi imagen reflejada en el espejo.

Salgo al pasillo y entonces me encuentro de frente con HaNeul que estaba esperando, tan guapa como siempre, con su larga y lacia melena azabache enmarcando su rostro aniñado. Trato de pasar por su lado, pero se interpone en mi camino.

—Hola, eres Zoe, ¿verdad? —me pregunta en inglés—. No sé si me recuerdas, nos conocimos la vez anterior que viniste, soy Yeon HaNeul.

—Hola, sí, te recuerdo.

—Quería darte las gracias por venir a acompañar a DoHwan y sus hermanos. Es muy considerado por tu parte como empleada —afirma. Su expresión es demasiado neutra y no me transmite la menor sinceridad.

—Ya no soy su empleada. He venido porque somos amigos —respondo seria.

—Claro. Pareces muy cercana a JiMin —sugiere con toda la intención.

—Y a JiSeung, también.

—Es un momento muy duro para ellos, y para DoHwan. Bueno, DoHwan me tiene a mí, pero a los mellizos les vendrá muy bien tenerte cerca —dice con una sonrisa más falsa que una moneda de chocolate. Asiento y trato de continuar mi camino, pero no se aparta.

—¿Quieres algo más? —le digo, no soy de andarme con rodeos.

—¿Cuántos días vas a quedarte?

—No lo sé, los que sean necesarios. ¿Lo preguntas por algo en particular?

—Por si puedo ayudarte con el alojamiento o algo. Tengo varios apartamentos en Seúl... —
Pues todos para ti chata, le digo en mi mente.

—No gracias. Mi amigo y yo nos quedaremos en casa de los mellizos. No debes preocuparte por nosotros, eres muy amable —digo cuando en realidad siento ganas de mandarla bien lejos.

—Los amigos de DoHwan son mis amigos —responde sin mudar su máscara de porcelana—. Sobre todo, ahora que nosotros estamos... en fin. Era natural y tenía que pasar.

—No te entiendo.

—Que estamos juntos.

—Ah, bueno, pues felicidades.

—Gracias. —Su sonrisa se amplía, como la del Joker—. Cuando vinisteis la vez anterior nos dimos cuenta de que tenemos que estar juntos, nos reencontramos esa noche en la cena con mi padre y bueno... pasó lo que tenía que pasar —afirma. Sé que no viene a cuento que me diga todo esto a mí, que soy una completa desconocida y que lo hace para marcar territorio, la muy zorra, pero no puedo evitar que me duela. ¿Cuando estuvimos en Seúl? Pero si entonces DoHwan y yo... estábamos juntos. Debe referirse a esa noche, en la que llegó borracho—. Ah, vaya, veo que no lo sabías. Nuestros padres están muy felices, su madre está encantada.

—Los asuntos privados de DoHwan no me incumben, gracias. Por cierto, no deberías ir contando tus intimidades a cualquiera, es muy poco coreano —digo con un hilo de voz y la hago a un lado con cierta brusquedad. No voy a quedarme a oír nada más que quiera decirme, menos aún si es algo que, con intención o sin ella, me hace daño.

Vuelvo al comedor. Bruno continúa inmóvil en su sillón y me siento a su lado en silencio, siento ganas de llorar. Me duele el pecho y el nudo en la garganta amenaza con ahogarme. Intento respirar despacio para calmarme, pero la imagen de ellos dos haciendo el amor me acude a la cabeza. Esa noche, esa noche DoHwan, ebrio, intentó que nos acostásemos. ¿Es que no tiene escrúpulos? Cómo pudo acostarse con ella y después tratar de hacerlo conmigo también.

«¿Qué te pasa?», me pregunta Bruno.

«Acabo de encontrarme con la niña de The Ring en el pasillo del baño y me he asustado». Mi amigo me mira sin entenderme. HaNeul sale por la puerta por la que acabo de hacerlo yo unos segundos antes.

«¿Quién es esa?».

«La ex de DoHwan que ha venido a decirme que vuelven a ser pareja, y que me aleje de él», relato y mi amigo abre mucho los ojos, sorprendido.

«¿DoHwan y ella están juntos?».

«Desde que estuve con él en Seúl, según parece».

«No me jodas».

«Te jodo. Por lo visto la noche en la que cenó con su anterior jefe, que debe ser ese señor con el que habla, se reencontraron y se acostaron», digo indicando con la nariz hacia la mesa en la que DoHwan y el tipo de mediana edad, bajito y rechoncho, hablan distendidos. HaNeul camina hacia ellos y toma asiento junto a DoHwan, apoyándose en su hombro, él la mira y después me mira a mí.

«¿Y te la crees?».

«No los ves. Son el Ken y la Barbie Corea, hacen una pareja preciosa».

«Vamos, Zoe».

«Me he sentido muy mal estos meses pensando que soy lo peor, por haber cortado con él porque me daba miedo sufrir, pero ahora que sé que fue capaz de revolcarse con ella mientras estábamos juntos, es liberador».

«Ya. Te veo muy liberada», ironiza enarcando una ceja.

«Pues lo es. Que haga su vida, por lo visto las familias están muy contentas, pues que lo disfruten».

«JiSeung no me ha comentado nada de eso, aunque sé que DoHwan es muy reservado para su intimidad».

«Reservado para contarla, pero no para compartirla, por lo que parece», le digo con lágrimas en los ojos. No quiero llorar, de veras que no. Trato de aguantarme porque me parece muy poco respetuoso llorar por lo que ha pasado entre DoHwan y yo cuando estamos en el funeral de su tía.

«Cariño». Bruno coge mi mano y la aprieta, un par de lágrimas escapan de mis mejillas y las limpio con los dedos. Me tapo la cara con las manos. ¿Yo aguantarme las ganas de llorar? Pero si María Magdalena es una aficionada a mi lado...

—¿Estás bien? —me pregunta JiMin, ha debido darse cuenta de mi malestar y acude a mi lado, acucillándose junto al sofá. Me mira con sus ojos castaños con preocupación.

—Sí, es solo que estoy muy sensible —le digo, él mira a su hermano y me doy cuenta de que nos está mirando, aunque continúa su conversación con el señor Yeon y HaNeul.

—¿Estás pasándolo mal por verlos juntos? —me pregunta con una ternura abrumadora.

—No. En serio, no pasa nada.

—Vámonos.

—¿Qué?

—Vamos, os acompañaré a nuestro apartamento para que descanséis un rato y después vendré, quedan muchas horas por delante y me gustaría darme una ducha y ponerme el traje de luto.

—¿Y JiSeung?

—Él se quedará hasta que regrese, para no marcharnos los dos a la vez. Bruno, ¿vienes? —Mi amigo hace un gesto con el que entendemos que esperará a JiSeung—. Entonces, vámonos, Zoe —JiMin toma mi mano y me saca de allí.

Llegamos al apartamento cargados con el equipaje de los cuatro. Está mucho más alejado de los grandes edificios de oficinas, se nota que es una zona más residencial, situada en un barrio moderno y cosmopolita. Es grande, del tamaño aproximado del de DoHwan, también con dos dormitorios y bien distribuido, aunque la cocina es más pequeña; no creo que los mellizos cocinen demasiado a menudo, por lo cual no les supondrá un problema la falta de espacio.

—Dejemos tu maleta en mi dormitorio —dice llevándome hasta él, es una habitación grande y luminosa con grandes ventanales hacia el río Han, la perspectiva de la ciudad es hermosa, diferente a la que se contempla desde la vivienda de DoHwan—. Puedes quedarte aquí. JiSeung y yo compartiremos el suyo y Bruno puede dormir en el sofá.

—Ni hablar, yo dormiré en el sofá.

—No, no lo harás. Eres mi invitada y te cedo mi cama, pero dejaré aquí mi maleta. La de Bruno la meteré en el dormitorio de JiSeung, así tendrá una excusa para visitarlo —dice con una sonrisa. Estos pocos meses sin vernos le han sentado muy bien, está mucho más maduro y sereno

—. Ahora dime, qué te ha pasado en el tanatorio, ¿por qué estabas llorando?

—Nada.

—Zoe, por favor, si somos amigos deberíamos ser capaces de hablar de cualquier cosa.

—¿De cualquier cosa? —dudo. Hay un tema que me gustaría hablar con él, pero no quiero meter la pata—. No quiero hacerte daño.

—¿Crees que aún estoy enamorado de ti? —pregunta con una sonrisa franca—. Estaba deslumbrado por tu vitalidad, por tu energía y por tu sonrisa, pero verte ahora ha hecho que me dé cuenta de que era eso, solo una ilusión —asegura y asiento. No sabe lo feliz que me hace al decirme eso—. Puedes contarme lo que sea, no me hará daño.

—Te lo diré si después me dejas preguntarte algo y no te enfadas conmigo.

—¿Cómo podría hacerlo? Ya te he dicho que he sido un idiota todo este tiempo evitando hablar contigo cuando siento que eres alguien en quien puedo confiar.

—Está bien. HaNeul estaba esperándome cuando he salido del baño y me ha dicho que ella y DoHwan están juntos...

—No lo sabía. Mi hermano nunca nos ha hablado de sus relaciones.

—Dice que se acostaron cuando estuvimos en Seúl, mientras DoHwan y yo...

—Eso no me lo creo. Que estén juntos ahora, puede ser cierto, pero sé que lo que mi hermano sentía por ti era real, nunca te habría engañado. —Habla en pasado y sé que no lo hace para hacerme daño, pero me duele—. Mi hermano puede ser un idiota arrogante y orgulloso, pero no sería capaz de algo así, créeme. Quizá te ha dicho eso porque teme que te entrometas en su relación actual.

—Puede ser.

—Claro que puede ser. HaNeul no es mala persona, pero siempre ha puesto sus deseos por encima de todo, JiSeung y yo siempre lo hemos sabido. Los meses en los que estuvieron juntos ella y DoHwan todo tenía que hacerse a su modo, creo que por eso la dejó. Así que no creas eso.

—Gracias.

—Ahora, ¿qué es eso que querías preguntarme? —me pide con ojos brillantes. Ay, no quiero meter la pata en este preciso momento, pero somos amigos y los amigos no dejan que el otro se autodestruya sin decirle nada y le he notado bastante desmejorado físicamente. Y tampoco quiero descubrir a JiSeung...

—¿Consumes drogas?

—¿Qué?

—Estás más delgado y cansado, he notado un cambio físico importante en ti, por eso me preguntaba si estás tomando algún tipo de sustancia que...

—No. Ya no —responde violentado—. Vaya, ¿cómo has podido... —Ahora es cuando se enfada y me echa a patadas— darte cuenta de que he tenido esa clase de problemas?

—No me he dado cuenta, es solo que me preocupa... —Él sonrío, es una sonrisa triste pero llena de orgullo.

—Lo dejé, prometí que lo haría cuando la tía sufrió el infarto, por ella. Porque quería que estuviese orgullosa de mí.

—Lo estaba, de los tres.

—Cuando volví a España busqué ayuda, esta vez en serio y... bueno, ha sido duro, mucho, y aún estoy en tratamiento, pero voy por buen camino. No se lo he contado a nadie, ni a JiSeung, él es el único que lo sabe y me ha visto recaer demasiadas veces, por eso solo se lo diré cuando reciba el alta. Llevo tres meses limpio, del todo.

—Estoy muy orgullosa de ti —digo con los ojos a rebosar de lágrimas que logro contener.

—Gracias. Bueno, entonces, ¿te quedas con mi dormitorio? —pregunta tratando de romper la emoción del momento que le incomoda.

—Bruno y yo podemos dormir juntos, lo hacemos en mi casa a menudo.

—Como preferáis, solo espero que JiSeung no se ponga celoso —bromea haciéndome sonreír.

—JiSeung sabe que conmigo no hay peligro. Además, Bruno está demasiado loco por él como para mirar a alguien más —aseguro sentándome en la cama.

—Hacen una buena pareja.

—Lo cierto es que sí, me dan un poco de envidia —digo y él se sienta a mi lado en la cama.

—Nosotros también tendremos algo así, algún día. Ya lo verás —asegura posando la mano sobre mi rodilla con afecto.

—Ojalá, pero lo veo difícil. —JiMin me mira sin entender nada—. En mi caso, me refiero. Tú tendrás algo así, estoy segura.

—¿Y por qué tú no? —¿Se lo digo? Él acaba de confiar en mí de un modo tan íntimo que merece la misma respuesta de mi parte.

—Soy defectuosa.

—Todos tenemos defectos. Yo el que más.

—No me refiero a eso. Me refiero a que... —No sé si debo decírselo o no. Soy una cobarde.

—No puedo tener hijos.

—¿Qué? Cómo lo sabes, ¿es que lo has intentado?

—No puedo intentarlo. No tengo útero. Bueno, lo tengo, pero es tan pequeño que no sirve para nada. Nací con un síndrome raro de nombre impronunciable, y bueno, nunca podré estar embarazada.

—Vaya, imagino que debe ser duro hacerte a la idea de que no tendrás hijos biológicos, pero eso no significa que no puedas encontrar a alguien, enamorarte, y si os apetece algún día, adoptar a un par de niños —dice con total tranquilidad, como si no fuese algo tan grave.

—Pero todos queremos ver cosas reflejadas en nuestros hijos, rasgos, facciones...

—Mi hermano JiSeung se ríe exactamente igual que la tía EunJi, DoHwan frunce el ceño igual que ella cuando se enfada y yo juego con mi pelo cuando estoy nervioso como lo hacía ella... Y a ninguno de los tres nos ha dado a luz. A mí no me importaría no tener hijos biológicos siempre que pudiese estar con la mujer a la que amo —asegura, pero mis miedos me dicen que lo hace por consolarme—. Mira a Bruno y JiSeung, ellos no podrán tener hijos biológicos, ¿y acaso eso les impide amarse? ¿Abandonarías a la persona a la que amas porque no puede darte hijos?

—Creo que no, pero no soy imparcial. Sé lo que sé y soy yo la que no puede.

—Tener hijos está sobrevalorado. Yo ni siquiera me lo he planteado nunca. No eres defectuosa, no digas eso, eres perfecta tal y como eres, porque eres tú —dice con una sonrisa. Sus palabras me emocionan. Los ojos se me llenan de lágrimas y me echo a llorar. Él me abraza, acariciando mi espalda con dulzura, no puede ni imaginar lo mucho que significa para mí lo que acaba de decirme.

—Por lo que parece interrumpo algo —dice DoHwan desde la puerta del dormitorio. Está serio y enfadado, mucho. Nos mira como si acabásemos de asesinar a Doraemon. Me pongo de pie de inmediato, JiMin también.

—¿Cómo has entrado?

—Me sé vuestro código. Venía a traerte tu teléfono, te lo has dejado, y a hablar con Zoe. Pero será mejor que me vaya —dice mostrándole su móvil y depositándolo sobre el sifonier de

cajones que hay junto a la puerta.

—No, espera, ¿qué querías hablar conmigo?

—Voy a darme una ducha —advierde JiMin saliendo de la habitación, mira serio a su hermano mayor, hay tensión entre ambos y no me gusta, porque sé que soy la responsable.

—Hablamos en el salón, si te parece. No me resulta cómodo hacerlo en el dormitorio de mi hermano —dice DoHwan atravesándome con su mirada de ónix puro. Me peino ante el espejo antes de salir, estoy nerviosa, mucho. Ahora sí que debe pensar que estoy liada con JiMin, o no sé, que soy una loca inconsciente. Me espera de pie, junto al sofá.

—Dime —le pido cuando le alcanzo.

—Le he dicho a TaeOh que estás aquí y quiere verte —afirma sin la menor emoción—. Mañana había quedado con su madre para cenar con ella y su hermano, pero después de saber que estabas aquí lo ha cancelado así que su cuidadora lo recogerá a la salida de la academia. Puedo pedirle que le traiga aquí, si es que puedes y quieres.

—Sí, claro.

—Yo debo estar en el tanatorio, el funeral dura tres días.

—Lo sé, me lo ha dicho Mary. Puede quedarse a dormir conmigo y cuidaré de él hasta que terminéis todo, si él quiere.

—No tienes por qué hacerlo, ya no eres su cuidadora —advierde serio y áspero como un membrillo. No seas tan digno, me digo para mí.

—Sé que no soy su cuidadora, solo soy su amiga. —Enarca una ceja, irritándose como solo él sabe hacerlo—. ¿Qué?

—Voy a darle el día libre a su cuidadora, espero que no cambies de opinión, es algo que se te da bastante bien —sugiere y siento ganas de decirle un montón de cosas, como que no soy la única que lo hace.

—No voy a cambiar de opinión, le he echado mucho de menos y tengo ganas de estar con él.

—Está bien. Mañana le traerá la señora Kim YunSeo sobre las diez de la noche.

—¿A las diez de la noche?

—Sí, es a la hora a la que termina en la academia.

—¿Hasta las diez está estudiando desde por la mañana? Pobrecito —digo sin poder evitarlo. DoHwan me mira como si estuviese juzgándolo.

—En Corea del Sur nos tomamos muy en serio la educación —afirma molesto—. Si te incomoda que venga tan tarde, le diré que no es posible...

—No, en absoluto, quiero verle.

—Está bien, pues a las diez estará aquí mañana, pasado no tiene colegio así que podéis pasarlo juntos —dice volviéndose para marcharse.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por permitir que le vea.

—Lo hago por él —suelta y se marcha sin decir nada más.

Me quedo mirando la puerta cerrada, cómo duele esta distancia emocional que nos separa, mucho más que la física. Ojalá pudiésemos hablar con naturalidad, sin la presión de sentirme juzgada a cada palabra.

Capítulo 43

DoHwan

¿Qué estás haciendo, DoHwan? ¿Para qué cojones has venido?, me pregunto sentado al volante de mi coche, en el aparcamiento del edificio en el que está el apartamento de mis hermanos. Le doy un puñetazo al volante, estoy furioso. Joder. ¿Por qué he tenido que venir? Podría haberle dicho todo eso por teléfono y no presentarme con la estúpida excusa del móvil. Cuando JiSeung me dijo que se lo había dejado debí decirle que él se lo acercase a casa cuando viniese a cambiarse. Pero no, tuve que venir a traerlo como un idiota solo por verla.

Por verla.

¿Se puede ser más imbécil?

Y todo porque que haya venido hasta Seúl me ha hecho pensar que aún siente algo por mí.

Patético. Eres un jodido patético, Goon DoHwan.

Ha venido por JiMin, por él. ¿Es que están juntos? Me ha dicho que no, pero lo que he visto en el apartamento resulta bastante evidente. JiSeung no me ha dicho nada al respecto, ¿no lo sabe? ¿O es que no quiere hacerme daño?

¿Y su novio? ¿Acaso ha roto con ese tipo?

Estos meses ella y JiMin deben haberse acercado. Debe ser eso. Pero ¿cómo puede estar con mi hermano cuando me aseguró que no sentía nada por él?

Antes, eso fue antes de que me marchase.

No puedo soportarlo, la presión en el pecho es inaguantable.

El corazón me late apresurado.

Siento demasiada tristeza. Estaba aguantando el tipo, no quiero llorar porque mi tía me pidió que no lo hiciese, pero esto es demasiado. Lo superaré, llevo repitiéndomelo desde que Zoe salió de mi vida, tanto que incluso he llegado a creérmelo. Pero tenerla ante mí es... sencillamente insoportable.

Parece triste.

Y eso me hace más daño aún. Creí que si era tan infeliz como yo me consolaría, pero ahora me doy cuenta de que no es así. No quiero que esté triste, quiero que sea feliz a pesar de todo.

Una punzada honda me hiere en mitad del esternón desde que nos hemos encontrado y no tiene pinta de que vaya a desaparecer. Será mejor que no vuelva a verla, porque cuando estoy a su lado me duelen las manos por las ganas de abrazarla y me queman los labios por el deseo de besarla.

Sí, será más fácil si no nos encontramos más.

Capítulo 44

Zoe

Cuando me encuentro con TaeOh es como si el tiempo no hubiese pasado, el pequeño corre a mis brazos y me aprieta con energía. Bruno nos observa con una sonrisa. Mi Bichito, cuánto le he echado de menos. Aunque haya sabido de él por sus mensajes, unas veces con imágenes de la cabeza de un pájaro y otras de los dedos de sus pies, no haber podido hablar con la libertad con la que me habría gustado hacerlo ha estado matándome todo este tiempo.

Al contrario de lo que pensaba no ha sido la nueva cuidadora de TaeOh quien le ha traído, sino Mary. La invito a pasar al apartamento.

—¿Habéis cenado ya? —les pregunto y ambos asienten.

—Sí, los niños cenamos en la academia. ¿Vas a quedarte a vivir en Seúl? —me pregunta ilusionado abrazado a mi cintura. No puedo evitar sonreír.

—Gracias por traerle —le digo a Mary.

—No tienes por qué darlas, no sabes lo emocionado que estaba, aunque creo que se quedará dormido enseguida porque ha dado un par de cabezadas en el coche. DoHwan me pidió que me pasase por su apartamento y tomase su pijama y algo de ropa para mañana, por eso le he traído yo —me dice entregándome una mochila.

—¿Y Suzy?

—Se queda a dormir con mis suegros, tengo guardia nocturna en el hospital y YoungBin trabaja muy temprano —me dice—. Pero mañana podríamos quedar para llevarlos al parque o a hacer algo juntos.

—Siempre que me escribas el nombre del parque en un papel —sugiero con una sonrisa.

—O también puedo venir a recogerlos. Podéis venir los tres, ninguno de los hermanos Goon volverá hasta que acabe el... acto —dice en clave para que el pequeño no la entienda, así que aún no le han dado la noticia— y eso no será al menos hasta mañana por la mañana.

—A mí me parece bien, ¿qué opinas Bruno? —Mi amigo asiente. *Ya que no puedo estar con JiSeung al menos podré ver algo de Seúl*, me dice en lengua de signos—. Cuenta con nosotros.

—Genial, pues entonces mañana nos vemos, os recojo a las diez y hacemos algo de turismo.

—Gracias, Mary.

—De nada.

TaeOh me cuenta lo contento que está en su nuevo colegio, le hace muy feliz no sentirse diferente a los demás niños, aunque me admite que son demasiadas horas de clase, pero le gusta estudiar y no le importa. También que su *hyung* le ha comprado un nuevo telescopio con el que puede ver aún mejor los confines del universo.

—Lo único malo de haber vuelto a Seúl es que no podemos vernos —me dice y se me rompe el corazón—. ¿Vas a venirte pronto?

—Pues no lo creo, Bichito, tengo mucho trabajo en Málaga. —Él arruga el entrecejo y cruza los brazos sobre el pecho.

—¿Y cuándo vas a terminar todo el trabajo?

—En cuanto pueda, también puedes pedirle a tu *hyung* que te traiga a verme.

—Se lo he pedido, muchas veces, pero dice que ahora tiene mucho trabajo. ¿Por qué todos tenéis tanto trabajo? No es justo —protesta. Le hago cosquillas para quitarle la cara de enfurruñado y acaba riendo a carcajadas.

TaeOh me pide que le cuente un cuento en la cama, se ha duchado y se ha puesto el pijama, pero no llego ni a la mitad porque se duerme enseguida. Pobrecito mío, está rendido, ¿qué es eso de jornadas escolares de 16 horas? Menuda locura, los niños tienen que jugar para crecer, si yo hubiese tenido que estudiar 16 horas al día me habría tirado por la ventana.

A la mañana siguiente desayunamos cereales porque es lo que Bruno y yo habíamos comprado para nosotros, y después nos marchamos con Mary y la preciosa Suzy a hacer turismo.

Mary nos lleva a ver el cambio de guardia en *Gyeongbokgung* que fue el palacio principal durante la dinastía Joseon, en el que los guardias van vestidos con el atuendo tradicional, un *hanfu* de color rojo con mangas blancas debajo, y el típico gorro de rejilla que aparece en todas las series de la época. Bruno alucina como un niño pequeño, sintiéndose inmerso en uno de sus adorados kdramas. También nos encontramos con algunas chicas vestidas con el *hanbok*, aunque he de decir que el mío es mucho más bonito, que se ofrecen para hacerse fotografías con los turistas que pululamos por el recinto. Visitamos el salón principal, era el lugar donde se realizaban las ceremonias oficiales y los funcionarios entregaban los informes al rey cada mañana. Y paseamos por los hermosos jardines. Después Mary nos lleva a comer a un restaurante tradicional, y Bruno, con su buena mano con los niños juega con ellos en el patio exterior. Se que Mary quiere preguntarme algo, puedo verlo en su mirada, e incluso sospecho el qué.

—¿Hasta cuándo os quedaréis?

—Pues imagino que hasta mañana, pero no lo sé con seguridad, JiSeung y JiMin tienen una cita con el productor de su disco el lunes, no sé si la modificarán para quedarse algún día más o no.

—Imagino que has tenido que pedir permiso en el trabajo para ausentarte.

—Trabajo para mis tíos, en su restaurante, mientras termino mis estudios, los dejé por demasiado tiempo y ahora me decidí a acabarlos.

—Eso es muy bueno.

—Sí, fue un error postergarlo tanto tiempo.

—Bueno, todos cometemos errores, lo importante es tratar de enmendarlos —me dice con toda la intención.

—Eso intento.

—¿Y con DoHwan?

—¿Qué pasa con él?

—Imagino que rompisteis porque él regresaba a Seúl, porque es un tema del que mi marido no ha querido contarme nada.

—Es... complicado.

—Pues hacedlo fácil. ¿Es porque es el primogénito y temes echar más leña al fuego con su madre? —me pregunta y no la entiendo.

—¿Qué? ¿Qué pasa con que sea el primogénito?

—Ah, bueno, pues... Nada. ¿Salimos? —Trata de escabullir el tema, pero no voy a permitirlo.

—No, dímelo, ¿qué pasa?

—En la cultura coreana el primogénito es... algo así como la esperanza de la familia. Ellos no entienden la familia como personas individuales, sino como un todo. Y todo debe hacerse por el bien de la familia y la madre de DoHwan, al menos antes de que discutiesen por TaeOh, siempre esperó que se casase con una chica coreana de buena familia. —Como HaNeul, pienso con dolor—. Por lo que YoungBin me ha contado no dejaba de organizarle citas...

—¿Su madre le organizaba citas?

—Sí, eso para nosotras es impensable, ¿verdad? Pues aquí no lo es, sobre todo en las familias con dinero.

—¿Y qué pasó con esas citas?

—Nada. Él no tenía ninguna prisa por tener pareja, acudía por no defraudar a su madre y jamás volvía a llamarlas. Y además estaba HaNeul... Ay, será mejor que me calle porque creo que no hago más que meter la pata.

—Sigue hablando, Mary.

—Esto DoHwan ni siquiera lo sabe, porque YoungBin no se lo contó para que no se sintiese presionado para salir con ella. HaNeul habló con su madre para que dejase de organizarle citas, estaba muy celosa. YoungBin estaba delante en el despacho el día que fue a verla y pudo oír parte de la conversación mientras las dejaba a solas. Su madre se disculpó porque no sabía que ellos estaban juntos. En realidad, ni siquiera sabemos si lo estaban en ese momento o fue la excusa que ella utilizó. Después de que DoHwan se hiciese cargo de TaeOh y estallase la bomba atómica en Korean Revolution, bajo las mantas, porque no hay nada que teman más las grandes familias que un escándalo, HaNeul siguió en contacto con su madre. Comían juntas al menos una vez al mes, gracias a ella ha ido teniendo conocimiento de los progresos de su hijo mayor, todo esto lo sé por YoungBin. Y sé que espera que ellos acaben juntos, todo el mundo lo espera. Pero también sé que DoHwan no la ama.

—Ellos están juntos ahora.

—YoungBin no me ha dicho nada de eso. Aunque es cierto que DoHwan es muy reservado para su intimidad. —No me había dado cuenta.

—Están juntos. Ella misma me lo ha dicho, me esperó en el baño del tanatorio para contármelo.

—HaNeul no se caracteriza por su credibilidad. Es amiga de ellos desde el instituto y he intentado que me caiga bien un sinfín de veces, pero no la trago. Creo que deberías hablar con DoHwan, todo parece muy complicado cuando no se habla. Es un consejo que te doy porque los dos sois buenas personas y se os veía muy bien juntos. —No quiero hablar del tema, porque me pondré a llorar y es lo que menos necesito en este momento—. Cuando habléis sé clara con él y que él lo sea contigo.

—Te lo agradezco, pero es demasiado tarde, Mary —le digo pensando en HaNeul; si está con ella y le hace feliz no seré yo quien se interponga. Una mujer con su misma cultura, con la que se entiende, que además es preciosa y tiene el visto bueno de su madre. ¿Quién soy yo para irrumpir en su felicidad?

—Nunca es tarde cuando se trata de amor verdadero, no lo olvides.

Capítulo 45

DoHwan

—¿Has visto a Zoe, *hyung*? —me pregunta TaeOh sentándose a mi lado en el sofá. Acabo de llegar del cementerio, me duele cada músculo del cuerpo después de pasar tres días en esa sala atendiendo a tantas personas. Alzo la vista y veo a su cuidadora, la joven se detiene ante mí.

—¿Quiere que le prepare un té, señor Goon? —me pregunta.

—Yo lo haré —dice HaNeul abandonando el baño—. Puede marcharse a casa, hoy no la necesitaremos.

La joven me mira, preguntándome si acata sus órdenes o no, asiento. HaNeul camina hasta nosotros y toma asiento a nuestro lado, en el sofá contiguo.

—Tú también puedes irte a casa a descansar, estamos bien.

—No voy a dejarte solo en un momento así —dice posando su mano sobre la mía en el brazo del sofá, y la aprieta con cariño.

—No está solo, está conmigo —protesta TaeOh haciéndome sonreír. HaNeul le mira seria.

—Perdóname, pequeño. ¿Pido algo de comida? Debéis estar hambrientos.

—Yo he comido con Zoe. ¿La has visto, *hyung*? —insiste. HaNeul le mira de reojo esperando mi respuesta.

—Sí, la vi ayer con nuestros hermanos.

—No quiere quedarse a vivir en Seúl. Le pregunté si quería quedarse conmigo y dice que tiene mucho trabajo en *Málaka*.

—¿En Málaga?

—Sí. Me ha dicho que podemos ir a visitarla, ¿iremos *hyung*?

—Claro, algún día —le respondo para conformarlo. Así que está en Málaga con su familia, ¿se habrá mudado? Entonces, ¿cómo ha seguido viéndose con JiMin?

—¿Por qué tienes tanto interés en tu anterior niñera, TaeOh? ¿Es que la señora Kim no te cuida bien? —le pregunta HaNeul. Él la mira de reojo.

—Zoe no es mi niñera, es mi amiga —protesta.

—Pediré algo de *ramen* y también *japchae* o *bibimbap*, ¿qué te apetece? —me pregunta, ignorando su respuesta.

—Pide lo que quieras, comeré cualquier cosa —digo sin demasiado interés. No tengo hambre, tengo el estómago lleno de nervios e inquietud. Las palabras que me ha dicho mi madre en el cementerio me han sorprendido y sobresaltado. Es algo que tengo que hablar con mis hermanos.

No voy a interferir en tus decisiones en la empresa. En unos meses me haré a un lado y te

dejaré el control absoluto. Eso me ha dicho, justo cuando iba a subirme al coche para volver a casa después del funeral. En un primer momento no la creí, pensé que se trataba de algún tipo de estrategia urdida por ella y mi tío Hong DaeChul.

—¿Por qué ahora, madre? —le pregunté.

—Porque la tía EunJi así me lo ha pedido en su última voluntad. Y lo haré, por todo lo que le debo. Respetaré su último deseo y no pondré trabas a tu trabajo, renuncio a nombrar a tu tío como CEO y me retiro del consejo directivo. Creo que tiene razón, necesito paz. No la he tenido por demasiado tiempo y es el momento de buscarla —confesó con los ojos llenos de lágrimas.

—Se lo agradezco.

—No me lo agradezcas a mí, sino a la tía.

—Aun así, gracias.

HaNeul me devuelve a la realidad cuando se incorpora para pedir la comida, toma su teléfono y se acerca a una de las ventanas buscando la mejor cobertura. Observó a TaeOh, recostado contra mi pecho, está mirando algo en su teléfono móvil, fotografías.

Lo miro con detenimiento, son imágenes en las que aparecemos Zoe y yo. Va pasándolas hacia un lado. Estamos en Daecheon, meses atrás cuando vinimos a ver a la tía cuando sufrió el primer infarto, todos juntos en el patio de su casa, en otra aparecemos juntos en el parque del templo de Muryangsa, otra de la playa de Daecheon y varias de ellos juntos con una gran sonrisa en un lugar que parece Gyeongbokgung.

—¿De dónde has sacado esas fotografías?

—Son de Zoe. Me prestó su teléfono para jugar mientras volvíamos en el coche a casa y me las envié a mi móvil.

—¿Le pediste permiso para hacerlo? —pregunto y él pone cara de culpable, no, claro que no lo hizo—. No debes espiar las fotos de nadie TaeOh, eso está mal.

—Lo siento, pero es que no tengo ninguna foto de Zoe y no quiero que se me olvide su cara.

Tomo su teléfono y las veo con detenimiento, está preciosa. Sus ojos verdes resplandecen bajo la luz del sol, hay una en concreto en la que aparecen ella y TaeOh abrazados con una amplia sonrisa con el palacio a sus espaldas en la que no pueden estar más adorables ninguno de los dos. Quiero esa imagen para mí, sé que no debería hacerlo, pero la reenvió a mi móvil, solo como recuerdo, me digo. Continúo mirando varias más y me tropiezo con una que me desconcierta por completo.

—¿Esos son... son JiSeung y su amigo español? —pregunta HaNeul por encima de mi hombro. Bloqueo el terminal. Busco sus ojos, parece horrorizada—. Están... están abrazados en una cama.

—TaeOh, ve a tu cuarto, necesito hablar con la señorita Yeon a solas —le pido, él la mira, molesto por su expresión de incomodidad, toma su teléfono y se retira—. Debe haber una explicación para esa fotografía. Los españoles son... muy afectuosos.

—¿Tan afectuosos como para abrazarse medio desnudos en una cama? ¿Sabías que tu hermano es... es un desviado?

—No le llames así.

—Pero lo es, ¿qué más pruebas necesitas? Tu madre va a llevarse un gran disgusto.

—No, porque no va a saber nada de esa fotografía —afirmo poniéndome de pie, enfrentándola. HaNeul baja el rostro, sorprendida por mi actitud—. No vas a decirle nada, tengo

que hablar con mi hermano.

—Pues hazlo. Quizá solo esté confundido, esos malditos europeos con su libertinaje, ¿ves cómo no es seguro dejarse influir por su cultura? Un buen coreano jamás...

—Vamos, HaNeul, ¿En serio piensas que en Corea no hay homosexuales?

—No tantos.

—Creo que eres demasiado joven para pensar así.

—Y yo que tu hermano no es el único que se ha dejado influenciar por su cultura. ¿Sabes la vergüenza que supondrá para tu familia, para tu empresa?

—Te he dicho que hablaré con él, además no entiendo de qué modo esto te afecta para que estés tan contrariada.

—¿No sabes de qué modo me afecta? Cuando... cuando tú y yo nos casemos él asistirá a nuestra boda, con su... con su novio gay.

—¿Nuestra boda? —Ahora el desconcertado soy yo.

—Puedo aceptar que tu tía fuese una mujer de consuelo, que estés criando al hijo bastardo de tu padre, pero que a nuestra boda asista una pareja de desviados... Es demasiado —dice para sí.

—¿Es que te he pedido matrimonio? Porque no recuerdo haberlo hecho.

—Creo que será mejor que me vaya —dice urgida, tomando su bolso que está sobre la mesa.

—HaNeul.

—¿Qué?

—No vuelvas a llamar desviado a mi hermano. Si lo haces no te lo perdonaré —digo y ella frunce el ceño y se marcha dando un portazo tras de sí.

Capítulo 46

TaeOh

La señora Kim es una mujer muy amable, siempre le habla de sus tres hijos y cuando lo hace, TaeOh puede ver en su mirada cuánto los quiere. Una madre que adora a sus hijos, como se supone que hacen todas las madres. Y, sin embargo, cada vez le cuesta más llamar así a la suya. El pequeño creyó que cuando regresase a Seúl con su hermano mayor la vería mucho más a menudo, que todo volvería a ser como antes de que se casase con el padre de su hermano. No ha sido así, apenas pasan juntos un par de días en el mes y cuando lo hacen, son las cuidadoras de su hermano las que atienden sus necesidades, las que están pendientes de todo. Aunque solo por los abrazos que le da a la llegada y la despedida le compensa pasar el día en aquella casa en la que su hermano es quien dirige cada cosa que van a hacer juntos.

Lo quiere, es pequeño y mandón, pero es su hermano y se siente obligado a pasar tiempo con él y cuidarle como un buen hermano mayor.

Ahora no quiere pensar en eso, la señora Kim ha accedido a sus deseos de llevarle a la empresa para visitar a su *hyung*. Es sábado y tiene algo más de tiempo libre. Desde que DoHwan y él regresaron a Seúl su *hyung* ha pasado muchas horas encerrado en aquel rascacielos, en ocasiones sin regresar a casa ni para dormir. Le echa de menos, aunque él le ha prometido que en un par de semanas las cosas cambiarán, pronto tendrá más tiempo libre y podrán pasarlo juntos.

Hoy necesita verlo, necesita contarle que ha hecho dos amigos nuevos en el parque y que en la academia le han felicitado por sus buenas notas. La señora Kim también le ha felicitado y le ha prometido que harán algo divertido juntos, pero ella no es... Zoe.

Ojalá Zoe estuviese con ellos en Seúl, con Zoe todo es genial, a la señora Kim no le gusta bailar ni hace ruidos extraños con la boca al hablar para hacerle reír, no le hace cosquillas, ni le pellizca las mejillas, ni le besa antes de irse a dormir. Se siente celoso al pensar que ahora estará cuidando de otros niños en *Málaka* y que los querrá tanto como le quería a él. Querría hablar con ella, enviarle un mensaje diciéndole lo mucho que la echa de menos, pero DoHwan le ha advertido que no debe hacerlo, porque si lo hace le dolerá aún más. Debemos seguir adelante, los dos juntos, le dijo después de que ella se marchase y él se ha aferrado a eso.

Suben al ascensor y pulsa la planta número catorce, en la que se encuentra el despacho de su hermano mayor. La señora Kim habla con la recepcionista y esta le dice que DoHwan está reunido, que pueden sentarse a esperarle en una sala de reuniones, ella le avisará de que han

venido. Los acompaña hasta la sala y allí toman asiento en unos sillones acolchados donde pasan al menos diez minutos antes de que se canse de estar sentado y se ponga de pie. Pobre DoHwan, todo el día encerrado entre aquellas paredes, rodeado de gente seria que va con prisas a todas partes. Debería haberle comprado un regalo, una tableta de chocolate, por ejemplo, el chocolate siempre le hace sonreír. Zoe siempre decía que no había tristeza que no pudiese vencer el chocolate. Tiene algo de dinero en su bolsito, quizá sería buena idea bajar y comprarlo en la tienda que ha visto junto a la entrada al edificio. Aunque seguro que a la señora Kim no le parece una buena idea, ella nunca le permite comer dulces. Pero la tienda no está lejos, tiene tiempo de sobra para bajar, comprarlo, esconderlo en su bolsita y regresar antes de que DoHwan llegue.

—Señora Kim, voy a ir un momento al baño —le dice a su cuidadora, que está viendo vídeos de cocina en su teléfono como suele hacer cuando se aburre.

—¿Quieres que te acompañe?

—Sé dónde está, no hace falta. —La mujer asiente, distraída.

TaeOh abandona la sala y recorre de vuelta el pasillo por el que han llegado hasta el rellano de los ascensores, pulsa el botón para bajar sin dejar de pensar en lo contento que se pondrá su hermano cuando se coma el chocolate. Porque DoHwan está triste, aunque intenta disimular ante él, sabe que lo está. Antes era más feliz, cuando Zoe estaba con ellos, sabe que también la echa de menos, aunque no dice nada. Los mayores nunca dicen la verdad sobre cómo se sienten y no sabe por qué. Dicen que no están tristes cuando lo están y dicen que están bien cuando no lo están.

El ascensor se abre, solo hay una señora en el interior, TaeOh le da los buenos días y pasa dentro. Comprueba que está pulsado el botón de la planta baja y se pone detrás, pegado a la pared. Es una señora mayor, muy elegante y con el cabello recogido en un moño bajo, tiene un mechón de cabello blanco a un lado de la sien derecha. No le dice nada, pero le mira de reojo.

El ascensor comienza a bajar y de repente hace un ruido extraño, la luz se apaga y se queda parado. La señora da un pequeño grito, los focos de emergencia se encienden y la señora se lleva una mano al corazón.

—Seguro que se ha ido la luz, señora —le dice para tranquilizarla y ella le mira como si le viese por primera vez.

—Sí, muy pronto se pondrá en marcha —responde en voz baja. Pero pasan varios minutos y el ascensor continúa parado. TaeOh solo puede pensar en que DoHwan saldrá de la reunión y él no estará allí con su regalo. Se fija entonces en que la señora está poniéndose muy nerviosa, se quita la chaqueta del traje—. Oh, joder, esto no puede estar pasando —murmura en voz baja. La observa con curiosidad, está sudando mucho, y se ha quitado los zapatos de tacón.

—Tranquila, pronto nos sacarán de aquí —le dice. Pero ella no se tranquiliza, comienza a golpear las puertas del ascensor con energía, asustándole.

—¡Socorro! —grita sin dejar de dar golpes con sus manos en la puerta—. ¡Socorro, ¿es que nadie puede oírnos?! No puedo respirar, no puedo respirar, me ahogo —asegura deshaciéndose de un par de botones más de su camisa. Está temblando.

TaeOh sabe cómo se siente, él se sentía igual cuando Patro y Cayetana le acosaban en clase, tiene miedo, mucho miedo. Pero pronto les sacarán de allí, su hermano se lo ha advertido muchas veces, es imposible que un ascensor se caiga al suelo, si alguna vez se queda encerrado solo tiene que esperar a que lleguen los operarios y le saquen de allí. La señora se sienta en el suelo, sigue temblando. Él se acerca y le coge la mano.

—Tiene que respirar despacio —le dice. La señora le mira, no parece muy segura de creerle

—. Respire dentro fuerte y luego fuera, así. —Lo hace y la señora intenta imitar su respiración. TaeOh le acaricia el cabello despacio, con cuidado—. Mi hermano mayor nos sacará de aquí, esté tranquila —le dice con una amplia sonrisa que llena sus mofletes sonrosados. La señora imita su respiración y despacio va calmándose. Le mira sorprendida con su calma—. Tranquila, yo la cuidaré —asegura y le acaricia la mejilla.

—¿Hay alguien dentro? —preguntan desde fuera.

—¡Estamos aquí! —grita el pequeño.

—¿TaeOh? ¿Estás ahí? —reconoce su voz enseguida, es su adorado *hyung* que una vez más ha venido a salvarle. Las puertas metálicas se abren y le ve, pero no suelta la mano de la señora, que está con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en la pared, controlando su respiración.

—¿Lo ve? Se lo dije, mi hermano está aquí —le dice y la mujer abre los ojos. Se queda mirando a DoHwan con expresión de sorpresa y suelta su mano. Su hermano entra al ascensor y él le abraza con energía. La señora no deja de mirarlo, él le ofrece la mano para levantarse, pero no la toma, se incorpora sujetándose a la pared del ascensor.

—*Omoni*, ¿está bien? —le pregunta DoHwan. TaeOh la mira sorprendido, ¿es ella? ¿Es la madre de DoHwan, JiMin y JiSeung? Su *hyung* siempre le había advertido que debía alejarse de ella, no dirigirle la palabra si alguna vez se encontraban, incluso le enseñó una fotografía suya para que pudiese reconocerla. Pero él no lo ha hecho y le ha hablado e incluso le ha cogido de la mano, ¿Su *hyung* se enfadará por desobedecerle? Ojalá que no.

—Estoy bien —afirma la mujer y sale del ascensor, fuera hay varias personas, incluidos los técnicos que deben haberlo abierto.

—¿Estás bien? —le pregunta DoHwan subiéndolo a sus brazos y sacándole de allí—. ¿Por qué te has escapado de la señora Kim?

—Quería comprarte chocolate, para que estés feliz —le dice y DoHwan sonríe y le besa en el cabello.

TaeOh observa a la señora alejarse por el pasillo, seguida de un montón de empleados que le preguntan cómo está. ¿Por qué su hermano no quería que se acercase a ella? No parece mala, ni peligrosa, es solo una señora que se asusta cuando se paran los ascensores.

Capítulo 47

DoHwan

Diciembre.

Hoy es el gran día, el grupo de mis hermanos estrena varios temas de su disco en el grandioso O2 Victoria Warehouse, en Mánchester, como teloneros de Jambinai, una famosa banda de folk metal coreano. No podrían hacerlo de mejor modo, el representante de la banda los ha contratado para acompañarlos durante toda su gira mundial, quince países de Asia y Europa. Esta noche tocarán cinco canciones, en una de ellas JiSeung tiene un solo con su violín que estoy deseando ver en directo.

Sé que les irá bien. Estoy convencido de ello.

TaeOh recorre las bambalinas con emoción, diciendo a todo el mundo que es hermano de los artistas principales. La gente debe pensar que es hermano de alguno de los miembros de Jambinai, pero para nosotros los artistas principales son Sons of Goryeo.

Hemos llegado a media tarde con el avión privado de la compañía, me hubiese gustado poder hacerlo antes para estar algo de tiempo con ellos antes del concierto, pero desde que mi madre no acude a diario a la oficina mi trabajo ha aumentado. Y estoy feliz porque está cumpliendo su palabra de no interferir en mi labor y es un gran avance. He respetado el trabajo de mis tíos, supervisando aún alguna de sus acciones desde la distancia, pero dándoles libertad, creo que acabarán acostumbrándose a que ahora soy yo quien dirige la empresa al cien por cien. Continuamos creciendo y expandiéndonos y sé que mi padre y la tía EunJi deben sentirse orgullosos allá donde estén, del trabajo que estoy realizando. Y la reunión que he cerrado para mañana en Londres con representantes de la principal cadena distribuidora de cosméticos de los Estados Unidos, para firmar un importante contrato, será mi primer hito relevante como nuevo CEO de la empresa.

Todas las piezas parecen encajar al fin y eso me proporciona estabilidad y confianza. Me siento feliz, mentiría si dijese que por completo, pero es una sensación soportable con la que trato de aprender a vivir.

No puedo negar que sentí decepción cuando llegamos y supe que Zoe no vendría a verlos actuar, tenía la secreta esperanza de poder verla. Pero, al parecer, tiene la presentación de su Trabajo Final de Carrera o algo así, ha explicado Bruno a TaeOh cuando este le hizo la pregunta que a mí me quemaba en los labios.

—JiSeung me ha pedido que les esperemos en la sala VIP, se pasarán a vernos antes de salir a

actuar —me dice Bruno a través de su teléfono móvil. TaeOh ha corrido a sus brazos en cuanto le ha visto, le cae bien, muy bien y eso es bueno. Está tan nervioso y emocionado como nosotros.

—Todo va a salir bien —le digo posando mi mano en su hombro y él sonríe. Miro el reloj, son las siete, a las ocho comienza el concierto.

Bruno nos guía hasta la sala VIP desde donde puede contemplarse el escenario a la perfección a través de un gran balcón situado en la parte alta del teatro. Cuando mis hermanos llegan los abrazo y TaeOh salta de emoción al verlos ataviados con la ropa negra y los ojos maquillados.

JiMin parece especialmente nervioso. Le doy un golpe en la espalda y me mira con una sonrisa. Me doy cuenta entonces de que se ha hecho un tatuaje en el hombro derecho. Se trata de un Ave Fénix en tinta negra erguida entre las llamas.

—¿Un tatuaje? ¿Es que quieres que nuestra madre te repudie? —le digo en broma. Y él se echa a reír.

—Con que siga como hasta ahora me doy por satisfecho.

—¿Por qué un Ave Fénix?

—Porque estoy renaciendo de mis cenizas, *hyung* —responde muy serio y camina hasta JiSeung—. Vámonos, quiero volver a comprobar que todo está perfecto en el escenario.

JiSeung asiente, me mira y sonríe, es feliz, mucho.

El concierto es todo un espectáculo de luces, colores y por supuesto de música. Mis hermanos se transforman sobre las tablas del escenario en cuanto la melodía comienza a sonar. La voz algo rasgada de JiMin toma el control, acompañada por los acordes de su bajo y JiSeung la adorna con su violín eléctrico. Su tema Only a song hace que el público salte y grite de emoción. Incluso una chica sube al escenario y baila junto a JiMin que canta entregado en cuerpo y alma. La chica le besa en la mejilla y después le lame el rostro. JiMin se echa a reír y comienza a bailar mientras toca y canta.

TaeOh y yo nos miramos sorprendidos.

—¿Le ha chupado la cara? —pregunta TaeOh sin dar crédito, con los ojos como platos.

—Eso parece —me río—. A él no parece haberle molestado demasiado.

—Que asco, yo no quiero ser cantante —sentencia TaeOh.

Cuando acaban su actuación, ambos suben a vernos a la sala VIP. Les felicitamos y les abrazo. JiSeung está eufórico, JiMin también, brindamos con soju y TaeOh con zumo de naranja. Bruno y JiSeung conversan entre ellos en lengua de signos y JiMin vuelve a rellenar mi vaso de soju.

—Enhorabuena, ojalá Zoe estuviese aquí. Sé que te habría gustado que te acompañase —le digo.

—Sí, claro que me habría gustado, pero tiene un examen o algo así. De todos modos, actuamos en Barcelona y me ha prometido que vendrá a vernos.

—Me alegra que al menos tú hayas conseguido hacerla feliz, JiMin. En serio.

—¿Qué dices? Zoe y yo no estamos juntos —dice escandalizado—. ¿Todavía no te has enterado de que está loca por ti? —me pregunta dejándome desconcertado—. Zoe nunca ha sentido nada por mí, *hyung*. Zoe está enamorada de ti desde que trabajaba en casa.

—Eso no es así. Ella... había vuelto con su exnovio.

—No hasta donde sé. Y Bruno, JiSeung y yo estuvimos con ella la semana pasada, en su pueblo. Zoe no tiene pareja.

—¿Entonces? ¿Por qué me mintió?

—No lo sé... Lo que sí sé es que, si me quisiese a mí en lugar de a ti, no habría nada que me hubiese impedido estar con ella. Ni la distancia, ni lo que te haya dicho, ni lo de su enfermedad... nada. Nada habría sido más importante que estar a su lado. —Otra vez el tema de esa supuesta enfermedad.

—Pero ¿de qué enfermedad hablas?

—¿No te lo contó? Pensé que lo sabías.

—No y dime de que se trata porque voy a volverme loco.

—Zoe no puede tener hijos.

—¿Qué?

—Tiene algún tipo de problema médico que hace que no pueda tenerlos. Y eso la hace sentirse... defectuosa.

En ese preciso momento las piezas encajan en mi cabeza.

Esa noche, en casa de YoungBin y Mary, ellos comenzaron a hablar de lo mucho que me gustaban los niños, de mi deseo de tener hijos algún día. Y su actitud cambió de repente. Se transformó por completo, en ese preciso momento.

—Tengo que marcharme —le digo a mi hermano que me observa con sorpresa—. ¿Podéis cuidar de TaeOh?

—¿Dónde vas?

—A verla. ¿Tienes su dirección?

—Imagino que estará trabajando en el restaurante de sus tíos. Restaurante El Paseo se llama, en Málaga, en un barrio que se llama Churriana. Te mando la dirección.

Capítulo 48

Zoe

Es una noche ajetreada en el restaurante, es el día de la Inmaculada Concepción y estamos a tope. Las mesas no dejan de llenarse una y otra vez desde las ocho de la tarde y por más prisa que nos damos los siete camareros, incluidas mis dos primas que han vuelto a casa por vacaciones y todo el equipo de cocina formado por mi tía y tres pinches, no damos abasto.

Debería haberme marchado a las nueve, tal y como acordé con mi tío, mañana definiendo mi Trabajo Fin de Grado en la universidad, es la primera vez y estoy muy nerviosa, aunque creo que lo tengo todo bajo control, llevo meses preparándome en cuerpo y alma, pero no he sido capaz de marcharme y dejarles con todo el trabajo.

Mesas y más mesas, atender, servir, recoger, sonreír, casi sin un minuto para respirar, mientras el mar se muestra en calma a un centenar de metros, tan cerca pero tan lejos.

He aprovechado un par de ocasiones en las que fui al baño, deliberadamente, para poder ver los vídeos que me ha estado enviando Bruno sobre la actuación de JiMin y JiSeung en Mánchester. No puedo estar más orgullosa de ellos, mis mellizos favoritos, cómo me habría encantado poder acompañarlos en un momento tan especial, pero mañana es el último día en el que podía hacer la defensa de mi trabajo antes de que acabe el año y deseo tener mi título lo antes posible.

Aunque lo cierto es que no sé qué haré después, si me quedaré en Málaga o si volveré a Madrid con Lucía. Cuando hemos hablado esta mañana, ha vuelto a insistirme en que las puertas de mi habitación en su casa siguen abiertas, que puedo volver cuando quiera. Además, ahora va a pasar más tiempo fuera aún, su jefe-enamorado le ha propuesto un traslado a la central para poder vivir juntos. A ella le aterroriza volver a cambiar su vida por un hombre, pero le he dicho que deje atrás los miedos y lo intente, ¿y si sale bien?

Pepi también me ha hablado, esta tarde, estaba tan eufórica y radiante como siempre últimamente. Desde que descubrió el gran secreto de su marido parece otra persona, su nueva vida sexual la ha transformado. Y es que... el gran secreto de Ángel, ese que le confesó cuando fue capaz de enfrentarlo abiertamente sobre su cambio de actitud, es que ha decidido aventurarse en el mundo BDSM. Al parecer el sexo *vainilla* ya no era suficiente para él. Y estuvo formándose, todo comenzó con unas reuniones de sexualidad alternativa en el edificio de las clases de yoga al que le seguimos, donde descubrió que, aunque en su entorno laboral es el jefe de una veintena de empleados, dentro del dormitorio deseaba ser un sumiso.

Nadie sabe lo que me he reído al pensar en que ahora Pepi es una dómina dentro y fuera de la

cama. Me alegro por ellos porque son una pareja estupenda y yo, la única que conoce su secreto.

A las doce de la noche Bruno me ha enviado otro vídeo en el que aparece JiSeung en un solo de violín electrónico, es espectacular contemplar un estadio lleno de gente en silencio escuchándolos, y a JiMin cantando con esa pasión mientras toca el bajo... El público vibra emocionado, Bruno salta y baila mientras los graba, por lo que la imagen no es muy buena, pero entonces veo a un niño precioso de refilón que saluda a cámara, con una cara de felicidad que hace palpar mi corazón. Bruno le enfoca mejor, por supuesto es TaeOh, mi pequeño Bichito. Está tan guapo todo lleno de orgullo por sus hermanos. ¿Y DoHwan? Mi amigo no ha tenido el detalle de grabarle, aunque si está TaeOh él debe andar por allí. Cuando llamé a las seis para hablar con los mellizos y desearles *mucha mierda* aún no habían llegado.

La canción se detiene y el público les aclama enfervorecido. Incluso una chica con ambas orejas repletas de pendientes plateados sube al escenario y se abraza a JiMin que le sonríe y entonces ella le lame la mejilla. Me quedo a cuadros, qué fan más loca, por favor. JiMin, muy metido en su papel, se echa a reír, provocando que ella salte de felicidad, están hechos unos auténticos *Idols* este par, pero de Metal.

—¿Zoe, te queda mucho? —me pregunta mi prima Sofía desde el otro lado de la puerta. Cuando éramos pequeñas estábamos bastante unidas, a pesar del par de años que nos separan. Pero después me fui a Madrid y nuestra relación se enfrió porque apenas nos veíamos, sin embargo, este verano trabajando juntas nos ha acercado lo suficiente como para recuperar su amistad.

—Sí, ya he terminado —le digo y abro la puerta. Ella se mete dentro y cierra tras de sí, impidiéndome salir. Se saca un paquete de tabaco del bolsillo de su mandil y enciende un cigarrillo—. Acompáñame al cigarro, anda —me pide observándome con sus grandes ojos azules.

—¿Y por qué no te lo fumas en la calle como la gente normal?

—Porque si mi padre me pilla me la lía muy gorda, sabes que es antitabaco total. Da igual que tenga veinticuatro años y viva fuera de su casa, cuando vuelvo sigo siendo su niñita.

—Pues como te pille fumándotelo aquí sí que te la va a liar gorda —digo abriendo la ventana del baño para que salga el humo, ella se sitúa justo debajo—. Debería irme, seguro que ha salido algo de mis mesas.

—No, nada, he preguntado y a los segundos de tus mesas aún les queda un poquito. ¿Estás nerviosa por lo de mañana?

—Un poco, me lo sé todo de memoria y creo que me saldrá bien, aunque lo peor que puede pasar es que tenga que repetir mi defensa y ampliar el trabajo.

—Deberías haberte ido.

—No puedo marcharme y dejaros con todo este trabajo. No podría dormir de todos modos. Me acostaré a la misma hora de siempre, después de que cenemos, y mañana me levantaré a las ocho y media, lo leeré todo por milésima vez y se acabó.

—Seguro que te sale genial. ¿Dónde tienes el trabajo?

—En el coche. Desde que lo acabé me acompaña a todas partes como una mascota.

—Pues esta noche quédate a dormir en mi apartamento, así te acuestas antes. Cuando te levantes repasa y después vas a casa de tus padres y te arreglas para la universidad. —Asiento y me entrega la llave que lleva en el mandil, es una vivienda de dos dormitorios muy próxima al

restaurante que también pertenece a sus padres y que solo utiliza cuando no está alquilada. Precisamente en ella se alojaron JiMin, JiSeung y Bruno cuando vinieron el fin de semana pasado para verme y traerme las entradas para el próximo concierto, en Barcelona, dentro de un mes—. ¿Qué es lo que estabas viendo en el móvil? Se escuchaba la música desde fuera.

—Son unos amigos que hoy está dando un concierto en Mánchester —le digo poniendo parte del vídeo para que pueda verlo. Sofía se queda alucinada.

—¿Esos no son los chinos que vinieron a verte con tu amigo Bruno el fin de semana pasado?

—Coreanos.

—¡Eso! Me quedé impresionada cuando los trajiste a comer y me los presentaste. El rubio es guapísimo, ¿tiene novia?

—Sofía...

—¿Qué? Le tiré la caña un par de veces, e incluso le serví el mejor lenguado que había en la cocina, pero no me hizo ningún caso. Solo estaba pendiente de ti.

—Porque es un buen amigo, como su hermano, y nos queremos mucho.

—Su hermano también es muy guapo, ¿tiene más?

—Sí, dos más. Uno mayor y otro pequeño.

—¿Y también son guapos? —asiento con una sonrisa—. ¿Cuál es el más guapo?

—Para mí, el mayor. El pequeño es muy guapo, pero es un niño y sé que no te refieres a eso. —Ella sonríe antes de dar una nueva calada a su cigarrillo.

—¿Cómo es?

—¿El pequeño? —sugiero divertida.

—No, tonta, el mayor.

—Pues... es... alto, fuerte, grande, con los ojos y el cabello negros, la nariz recta, un poco ancha, y ni demasiado pequeña ni demasiado grande, aunque sonríe poco, su sonrisa es preciosa...

—Vaya, ¿y a ese por qué no le has invitado a venir?

—Porque vive en Corea del Sur.

—Ah, bueno, no importa. De todos modos, me quedo con el rubio.

—Se llama JiMin.

—¿Y el grupo? ¿Cómo se llama, que voy a buscarlos?

—Se llama Sons of Goryeo. —En ese momento la gruppie sube al escenario en el vídeo y le lame la cara.

—Arg, pero ¿qué hace esa tía? ¡Que JiMin es mío! —bromea haciéndome reír. Da una última calada a su cigarrillo y moja la colilla abriendo el grifo del lavabo antes de tirarla a la papelera—. Vamos, a por el último empujón —me dice y ambas salimos dispuestas a enfrentarnos a lo que nos queda de noche.

Es la una y media de la madrugada cuando hemos terminado y nos sentamos en torno a una de las mesas de la terraza para cenar nosotros. Lo cierto es que no tengo hambre porque hace una hora me he comido un par de montaditos en la cocina que me ha dado mi tía para aguantar el tipo, pero el postre no voy a perdonarlo.

Estamos los doce empleados más mis tíos, cada uno ha traído algo de la cocina, el restaurante está situado en primera línea en el paseo marítimo y desde nuestra mesa podemos ver cómo sobre el mar en calma resplandece la luna llena, el arrullo de las olas me alcanza y la brisa me

revuelve el pelo. Me quito la goma que lo sujetaba y el alivio es indescriptible.

—Estás muy guapa esta noche —me dice Mario, uno de los camareros. Es bastante simpático y tenemos buen rollo, pero nada más. Sonrío, lleva queriendo liarse conmigo desde que entré a trabajar en verano y es bastante atractivo, pero... no es DoHwan. No tiene su sonrisa, ni te abraza con una mirada y te dice cosas sin necesidad de palabras.

—Gracias, debe ser mi olor a chocos fritos el que te abruma —me burlo sacándole la lengua y observo cómo mi tío se ríe por lo bajo. Está sentado a mi derecha y ha podido oírlo todo.

—Creo que hay alguien llamando a la puerta —dice Sofía que viene hacia la mesa con varios refrescos.

—Dile a quien sea que hemos cerrado —le indica su madre y ella va a hacerlo. Mario deja ante mí el refresco que he pedido y me sonrío, mi tío le mira de reojo, lo noto y no puedo evitar reírme.

—Mañana tienes que bordar ese examen y dejar el pabellón de la familia bien alto —me dice mi tío.

—Sin presiones, ¿eh, tito? —respondo tomando mi refresco y dándole un sorbo.

—Déjala tranquila, Paco —le pide mi tía—. Seguro que te sale genial, cariño.

Veo que mi prima viene hacia la mesa con expresión contrariada.

—Zoe, fuera hay un muchacho que quiere verte —me dice, pero el muchacho ya ha entrado tras ella buscándome. Me convierto en una estatua de sal cuando se aparta y veo que se trata de DoHwan.

¿DoHwan en Churriana? ¿He estado extrañándole y pensándole tanto que tengo alucinaciones? Me mira con sus preciosos y rasgados ojos negros, a mí, solo a mí, como si no hubiese nadie más sentado en aquella terraza.

—No quiero tener hijos, Zoe —me dice deteniéndose a un par de metros de mí, que no soy capaz ni de levantarme de la silla, completamente petrificada. Mi tío me mira, todos lo hacen.

—¿Estás embarazada? —pregunta mi tío, y mi tía, sentada a su lado, le da una colleja. Ellos no saben nada de mi problema.

Me pongo de pie.

—DoHwan, ¿qué haces aquí? —digo mirándole, tratando de convencerme a mí misma de que es real, que está allí ante mí.

—No quiero, si no es contigo, Zoe —dice, dando el par de pasos que nos separan.

Le abrazo y rompo a llorar. Casi no puedo respirar, lloro desconsolada sobre su pecho. Él me sostiene con sus fuertes brazos, casi podría decir que me mantiene en pie, apretándome con fuerza contra sí. Lloro consciente de que nadie más puede entendernos, lloro porque nadie más sabe qué significa lo que acaba de decirme. Porque acaba de confesarme que es capaz de renunciar a su deseo de ser padre por estar conmigo, porque acaba de decirme que me ama por encima de todo, de todo.

—Te quiero —susurra a mi oído—. Te quiero, te quiero, te quiero —no deja de repetirlo, pero yo solo puedo llorar. Me aparto y vuelvo a mirar sus ojos de ónix líquido. ¿Es real? ¿De veras es real y está aquí conmigo?

—Yo también te quiero —le digo cuando soy capaz. Me limpia el rostro de lágrimas con sus dedos y vuelve a abrazarme. Necesito un instante para lograr calmarme, estoy demasiado emocionada, inspiro hondo y tomo fuerzas—. ¿Qué haces aquí? Creí que estarías en Mánchester.

—Lo estaba.

—¿Y cómo has llegado tan pronto?

—En helicóptero. Tenía que verte.

—¿Qué? —Escucho un *Ooooh* a mi espalda que me recuerda que no estamos solos. Me vuelvo y miro a todos, que están petrificados mirándonos. Empiezo a reír entre lágrimas, ellos, al sentirse descubiertos, empiezan a actuar como si no estuviesen observándonos, cada uno comienza a hacer algo—. Tengo que irme —les digo a mis tíos y ellos asienten, mi prima Sofía me mira con una sonrisa cómplice. Tomo la mano de DoHwan y le saco de allí, no me detengo hasta que no estamos fuera del restaurante, en el paseo marítimo, caminamos en silencio hasta la playa. El corazón me late con fuerza, siento sus latidos bajo el esternón, sigo caminando hasta que alcanzo la arena húmeda. Entonces DoHwan se detiene y me frena. Me vuelvo para mirarle a los ojos, pero él tira de mí y me besa.

Es un beso lleno de anhelo, de pasión y cariño a su vez. Es un beso con el que me dice cuánto me ha extrañado. Su boca, esa que tantas y tantas noches he añorado, se apodera de la mía y sus manos me aprietan con fuerza contra sí. Sus besos despiertan un cosquilleo en mi estómago que echaba demasiado de menos sentir, sostiene mi rostro entre sus manos y vuelve a besarme, despacio, deleitándose con el roce de nuestros labios.

—No imaginas cuánto te he echado de menos —dice sobre mi boca y vuelve a besarme.

—Yo también a ti —admito. Entonces pienso en las palabras que me ha dicho: *No quiero tener hijos*. Eso significa que lo sabe. Me aparto con cuidado para poder mirarle a los ojos en las penumbras que nos ofrece la luna llena en la playa desierta.

—Has dicho que... No quieres tener hijos. ¿Quién te lo ha contado?

—JiMin. Pero no te enfades con él, por favor, porque ha acabado con una agonía de meses preguntándome por qué te habías alejado de mí. ¿Por qué no me lo contaste? ¿Por qué él lo sabía y yo no? —No es un reproche, es una pregunta que contiene mucho dolor. Hace frío, la brisa es fresca y la cercanía con el mar lo acrecienta. Él se da cuenta, se deshace de la americana azul y me la pone sobre los hombros. Río y lloro a la vez, también echaba de menos su modo de cuidarme, de preocuparse por mí.

—Gracias. Yo... no quería condicionarte. No quiero que renuncies a nada, quiero que seas feliz, en todas las facetas posibles...

—¿Sabes cuántas veces he intentado averiguar qué hice mal? ¿Las vueltas que he dado a los días que pasamos juntos? Preguntándome una y otra vez, en qué momento metí la pata para que necesitases alejarte de mí de ese modo —dice muy serio, toma mis manos que parecen minúsculas entre las suyas.

—Lo siento. De veras que lo siento, pero temía que si te decía que yo no puedo... que no...

—Te habría dicho que no me importa, que lo único que sé es que quiero estar contigo. Con hijos, sin hijos, debajo de un puente o en una gran mansión, quiero estar contigo, Zoe.

—Perdóname por haberte mentido, por haberte dicho que quería volver con mi exnovio.

—Pero yo... Os vi juntos.

—¿Qué?

—No podía creer tus palabras, porque tu cuerpo, tus besos, todo me decía que tú sentías lo mismo que yo. Y te espí, me avergüenza reconocerlo, pero lo hice, varios días, y te vi con él...

—Quedé con él y me invitó a un café y después me llevó a ver a su hermana que se había lastimado una pierna y estaba en su casa. Inventé que volvía con él para que te fuese más fácil odiarme, para que pudieses conocer a otra persona que te hiciese feliz. Alguien como HaNeul... Estás con ella, ¿no?

—No, ¿qué te hace pensar eso? Últimamente ni siquiera tenemos una relación cercana,

después del funeral de la tía EunJi me di cuenta de que hay ciertos... *aspectos vitales* que no compartimos y nos hemos alejado.

—Ella me lo dijo, precisamente en el funeral de EunJi, me dijo que estabais juntos desde la noche de la cena que tuviste con su padre, cuando me quedé con Mary y YoungBin.

—¿Qué? No es cierto... Esa noche ella me besó e intentó que nos acostásemos, pero la rechacé —admite—. Pero ¿no ves que no puedo dejar de pensar en ti? En todo este tiempo eres la primera persona en la que he pensado al levantarme y la última a la que he deseado buenas noches antes de dormirme. Te llevo muy dentro de mí, Zoe. Ya te lo dije en el bosque de Juknokwon, tu nombre está grabado en mi corazón y nada ni nadie podrá arrancarlo de ahí, nunca.

Capítulo 49

DoHwan

Cierro la puerta a mi espalda, son más de las dos de la mañana, Zoe me ha invitado a dormir en un apartamento que pertenece a su familia. Sé que tiene que acostarse pronto porque mañana tiene un examen en la universidad, pero antes de ir a dormir le prepararé un té porque se ha quedado helada en la playa, a pesar del fuego que brota con energía de nuestros corazones.

Envío un mensaje al señor Woo, mi secretario, en el que le pido que anule la reunión de mañana y la posponga un par de semanas alegando que me ha surgido un asunto personal urgente. Y tan urgente.

La abrazo por detrás mientras enciende el calentador de agua y poso el rostro en el ángulo de su cuello, cerrando las manos en su vientre.

—Mañana tienes un examen o algo así, ¿verdad? Por eso no has podido asistir al concierto.

—Sí, aunque me habría encantado. Pero si mañana apruebo, seré oficialmente una Graduada en Marketing e Investigación de Mercados. —La beso en el cuello y siento cómo se estremece. Se vuelve y me besa en los labios.

—Conociéndote te saldrá perfecto, ya lo verás. Mañana, cuando vuelvas del examen hablaremos con calma, como adultos y barajaremos las opciones que tenemos, porque lo que tengo muy claro es que no quiero volver a separarme de ti —aseguro. Ella asiente y se refugia en mi pecho. Acaricio sus hombros por encima de la ropa, desciendo las manos por su espalda y sus caderas. Zoe me besa en la base del cuello, siento su lengua deslizarse por mi garganta y disfruto con su caricia suave, meto las manos por debajo de sus leggins de algodón agarrando con fuerza sus nalgas, pegándola a mi pubis, a la erección que comienza a despertar. Después sostengo su barbilla y la alzo para forzarla a mirarme, en sus ojos veo deseo, se muerde el labio inferior en un gesto que me enloquece. La beso y su lengua se enreda con la mía en una caricia íntima y ardiente. Estoy tratando de contenerme, de no parecer ansioso, casi desesperado por hacerle el amor. Pero Zoe se alza de puntillas y me muerde el mentón.

—Tienes que dormir, mañana...

—¿Sabes lo que me ayudaría a dormirme enseguida? —sugiere mirándome con picardía, y alzándose sobre las puntas de sus pies recorre mis labios con su lengua. No sabe cuánto me arrebató, no tiene ni idea de lo indefenso y rendido que me siento cuando me mira de ese modo, o quizá sí que lo sabe.

Ella es la mitad de mi todo, el centro del universo en el que deseo habitar. Todos estos meses sin tenerla a mi lado no han hecho más que demostrarme algo que ya sabía muy dentro de mí, que mi felicidad no está completa sin su amor. Que quiero perderme en su sonrisa y despertar con el sabor de su piel en mis labios, que cuando se acurruca contra mí mi corazón late tan fuerte que me retumba en los oídos, mi cuerpo reacciona como un imán a su contacto y mis manos se llenan de deseos de tocarla. Y cuando mi carne se abre paso en su cuerpo siento que camino hacia nuestro íntimo paraíso con los ojos cerrados, que mi ser se funde con el suyo creando uno distinto, uno nuevo y completo, puro y transparente.

No necesito que tengamos hijos para ser feliz, solo beber de sus labios cada día.

Capítulo 50

Zoe

DoHwan me espera en la puerta de mi universidad cuando salgo, observa en la distancia el descampado que rodea la Facultad de Comercio y Gestión de Teatinos mientras algunos estudiantes entran y salen sin que les preste atención. Un grupo de chicas se queda mirándole, sonrén entre ellas e incluso se dan codazos, divertidas, supongo que por lo exótico y atractivo que resulta un tipo como él en mi universidad.

—¡He aprobado! —digo y salto a sus brazos. DoHwan me sostiene por las caderas cuando le rodeo la cintura con mis piernas.

—¡Enhorabuena, señorita Graduada! —afirma y me besa en los labios, pero también en la nariz, en la frente y en los párpados—. Sabía que lo harías bien.

—Estaba súper nerviosa, pero he empezado a hablar y me he calmado, la presidenta del tribunal me ha hecho varias preguntas y las he respondido sin dudar.

—Esa es mi chica —dice lleno de orgullo caminando conmigo en brazos hasta el coche de mi padre. Esta mañana me lo dejó en lugar de la tartana que suelo utilizar, para que me diese suerte, DoHwan me esperaba en el apartamento, le recogí y vinimos a la exposición.

—¿Conduces tú, por favor? Vamos a darle la noticia a mis padres —digo cuando me posa en el suelo y me dirijo a la puerta del copiloto.

—¿A darles la noticia? ¿Conmigo? —pregunta con la cara descompuesta.

—¿Qué pasa? —dudo, su rostro está pálido. Sube al coche—. ¿No quieres venir?

—Sí. Claro que quiero conocer a tus padres, pero yo... Yo debería llevarles un regalo, presentarles mis respetos como es debido...

—DoHwan, vamos a decirles que acabo de terminar la carrera no a que les pidas mi mano —me burlo, pero él continúa igual de serio—. No te preocupes, les diré que eres un amigo de Madrid y nada más, mis padres son muy majos, ya lo verás. —Su expresión cambia, le ha sentado mal lo que he dicho.

—Eso es lo que soy, ¿un amigo nada más?

—¿De verdad me estás preguntando esto? No, no eres un amigo, eres el hombre más maravilloso que he conocido en toda mi vida, estoy loca por ti y deseo estarlo por el resto de mis días, ¿está bien así? ¿Se lo explico así a mis padres? —DoHwan no dice nada, pero sonrío abiertamente complacido con mi respuesta, se acerca y me besa en los labios.

—Está bien, pero pasaremos por alguna tienda para comprarles algo. Es innegociable.

Cuando abro con mi llave la puerta de casa DoHwan sigue mis pasos llevando en sus manos una botella de vino tinto de más de cien euros, del todo innecesaria, pero que se ha empeñado en comprar. No hay nadie en el salón así que los busco en el patio trasero. Mi padre riega las plantas con su camisa de trabajo en la fábrica, que sigue utilizando cinco años después de que le prejubilasen por el infarto, abierta con el torso de pecho lobo al descubierto, a pesar de que estamos en diciembre y no es que haga demasiado calor, y unas sandalias del bazar de nuestra calle. Y mi madre, con el delantal puesto, está indicándole que la manguera no funciona correctamente.

—Hola —les digo desde la puerta de la cocina, que comunica con el patio trasero, y ambos me miran ilusionados por la noticia que tengo que darles sobre mi exposición. Mi padre cierra el grifo y viene hacia mí, mi madre le adelanta y ambos se encuentran conmigo dentro—. ¡He aprobado! —les grito y los dos me abrazan ilusionados. Cuando se apartan de mis brazos, ven a DoHwan y le miran con curiosidad.

—¡Enhorabuena, cariño! —dice mi madre sin apartar los ojos de mi acompañante.

—Mamá, papá, él es DoHwan, es...

—Encantado de conocerlos —dice entregando la botella de vino a mi padre e inclinándose ante ellos en la cocina como solo he visto hacerlo en los kdramas a los visitantes al Rey de turno al son de *Shona, shonaaa*, majestad. Me quedo mirándole tan sorprendida como ellos, mis padres no son coreanos, son españoles, por si no se ha dado cuenta. Mi padre me mira con una ceja alzada sin entender nada y se acerca y le toca en el hombro.

—Joven... —DoHwan agarra su mano entre las suyas.

—Quiero pedirles su autorización para salir oficialmente con su hija. Estoy muy enamorado de ella y les prometo que la cuidaré y respetaré hasta el último de mis días.

—¿Os vais a casar? —pregunta mi hermano entrando en la cocina en calzoncillos, despeinado y con cara de haberse caído de la cama, ha debido escuchar ruido y ha salido de su habitación. DoHwan le mira de reojo sin levantar la cabeza del todo aún.

—¿Qué? —Mi madre se lleva una mano al pecho, a punto de un ataque cardiaco. Mi padre parece haberse convertido en una estatua.

—No, no... Qué va... ¿Estás loco, Rudy? —Agarro a DoHwan por el brazo y le obligo a enderezarse, él lo hace muy serio—. No, qué va —fuerzo una sonrisa—. No nos vamos a casar, ¿verdad DoHwan?

—Todavía no.

—¿Todavía? —pregunta mi padre y mi madre se sienta en una de las sillas de la cocina soplándose con uno de los trapos. Miro a DoHwan con ganas de asesinarlo.

—Mamá, papá, DoHwan es mi...

—Es el jefe coreano de Zoe, os dije que estaba liada con él —informa mi hermano observando la escena con un aire divertido que me enerva.

—En primer lugar, ve a vestirte, en segundo, ya no es mi jefe, hace muchos meses que no lo es, pero es cierto que estamos juntos. Bueno, en realidad volvemos a estar juntos porque hace un tiempo que no nos veíamos. Tercero, me hace muy feliz. —Él asiente satisfecho con mi explicación—. Y cuarto, mis padres no tienen que permitirte nada porque eso lo decido yo —le digo y baja el rostro, creo que dándose cuenta por primera vez de que ha metido la pata—. ¿Podemos hablar un momento? —le pregunto y asiente. Le agarro del codo y le llevo hasta mi dormitorio, ese que aún está lleno de recuerdos de mi infancia.

DoHwan observa la colcha infantil y las fotografías que hay en el tablón de corcho en el que aparezco con el grupo de mis amigas de la adolescencia haciendo burlas a la cámara, también hay una imagen mía cuando era pequeña con cinco o seis años, con dos coletas y un bikini rojo, en la playa, con un cubito de plástico en las manos.

—Eras una niña muy linda —dice rompiendo el hielo, yo me detengo a su lado mirándole a los ojos.

—Eso quiere decir que ya no lo soy. ¿Ya no soy linda?

—Ahora lo eres mucho más.

—¿Eso quiere decir que cuando pequeña era más fea? —DoHwan arruga el entrecejo y me mira dándose cuenta de que no hay respuesta correcta—. ¿En qué momento hemos acordado que les dirías a mis padres que somos pareja y que les sugerirías que algún día nos casaríamos? —le pregunto enfadada.

—Lo siento, me he puesto un poco nervioso.

—¿Un poco? Menos mal que ha sido un poco, si llega a ser mucho les das la fecha de nuestra boda.

—Quiero que tus padres sepan que mis intenciones son honestas.

—DoHwan, aquí las cosas no funcionan así, a mis padres, mientras me trates bien y me vean feliz no les importa si quieres casarte conmigo o que repasemos el Kama Sutra al derecho y al revés.

—Lo siento —dice cabizbajo y no levanta la cabeza hasta que me oye reír; me da un ataque de risa. Ahora es él quien no entiende nada, yo no puedo detener la risa y me siento en la cama.

—La cara de mi padre ha sido... Se ha quedado helado... —río y río—. Y mi madre... Debe estar preguntándose de qué película antigua te has escapado.

—¿Estás burlándote de mí? —Está serio, molesto, pero no puedo contener la risa al recordar sus expresiones.

—Perdóname, de verdad, pero la escena ha sido de lo más surrealista.

—Tus padres... quería causarles buena impresión y he conseguido todo lo contrario —dice abatido. Tiro de su mano y le obligo a sentarse a mi lado en la cama.

—Lo superarán, no te preocupes —aseguro y le abrazo. Él apoya la cabeza en mi hombro y acaricio su mejilla—. Como te he dicho, para ellos lo único importante es que sea feliz y tú me haces muy feliz —le digo y logro sacarle una sonrisa. Beso sus labios varias veces con besos rápidos y breves acunando su rostro en mis manos.

—Te quiero, Zoe. Y quiero que estemos juntos, soy tan egoísta que quiero que te vengas a vivir conmigo a Seúl. ¿Lo harás? Te prometo que si lo haces vendrás cada vez que quieras, el avión de la compañía estará a tu completa disposición. Te necesito cerca, TaeOh y yo te necesitamos a nuestro lado —afirma sacando la artillería pesada, mi pequeño Bichito de gafitas redondas.

—No puedes pedirme que te responda eso ahora, DoHwan. No puedo hacerlo, es un paso muy grande que tengo que pensar con calma. Corea del Sur no está a la vuelta de la esquina, está muy lejos, mucho. Tengo que meditarlo. —Él asiente contrariado por mi respuesta.

—Lo entiendo. ¿Y cuándo lo sabrás? Pasado mañana vuelvo a Seúl...

—Así me gusta, sin presiones. —DoHwan sonríe y toma mis manos.

—Si no vienes conmigo vendré yo cuando pueda, montaré una oficina en el avión y trabajaré durante los vuelos y organizaré mi tiempo para poder verte.

—Tampoco quiero que vivas en el avión. Esta noche lo consultaré con la almohada y mañana

te daré una respuesta, es lo más rápido que puedo hacerlo, tengo mucho en lo que pensar. —Él asiente—. Ahora vamos a salir y vas a comportarte normal, como si en lugar de mis padres estuvieses con... un par de amigos.

—Eso es imposible —sentencia arrugando la nariz, le beso en la punta.

—Tú inténtalo y relájate, verás como sí puedes.

Mi móvil comienza a sonar. Se trata de una videollamada de Bruno, me enderezo en la cama y descuelgo. Al hacerlo él y JiSeung aparecen en la pantalla con una amplia sonrisa, están en una habitación de hotel, imagino que en el que se alojaron después del concierto.

—¿Qué tal ha ido el examen? —me pregunta JiSeung.

—¡Soy una graduada universitaria! —les digo y Bruno comienza a saltar de alegría en la cama, estaban ambos sentados en ella, igual que nosotros. DoHwan sonrío, a él no se le ve en la pantalla, la cámara solo me enfoca a mí.

«Enhorabuena, preciosa, sabía que lo lograrías a la primera».

—Gracias.

—¿Qué tal si vamos a verte para celebrarlo?, ¿te parece bien, cariño? —le pregunta JiSeung a Bruno y este asiente y le besa en los labios. DoHwan me mira de reojo sin borrar la sonrisa de los suyos, está claro que no tienen ni idea de que está aquí conmigo, viéndolos. Me parece absurdo esconder el teléfono o cortar la llamada en este momento, sigo mirando a DoHwan, que no parece sorprendido.

—Genial.

«Pediré que nos cambien los vuelos, en lugar de volver a Madrid iremos a Málaga, habla con tu tío para quedarnos en el apartamento otra vez, ¿crees que estará libre?».

—Creo que sí y si no os busco otro sitio.

—Estoy seguro de que JiMin también vendrá.

—¿Dónde está?

—Le dejé dormido en nuestra habitación a eso de las cinco de la mañana y me fugué para visitar a mi amorcito —advierte con una amplia sonrisa.

—Menudo pillo estás hecho —me burlo.

—¿Sabes algo de mi hermano DoHwan? Anoche se marchó a toda velocidad para ir a verte y no me ha respondido los mensajes.

—Pues no sé nada de él. Ay. —Acabo de recibir un pellizco en el muslo—. No lo he visto.

—¿Zoe, me estás hablando en serio?

—Lo cierto es que no, no te estoy hablando en serio —digo girando la pantalla del teléfono para que pueda verle, sentado a mi lado. DoHwan levanta la mano saludándoles con una sonrisa. JiSeung se separa de Bruno como si quemase—. Lo ha oído todo, así que no hagáis más el tonto escondiéndolos, y JiMin también lo sabe, por cierto.

«¿En serio?», pregunta Bruno ilusionado. JiSeung en cambio tiene la expresión descompuesta.

—JiSeung, cambia esa cara, Bruno me cae genial. Hacéis una bonita pareja —dice DoHwan tomando mi teléfono con sus manos.

«Gracias».

—¿Te parece... bien? —le pregunta JiSeung.

—Mientras te haga feliz, por mí está bien.

—Lo hace, *hyung*. Mucho.

—Pues entonces, no tengo nada más que decir.

—Gracias, tengo el corazón a mil —dice JiSeung llevándose una mano al pecho. De pronto sus ojos se llenan de lágrimas—. ¿JiMin también lo sabe?

—Sí. Lo sabe, sabe que eres gay desde primaria, JiSeung. Está esperando a que se lo cuentes.

—Pues creo que ha llegado el momento —asegura con una sonrisa rebotante de emoción antes de colgar.

Cuando lo hace me quedo mirando a DoHwan en silencio, él sonríe.

—¿Cómo te has enterado de que están juntos?

—El día del funeral de la tía EunJi vi una fotografía de ambos en el móvil de TaeOh que no me dejó lugar a dudas. Para mí lo único importante es que mi hermano sea feliz.

—Están locos el uno por el otro.

—Yo también lo estoy por ti. Y mi tía EunJi lo sabía, ojalá pudiese vernos.

—Ojalá. Espera un momento —le pido. Acabo de recordar algo, busco en mi mesita de noche el pedazo de tela que ella me entregó—. Cuando estuvimos en Daechon, tu tía entró en mi habitación por la noche y me dio esto —digo mostrándoselo—. Al parecer es un amuleto para encontrar y conservar el amor verdadero, me dijo que lo llevase siempre junto al corazón, y ahí me lo coloco, cada noche antes de dormir, a pesar de que hace tiempo que sé que ya lo he encontrado. —DoHwan sonríe con melancolía.

—Ella... siempre fue muy por delante de todos nosotros. Estoy seguro de que cuando te conoció supo que acabaríamos juntos, que eres perfecta para mí.

Cuando abandonamos mi dormitorio le tomo de la mano. Oigo a mis padres en la cocina, hablan entre ellos.

—Es muy guapo... —está diciendo mi madre cuando llegamos. Mi padre se ha sentado a desayunar, ha cortado queso y puesto pan en la tostadora y mi madre está cortando rodajas de tomate.

—Hola —les hago saber que estamos de vuelta.

—¿Habéis desayunado?

—No —responde DoHwan y no es cierto, hemos desayunado antes de irnos a la facultad. Le miro—. No puedo rechazar su comida —me dice en un susurro. Pues nada, a desayunar otra vez. Vivan las manías de mi coreano. Mi padre le mira con curiosidad, me siento ante él, pero DoHwan se acerca a mi madre.

—Omoni, ¿la ayudo? —Aunque mi madre no tiene ni idea de lo que significa esa palabra, y probablemente él la haya utilizado de modo inconsciente, oír cómo la llama *madre* me reblandece un poquito más el corazón.

—Vale —acepta dejándole el cuchillo, DoHwan se pone a cortar los tomates con maestría y ella me mira con una sonrisa y se hace cargo del café que sube en la cafetera. La tostadora pita indicando que el pan está tostado, mi padre va a levantarse, pero lo hago yo y pongo las tostadas en la panera y las coloco en la mesa junto con el aceite de oliva.

—¿Y de dónde eres Do...?

—DoHwan —le ayudo.

—DoHwan —repite, sé que está tratando de memorizarlo.

—De Daechon, aunque vivo en Seúl —afirma dejando el plato sobre la mesa con las rodajas de tomate y se sienta a mi lado, le cojo la mano bajo el tablero. Mi padre asiente como si tuviese

la menor idea de dónde está Daecheon.

—¿Corea del Sur es donde está el tipo ese de los misiles? —sugiere mi madre.

—Eso es Corea del Norte mamá, Corea del Sur es una República.

—Ah.

—Él es el amigo por el que fuiste hace unos meses... —A mi padre se le enciende la bombilla —. Ya decía yo que no sería un amigo cualquiera —dice para sí. Asiento.

—Entonces, Zoe ha estado trabajando para ti, cuidando de tu hijo —dice mi madre, con la cafetera exprés en las manos.

—De mi hermano pequeño.

—Ah, es verdad. ¿Queréis café?

—Dame mamá, que yo sé cómo os gusta a todos —le digo y comienzo a servirles. No puedo evitar que me divierta la situación, DoHwan siempre tan seguro de sí mismo, acostumbrado a tratar con altos cargos directivos en los negocios, a ordenar, a ser respetado y obedecido, parece demasiado intimidado por dos personas tan sencillas como mis padres—. No hay leche de avena, ¿te sirvo el tuyo solo? —le pregunto, él me mira.

—La leche de vaca está bien.

—DoHwan, sé que no te gusta —digo y lo dejo como un expreso.

—Pues hablas muy bien el castellano —hace notar mi padre.

—Si ha estado viviendo en España es normal —añade mi madre.

—Ve tú allí a ver si hablas su idioma así de bien —protesta mi padre.

—Están invitados a venir a mi país cuando quieran.

—Gracias. ¿Y en qué trabajas?

—Papá, no empieces con el tercer grado —le advierto.

—No, está bien —desea responder, no sabe dónde se está metiendo—. Trabajo en una empresa de cosméticos.

—Su familia es dueña de una empresa de cosméticos que vende en todo el mundo.

—Esos amigos tuyos que vinieron con Bruno la semana pasada... —sugiere mi madre.

—Son sus hermanos mellizos, JiSeung y JiMin —explico.

—Ah, muy majos los dos.

—Gracias. —Me siento a su lado en la mesa de interrogatorios que él mismo ha provocado sin pretenderlo y desayunamos por segunda vez. Sé que para DoHwan es importante caerles bien, como para mí lo fue conectar con la tía EunJi, y pasa la prueba con nota. Mi hermano se une a nosotros y cuando levanto la vista y veo la mesa llena de gente a la que quiero me siento bien. La sensación de que DoHwan encaja a la perfección en mi familia me reconforta y me hace soñar con que tengo lo que siempre había querido, a un hombre que me ama y me respeta y que está dispuesto a todo por estar a mi lado. Tan solo me falta mi Bichito para que sea perfecto.

—¿Hasta cuándo te quedas, DoHwan? —le pregunta mi hermano.

—Hasta pasado mañana, tengo que volver a Seúl para una reunión.

—¿Vives allí entonces, ya no estás en España? —pregunta mi padre.

—Sí, hace cinco meses que regresé.

—¿Vives solo?

—Papá...

—Vivo con mi hermano pequeño, TaeOh, me hago cargo de él prácticamente desde que nuestro padre falleció.

—Siento mucho lo de tu padre —dice mi madre muy cumplida—. Debe haber sido muy duro

quedaros sin él tan jóvenes. —DoHwan asiente—. TaeOh es el niño que cuidaba Zoe —explica a mi padre—. Zoe le adora, cuando trabajaba cuidándole, cada vez que hablábamos por teléfono me decía lo bueno que es.

—Él también adora a Zoe. De hecho, hace un rato me ha enviado un mensaje diciéndome que está muy contento porque mañana podrá verla.

—¿Viene mañana?

—Sí. Vienen los tres, y Bruno, para felicitarla.

—¿Y tenéis planeado hacer algo hoy? —me pregunta mi hermano Rudy.

—Nada en especial —respondo cuando en realidad sí que tengo algo en mente, disfrutar de él de todas las maneras posibles el tiempo que tengamos juntos antes de que se marche.

—Tu tío me ha llamado para preguntarme por tu examen y le he dicho que has aprobado. Se ha puesto muy contento y me ha dicho que te da la tarde libre —me informa mi madre.

—¿En serio?

—Sí. Así que, ¿por qué no le haces de guía turística? Churriana es muy bonito —dice mi madre mirando a DoHwan.

—Me encantará, aunque estoy convencido de que lo más bonito de Churriana lo tengo ante mí, ahora mismo —responde DoHwan sin apartar sus ojos de los míos. Mi madre sonríe y mi padre me mira, les gusta.

—Si os apetece dar un paseo en el catamarán de mi amigo Manuel no tenéis más que decírmelo —sugiere papá y sé que está dándole el visto bueno. Su amigo Manuel tiene un catamarán turístico que recorre la costa.

—No, gracias, papí, quizá en otra ocasión. Daremos una vuelta, después iremos a comer y poco más. Y hoy volveré a quedarme en el apartamento de los tíos. —Le he enviado un mensaje a mi prima preguntándole y me ha dicho que no hay problema.

—¿En serio crees que quieren hacer turismo, mamá? Después de un montón de meses sin verse... —sugiere mi hermano Rudy y le doy una patada por debajo de la mesa por avergonzar a DoHwan, que no puede disimular en el rostro el sentirse violentado por el comentario ante mis progenitores, pero fallo y es mi padre el que se queja—. Perdón, papá.

—Rudy, deja de meter la pata o tu hermana me mandará a urgencias —le advierte mi padre. DoHwan y Rudy se miran sin entender nada.

Después de despedirnos de mis padres y mi hermano volvemos al apartamento, no me apetece lo más mínimo enseñarle Churriana, ni pasear en catamarán, ni cualquier otra cosa que no sea arrancarle la ropa y disfrutar de su cuerpo y sus caricias.

Hacemos el amor urgidos y precipitados por el deseo que nos consume desde que volvimos a encontrarnos. Nunca nadie me ha hecho estremecer como lo hace él, jamás en toda mi vida me he sentido tan sexy, tan liberada y capaz de cualquier cosa. Porque su devoción por mí me produce una secreta sensación de seguridad que no había experimentado con anterioridad. Y me gusta esa sensación, me encanta, y me digo que siempre debo sentirla, que debo dejar atrás todos mis complejos de una vez por todas.

Reposo sobre su pecho, en el sofá, después de hacer el amor, desnudos, con las piernas enredadas y la respiración aún algo acelerada, con el sonido de los latidos de su corazón en mis

oídos y su piel suave pegada a la mía húmeda por el sudor.

—Es una locura, Zoe —dice de improviso y busco sus ojos—. Cuando hacemos el amor siento como si cayese por un precipicio con la seguridad de que tú estarás abajo para sujetarme, para impedir que me haga daño. ¿Cómo podría renunciar a esto?

—Yo tampoco puedo, eres tan... dulce y apasionado, que en realidad me gustas solo por el sexo —añado y él arruga el entrecejo.

—¿Solo por el sexo?

—Sí. Esa es la verdad.

—Eso no es cierto, ya te gustaba antes de que lo hiciésemos.

—Bueno, me atraías un poco por eso de que estás cachas, pero cuando me conquistaste de verdad fue aquella noche en la playa. —Él se echa a reír.

—Entonces, si dejamos de tener sexo, ¿ya no te gustaría?

—¿Por qué haríamos tal cosa?

—Cuando sea anciano, por ejemplo, y quizá las cosas no funcionen tan bien como lo hacen ahora...

—No te preocupes, estoy segura de que desarrollarás otras habilidades, porque no pienso renunciar a esto —sentencio descarada con una sonrisa, él ríe abiertamente y asiente.

—Entonces... das por hecho que estaremos juntos hasta que seamos ancianos —sugiere, me ha pillado.

—¿Por qué no? —acepto haciéndole feliz. Me enderezo en el sofá y me subo a su cuerpo, sentándome sobre su sexo, aún relajado tras el derroche de pasión—. Entonces, cuando llegue el momento en el que las cosas se pongan difíciles, probaré moviéndome así —le digo meciéndome sobre él—. Si eso no funciona te besaré así —digo lamiendo sus labios despacio, recorriendo el triángulo invertido de su labio superior, el borde inferior de sus labios gruesos y carnosos y después irguiéndome para ofrecerle mis senos desnudos que atrapa con su boca y sus manos. Sentir el roce de su lengua ligeramente rasposa es enloquecedor. Más abajo noto cómo su cuerpo reacciona al mío, aumentando la presión—. Y después volveré a moverme, así —digo ansiosa por recibirle de nuevo.

—Oh, sí, me encanta cuando te mueves así.

—Si nada de eso funciona haré esto —digo sosteniendo su sexo con mis manos y sentándome sobre él despacio. La expresión de sus ojos me enloquece, hay tanto anhelo, tanto deseo que me hace sentir poderosa, en ese momento soy la dueña de su placer y eso me encanta. Me siento por completo hasta tenerle dentro de mí—. Y si nada de eso funciona, pues nos pondremos a ver una película —afirmo bajándome de su maravilloso cuerpo y sentándome a su lado en el sofá. Él no da crédito a lo que acabo de hacer, menos aún a que estoy buscando el mando de la televisión, encendiéndola.

—No pretenderás dejarme así —afirma indicando hacia su poderosa erección.

—¿Así cómo? Solo era una explicación. ¿Te apetece una serie coreana? ¿El juego del calamar?

—¿El juego del calamar? —pregunta, estupefacto, aún sin estar seguro por completo de si bromeo o no hasta que comienzo a reír—. Me gusta más el *tuho*.

—¿En qué consiste?

—Es muy sencillo y a mí se me da muy bien. Consiste en ensartar una flecha en un jarrón —dice tirando de mí, que río, divertida mientras me pone en pie, me gira en el sofá apoyándome en el respaldo, y urgido se abre paso en mi carne más íntima que le recibe agradecida—. ¿Ves?

Tengo buena puntería.

—Y tanto —acepto entre risas hasta que sus movimientos me hacen estremecer de nuevo.

Capítulo 51

Zoe

A la mañana siguiente despierto entre sus brazos y no puedo evitar pensar que esto debe ser la felicidad, algo tan sencillo y a la vez tan mágico. Hoy tengo que darle una respuesta y eso me hace sentir algo nerviosa. Es un paso demasiado grande. Se trata de empezar una nueva vida juntos lejos, muy lejos de mi familia y mis amigos. Con él, con TaeOh, embarcarnos en una aventura que podría ser muy dolorosa si las cosas salen mal... Pero ¿y si salen bien? Si salen bien, sé que DoHwan sabe cómo hacerme feliz, lo sabe bien, muy bien, se le da de maravilla.

Si acepto que nos veamos solo cuando él vuelva o cuando yo vaya será como dar sorbitos de felicidad que nunca calmarán mi sed.

No lo sé.

Hasta hace dos días era una posibilidad que no existía en mi mente y ahora tengo que decidir si estoy dispuesta a intentarlo.

Trabajo por la mañana en el restaurante así que me levanto temprano y tengo cuidado de no despertarle, pero en cuanto percibe que no estoy a su lado en la cama se levanta con intención de prepararme el desayuno. Lo hace, por más que le pido que descanse, y desayunamos juntos. Me entenece su forma de mimarme, el modo en el que me cuida y se preocupa por que me alimente bien, como si estuviese desnutrida, poniéndome más lonchas de jamón de york en el pan o rellenando mi vaso de café. Y me encanta porque sé que él es así, es así de dulce y de atento, no es impostado, también lo hace con TaeOh al que no tiene que impresionar con nada.

—Hoy salgo a las tres, ¿sabes a qué hora llegan tus hermanos? —le pregunto.

—Llegarán a lo largo de la mañana, no sé la hora exacta.

—Podemos ir a comer juntos, o podéis comer juntos vosotros y después yo me tomo cualquier cosa.

—Te esperaremos, no te preocupes por nosotros.

—Entonces os veo aquí a las tres y poco.

—Aquí estaremos —asegura antes de darme un beso en los labios con el que ayuda a que me marche con una sonrisa.

Cuando llego al restaurante mis compañeros de turno me miran con expectación, el rumor de mi novio coreano ha debido correr como la pólvora. Todos excepto Mario que parece algo decepcionado, no me preocupa lo más mínimo, jamás le di esperanzas de nada.

Mi prima Sofía está tras la barra y me recibe con la mejor de sus caras de complicidad.

—Espero que mi apartamento esté siendo lo bastante cómodo —dice con una sonrisa de oreja

a oreja.

—Mucho, muuuuuuy cómodo —le respondo y me da un codazo en el hígado.

—Anda, qué calladito te lo tenías que te habías ligado al hermano sexy de Jackie Chan.

—Es coreano, no es chino —insisto sin poder contener la risa.

—Es que no me sé el nombre de coreanos *potentes*.

—Pues investiga un poco porque hay un montón —afirmo sacándole la lengua.

—Bueno, lo importante no es si es coreano, chino o japonés, lo importante es que desde que llegó tienes un brillo en los ojos y una cara de felicidad que no te la había visto desde que volviste de Madrid.

—En eso tienes razón. Me hace muy feliz, mucho, prima.

La mañana transcurre tan atareada como de costumbre entre cafés y tostadas y entre primeros, segundos y postres más tarde. Terminó mi turno con la misma buena sensación con la que lo empecé, DoHwan me ha enviado un par de mensajes motivadores: *Hwaiting!* A por ello!, *Bogosipeo geuligo saranghae, Zoe*, Te extraño y te amo, Zoe. Con su correspondiente traducción, imagino que pretende que vaya haciéndome con el idioma, algo de lo más complicado.

Cuando atravieso la puerta del apartamento de mi prima, TaeOh se arroja a mis brazos. Le encuentro mucho mayor, mi pequeño Bichito se está haciendo un hombrecito en los meses que llevo sin verlo. Me abraza con energía y no suelta mi mano ni siquiera cuando saludo a sus hermanos y les doy la enhorabuena por su éxito en el concierto. Ellos y Bruno me felicitan por haber aprobado mi TFG, sé lo mucho que se alegran por mí. Tenerles a mi lado, en mi tierra, me provoca un sentimiento de felicidad difícil de explicar.

Bruno y JiSeung están algo cortados en presencia de DoHwan, me imagino que es normal, deben ir superándolo con el paso del tiempo. Sobre todo para JiSeung, una salida del armario tan a lo grande no debe ser sencilla.

—Bueno, ¿dónde vamos a almorzar? Por aquí cerca hay un restaurante coreano, por si TaeOh...

—No quiero ir a un coreano, quiero tortilla de patatas de la Señora Carmen —protesta mi Bichito.

—Vamos a tu casa, tu madre me ha escrito diciéndome que ha preparado comida para todos y está esperándonos —me informa Bruno sorprendiéndome.

—¿Te parece bien? —le pregunto a DoHwan y él asiente con una sonrisa—. Pues vamos.

Al llegar percibo que todo está demasiado silencioso. Recorremos el comedor y seguimos hasta la cocina, llamo a mis padres y nadie me responde. Miro a Bruno que sonrío con aire misterioso y después a DoHwan, estos dos están ocultándome algo. Cuando alcanzamos el patio, me topo con una gran pancarta en la que, escrito en rotulador negro con la estupenda caligrafía de Lucía, reza: ¡*Felicidades por tu Grado, Zoe!*

Bajo ella, en un par de largas mesas portátiles están la mayoría de mis seres queridos: mis padres, mis tíos, mis primas, Rudy, Raquel, Lucía e incluso Pepi y Ángel con los niños. Todos gritan: ¡Sorpresa! al vernos aparecer. Siento que el corazón me va a estallar de felicidad.

No puedo contener las lágrimas de emoción y rompo a llorar abrazada a DoHwan, con TaeOh

sosteniendo mi mano.

No puedo creer que todos estén aquí. Tanta gente maravillosa que me quiere y que se preocupa por mí, cada uno de ellos tan distinto y de un lugar tan diferente, reunidos, para compartir mi felicidad.

Lucía se levanta y me abraza, todos lo hacen, uno a uno. DoHwan se hace a un lado, el sol está dando fuerte y se pone unas gafas de sol que lleva en el bolsillo de la chaqueta.

—Ay mi madre, ¡es él! —grita Lucía como si le hubiese dado un ataque—. ¡Es *Él*! —repite señalando a DoHwan. Caigo entonces en que es la primera vez que le ve, al menos en persona.

—Sí, Lu. Es él, él es DoHwan.

—¡Es el *Blues Brother*! El tipo al que besaste en los carnavales —se dirige a él y le mira atentamente, viéndose reflejada en sus gafas—. ¿Te acuerdas de Campanilla y Alicia del País de las Maravillas? —le pregunta—. Campanilla te dio un beso y Alicia se enfadó... —DoHwan enarca una ceja y de pronto se echa a reír.

—¿Erais vosotras? —pregunta, alucinado. Yo le abrazo y también a Lucía y TaeOh. Así que no eran imaginaciones mías, es él, es mi Blues Brother personal.

—Pues sí, era yo, la Campanilla loca que te besó —admito con una gran sonrisa—. ¿Ves, Lu? No besé a un desconocido, besé al hombre de mi vida, solo que antes de conocerle.

Capítulo 52

DoHwan

Cuando Zoe sonríe, el mundo se llena un poco más de luz, su sonrisa espanta las tinieblas que han martirizado mi corazón demasiado tiempo. Su amor, su cariño, su modo de cuidarme y protegerme, me hace saber que aún hay esperanza en la felicidad.

No sé qué va a responderme, si decidirá venirse conmigo a Seúl o quedarse en España, lo que sí tengo claro es que voy a esforzarme porque lo nuestro funcione y que encontraremos el modo de estar juntos, de hacer que salga adelante, porque es especial, porque sé que está hecha para mí, como yo lo estoy para ella. Y que como en la leyenda de Jiknyeo y Gyeonu, aunque nos separe el universo, encontraremos el modo de estar juntos.

Mi Zoe, esa loca Campanilla que me besó en los labios en carnaval, cuando volvía a casa después de un desayuno de trabajo y vi desde lejos a una chica preciosa en una parada de autobús vestida con un disfraz a la que parecían molestar unos imbéciles y decidí acercarme a ver qué sucedía. ¿Quién podría decirme que esa chica se convertiría en el amor de mi vida? Mi corazón lo hizo. Cuando me preguntó si podía besarme, creí que se refería a darme un beso en la mejilla, en cambio lo hizo en los labios. Lo que sentí con ese beso entonces... solo es comparable con lo que siento ahora. Pasé semanas pensando en esa chica, pero era imposible reconocerla, llevaba el cabello lacio y su rostro estaba completamente maquillado. Es curioso cómo el destino ha jugado sus cartas para llevarme hasta ella, y, por supuesto, no pienso rendirme ahora.

Capítulo 53

Zoe

Estoy tan nerviosa que me tiemblan las manos y las piernas, sé que DoHwan y TaeOh van a marcharse en unas horas rumbo a Seúl. Sé que he decidido que no puedo irme con ellos ahora, tengo que prepararme. Quiero recoger mi título, mandarlo a traducir de forma oficial para que pueda servirme allí, aprender algo de coreano y acompañar a mi padre a su revisión anual del corazón a primeros de enero, antes de marcharme. Pero también sé que apartarme de DoHwan y TaeOh dolerá tanto como si me arrancasen un pedazo de corazón. Vamos a luchar por estar juntos, y no sé cuánto tiempo necesitaré para estar preparada para irme tan lejos, aunque en algún momento lo haré. Me aterroriza demasiado que a mis padres o a mi hermano les suceda algo y no pueda estar a su lado, pero también que mi cobardía acabe apagando la llama que ambos sentimos.

Me consuelo diciéndome que es un paso demasiado importante y no puedo darlo a la ligera, que es racional y lógico tomarme unas semanas, unos meses, para estar preparada. Y a la vez, mi conciencia me dice que no puedo permitir que el miedo y la distancia dañen lo que sentimos el uno por el otro.

DoHwan es tan generoso que no se ha permitido mostrar decepción cuando le he dicho que no podía marcharme con ellos ahora, aunque sé que en el fondo debe sentirse tan triste como lo hago yo. Me ha dicho que no importa, que me entiende y me esperará el tiempo que necesite, que encontraremos el modo de hacer que funcione a pesar de la distancia.

—No llores, tontorrón —me dice besando mis ojos llenos de lágrimas en el aeropuerto. Pero no puedo dejar de hacerlo—. Vamos a estar juntos, ya lo verás. Y te llamaré tantas veces que creerás que estoy a tu lado.

—No os olvidéis de mí —digo como una niña pequeña.

—¿Cómo podríamos hacerlo? —pregunta con los ojos rebosantes de emoción, limpiando las lágrimas que recorren mis mejillas. TaeOh se abraza a mi cintura y rompe a llorar, eso acaba de romperme el corazón.

—Eh, Bichito, vamos a estar juntos, en poco tiempo —le digo, agachándome para mirarle a los ojos.

—¿Por qué no vienes, Zoe? —me pregunta entre hipidos de llanto.

—Iré dentro de poco, te lo prometo.

—Pero ¿por qué no vienes ahora?

—Porque no puedo, cariño. Tengo que arreglar unas cosas y... no es fácil.

—En Seúl puedes arreglarlo todo —insiste. DoHwan me abraza. Qué difícil es esto.

Cuando los veo alejarse de mí mi corazón se hace pedazos. Les observo atravesar el control de seguridad de vuelos privados con el alma tiritando de frío. Un frío que me congela los huesos, un frío extraño que proviene de mi propio interior, de pronto estoy helada y sé que es porque me alejo de ellos. *Por favor, por favor, esperadme*, pido en un susurro, aunque sé que no pueden oírme.

Mi teléfono móvil comienza a sonar, es mi madre. Ella sabe que se marchan justo ahora. Inspiro hondo tratando de calmarme y descuelgo, aunque no puedo evitar que mi respiración siga alterada por el llanto.

—¿Ya se han ido? —me pregunta.

—Sí, mamá. Acaban de atravesar la puerta de seguridad —digo tratando de contener las lágrimas.

—Vete.

—¿Qué?

—Que te vayas con ellos, Zoe. No puedo creer que te esté diciendo esto, pero deberías irte con ellos. En este par de días te he visto mejor que nunca, cariño. Tu sonrisa, el brillo de tus ojos... está claro que con él puedes ser muy feliz. Y el modo en el que miras a ese niño, y en el que él te mira a ti... No dejes que se alejen de tu vida, cariño, atrapa esa felicidad y guárdala contigo. Papá, yo, Rudy y tus amigos, siempre estaremos aquí para ti —dice provocando que me ahogue el llanto. No puedo ni hablar—. Y si pasa algo y no puedes estar aquí con nosotros, lo estarás en la distancia o vendrás a vernos en cuanto puedas, pero no permitas que el miedo te impida ser feliz, mi niña. Ve con ellos, pero no comas sopa de perro, ni de pangolín que ya sabemos cómo acabó la cosa —dice haciéndome reír entre lágrimas.

—Gracias, mamá —le digo y echo a correr hacia la comisaría de policía del aeropuerto, no tengo mi pasaporte y no podré marcharme sin él. Sé que al menos pasarán una hora en la sala VIP, tengo el tiempo justo para convencer a los agentes de que me expidan uno nuevo de urgencia. Una vez lo tengo en mi poder llamo a DoHwan por teléfono y le pido que vuelvan atrás un momento porque necesito decirles algo. Cuando los veo atravesar el control me lanzo a sus brazos y de un salto me subo a su cuerpo y le beso en los labios.

—Me voy.

—¿Qué? —pregunta, desconcertado.

—Que me voy con vosotros, que no puedo estar sin vosotros, que os quiero, que te amo, que quiero pasar el resto de mis días a vuestro lado —le digo y su sonrisa de hoyuelos marcados ilumina todo el derredor. TaeOh da saltos de alegría con lágrimas en los ojos.

—Te amo Zoe, como creo que no he amado a nadie en toda mi vida y te haré feliz, te haremos tan feliz que nunca, jamás, querrás apartarte de nuestro lado. Te lo prometo.

Epílogo

Zoe

Ocho años más tarde.

—Enhorabuena —me dice el doctor en inglés y me entrega una cosa pequeñita y caliente envuelta en una toquilla de algodón. Lo sostengo en mis manos y rompo a llorar sin poder apartar los ojos de él, porque no puedo creer que sea real, que al fin esté viendo su preciosa carita. HaeIn es pequeñito, pesa poco más de dos kilos, lo justo para no tener que quedarse en el hospital. Es precioso, su nariz es chata y diminuta y sus preciosos ojos rasgados parecen querer descubrirlo todo de este nuevo mundo al que acaba de llegar. Siento el brazo de DoHwan rodearme, le miro a los ojos y descubro que también está llorando, tan emocionado como yo. Nos abraza a ambos y me besa en el cabello. Miro entonces a Mary que, a pesar de estar extenuada tras el parto, nos regala una sonrisa, DoHwan se acerca y la besa en la mejilla, yo le aproximo a HaeIn para que pueda verlo.

—Es perfecto —le digo y la beso también.

—Gracias, jamás podré agradecerte lo suficiente por esto —le dice DoHwan.

—Tú me devolviste a mi hija, lo único que siento es felicidad por haber podido ayudaros a conseguirlo —asegura emocionada. Y sé lo duro que ha sido para ella permanecer alejada de Suzy los dos meses que llevamos en Los Ángeles para que pudiese dar a luz aquí a nuestros hijos. Sé que podría haber seguido siendo feliz sin ellos, ya tenemos dos niños, en realidad un adolescente y una niña. Solo puedo comparar la sensación de tenerles en mis brazos con la que sentí cuando nos entregaron a EunJi en el orfanato hace tres años, o cuando TaeOh, me preguntó si podía llamarme *eomma*, mamá, una palabra tan preciosa que no puedo evitar sonreír cada vez que la oigo. Y sé que, para él, *hyung* significa papá, y le trata y le respeta como tal.

El rostro de Mary se contrae por el dolor, el equipo médico entiende que la pausa ha terminado, hay otro bebé en camino. Entrego a HaeIn a DoHwan que le toma entre sus brazos con miedo, y sostengo la mano de nuestra amiga. Mary sonríe a pesar del dolor.

HaeSeong es un poco más pequeño, su rostro también es redondito y sus ojos muy despiertos, pero al contrario que su hermano diez minutos mayor, su cabello es rubio. DoHwan y yo nos miramos sorprendidos al descubrirlo, no sabía que podía ser así. Sonreímos, DoHwan lo besa en la frente y lo acerco también a Mary para que pueda verle.

—Gracias —repito, creo que jamás podré parar de hacerlo.

—Enhorabuena papás —nos dice sonriendo, a pesar de estar agotada.

Miro a DoHwan, tan grande, tan alto, con el pequeño HaeIn en sus brazos, sosteniéndole con una ternura infinita, él también me mira y mira a HaeSeong. Volvemos a llorar de emoción, entre risas nerviosas, cada uno con uno de nuestros bebés en brazos. Se acerca, me besa en los labios y asiente. Fueron muchas las dudas que vivimos hasta llegar a este momento, pero ahora que les tenemos con nosotros, ambos sabemos que hicimos lo correcto.

Fue la propia Mary quien nos convenció de intentarlo y, ahora, no puedo sino estarle agradecida. Y no porque HaeIn y HaeSeong sean nuestros hijos biológicos y vaya a poder distinguir en ellos rasgos físicos de su padre, o míos, sino porque hasta este preciso momento no tenía la menor idea de lo feliz que me haría haber formado una familia tan numerosa como diferente y única junto a DoHwan.

Beso a Mary en la frente.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Ve a ver a los niños, que conozcan a sus hermanos —me pide. Asiento.

DoHwan y yo salimos al pasillo para que TaeOh y EunJi les conozcan, mi pequeño Bichito hace ya varios años que me dejó atrás en altura, pero por muy grande y mayor que esté se emociona al verlos, tan pequeños e indefensos en nuestros brazos. EunJi suelta la mano de su hermano mayor y se acerca con curiosidad, es más pequeña y los mira como si se tratase de un par de muñecos a los que acunar y dormir en su cunita de juguete. No puedo evitar que las lágrimas recorran mis mejillas de nuevo y entonces... despierto.

Despierto y tomo conciencia de que me he dormido en el coche mientras DoHwan conducía. Ha sido un viaje de dos horas en la furgoneta plagada de asientos en la que nos desplazarnos los seis, por fin hemos llegado a Juknokwon. Una jauría de niños comienza a soltarse los cinturones, DoHwan coge mi mano y me mira.

—¿Estás bien, cariño? —me pregunta en voz baja, tocándome la mejilla y me doy cuenta de que no solo lloraba en mi sueño, estoy llorando de verdad, bajo las gafas de sol.

—Tranquilo, es de felicidad —le digo, él enarca una ceja y me besa—. Me he dormido mientras conducías, lo siento.

—¿Cómo no vas a dormirte si estás agotada? HaeIn y HaeSeong llevan dos noches sin dejarnos dormir con los nervios de su fiesta de cumpleaños —me dice con ternura. DoHwan es un padre maravilloso. Hace malabarismos con el reloj para estar siempre para nosotros y sacar adelante una empresa que hace un par de años ha comenzado a despuntar muy alto en el KOSPI, el Ibex35 coreano. Yo estoy en excedencia, comencé a trabajar en el departamento de ventas de una empresa de bombillas led y están bastante contentos conmigo, así que volveré cuando los pequeños empiecen el colegio, mientras mejoro mi coreano que no es nada fácil y me preparo para regresar. Aunque DoHwan insiste en que trabaje para él, me niego a que vuelva a ser mi jefe, o eso le repito siempre entre risas.

Suelta su cinturón y también baja del coche. En dos minutos ha montado el carro cesto en el que van a ir sentados los mellizos. TaeOh sostiene de una mano a HaeSeong, nuestro Zipi de rasgos orientales con su cabello dorado como el sol, el ideador de todas las travesuras, y de la

otra a HaeIn, nuestro Zape, tan moreno y con los mismos ojos grandes y rasgados de su padre. EunJi da la mano también a HaeSeong, haciéndose la hermana mayor, pero a la vez pendiente del carro cesto, a sus seis años es una experta en pillar el mejor sitio.

—¿Estás bien, *eomma*? —me pregunta TaeOh en voz baja, me he quitado las gafas de sol y se ha dado cuenta de que he llorado. Es el mejor hermano mayor que cualquiera podría tener, incluido su hermano Dakho, con el que mantiene una buena relación, a pesar de que ni a él ni a su madre los ve tan seguido como le gustaría. Ya está en la universidad, acaba de comenzar ingeniería aeroespacial y sigue igual de convencido de convertirse en astronauta que cuando le conocí. Es un gran estudiante y mejor hijo aún, no puedo estar más orgullosa de él.

—*Eomma* necesita un fuerte abrazo de todos —dice DoHwan y me agacho entre ellos para recibirlo, los cuatro me estrujan con energía, nuestro abrazo está completo cuando DoHwan se une a nosotros, después de colgarse la mochila en la que llevamos comida para un regimiento y el estuche de su guitarra.

—Vamos, *dongsengs* —dice TaeOh metiendo a HaeSeong dentro del carro y entonces EunJi se hace veloz con el otro lado y HaeIn insiste en que le plante en el medio.

—Bichito, ¿crees que puedes con todos? —le pregunto y TaeOh sonríe para mí.

—Menos mal que por aquí nadie entiende español. *Eomma*, no puedes seguir llamándome así.

—Sí que puedo —digo y le beso en la mejilla, que rasca un poco. Él inicia el camino con el carro cargado de niños y nosotros seguimos sus pasos de cerca. DoHwan me pasa un brazo por encima del hombro y me pega a su cuerpo.

Es la segunda vez que venimos al bosque de bambú a celebrar el cumpleaños de los mellizos, pero lo hemos estado haciendo cada año en el cumpleaños de TaeOh y también en el de EunJi. Es nuestra tradición familiar, soplamos las velas los seis juntos sentados en el descansadero de madera en el que su padre me dijo que llevaba mi nombre grabado en su corazón, mientras DoHwan toca *Saengihl chugha hamnida*, cumpleaños feliz, con su guitarra, entre el bosque de cañas de bambú. Después cantamos varias canciones, incluida una que siempre me dedica, *Girls like you*, de Maroon 5, una canción que según me confesó ponía en bucle una y otra vez porque le recordaba a mí cuando no estábamos juntos. La misma que yo tenía de tono del teléfono cuando nos conocimos, esa que, en ocasiones, ponemos para hacer el amor.

Después del concierto acústico y la merienda tomamos el helado típico de bambú antes de iniciar el camino de vuelta. Mañana celebramos el cumpleaños de HaeSeong y HaeIn en nuestra vivienda de Daecheon, en la antigua casa de la familia Seon que hemos modificado y adaptado a nuestras necesidades, aunque manteniendo su esencia original. Mañana montaremos una pequeña celebración en el patio, recordaremos a la tía EunJi y festejaremos con ella el amor de nuestra familia.

—¿Estás agobiada porque mi madre va a asistir a la fiesta? —me pregunta DoHwan, hago un gesto de negación, aunque lo cierto es que me inquieta un poco la asistencia de la señora Hong JinAh. Sé que su relación con DoHwan y los mellizos ha ido suavizándose con el paso del tiempo, que ha mantenido su promesa de no inmiscuirse en la labor de DoHwan en la empresa todos estos años, que incluso debe sospechar que JiSeung y Bruno tienen una relación después de verlos juntos tantos años, pero que aceptase nuestra invitación ha sido toda una sorpresa—. Entonces, ¿por qué llorabas?

—Es que he vuelto a soñar con la misma escena, con el momento en el que nuestros pequeños

terremotos llegaron a este mundo. Me parece mentira que hayan pasado ya dos años. Supongo que es normal que los sentimientos estén a flor de piel.

—Claro que es normal —me dice besándome en la sien con dulzura—. Deberías haberme permitido que contratase a alguien para ayudarnos con los preparativos.

—Es la fiesta de cumpleaños de unos niños de dos años, no la boda de Lady Gaga. Nos las apañaremos, como siempre hacemos. Además, Mary me ha dicho que ella, YoungBin y Suzy llegarán temprano para ayudarnos, y el resto que viene en el avión por la mañana: Raquel, mi hermano Rudy, Pepi, Ángel, los niños, Lucía y Philippe y mis padres, estarán tan cansados que se acostarán del tirón en sus habitaciones del hotel y darán poco ruido hasta la hora de la fiesta.

—Espero que Suzy y EunJi no vuelvan a jugar a hacerle peinados a tu madre si se duerme —me recuerda, y me echo a reír. Fue el año anterior y mi pobre madre rendida en los brazos del *jet lag* en el sofá no se enteró de nada hasta que despertó con un tupé digno de Maquinavaja. Mi padre le hizo una foto con su móvil y estuvo burlándose de ella durante meses.

—A las seis llegan JiMin, JiSeung y Bruno. Me han dicho que van a tocar las canciones favoritas de nuestros pequeños. TaeOh está muy emocionado... incluso me ha preguntado si puede invitar a una chica —asegura alzando las cejas, misterioso—. Por lo visto quiere impresionarla con sus tíos famosos.

—Lo sé. Me pidió permiso para invitarla. Es una nieta de la difunta señora Jung y al parecer le gusta mucho, llevan todo el verano juntos.

—¿Y yo por qué no sé esas cosas?

—Son secretos madre hijo —digo pagada de mí misma y él se echa a reír—. Solo espero que los mellizos no pongan la música demasiado alta, no quiero ni recordar la que se formó el año pasado en el cumpleaños de EunJi, cuando se corrió la voz y aparecieron varias fans fuera, como locas. Quiero que disfruten del cumpleaños de sus sobrinos y no que tengan que volver a salir escoltados por la policía.

—Tranquila, ya se lo he advertido. Será un concierto acústico. Pero todo eso será mañana, hoy es solo para nosotros. ¿Damos un paseo por el camino de las Metasequoias?

—Vamos.

—Zoe.

—¿Qué?

—*Saranghae, yeoboya*. Te amo, cariño. Y cada día que pasa lo hago más y más. Te amo tanto que a veces temo que me estalle el corazón.

—Pues no permitas que estalle, tenemos que sacar adelante a cuatro hijos —le respondo divertida y le beso en los labios—. Yo también te amo, DoHwan, creo que desde el día en el que te besé en la parada de autobús, cuando aún no tenía la menor idea de que acababa de tropezarme con el amor de mi vida. —Él sonríe satisfecho—. *Saranghae*, Goon DoHwan, yo también llevo tu nombre grabado en mi corazón.

Agradecimientos

Cuando me adentré, de mano de mi madre, en el mundo de los Kdramas, jamás imaginé que sería una inmersión completa en el mundo coreano, en el mundo Hallyu, hasta el punto de enamorarme de su cultura, de su idioma, de su comida, de su música y de su modo de amar. Por eso mi primer agradecimiento es para ella. Gracias, mamá, por mostrarme la entrada a este mundo que ahora forma una parte tan importante de mi vida. Mi ola Hallyu, es un tsunami ;).

Gracias también a mi familia, por apoyar cada una de mis locuras y por escucharme horas y horas pronunciar en coreano frases imposibles ;).

Esta bilogía fue cocinándose y creciendo arropada por el cariño de otras locas por la cultura asiática como lo son Begoña Romero y Yasnaia Altube, y alentada por los comentarios y experiencias de todas las *chingus* con las que comparto esta pasión en las redes sociales. Sois muchas y sois maravillosas 😊.

A todos los que encuentren en estas novelas un reflejo del sentimiento y la emoción que nos embarga a los amantes de la cultura coreana, gracias.

A todas mis lectoras y lectores que son ajen@s a este mundo y que lo hayan descubierto de mi mano, bienvenid@s y poneos cómod@s, una vez dentro es imposible salir 😊.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com